

# BEHEMOTH

#1 NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR OF UGLIES

SCOTT WESTERFIELD

Lectulandia

ILLUSTRATED BY KEITH THOMAS

Un trono robado. Una misión secreta. Una aventura épica. El Behemoth es la criatura más feroz de la armada británica. Puede tragar buques de guerra enemigos de un solo bocado. Los darwinistas lo necesitarán, ahora que están en guerra contra los poderes clánker. Deryn es una chica que se hace pasar por chico en el Ejército del Aire británico y Alek es el heredero de un Imperio, aunque finge ser un plebeyo. Finalmente se conocen a bordo de la aeronave Leviathan y ambos esperan poder terminar con la guerra. Pero, cuando el desastre echa por tierra la misión pacificadorla del Leviathan, se encuentran solos y perseguidos en territorio enemigo. Alek y Deryn necesitarán grandes dosis de habilidad, nuevos aliados y mucho valor para enfrentarse a todas las adversidades.

**Lectulandia**

Scott Westerfeld  
**BEHEMOTH**  
**Trilogía Leviathan, 2**

**ePUB v1.0**

Kundalpanico 01.08.13

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Behemoth*

©2010, Scott Westerfeld

Traducción: Raquel Solà

Ilustraciones: Keith Thompson

Editor original: Kundalpanico (v1.0 a v1.x)

ePub base v2.1

A Justine:  
nueve años y diecisiete novelas, por ahora.

# UNO

Alek alzó su espada.

—¡En guardia, señor!

Deryn levantó su arma, sopesándola mientras estudiaba la pose de Alek. El muchacho tenía los pies abiertos en ángulo recto y su brazo izquierdo echado hacia atrás y doblado apoyándolo en su espalda como el asa de una taza de té. La armadura de esgrima le hacía parecer un edredón andante. Incluso con su espada apuntándola directamente, tenía un aspecto rematadamente estúpido.

—¿Tengo que ponerme *así*? —preguntó ella.

—Sí, si quieres llegar a ser un auténtico esgrimista.

—Un auténtico idiota, más bien —murmuró Deryn, deseando de nuevo que su primera lección tuviera lugar en un sitio menos concurrido.

Una docena de tripulantes los estaban observando, junto a dos rastreadores de hidrógeno curiosos. Pero el contramaestre, el señor Rigby, había prohibido que se practicara esgrima dentro de la aeronave.

Deryn suspiró, alzó su sable y trató de imitar la pose de Alek.

Al menos, hacía un tiempo agradable en la parte superior del *Leviathan*. La aeronave había dejado atrás la península italiana la noche anterior y ahora el mar en calma se extendía en todas direcciones, con el sol de la tarde esparciendo destellos como diamantes por su superficie. Traídas por la fría brisa del mar, las gaviotas revoloteaban sobre sus cabezas.

Y lo mejor de todo era que no había ningún oficial ahí arriba para recordarle a Deryn que estaba de servicio. Se rumoreaba que dos acorazados alemanes merodeaban por los alrededores, y se suponía que Deryn debía estar atenta a las señales que pudieran provenir del cadete Newkirk, que colgaba de un elevador Huxley a seiscientos metros de altura sobre ellos.

Pero en realidad no estaba perdiendo el tiempo. Tan solo dos días antes, el capitán Hobbes le había ordenado que vigilara a Alek y que averiguase lo que pudiera sobre él. Sin duda alguna, una misión secreta encomendada por el capitán era más importante que las tareas que realizaba normalmente.

Tal vez era una estupidez que los oficiales aún consideraran enemigos a Alek y sus hombres, pero al menos aquello proporcionaba una excusa a Deryn para pasar más tiempo con él.

—¿Tengo pinta de bobo? —le preguntó a Alek.

—Ciertamente, señor Sharp.

—¡Bien, tú también entonces! Se diga como se diga «bobo» en clánker.



«CLASES MARCIALES EN LA ESPINA».

—La palabra es «*dummkopf*», pero yo no lo parezco porque mi postura no es tan horrible como la tuya —respondió él.

Bajó su sable, se acercó más y ajustó las extremidades de Deryn, como si fuese un maniquí de un escaparate.

—Desplaza más peso sobre el pie de atrás —dijo Alek, separándole las piernas con un leve empujón en las botas—, de este modo podrás apartarte cuando ataques.

Ahora Alek estaba justo detrás de ella, con su cuerpo pegado al suyo mientras le ajustaba el brazo que sostenía la espada. A Deryn no se le había ocurrido que practicar esgrima pudiera ser tan delicado.

Cuando él la cogió por la cintura, sintió como si una descarga recorriese su piel. Si Alek llevaba las manos algo más arriba, quizás se daría cuenta de lo que estaba oculto bajo su cuidado uniforme.

—Mantente siempre de costado a tu oponente —dijo, haciéndola girar con delicadeza—. De ese modo tu pecho será un blanco mucho más difícil.

—De acuerdo, un blanco mucho más difícil —dijo Deryn con un suspiro.

Al parecer, su secreto estaba a salvo.

Alek dio un paso atrás y retomó su postura, de forma que las puntas de sus

espadas casi se tocaron. Deryn inspiró profundamente, lista para luchar al fin.

Pero Alek no se movió. Transcurrieron unos interminables segundos. Los nuevos motores de la aeronave zumbaban bajo sus pies mientras las nubes se deslizaban lentamente sobre ellos.

—¿Vamos a luchar o nos vamos a quedar mirándonos fijamente hasta el aburrimiento? —preguntó Deryn finalmente.

—Antes de que un esgrimista pueda cruzar espadas con alguien, debe aprender esta postura básica. Pero no te preocupes —Alek sonrió con malicia—, no estaremos así más de una hora. Solo es tu primera lección, después de todo.

—¿Qué? ¿Toda una maldita hora sin moverme? —Deryn notó que sus músculos se resentían y cómo los demás tripulantes contenían la risa.

Uno de los rastreadores de hidrógeno se acercó arrastrándose y olisqueó su bota.

—Eso no es nada —dijo Alek—, cuando empecé mis lecciones con el conde Volger, ni siquiera me permitía coger una espada.

—Bueno, es una manera bastante estúpida de enseñar a alguien a luchar con espada.

—Tu cuerpo tiene que aprender a colocarse en la postura adecuada. De lo contrario adoptarás malos hábitos.

Deryn soltó un bufido.

—¡No creerás que en una lucha no moverse es un mal hábito! Y si solo vamos a estar aquí de pie plantados, ¿por qué llevas armadura?

Alek no respondió y se limitó a entornar los ojos, con su sable inmóvil en el aire. Deryn veía cómo la punta del suyo se agitaba y apretó los dientes.

Por descontado, al dichoso *príncipe* Alek le habrían enseñado a luchar correctamente. Por lo que ella sabía, su vida entera había sido una sucesión de tutores. Puede que el conde Volger, su profesor de esgrima, y Otto Klopp, su profesor de *mekánica*, fuesen sus únicos profesores ahora que se había convertido en un fugitivo. Pero cuando aún vivía en el castillo familiar de los Hausburgo, debía de haber tenido una docena más, todos llenándole la azotea con tonterías como idiomas antiguos, buenas maneras y supersticiones clánker. No era pues extraño que para él quedarse allí parado como un perchero fuera educativo.

Pero Deryn no iba a permitir que un príncipe engréido aguantara más que ella.

De modo que se quedó completamente quieta, mirándole fijamente. Según pasaban los minutos, su cuerpo se tensaba y empezaba a sentir un dolor punzante en los músculos. Y lo peor estaba en su mente: el aburrimiento se convertía en rabia y frustración, y el zumbido de los motores clánker se le estaba metiendo en la cabeza como si fuese una colmena.

Lo más difícil era sostenerle la mirada a Alek. Sus ojos de color verde oscuro se mantenían fijos en ella, tan inmóviles como la punta de su espada. Ahora que conocía

los secretos de Alek: el asesinato de sus padres, el dolor por tener que dejar atrás su hogar y el gélido peso de las disputas familiares que habían empezado aquella guerra horrible, Deryn podía percibir la tristeza que había tras aquella mirada.

En raras ocasiones veía cómo a Alek se le humedecían los ojos por las lágrimas, que solo contenía por un fiero orgullo implacable. Incluso, cuando a veces competían en juegos estúpidos, como sobre quién conseguiría subir más rápido por el flechaste, Deryn casi deseaba dejarle ganar.

Pero nunca sería capaz de declarar aquellos pensamientos en voz alta, no al menos fingiendo ser un chico, y Alek jamás volvería a cruzar aquella mirada con ella si averiguaba que en realidad era una chica.

—Alek... —empezó a decir.

—¿Necesitas un descanso? —preguntó él.

Su sonrisita burlona borró los pensamientos caritativos de Deryn.

—¡Vete al cuerno! —dijo ella—. Me estaba preguntando qué haréis los clánkers cuando lleguéis a Constantinopla.

La punta de la espada de Alek se movió un instante.

—El conde Volger pensará en algo. Espero que podamos abandonar la ciudad lo antes posible. Los alemanes jamás me buscarán en las zonas boscosas del Imperio otomano.

Deryn miró hacia el vacío horizonte que se extendía ante ella. El *Leviathan* podría llegar a Constantinopla al amanecer del día siguiente, y solo hacía seis días que conocía a Alek. ¿De veras iba a marcharse tan rápido?

—No es que esté mal en este sitio. La guerra parece más lejana en esta aeronave de lo que jamás me lo pareció cuando estaba en Suiza. Pero no puedo quedarme aquí, en el aire, para siempre —dijo Alek.

—No, imagino que no —dijo Deryn, centrando su mirada en las puntas de ambas espadas.

El capitán podía desconocer quién era el padre de Alek, pero, aun así, resultaba obvio que el muchacho era austriaco. Solo era cuestión de tiempo que el Imperio austrohúngaro entrara en guerra oficialmente con Gran Bretaña y entonces el capitán jamás dejaría marchar a los clánkers.

Era muy injusto pensar en Alek como en un enemigo después de que hubiera salvado la aeronave ya dos veces. En la primera ocasión, les había salvado de una gélida muerte dándoles comida y, en la segunda, les había salvado de los alemanes entregándoles los motores que habían permitido a todos escapar.

Los alemanes seguían buscando a Alek para intentar terminar el trabajo que habían empezado con sus padres. *Alguien* tenía que estar de su parte... Y, tal y como Deryn había ido admitiendo poco a poco durante aquellos últimos días, no le importaría ser ella la que acabase siendo ese alguien.

Algo que ondeaba en el cielo llamó su atención y Deryn bajó el brazo dolorido con el que sostenía la espada.

—¡Ajá! —dijo Alek—. ¿Has tenido suficiente?

—Es Newkirk —comentó ella, intentando descifrar los gestos frenéticos del muchacho.

Las banderas de señales se agitaban formando las letras una vez más y, lentamente, el mensaje fue cobrando sentido en su mente.

—Dos grupos de chimeneas avistados a una distancia de cuarenta millas —dijo mientras cogía su silbato de mando—. ¡Son los acorazados alemanes!

Sonrió un poco sin querer al soplar el silbato: Constantinopla tendría que esperar.

El aullido de alarma se propagó con rapidez, pasando de un rastreador de hidrógeno a otro. Enseguida, los aullidos de las bestias resonaron por toda la aeronave.

La tripulación se reunió en la espina dorsal, preparando las armas aéreas y llevando sacos de comida a los murciélagos *fléchette*. Los rastreadores se movían por todo el flechaste buscando fugas en la piel del *Leviathan*.

Deryn y Alek hicieron girar el cabrestante del Huxley para acercar a Newkirk a la nave.

—Lo dejaremos a trescientos metros —dijo Deryn mientras observaba los marcadores de altura de la cuerda—. Eres un tipo con suerte. ¡Desde aquí arriba podrás ver toda la batalla!

—Pero no será una gran batalla, ¿verdad? —preguntó Alek—. ¿Qué puede hacer una aeronave contra dos acorazados?

—Imagino que nos quedaremos completamente inmóviles durante una hora. No sea que caigamos en malos hábitos.

Alek puso los ojos en blanco.

—Hablo en serio, Dylan. El *Leviathan* no tiene armas pesadas. ¿Cómo podemos luchar contra ellos?

—Un respirador de hidrógeno grande puede hacer muchas cosas. Aún nos quedan algunas bombas aéreas y murciélagos *fléchette*... —las palabras de Deryn quedaron en el aire—. ¿Has dicho «podemos»?

—¿Cómo dices?

—Acabas de decir «¿Cómo podemos luchar contra ellos?». ¡Como si fueras uno de los nuestros!

—Supongo que sí lo he dicho —dijo Alek, bajando la vista y mirando fijamente sus botas—. Mis hombres y yo estamos sirviendo en esta aeronave, después de todo y a pesar de que seáis un atajo de darwinistas impíos.

Deryn sonrió de nuevo mientras aseguraba el cable del Huxley.

—Mencionaré esto al capitán la próxima vez que me pregunte si eres un espía

clánker.

—Muy amable por tu parte —respondió Alek, y a continuación elevó la mirada para encontrarse con la de ella—. Aunque se trata de una cuestión importante: ¿los oficiales confiarán en nosotros si entramos en combate?

—¿Por qué no iban a hacerlo? ¡Salvaste la nave al cedernos los motores de tu Caminante de Asalto!

—Sí, pero si yo no hubiera sido tan generoso, nosotros también seguiríamos atrapados con vosotros en aquel glaciar. O, más probablemente, estaríamos en una prisión alemana. No lo hice por amistad exactamente.

Deryn frunció el ceño. Quizás las cosas fueran algo más complicadas ahora, con una batalla en perspectiva. Los hombres de Alek y la tripulación del *Leviathan* se habían convertido en aliados casi por accidente y solo hacía unos pocos días.

—Supongo que prometiste ayudarnos a llegar al Imperio otomano —dijo en voz baja—. Pero no a luchar contra otros clánkers.

Alek asintió.

—Eso es lo que tus oficiales estarán pensando.

—Sí, pero ¿qué es lo que piensas tú?

—Nosotros obedeceremos las órdenes —señaló hacia la proa—. ¿Lo ves? Klopp y Hoffman ya se han puesto manos a la obra.

Era cierto. Las cápsulas de los motores que estaban a cada lado de la enorme cabeza de la bestia rugían con más intensidad y expulsaban al aire dos gruesas columnas de humo. Pero la visión de unos motores clánker montados en una aeronave darwinista constituía otra muestra de la extraña alianza que se había establecido en el *Leviathan*. Comparados con los minúsculos motores de fabricación británica que se habían diseñado para aquella aeronave, sonaban y escupían humo como un tren de mercancías.

—Tal vez esta sea la ocasión ideal para ponerte a prueba a ti mismo —dijo Deryn—. Deberías ir a echar una mano a tus hombres. Necesitaremos ir a velocidad para alcanzar a esos acorazados al anochecer, pero no dejes que te maten —dijo dándole una palmadita en el hombro.

—Intentaré que no.

Alek sonrió y la saludó marcialmente.

—Buena suerte, señor Sharp —se dio la vuelta y salió corriendo por la espina.

Mientras veía cómo se iba, Deryn se preguntó en qué estarían pensando los oficiales del puente. Ahí estaba el *Leviathan*, a punto de entrar en combate con unos motores nuevos que apenas habían probado y que manejaban unos hombres que en toda justicia deberían estar luchando en el bando contrario.

Pero el capitán no tenía muchas alternativas, ¿verdad? Podía optar entre confiar en los clánkers o volar a la deriva empujado por la brisa. Por su parte, Alek y sus

hombres también se veían obligados a unirse a ellos en el combate o si no perderían a sus únicos aliados. Nadie parecía pues tener demasiadas alternativas.

Deryn suspiró, preguntándose cómo era posible que aquella guerra se hubiese embrollado tanto.

# DOS

Mientras corría hacia los motores, Alek pensó en si le había dicho a Dylan toda la verdad.

Se sentía mal por el hecho de apresurarse a unirse al combate. En su huida hacia Suiza, Alek y sus hombres habían luchado una docena de veces contra los alemanes, e incluso contra sus compatriotas austriacos. Pero esta vez era diferente: aquellos acorazados no los estaban persiguiendo.

Según las transmisiones de radio que el conde Volger había interceptado, los dos barcos habían quedado atrapados en el Mediterráneo al comienzo de la guerra. Dado que los británicos controlaban Gibraltar y el Canal de Suez, no habían podido regresar a Alemania por ninguna parte, de modo que habían estado huyendo durante toda la semana anterior.

Alek sabía lo que se sentía al verse perseguido y atrapado en una guerra que otros habían empezado y, sin embargo, allí estaba, listo para ayudar a los darwinistas a enviar a dos barcos repletos de seres humanos vivos al fondo del mar.

La enorme bestia giró bajo sus pies, los cilios que cubrían sus flancos se ondularon como si fueran hierba mecida por el viento y la hicieron girar lentamente. Las aves fabricadas se arremolinaban en torno a Alek, algunas con el arnés ya colocado y transportando armamento.

También en aquello era diferente: ahora estaba luchando codo con codo con aquellas criaturas. A Alek le habían educado para que creyera que eran abominaciones impías, pero tras cuatro días a bordo de la aeronave, sus graznidos y chirridos habían empezado a resultarle de lo más natural. Exceptuando a los horribles murciélagos *fléchette*, las bestias fabricadas incluso le parecían bellas.

¿Acaso se estaba convirtiendo en un darwinista? Cuando llegó al tramo de espina que quedaba sobre las cápsulas de los motores, Alek bajó por el flechaste de babor. La aeronave se estaba inclinando hacia arriba, con lo que el mar parecía caer en la distancia por debajo de él. Las cuerdas estaban resbaladizas por la sal transportada por el aire y, mientras se sujetaba bien para no caerse, en su mente empezó a tener dudas sobre su lealtad.

Cuando llegó a la cápsula del motor, Alek estaba empapado en sudor y deseando no haberse puesto la armadura de esgrima.

Otto Klopp se encontraba a los mandos. Su uniforme de guardia de los Hausburgo estaba hecho jirones tras pasar seis semanas lejos de casa. Tras él estaba el señor Hirst, el ingeniero jefe del *Leviathan*, que estudiaba la ruidosa máquina con cierto

disgusto. Alek tuvo que admitirlo: aquellos pistones que se agitaban sin cesar y las chisporroteantes bujías tenían una pinta extraña acoplados al ondulado flanco de la bestia aérea, como si fuesen engranajes montados sobre las alas de una mariposa.

—Profesor Klopp —gritó Alek para hacerse oír por encima del rugido de la máquina—. ¿Qué tal funciona?

El viejo profesor alzó la vista de los controles.

—Bastante bien, teniendo en cuenta la velocidad a la que nos movemos. ¿Sabéis qué está ocurriendo?

Por supuesto, Otto Klopp apenas hablaba inglés. Aunque un lagarto mensajero hubiese llevado noticias hasta la cápsula del motor, él no sabría por qué la aeronave estaba cambiando de rumbo. Lo único que había visto eran códigos de colores que transmitían órdenes desde el puente hasta el panel de señales, órdenes que había que obedecer.

—Hemos avistado dos acorazados alemanes —Alek hizo una pausa, ¿había vuelto a decir «hemos»?—. La nave los está persiguiendo.

Klopp frunció el ceño, se tomó unos instantes para digerir la noticia, y después, se encogió de hombros.

—Bueno, la verdad es que los alemanes no nos han tratado muy bien últimamente. Pero también es cierto, joven señor, que podríamos perder un pistón en cualquier momento.

Alek echó un vistazo a los engranajes que giraban. Los recién reconstruidos motores aún rechinaban y no dejaban de surgir problemas inesperados. La tripulación nunca llegaría a saber si una avería temporal había sido intencionada. Pero aquel no era momento para traicionar a sus nuevos aliados.

A pesar de que se decía que Alek había salvado al *Leviathan*, en realidad era que la aeronave lo había salvado a él. El plan de su padre era que Alek se escondiera en los Alpes suizos durante toda la guerra, para después resurgir y revelar que él era el heredero al trono del Imperio austrohúngaro. El aterrizaje forzoso que la aeronave se había visto obligada a hacer le había salvado de estar largos años escondido en aquellos parajes nevados. Estaba en deuda con los darwinistas por haberle salvado y por confiar a sus hombres el funcionamiento de aquellos motores.

—Esperemos que no ocurra tal cosa, Otto.

—Como digáis, señor.

—¿Algo va mal? —preguntó el señor Hirst.

Alek pasó al inglés.

—En absoluto. El profesor Klopp dice que la nave funciona como una seda. Tengo entendido que el conde Volger está destinado a la tripulación del motor de estribor. ¿Quiere que me quede aquí y os haga de intérprete?

El ingeniero jefe dio a Alek unas gafas para que se protegiera los ojos de las

chispas y del viento.

—Sí, por favor. No quisiéramos que surgiera ningún... malentendido en el fragor de la batalla.

—Por supuesto que no.

Alek se puso las gafas, preguntándose si el señor Hirst había visto en Klopp algún atisbo de duda. Como ingeniero jefe de la aeronave, Hirst era un darwinista poco común, puesto que tenía conocimientos sobre máquinas. Siempre observaba con admiración cómo Klopp trabajaba en los motores clánker, aunque ambos no fueran capaces de intercambiar una sola palabra. No había ninguna razón para levantar sospechas, justo en aquel momento. Con un poco de suerte, aquella batalla terminaría pronto y podrían dirigirse a Constantinopla sin más retrasos.

Al caer la noche, los dos barcos aparecieron en el horizonte.

—El más pequeño no es gran cosa —dijo Klopp, bajando sus prismáticos.

Alek los cogió y echó un vistazo. El acorazado más pequeño ya había sufrido daños. Una de sus torretas estaba ennegrecida por un incendio y, tras de sí, dejaba una estela de petróleo que se extendía y que el sol del atardecer transformaba en un brillante arcoíris.

—¿Ya han entrado en batalla antes? —preguntó al señor Hirst.

—Sí, la armada ha estado dándoles caza por todo el Mediterráneo. Los han bombardeado varias veces desde lejos, pero hasta ahora han logrado escabullirse —el hombre sonrió—. Pero esta vez no se escaparán.

—Desde luego no pueden dejarnos atrás —dijo Alek.

El *Leviathan* había cubierto una distancia de sesenta kilómetros en unas pocas horas.

—Ni tampoco contraatacar —dijo el señor Hirst—. Volamos demasiado alto como para que nos alcancen. Lo único que tenemos que hacer es que disminuyan la velocidad. La armada ya está de camino.

Un estruendo llegó de la espina situada encima de ellos y una bandada de alas negras se alzó desde el frontal de la aeronave.

—Están enviando primero a los murciélagos *fléchette* —le dijo Alek a Klopp.

—¿Qué clase de criatura impía es esa?

—Comen púas —fue cuanto Alek pudo decir.

Sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo.

La bandada empezó a agruparse, formando en el aire una nube negra. La luz de los focos surgió de la barquilla y, a medida que la luz del sol se desvanecía, los murciélagos se reunían en torno a los haces de luz como si fueran polillas.

El *Leviathan* había perdido incontables bestias en las batallas en que había participado recientemente, pero la aeronave se estaba autorreparando poco a poco. Los murciélagos ya se estaban reproduciendo, como un bosque que se recuperara tras

una larga temporada de caza. Los darwinistas decían que la aeronave era un “ecosistema”.

Desde aquella distancia, había algo fascinante en la forma en que la negra bandada revoloteaba en torno a los focos. Se arremolinaron alrededor del acorazado más pequeño, listos para descargar una lluvia de púas de metal. La mayoría de la tripulación estaría a salvo bajo el revestimiento del blindaje, pero a los hombres que manejaban el armamento ligero de cubierta los iban a hacer pedazos.

—¿Y por qué empiezan con los murciélagos? —preguntó Alek a Hirst—. Los *flechette* no hundirán un acorazado.

—No, pero destruirán sus banderas de señales y antenas de comunicaciones. Si podemos evitar que los dos barcos se comuniquen entre sí, será más difícil que se separen e intenten huir.

Alek tradujo para Klopp, quien señaló con el dedo a lo lejos.

—El más grande se está acercando.

Alek miró de nuevo a través de los prismáticos y tardó un instante en encontrar la silueta del barco, que se perfilaba contra el horizonte cada vez más oscuro. Incluso pudo leer su nombre en el fuselaje: el aspecto del *Goeben* era mucho más formidable que el de su compañero. Estaba equipado con tres torretas grandes y un par de catapultas para lanzar girotópteros. La forma de la estela que dejaba revelaba también la presencia bajo la superficie de un equipo de brazos de combate *antikraken*.

Sobre la cubierta de popa había una forma extraña: una gran torre revestida con aparejos de metal, parecidos a una docena de transmisores apiñados.

—¿Qué es eso que sobresale en el lado de popa? —preguntó Alek.

Klopp cogió los prismáticos y echó un vistazo. Había trabajado durante años en el ejército alemán y, a menudo, opinaba con entusiasmo sobre asuntos militares. Pero esta vez se limitó a fruncir el ceño y, cuando habló, su tono era vacilante.

—No estoy seguro. Me recuerda a un juguete que vi una vez... —Klopp se ajustó más los prismáticos—. ¡Está lanzando un girotóptero!

Una forma pequeña salió disparada desde una de las catapultas. Giró bruscamente y se dirigió zumbando hacia los murciélagos.

—¿Qué es lo que pretende? —preguntó Klopp en voz baja.

Alek observaba la escena con el ceño fruncido. Los girotópteros eran máquinas frágiles, apenas lo suficientemente potentes para transportar a un piloto. Se habían diseñado para la exploración, y no para el ataque. A pesar de ello, el pequeño avión se dirigía directamente hacia la nube de murciélagos, con sus rotores gemelos girando a plena potencia.

A medida que se acercaba a la bandada, el girotóptero se encendió repentinamente en la oscuridad. Desde su parte frontal disparó una llamarada que cruzó el cielo, una lluvia de brillantes fuegos artificiales carmesí. Alek recordó algo que Dylan había

dicho sobre los murciélagos: tenían un miedo mortal a la luz roja, tanto que les hacía soltar las púas de metal.

La lengua de fuego se abrió paso entre la bandada, dispersando a los murciélagos en todas direcciones. Segundos más tarde, la nube había desaparecido, como si fuera un diente de león negro arrastrado por una ráfaga de viento.

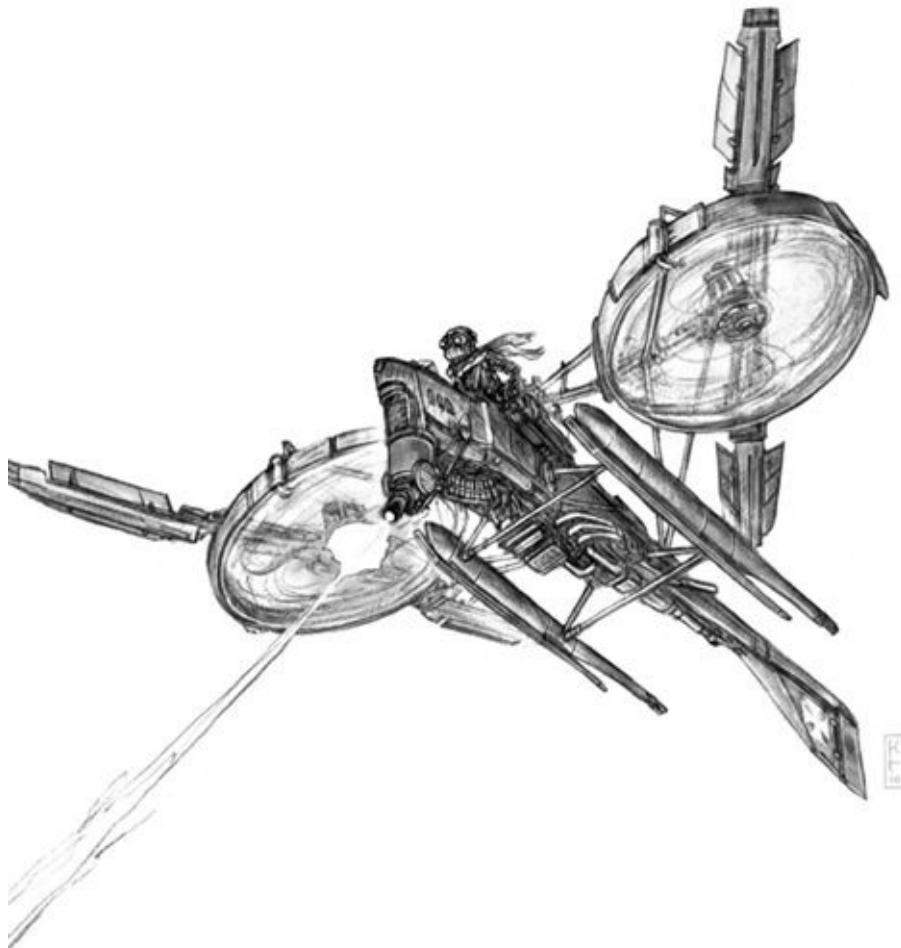
El girotóptero trató de virar para alejarse, pero se vio atrapado debajo de una oleada de murciélagos que huían. Alek pudo ver cómo caían las púas de metal, brillando a la luz de los focos. El girotóptero empezó a dar sacudidas en el aire. Las aspas de sus rotores se rompieron y abollaron, y la energía que quedaba retorció el delicado fuselaje hasta convertirlo en chatarra. Alek observó cómo la máquina voladora caía del cielo y desaparecía entre una pequeña salpicadura blanca en la negra superficie del mar. Se preguntó si el desafortunado piloto habría sobrevivido a las púas el tiempo suficiente como para llegar a sentir la frialdad del agua.

Los focos del *Leviathan* aún seguían barriendo el cielo, pero la bandada estaba demasiado dispersa como para reanudar el ataque. Un grupo de pequeñas formas ya fluía de vuelta hacia la aeronave.

Klopp bajó los prismáticos.

—Parece que los alemanes tienen nuevos ases en la manga.

—Siempre los tienen —consiguió decir Alek, observando cómo las ondas se expandían en la superficie, allí donde había caído el girotóptero.



—Nos llegan órdenes —dijo el señor Hirst, señalando el panel de mandos, que se había vuelto azul, señal de reducir la velocidad del motor. Klopp ajustó los controles, lanzando a Alek una mirada inquisitiva.

—¿Vamos a abandonar el ataque? —preguntó Alek en inglés.

—Por supuesto que no —dijo el señor Hirst—. Tan solo estamos cambiando de rumbo. Imagino que ignoraremos al *Breslau* por el momento e iremos tras el barco más grande. Solo para asegurarnos que otro girotóptero no nos cause problemas con esas bengalas.

Alek escuchó el zumbido de la nave durante unos instantes. El motor de estribor seguía funcionando a plena potencia, impulsando al *Leviathan* en su lento giro hacia el *Goeben*. La batalla aún no había terminado. Morirían más hombres aquella noche.

Volvió la mirada hacia los engranajes del motor que seguían girando. Klopp podría detenerlos sutilmente al menos de doce formas distintas. Una sola palabra de Alek bastaría para detener aquella batalla.

Pero le había prometido a Dylan que lucharía con lealtad. Además, tras revelar su escondite, entregar a su Caminante de Asalto y tirar el oro de su padre para convertir a los darwinistas en sus aliados, parecería absurdo traicionarlos ahora.

Sabía que el conde Volger estaría de acuerdo con él. Como heredero al trono del Imperio austrohúngaro, Alek tenía el deber de sobrevivir, y la supervivencia en terreno enemigo no podía empezar con un motín.

—¿Qué ocurrirá ahora? —le preguntó a Hirst.

El ingeniero jefe cogió los prismáticos de Klopp.

—No perderemos más tiempo destruyendo sus banderas de señales, de eso estoy seguro. Probablemente, pasaremos directamente al ataque con bombas aéreas. Un girotóptero no podrá detenerlas.

—Vamos a bombardearles —tradujo Alek para Klopp—. Están indefensos.

El hombre se limitó a asentir, ajustando los controles.

El panel de señales se volvió rojo de nuevo. El *Leviathan* había encontrado su rumbo.

# TRES

Tardaron bastantes minutos en cubrir la distancia que les separaba del *Goeben*. El barco disparó una vez, escupiendo fuego y humo hacia el cielo nocturno. Pero Hirst tenía razón: los proyectiles volaron muy por debajo del *Leviathan* y estallaron a varios kilómetros de distancia, alzando columnas blancas de agua.

A medida que el *Leviathan* se aproximaba, Alek observó el barco alemán a través de los prismáticos. La tripulación se movía frenéticamente por las cubiertas del acorazado, cubriendo sus armas ligeras con lo que parecían gruesas lonas negras. Las coberturas brillaban tenuemente bajo los últimos destellos del sol del ocaso, como el plástico o la piel. Alek se preguntó si estarían hechas de algún nuevo material lo suficientemente resistente como para detener las púas de los murciélagos *fléchette*. No obstante, ningún plástico era resistente a los explosivos.

Aun así, la tripulación del acorazado no parecía estar demasiado preocupada. No habían dispuesto ningún bote salvavidas y el segundo girotóptero permanecía en su catapulta, con los rotores sujetos con unas correas para protegerlos del viento. Al poco también fue cubierto con una cobertura negra brillante.

—Joven señor, ¿qué está ocurriendo sobre la cubierta de popa del acorazado? —preguntó Klopp.

Alek ajustó los prismáticos y vio destellos en lo alto de la extraña torre de metal que sobresalía del acorazado.

Agudizó la vista. Había hombres trabajando en la base de la torre, vestidos con uniformes confeccionados con el mismo material negro brillante que cubría las armas de cubierta. Se movían despacio, como si estuvieran atrapados en una capa fresca de alquitrán. Alek frunció el ceño.

—Eche un vistazo, profesor Klopp. Deprisa, por favor.

Cuando el viejo profesor cogió los prismáticos, los destellos de las luces se hicieron más brillantes. Alek podía verlos ahora a simple vista. Unas tenues luces se deslizaron por las riostras de la torre, como serpientes hechas de relámpagos...

—Goma —dijo Alek en un susurro—. Están cubriendo todo con goma. Toda la torre debe de estar cargada de electricidad.

Klopp soltó un juramento.

—Debería de haberme dado cuenta. Pero tan solo nos mostraron maquetas y modelos de demostración, nunca nada tan grande.

—¿Maquetas de qué?

El viejo profesor bajó los prismáticos.

—Es un cañón Tesla. Uno de verdad.

Alek hizo un gesto de incredulidad con la cabeza.

—¿Tesla? ¿Como el que inventó las radiotransmisiones? ¿Quiere decir que eso es una torre de transmisiones?

—El mismo señor Tesla, joven señor, pero eso no es un radiotransmisor —Klopp estaba lívido—. Es un arma, un generador de rayos.

Alek observó horrorizado la brillante torre. Dylan solía decir que los rayos eran los enemigos naturales de una aeronave. Si la electricidad fluía por la piel de la aeronave, incluso la más pequeña fuga de hidrógeno podría hacer que todo estallara en llamas.

—¿Estamos a tiro?

—Los modelos que he visto apenas tenían la suficiente potencia de disparo para cruzar una habitación. Tan solo te hacían cosquillas en los dedos o te erizaban el cabello. ¡Pero ese es enorme, y tiene las calderas de un acorazado para alimentarlo de energía!

Alek se volvió hacia el señor Hirst, que observaba la conversación con un aire indiferente, y le dijo en inglés:

—Tenemos que dar la vuelta. Esa torre que hay sobre la popa es una especie de... cañón de rayos.

Hirst arqueó una ceja.

—¿Un cañón de rayos?

—¡Sí! Klopp ha trabajado con el ejército de tierra alemán. Ya ha visto uno así antes —Alek suspiró—. Bueno, maquetas, en cualquier caso.

El ingeniero jefe miró atentamente al *Goeben*. Los sistemas eléctricos de la torre lanzaban ahora destellos más brillantes, desplegándose en forma de araña que danzaban por los puentes.

—¿Lo ve? —gritó Alek.

—Desde luego es algo bastante extraño —el señor Hirst sonrió—. Pero ¿disparar rayos? Dudo que tus amigos clánker tengan ese dominio de las fuerzas naturales.

—¡Debe informar al puente de mando!

—Estoy seguro de que el puente de mando puede verlo perfectamente —Hirst sacó un silbato de mando de su bolsillo y dio un toque corto—, pero les informaré de tu teoría.

—¡Mi teoría! —gritó Alek—. ¡No tenemos tiempo para debatir! ¡Tenemos que dar la vuelta!

—Lo único que haremos será esperar órdenes —dijo el señor Hirst, devolviendo el silbato a su bolsillo.

Alek se tragó su frustración y se volvió de nuevo hacia Klopp.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó en alemán.

—Toda la tripulación ha abandonado la cubierta, a excepción de esos hombres que llevan trajes de protección. Así que podrían disparar en cualquier momento —Klopp bajó los prismáticos—. Si conseguimos que el motor dé marcha atrás a todo gas, giraremos más deprisa.

—¿Pasar de avante a toda máquina a dar marcha atrás? —Alek movió la cabeza—. Nunca conseguirá hacerlo pasar por un accidente.

—No, pero puedo hacerlo pasar por idea mía —dijo Klopp, y acto seguido cogió a Alek por el cuello y lo tiró al suelo con un fuerte empujón.

Alek se golpeó la cabeza contra la cubierta de metal de la cápsula del motor y quedó aturdido unos instantes.

—¡Klopp! ¿Qué demonios está...?

El chirrido de los engranajes ahogó las palabras de Alek. Toda la cápsula daba sacudidas, haciendo temblar la cubierta a su alrededor. De pronto, el aire se detuvo al pararse súbitamente la hélice.

—¡¿Qué significa esto?! —gritó Hirst.

A Alek se le aclaró la vista y vio a Klopp blandiendo una llave inglesa contra el ingeniero jefe. Con destreza, el anciano usó la mano que tenía libre para poner la marcha atrás y pisó con fuerza el pedal.

La hélice volvió a arrancar con un petardeo, impulsando el aire hacia atrás por toda la cápsula.

—¡Klopp, espere! —empezó a decir Alek.

Intentó incorporarse, pero la cabeza le daba vueltas y cayó de nuevo sobre una rodilla. ¡Diablos! ¡El profesor le había golpeado de veras!

Hirst hizo sonar de nuevo el silbato, esta vez con un tono más agudo. Alek escuchó a un respirador de hidrógeno que aullaba en respuesta. Pronto una manada de aquellas horribles criaturas se abalanzaría sobre ellos como un rayo.

Alek se puso en pie y trató de apoderarse de la llave inglesa.

—Klopp, ¿qué está haciendo?

El anciano trató de golpearle con la llave mientras gritaba:

—¡He de hacer que parezca convincente!

La llave inglesa pasó silbando sobre la cabeza de Alek, que se agachó y se apoyó de nuevo sobre una rodilla, mientras maldecía. ¿Es que Klopp se había vuelto *loco*?

Hirst metió la mano en su bolsillo y sacó una pistola de aire comprimido.

—¡No! —gritó Alek, abalanzándose hacia el arma.

Cuando sus dedos se cerraron sobre la muñeca de Hirst, la pistola se disparó con un chasquido ensordecedor. El disparo no alcanzó a Klopp, pero la bala resonó como una alarma al rebotar por la cápsula del motor.

Alek sintió que algo le golpeaba con fuerza en las costillas, y después notó un dolor punzante en un costado. Cayó hacia atrás y sus dedos soltaron la muñeca de

Hirst, pero el ingeniero no volvió a alzar su arma. Hirst y Klopp, boquiabiertos, miraban estupefactos el flanco del *Leviathan*.

Alek parpadeó para sacudirse el dolor y miró en la misma dirección. Los cilios se movían con rapidez, meciéndose como hojas en una tormenta. La enorme aerobestia se doblaba sobre sí misma, retorciéndose con tanta fuerza como él jamás había visto. El gran arnés chirrió al tensarse a su alrededor y se escuchó el crujido de las cuerdas de los flechastes chasqueando.

—La bestia sabe que está en peligro —dijo Klopp.

Alek observó maravillado cómo la aeronave parecía enroscarse en el aire a su alrededor. Las estrellas giraban sobre sus cabezas y, al poco, el enorme animal ya se había dado la vuelta por completo.

—Ponga el motor a toda... —empezó a decir Alek, pero hablar le producía un dolor horrible.

Cada palabra que articulaba era como una patada en las costillas. Bajó la vista hacia la mano con la que se presionaba su costado izquierdo y vio sangre entre sus dedos.

Klopp estaba ya trabajando en invertir de nuevo la marcha del motor. Hirst aferraba su pistola con fuerza mientras miraba asombrado el flanco de la aerobestia.

—Abandonad la cápsula, joven señor —gritó Klopp a medida que los engranajes de las hélices arrancaban de nuevo—. El metal atraerá los rayos del cañón.

—No creo que pueda.

Klopp se volvió.

—¿Qué...?

—Me ha disparado.

El anciano abandonó los controles y se agachó junto a él con la mirada desencajada.

—Os levantaré.

—¡Ocupese del motor, profesor! —gritó Alek.

—Joven señor... —empezó a decir Klopp, pero sus palabras se vieron ahogadas por un estallido en el aire.

Alek se incorporó haciendo un doloroso esfuerzo y miró hacia atrás. El *Goeben* se alejaba, pero el cañón Tesla brillaba con una luz cegadora. Emitía destellos como un soplete, proyectando sombras que se agitaban sobre la negra superficie del mar.

Junto a él, los cilios de la aeronave aún se agitaban con furia y se henchían, impulsando el aire como un millón de pequeños remos. Alek rezaba para que la aerobestia se moviera más deprisa.



En la base de la torre se formó una gran bola de fuego, luego cambió rápidamente al rosado, destellando mientras ascendía rápidamente por la estructura. Cuando llegó a lo alto, se produjo un estruendo ensordecedor.

Del cañón Tesla surgieron unos rayos en forma de colosales dedos como dientes de sierra. Primero se extendieron por el cielo, formando un gran árbol de fuego blanco, y a continuación se precipitaron hacia el *Leviathan* como si lo hubieran olfateado atraídos por el motor. Los rayos extendieron una fulgurante red sobre la piel de la aerobestia, una ola deslumbrante que recorrió toda su longitud. En pocos instantes, la electricidad recorrió los trescientos metros que separaban la cola de la cabeza, transfiriéndose con rapidez por las riostras de metal que sostenían la cápsula del motor.

Toda la cápsula empezó a crujir y los pistones y engranajes arrojaron al aire violentamente unos radiantes rayos de fuego. Alek quedó atrapado por una fuerza invisible; todos los músculos de su cuerpo se tensaron. Durante unos prolongados instantes, los rayos le dejaron sin aliento. Finalmente, su potencia se debilitó y Alek se deslizó de nuevo sobre la cubierta.

El motor volvió a pararse súbitamente.

Alek percibió el olor a humo y sintió un horrible martilleo en su pecho. Sus

costillas le dolían con cada latido del corazón.

—¿Joven señor? ¿Podéis oírme?

Alek se obligó a abrir los ojos.

—Estoy bien, Klopp.

—No, no lo estás —dijo el anciano—. Os llevaré a la barquilla.

Klopp rodeó a Alek con el brazo y le incorporó, con lo que provocó una nueva oleada de agonía al muchacho.

—¡Cielos! ¡Duele!

Alek se tambaleó, aturdido por el dolor. Hirst no les ayudó; no dejaba de recorrer con mirada nerviosa toda la extensión del *Leviathan* que tenían bajo ellos. Inexplicablemente, la aeronave no se había incendiado.

—¿Y el motor? —preguntó Alek a Klopp.

El hombre husmeó el aire e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Todos los sistemas eléctricos se han chamuscado, y el lado de estribor tampoco se oye.

Alek se volvió hacia el señor Hirst y dijo:

—Hemos perdido los motores. Quizás sea el momento de que enfunde esa pistola.

El ingeniero jefe miró fijamente la pistola de aire comprimido que empuñaba, la guardó en el bolsillo y sacó un silbato.

—Avisaré a un cirujano. Dile a tu amotinado amigo que te deje en el suelo.

—Mi «amotinado amigo» acaba de salvar su... —empezó a decir Alek, pero sintió que se mareaba de nuevo—. Deje que me siente —murmuró a Klopp—. Dice que puede hacer venir a un cirujano.

—¡Si es él quien os ha disparado!

—Sí, pero le apuntaba a usted. Ahora bájeme, por favor.

Klopp lanzó una ruda mirada a Hirst y apoyó a Alek con suavidad en los controles. Cuando recuperó el aliento, Alek observó el flanco de la aeronave. Los cilios seguían ondulándose como hierba movida por el viento. Incluso sin los motores que la impulsaran, la enorme bestia seguía alejándose de los acorazados.

Alek miró hacia popa, a través de la hélice inmóvil. Los acorazados estaban dando la vuelta.

—¡Qué extraño! No parece que quieran terminar el trabajo —dijo.

Klopp asintió.

—Han retomado su rumbo nornordeste. Deben de estar esperándolos en alguna parte.

—Nornordeste —repitió Alek.

Sabía que aquello era importante por alguna razón. También sabía que debería estar preocupado por el hecho de que el *Leviathan* virase en dirección sur, alejándose de Constantinopla.

Aunque, por el momento, tratar de respirar ya era preocupación suficiente.

# CUATRO

Deryn se levantó lentamente, parpadeando para intentar alejar los puntos negros que veía ante sus ojos.

¡Un maldito rayo! Es lo que había surgido disparado del buque de guerra clánker y cruzado el cielo como una centella. Había danzando por cada resquicio de metal de la parte superior del *Leviathan*. El cabrestante del Huxley había desprendido, en todas direcciones, una gran cantidad de chispas cegadoras, que la habían dejado medio aturdida en el proceso.

Deryn miró hacia todos los lados, aterrada por si veía incendios propagándose por la membrana. Todo estaba a oscuras excepto los puntos luminosos que aún quemaban su visión. Los rastreadores debían de haber hecho su trabajo de forma eficiente antes de la batalla, pues no se había derramado ni una gota de hidrógeno por la piel.

Entonces se acordó: el *Leviathan* había dado media vuelta justo a tiempo. Toda la nave se retorció como un perro intentando morderse la cola.

*Hidrógeno...*

Alzó la vista para mirar el oscuro firmamento y entonces se quedó con la boca abierta. Allí estaba Newkirk, agitando los brazos como un loco, con el Huxley en llamas sobre su cabeza como un puding de Navidad aliñado con coñac caliente.

Deryn se sintió mal de pronto, igual que en los cientos de pesadillas en las que volvía a visualizar el accidente de papá, tan parecido a la horrible visión que tenía encima de ella. El Huxley tiraba de su cable, impulsándose más arriba por el calor de las llamas, y haciendo girar la manivela. Pero, un instante después, su hidrógeno se agotó, y la aerobestia empezó a caer.

Newkirk se estaba retorciendo en el aparejo del piloto, milagrosamente aún vivo. Entonces Deryn con la escasa luz de las estrellas vio una especie de vaho alrededor del Huxley. Newkirk había derramado el lastre de agua para evitar quemarse. Un chico inteligente.

El caparazón muerto de la aerobestia se hinchaba hacia fuera como un paracaídas rasgado, aunque aún caía deprisa.

El Huxley estaba a unos mil pies de altura y si no conseguía chocar contra la parte superior del *Leviathan*, caería otros mil pies antes de que el cable lo detuviera. Lo mejor era que su viaje fuese lo más breve posible. Deryn fue a coger el cabrestante pero se quedó con la mano paralizada en el aire.

¿Estaría cargado de corriente?

—¡*Dummkopf!* —se dijo a sí misma, obligándose a coger la manivela de metal.

El cabrestante no desprendió chispas, de modo que empezó a darle vueltas lo más rápido que pudo. Pero el Huxley bajaba más deprisa de lo que ella estaba recogiendo la línea, de modo que el cable empezó a retorcerse por la espina de la aeronave, enredándose en los pies de los hombres y los rastreadores que pasaban corriendo.

Mientras rodaba la manivela salvajemente, Deryn alzó la vista. Newkirk colgaba desmayado por debajo del caparazón quemado que se alejaba a la deriva del *Leviathan*.

Los motores se habían detenido y los focos también se habían apagado. Los tripulantes usaban las linternas eléctricas para llamar a los murciélagos y a los halcones bombarderos y para que regresaran por el oscuro cielo. Aquel artefacto clánker había fundido todo.

Pero, si la aeronave estaba sin energía, ¿por qué el aire estaba alejando a Newkirk? ¿No deberían estar todos navegando a la deriva a la misma velocidad?

Deryn bajó la vista para mirar a los flancos con los ojos muy abiertos.

Los cilios aún se movían, alejando a la aeronave del peligro.

—Caramba, si que es extraño —murmuró.

Normalmente un respirador de hidrógeno sin motores navega a la deriva. Desde luego, la aerobestia había estado actuando de forma extraña desde que se habían estrellado en los Alpes, o era que los motores clánker le habían aturdido la mollera.

Pero ahora no era el momento de pensar en aquello. Newkirk estaba planeando tan solo a unos cien pies de distancia, lo suficientemente cerca para que Deryn pudiese ver su rostro ennegrecido y su uniforme empapado, y además no parecía moverse.

—¡Newkirk! —gritó la muchacha con la mano casi en carne viva sobre la manivela del cabrestante.

El chico pasó por su lado mientras caía sin responder.

Las bobinas de cable sin tensar empezaron a agitarse, como un nido de serpientes esparcidas por la parte superior. El Huxley estaba arrastrando su cable tras él a medida que caía por debajo de la aeronave.

—¡Despejen aquellos cables! —gritó Deryn agitando los brazos a un tripulante que estaba entre los rollos serpenteantes.

El hombre se alejó dando saltos, con el cable golpeando sus tobillos e intentando arrastrarle también hacia abajo.

Deryn siguió con la manivela de nuevo, hasta que el cable se tensó con fuerza con un nauseabundo tirón. Deryn puso el freno y comprobó las marcas del cable: justo por encima de los quinientos pies.

El *Leviathan* medía doscientos pies de arriba abajo, de manera que Newkirk estaría colgando a menos de trescientos pies por debajo de ellos. Atado al aparejo del piloto, lo más probable es que se encontrase bien, a menos que el fuego le hubiese

alcanzado o que la fuerte sacudida le hubiese partido el cuello...

Deryn inspiró profundamente, intentando que las manos le dejase de temblar. No podía darle a la manivela al revés para subirle. El cabrestante estaba diseñado para un Huxley lleno de hidrógeno y no para tirar de un peso muerto.

Deryn siguió el cable tensado, bajando por los flechastes por el flanco de la aerobestia. Desde el talle de la nave, podía ver la oscura forma del Huxley revoloteando contra las blancas crestas de las olas.

—¡Maldita sea! —murmuró.

El agua estaba mucho más cerca de lo que había previsto.

El *Leviathan* estaba perdiendo altura.

Por supuesto, la gran aerobestia estaba intentando encontrar el viento más fuerte para alejarse de los acorazados alemanes y no se preocupaba de si aplastaba al pobre y quemado Newkirk contra la agitada superficie del océano.

Por otra parte, los oficiales no podían dejar caer lastre y arrastrar a la aeronave contra su voluntad. Deryn sacó su silbato de mando y sopló para llamar a un lagarto mensajero y luego miró de nuevo hacia el Huxley que tenía debajo.

Desde donde estaba no podía apreciar ningún movimiento humano. Newkirk por lo menos debía de estar aturdido. Y, seguramente, no dispondría del equipo adecuado para escalar por el cable. Nadie esperaba tener que subir por el cable de un elevador.

¿Dónde estaba aquel maldito lagarto mensajero? Vio que uno subía por la membrana y silbó pero el lagarto sencillamente se la quedó mirando y farfulló algo sobre un mal funcionamiento eléctrico.

—Genial —murmuró ella.

¡El impacto del rayo clánker había confundido los cerebros de aquellas diminutas bestias! Por debajo de ellos, las oscuras aguas parecían más cerca a cada segundo.

Tendría que rescatar a Newkirk ella sola.

Deryn rebuscó en los bolsillos de su traje de vuelo. En la clase de aviación el señor Rigby les había enseñado cómo los aparejadores «amarrraban», que en la jerga del Ejército era deslizarse cuerda abajo sin romperse el cuello. Encontró algunos mosque-tones y suficiente cuerda para convertirla en un par de enganches de fricción.

Después de unir su mosquetón de seguridad al cable del Huxley, Deryn lo cerró con fuerza. No podía enrollar la cuerda alrededor de sus caderas porque el peso muerto del Huxley podría cortarla por la mitad. Pero tras manosearla un momento, unió más mosquetones a su arnés y pasó el cable por ellos.

«Seguro que el señor Rigby no aprobaría este método», pensó Deryn mientras se impulsaba con los pies para apartarse de la membrana.

Se deslizó hacia abajo con saltos cortos, y la fricción de los mosquetones evitó que cayese demasiado rápido. No obstante, notaba la cuerda caliente bajo los guantes, sus fibras se deshilachaban cada vez que se detenía bruscamente. Deryn dudaba de

que aquel cable estuviese diseñado para sostener el peso de un Huxley muerto y dos cadetes.

El océano hacía un ruido atronador bajo Deryn y el aire cada vez era más frío ahora que el sol se había puesto del todo. La cresta de una gran ola chocó contra la membrana caída del Huxley, resonando como un disparo.

—¡Newkirk! —gritó Deryn, y el muchacho se removió en su aparejo de piloto.

Un escalofrío de alivio recorrió su cuerpo: estaba vivo. No como papá.

Se dejó caer las últimas veinte yardas, con la cuerda siseando con fuerza y desprendiendo un olor a quemado que se mezclaba con el aire salado. Aun así, sus botas aterrizaron suavemente en la inestable membrana de la aerobestia muerta, que olía a humo y a sal, como una medusa asada en las brasas de una chimenea.

—¿Dónde demonios estoy? —murmuró Newkirk, en un tono apenas audible por el rumor de las olas.

Tenía el pelo chamuscado y la cara y las manos ennegrecidas por el humo.

—¡Estás en el maldito océano, ahí es donde estás! ¿Puedes moverte?

El chico se quedó mirando sus manos ennegrecidas, moviendo sus dedos y luego se desabrochó él solo el arnés. Se puso de pie temblorosamente en el borde del aparejo del piloto.

—Sí, solo estoy un poco chamuscado —se pasó los dedos por el pelo, o lo que quedaba de él.

—¿Puedes escalar? —preguntó Deryn.

Newkirk alzó la vista hacia la barriga oscura del *Leviathan*.

—Sí, ¡pero eso está a *millas* de distancia! ¿No podías haber dado a la manivela más deprisa?

—¡Y tú podrías haber caído *más despacio*! —le respondió Deryn.

Desabrochó dos mosquetones y los puso en la mano del muchacho, junto con un trozo corto de cuerda.



—Abróchate un enganche de fricción. ¿O es que no recuerdas las clases del señor Rigby?

Newkirk se quedó mirando los mosquetones y a continuación alzó la vista a la distante aeronave.

—Sí que me acuerdo, pero jamás pensé que tendría que ascender tanta distancia.

«Ascender», por supuesto, era jerga del Ejército para escalar una cuerda sin romperse el cuello. Los dedos de Deryn trabajaron rápidos su propia cuerda. Un amarre de fricción se deslizó libremente cuerda arriba pero se frenó enseguida cuando encontró peso colgado de él. De aquella forma, ella y Newkirk podrían detenerse y descansar sin tener que confiar en la fuerza de sus músculos para no deslizarse de nuevo hacia abajo.

—Tú primero —ordenó.

Si Newkirk resbalaba ella podría detener su descenso.

El muchacho subió unos pies y luego comprobó su amarre, dejándose balancear libremente por la cuerda.

—¡Funciona!

—Sí. ¡Seguro que lo próximo que harás será escalar el Everest!

Mientras hablaba, otra ola golpeó al Huxley, salpicándoles a los dos. Deryn

perdió pie, pero su amarre de fricción la sostuvo.

Escupió agua salada y gritó:

—¡Sigue subiendo, bobo! ¡La nave está perdiendo altura!

Newkirk empezó a escalar, ayudándose con las manos y los pies. Pronto ya había ganado la suficiente altura para que Deryn pudiese impulsarse y alejarse del Huxley muerto.

Otra ola golpeó a la aerobestia, sacudiendo con fuerza la cuerda, y Newkirk resbaló hacia abajo hasta quedar prácticamente encima de ella. Si el *Leviathan* descendía algo más, el caparazón de la bestia se arrastraría por el agua. Si la membrana se llenaba tiraría de la cuerda como un barril lleno de piedras: lo suficiente para romper cualquier cable... Tenía que cortar el cable para desprenderse del Huxley.

—¡Más arriba! —gritó y empezó a escalar a toda velocidad.

Cuando se encontraba a unos veinte pies por encima del Huxley, Deryn se detuvo, justo encima de lo que parecía un punto realmente quemado. Sacó su navaja, alargó la mano y empezó a cortar la línea. El cable del Huxley era condenadamente grueso, pero cuando la siguiente gran ola golpeó a la aerobestia, las fibras se desenredaron rápidamente y se partieron.

Sin el peso muerto de la bestia anclándoles, de pronto, se encontraron balanceándose sobre el negro mar, flotando a merced del viento. Newkirk dejó escapar un grito de sorpresa por encima de ella.

—¡Lo siento! ¡Debí haberte avisado! —gritó Deryn.

Sin embargo, sin el peso del Huxley la cuerda no se rompería... probablemente.

Empezó a escalar de nuevo, deseando por enésima vez tener la misma fuerza en los brazos que un chico. Pero pronto las olas ya no amenazaron sus botas.

A mitad de camino de su escalada, Deryn inspiró profundamente, buscando en el oscuro horizonte los dos acorazados alemanes. Ya no se veían por ninguna parte.

Tal vez la Marina Real estaba cerca y aquello había provocado que los barcos se alejasen. Pero Deryn no pudo ver ninguna señal de barcos de superficie. La única forma sobre el agua era la carcasa del Huxley, una solitaria mancha sobre las olas.

—Pobre bestia —dijo, temblando.

Toda la aeronave y su tripulación podían haber terminado heridos de aquella forma, quemados como el carbón, tan solitarios como una madera a la deriva sobre el negro mar. Si los rastreadores de hidrógeno hubiesen pasado por alto una sola fuga, o la aerobestia no hubiese dado media vuelta sobre sí misma justo a tiempo, todos ellos habrían acabado de igual manera.

—Malditos clánkers, fabricando sus propios *rayos* —murmuró Deryn.

Cerró los ojos para alejar sus recuerdos, el rugido de un fuego que le ponía los pelos de punta y el hedor de la carne quemada. Aquella vez ella había vencido. El

fuego no se había llevado a ningún ser querido.

Deryn se estremeció una vez más y después empezó a escalar de nuevo.

# CINCO

—¡Esto es completamente inaceptable! —exclamó la doctora Barlow.

—Lo siento, señora —farfulló el guarda—. Pero el capitán ha dicho que el muchacho clánker no debe recibir visitas.

Deryn hizo un gesto sacudiendo la cabeza. La resistencia de aquel hombre ya estaba empezando a flaquear. Estaba apoyado contra la puerta del camarote de Alek, con la frente bañada en sudor.

—¡No soy una visita, imbécil! —dijo la doctora Barlow—. ¡Soy un doctor que ha venido a ver a un paciente herido!

Las orejas de Tazza se alzaron al escuchar el tono agudo de la científica y soltó un grave gruñido. Deryn sostuvo su correa un poco más tirante.

—Quietó, Tazza. No muerdas.

—¡El cirujano ya ha estado aquí! —dijo el guardia casi chillando, mirando con los ojos desorbitados al tilacino—. Ha dicho que el chico solo tiene un hematoma en una costilla.

—Además de padecer un *shock*, sin duda —afirmó la doctora Barlow—. ¿O es que no se ha enterado de nuestro reciente encuentro con una prodigiosa cantidad de electricidad?

—Por supuesto que sí, señora —el guarda tragó saliva, aún mirando a Tazza nerviosamente—. Pero el capitán ha sido bastante concreto...

—¿Acaso ha prohibido *concretamente* que los doctores vean al paciente?

—Humm, no.

«Venga, ríndete», pensó Deryn. No importaba que la doctora Barlow fuese una científica —una fabricante de bestias—, y no un doctor de los que toma el pulso y te introduce una espátula en la boca y te hace sacar la lengua... Iba a ver a su paciente particular de una forma o de otra.

Deryn esperaba que Alek se encontrase bien. El rayo clánker había alcanzado a toda la nave, pero el impacto había sido peor en las cápsulas de los motores, con todo aquel metal por todas partes... Bueno, el segundo peor, al fin y al cabo. Newkirk tenía el pelo medio chamuscado y un chichón en la cabeza del tamaño de una pelota de críquet.

Pero ¿cómo era posible que Alek se hubiese herido en una costilla? Aquello no parecía algo que pudiera ser provocado por un *shock* eléctrico.

Finalmente el guardia renunció a quedarse en su puesto, escabulléndose para ir a consultárselo al oficial de guardia y confiando en que la doctora Barlow esperaría

hasta que él regresase. Por supuesto, no lo hizo y, en cuanto el guardia se fue, empujó la puerta y la abrió de par en par.

Alek estaba postrado en la cama, con las costillas vendadas. Tenía la piel cenicienta y sus ojos verde oscuro brillaban bajo la tenue luz del ocaso que entraba a raudales por los ojos de buey.

—¡Arañas chaladas! —exclamó Deryn—. Estás tan pálido como una larva de gusano.

Una lánguida sonrisa se dibujó en el rostro del chico. Yo también me alegro de verte, Dylan. Y también a usted, doctora Barlow.

—Buenos días, Alek —dijo la científica—. Estás pálido, ¿verdad? Como si hubieses perdido algo de sangre. Un extraño síntoma si te has electrocutado.

Alek hizo una mueca de dolor mientras se esforzaba por sentarse un poco más incorporado.

—Me temo que tiene razón, señora. El señor Hirst me disparó.

—¿Te disparó? —exclamó Deryn.

Alek asintió.

—Por suerte fue con un arma poco potente de aire comprimido. El doctor Busk ha dicho que la bala golpeó una costilla y rebotó, pero que no se ha roto nada, gracias en parte a mi armadura de esgrima. Dice que enseguida debería poder ponerme en pie.

Deryn se quedó mirando los vendajes.

—Pero ¿por qué diantres te disparó?

—Él apuntaba a Klopp. Tuvieron una... disputa. Klopp se dio cuenta de lo que iba a suceder, de lo que era en realidad el cañón Tesla, y decidió hacernos dar marcha atrás.

—¿Un cañón Tesla? —repitió la doctora Barlow—. ¿Cómo el del horrible señor Tesla?

—Eso es lo que dice Klopp —dijo Alek.

—Pero vosotros, clánkers, no nos hicisteis dar la vuelta —dijo Deryn—. Todo el mundo comenta que fue la bestia quien se dio la vuelta porque se asustó.

Alek negó con la cabeza.

—Klopp puso el motor de babor marcha atrás y luego la aerobestia hizo lo apropiado.

—Parece que el *Leviathan* tiene más sentido común que sus oficiales.

—¿Has dicho que tuvieron una disputa? —preguntó la doctora Barlow—. ¿Te refieres a que cambiasteis de rumbo sin que os lo hubiesen ordenado?

—No había tiempo para esperar órdenes —dijo él.

Deryn dejó escapar un gruñido por lo bajo. No era de extrañar pues que Alek estuviese bajo arresto.

—Esto es un condenado motín —dijo ella en voz baja.

—Pero hemos salvado la nave.

—Sí, aunque no podéis desobedecer órdenes solo porque los oficiales se comportan de forma estúpida. ¡Especialmente en una batalla! Esto es una ofensa por la que te pueden incluso colgar!

Alek abrió mucho los ojos y la habitación quedó en silencio por un momento.

La doctora Barlow carraspeó.

—Por favor, no le diga cosas alarmantes a mi paciente, señor Sharp. No es más miembro de esta tripulación de lo que puedo ser yo y por lo tanto no está sujeto a su brutal autoridad militar.

Deryn reprimió una respuesta. Dudaba que el capitán Hobbes lo viese del mismo modo. Aquella había sido su preocupación desde que los clánkers habían subido a bordo, que pasasen por alto las órdenes del puente y pilotasen la nave a su antojo.

Cambiar el rumbo no se podía equiparar a hacer travesuras o aprender esgrima mientras se estaba de servicio. Aquello era un motín, simple y llanamente.

La científica se sentó remilgadamente en la única silla que había en el camarote y chasqueó los dedos para que Tazza se acercase.

—Veamos, Alek —dijo ella, dando unos golpecitos en el lomo rayado del tilacino—: dices que Klopp maniobró el motor. ¿De modo que «amotinarse» no fue idea tuya?

El chico se quedó pensando un momento.

—Creo que no.



—Entonces, por favor, explícame, ¿por qué estás bajo arresto?

—Porque, cuando el señor Hirst sacó la pistola, yo intenté arrebatarla.

Deryn cerró los ojos. Golpear a un oficial: otra ofensa merecedora de la horca.

—Un detalle por tu parte —añadió la doctora Barlow—. ¿Esta nave no llegaría muy lejos sin su profesor de mecánica, verdad?

—Y ahora ¿dónde está Klopp? —preguntó Alek.

—Creo que está en el calabozo —dijo Deryn.

—Y no trabajando en los motores y así se retrasará aún más mi misión —la doctora Barlow se puso de pie, y se alisó la falda—. No te preocupes por el profesor Klopp, Alek. Ahora que ya conozco todos los hechos, estoy segura de que el capitán entrará en razón.

La doctora entregó la correa a Deryn.



—Por favor, dé un paseo a Tazza y luego vaya a comprobar los huevos, señor Sharp. No confío en el señor Newkirk, especialmente ahora que su cabeza está hinchada como un melón —se dio la vuelta—. En realidad, preferiría que tú estuvieses vigilándolos, Alek. Por favor, mejórate pronto.

—Gracias, señora. Lo intentaré —dijo el chico—. Pero si no le importa, ¿podría quedarse Dylan un momento?

La científica se los quedó mirando a los dos y después sonrió.

—Por supuesto. Tal vez pueda entretenerte al señor Sharp con lo que sepa sobre ese... ¿cañón Tesla? Estoy un poco familiarizada con el inventor y parece un aparato de lo más interesante.

—Me temo que no sé mucho... —empezó a decir Alek, pero la doctora Barlow ya había salido por la puerta y se había ido.

Deryn se quedó unos momentos en silencio, sin saber por dónde empezar. ¿Por aquel aparato clánker que lanzaba rayos? ¿O explicándole que Newkirk se había quemado casi como una patata frita? ¿O con la posibilidad de que Alek fuese sometido a un consejo de guerra y colgado?

Entonces bajó la vista hacia los vendajes del muchacho y sintió un extraño sentimiento en su interior. Si la pistola hubiese apuntado unos pocos centímetros más arriba, Alek podría estar muerto.

—¿Duele mucho que te disparen? —preguntó.

—Como si me hubiese coceado una mula.

—Hummm. Yo nunca he sido tan bobo como para dejar que me cocean.

—Ni yo tampoco —Alek sonrió débilmente—. Pero se parece a algo así.

Los dos se quedaron en silencio otra vez, y Deryn se preguntó cómo era posible que las cosas se hubiesen complicado de aquella manera, tan rápido. Antes de que Newkirk hubiese avistado los acorazados, ella deseaba que Alek se quedara de alguna forma en el *Leviathan*. Pero ello no significaba que tuviese que quedar herido en la cama o atado con grilletes por un motín, o ambas cosas a la vez.

—Esta es la segunda vez que alguien me dispara —dijo Alek—. ¿Recuerdas aquellos artilleros en el zepelín?

Deryn asintió lentamente. Allí en los Alpes, aquel príncipe estúpido había ido a parar en medio de una batalla, justo delante de una metralleta. Solamente una fuga de hidrógeno le había salvado y los artilleros alemanes habían hecho volar en llamas su propia nave.

—Tal vez no estaba destinado a morir aquel día —dijo él—. Ni tampoco ayer noche.

—Sí, o tal vez lo que sucede es que eres rematadamente *afortunado*.

—Tal vez —dijo Alek—. ¿De veras crees que nos colgarán?

Deryn se quedó pensando un momento y a continuación se encogió de hombros.

—Me parece que no hay normas para algo así. Nunca antes habíamos tenido clánkers a bordo. Y además escucharán a la científica, gracias al apellido de su abuelo.

Alek hizo una mueca de nuevo. Deryn se preguntó si era por su herida o al recordar que la doctora Barlow estaba emparentada con el mismísimo Charles Darwin. Incluso después de encontrarse sirviendo en una aeronave viva, los clánkers continuaban siendo supersticiosos acerca de las cadenas de vida y la fabricación de especies.

—Ojalá nos hubiésemos amotinado —dijo Alek—. De este modo hubiésemos acabado con esta batalla sin sentido antes de que empezase. Klopp y yo pensamos en detener los motores y hacer que todo pareciera una avería.

—Bueno, pensar lo no es lo mismo que hacerlo —dijo Deryn, dejándose caer en la silla.

Ella misma había tenido ideas más disparatadas que un motín. Como contarle a Alek que era una chica, o darle a la doctora Barlow un bofetón. Eso último más de una vez. El truco era impedir que lo que estabas pensando se trasladase al mundo real.

—Y, de todas formas —prosiguió ella—, no he oído rumores sobre el asunto del motín, por lo tanto los oficiales deben de estar callados como una tumba. Tal vez el capitán quiere que te libres de esta sin parecer blando. Todo el mundo cree que fue la aerobestia quien nos hizo dar la vuelta por temor a aquel cañón clánker.

—En realidad, la bestia sí que nos hizo dar la vuelta. Debió de oler el relámpago

y sabía que todos arderíamos.

Deryn se estremeció de nuevo, como cada vez que pensaba en lo cerca que habían estado todos de morir. Aún podía ver el Huxley, ardiendo en el aire igual que el globo de papá.

—Pero Newkirk no está muerto —se dijo a sí misma en voz baja.

—¿Decías?

Deryn carraspeó. No quería terminar hablando con su voz chillona como la de una chica.

—Decía que los motores están apagados. Y que la aerobestia está un poco chiflada y cree que aún está escapando de aquella cosa Tesla. ¡Estamos a medio camino de África!

Alek lanzó un juramento:

—Creo que los acorazados aún están allí.

—¿Qué, en África?

—No, *dummkopf*, en Constantinopla —señaló el escritorio de la habitación—. Hay un mapa en aquel cajón. Si eres tan amable de acercármelo...

—Por supuesto, *Su Alteza* —dijo Deryn, alzándose para coger el mapa.

Muy propio de Alek, estar pensando en mapas y planes mientras se encontraba en la cama malherido, y además siendo culpable de un delito mayor.

Se sentó en la cama junto a él, alisando el rollo de papel. Estaba escrito en escritura clánker, pero vio que era el Mediterráneo.

—Los acorazados se dirigían al norte, hacia el mar Egeo —dijo Alek—. ¿Lo ves?

Deryn trazó el rumbo del *Leviathan* desde el sur de Italia con un dedo, hasta que encontró el lugar donde habían luchado contra el *Goeben* y el *Breslau*, justo al sur de Constantinopla.

—Sí, se dirigían hacia esta dirección —la muchacha señaló los Dardanelos y la estrecha franja de agua que conducía a la antigua ciudad—. Pero si los barcos se dirigen al norte, quedarán atrapados en el estrecho como una mosca en una botella.

—¿Y si planean quedarse allí?

Deryn negó con la cabeza.

—El Imperio otomano aún es neutral y los barcos en tiempo de guerra no pueden atracar en un puerto neutral. La doctora Barlow dice que solo se nos permite estar en Constantinopla durante veinticuatro horas. Debe de suceder igual para los alemanes.

—Aunque ¿no dijo también que los otomanos estaban furiosos con los británicos? ¿Por robarles su buque de guerra?

—Bueno, sí —afirmó Deryn y más tarde murmuró—, en realidad solo lo tomamos prestado.

No obstante, a decir verdad, había sido algo parecido a un robo. Gran Bretaña había construido un nuevo acorazado para la armada otomana, junto con una enorme

criatura que lo acompañaba, un nuevo tipo de *kraken*. Ya se había pagado tanto por el buque de guerra como por la criatura, pero, cuando la guerra empezó, el primer ministro del Ministerio de Marina decidió quedarse el navío y la bestia por lo menos hasta que el conflicto terminase.

Tanto si había sido tomar prestado como robar, aquello había causado un gran revuelo diplomático y por eso la doctora Barlow y el *Leviathan* tenían la misión de mediar en el conflicto. Y, de alguna forma, los misteriosos huevos guardados en la sala de máquinas estaban destinados a ayudar en todo ello.

—De modo que los otomanos podrán decidir que los acorazados se queden —dijo Alek—. Solo para vengarse de vuestro Lord Churchill.

—Bueno, eso haría que todo fuese un poco más complicado, ¿verdad?

Alek asintió.

—Significaría que aún habría más alemanes en Constantinopla. ¡Incluso podría provocar que los otomanos se inclinasen por el bando de los clánkers! El cañón Tesla del *Goeben* es bastante convincente.

—Desde luego, a mí me ha convencido —dijo Deryn.

No quería ni imaginarse compartir la misma ciudad con aquel aparato.

—¿Y qué sucedería si los otomanos cerrasen los Dardanelos a los navíos británicos?

Deryn tragó saliva. Los beligerantes osos del ejército ruso necesitaban montones de comida, la mayoría de la cual era transportada por barco. Si les cortaban el suministro de sus aliados darwinistas, los rusos pasarían un largo y hambriento invierno.

—¿Estás seguro de adónde se dirigían los acorazados?

—No. No aún.

El muchacho alzó su oscura mirada del mapa.

—Dylan, ¿podrías hacerme un favor? ¿Un favor secreto?

La muchacha tragó saliva.

—Depende de lo que sea.

—Tengo que entregar un mensaje.

# SEIS

—Maldito príncipe —murmuró, tirando de Tazza por los pasadizos de la aeronave.

Apenas había pegado ojo la pasada noche, primero cuidando de Newkirk y luego porque el tilacino necesitaba dar un paseo temprano. Y, por si fuera poco, Deryn aún tenía que ir a comprobar cómo estaban los preciados huevos de la doctora Barlow. Pero en lugar de atender sus obligaciones, allí estaba ella entregando mensajes secretos para los clánkers. Ayudando al enemigo en tiempo de guerra. ¿Y si aquello parecía un motín?

A medida que se acercaba al camarote, Deryn empezó a pensar en excusas y explicaciones: «Solo estaba preguntándole a nuestro amigo el conde si necesitaba algo». «¡Iba en misión secreta del capitán!». «Alguien tenía que vigilar a estos clánkers amotinados y esta era la mejor forma!». Todo aquello le sonaba rematadamente patético.

Sabía de sobras la razón real de por qué le había dicho que sí a Alek. Le había parecido tan indefenso echado allí, pálido y vendado, sin saber si iban a colgarle o no al día siguiente al amanecer, que se le hacía muy difícil ignorar cómo se sentía.

Deryn inspiró profundamente y dio unos golpecitos en la puerta del camarote.

Después de un prolongado instante, la puerta se abrió dejando ver a un hombre alto, vestido con uniforme. Se la quedó mirando altivamente, a ella y a Tazza, sin mediar una palabra. Deryn no sabía si debía hacer una reverencia, puesto que se trataba de un conde y todo eso. Sin embargo, Alek era un príncipe, un título que parecía más importante y nadie le hacía reverencias.

—¿Qué sucede? —finalmente preguntó el hombre.

—Encantada de conocerle, señor..., hum..., conde Volger. Soy el cadete Dylan Sharp.

—Sé quién eres.

—Vale. Porque Alek y yo hemos estado practicando esgrima y todo eso. Somos amigos.

—Eres el idiota que puso un cuchillo en el cuello de Alek.

Deryn tragó saliva, deseando que se le desenredase la lengua. Ella solo fingía que había capturado a Alek como rehén en los Alpes, para obligar a los clánkers a negociar en lugar de que les volasen la aeronave.

Pero bajo la imperativa mirada del hombre, la explicación no quería salir.

—Sí, era yo —consiguió articular—. Pero tan solo lo hice para atraer su atención.

—Pues lo conseguiste.

—¡Y además usé el filo romo del cuchillo, para más seguridad! —la muchacha miró a ambos lados del pasadizo—. ¿Me permite pasar?

—¿Por qué?

—Traigo un mensaje de Alek. Un mensaje secreto.

Al escuchar aquellas palabras, la faz pétreas del conde Volger cambió un poco. Arqueó su ceja izquierda y finalmente retrocedió un paso. Un momento después, ella y Tazza ya estaban dentro de la habitación, con el tilacino husmeando las botas del hombre.

—¿Qué es esta criatura? —preguntó el conde, dando otro paso hacia atrás.

—Oh, solo es Tazza. Es inofensivo —dijo Deryn y luego recordó los daños que había causado en el camarote de la científica—. Bueno, a menos que haya cortinas, que por lo que veo, no es el caso.

Deryn carraspeó, sintiéndose como una estúpida. Los modales fríos y altivos de aquel hombre habían hecho que empezase a balbucear.

—¿Puede repetir nuestras palabras?

—¿Qué? ¿Tazza hablar? —Deryn contuvo una risita—. No, no es un lagarto mensajero. Es una bestia natural, un tilacino de Tasmania. La doctora Barlow lo utiliza de compañero de viaje, aunque como usted puede ver, casi es de mi total responsabilidad. Pero, lo que decía, traigo un mensaje de...

Volger la hizo callar alzando una mano y a continuación miró los tubos de mensajes del camarote. Un lagarto estaba asomando la cabeza por uno de ellos y el conde dio una palmada para asustarlo.

—Estas cosas impías están por todas partes —murmuró—. Siempre escuchando.

Deryn puso los ojos en blanco. Los otros clánkers aún se ponían incluso más nerviosos con las bestias que el propio Alek. Daba la sensación de que pensasen que todo ser vivo de la aeronave iba a ir a por ellos.

—Sí, señor. Pero los lagartos solo transportan mensajes. No escuchan a escondidas.

—¿Y cómo puedes estar seguro de ello?

Bueno, aquella era una pregunta boba. Los lagartos mensajeros podían repetir fragmentos de conversación por accidente de vez en cuando, pues así lo habían comprobado hacía poco, cuando les había ofuscado aquel cañón Tesla. Pero aquello no era lo mismo que estar escuchando a escondidas, ¿verdad?

Entonces recordó que el conde Volger había fingido que no hablaba inglés cuando subió a bordo, con la esperanza de enterarse de algún secreto. Y de cómo la doctora Barlow había utilizado el mismo truco con los clánkers, fingiendo que no sabía nada de alemán. No era de extrañar pues que aquellos dos, que ya de por sí sospechaban de todo el mundo, y que además también les gustaba meter la nariz en todo, pensasen que todos los demás hacían lo mismo.

—Estos lagartos tienen el cerebro más pequeño que un cacahuete —dijo ella—. No creo que sean buenos espías.

—Tal vez no —el conde se sentó en su escritorio, que estaba cubierto de mapas y notas garabateadas, con una espada envainada a modo de pisapapeles—. ¿Y qué me dice de su cerebro, señor Sharp? ¿Es usted lo suficientemente inteligente para ser un espía, verdad?

—¿Quién yo? ¡Ya se lo he dicho, Alek me ha enviado aquí!

—¿Y yo cómo sé si es cierto? Ayer noche me informaron que Alek había sido herido en la batalla, pero no se me ha permitido verle ni a él ni al profesor Klopp. ¿Y ahora recibo este mensaje «secreto» de Alek, cortesía de un chico que anteriormente le había retenido como rehén?

—Pero él... —empezó Deryn y seguidamente lanzó un gruñido de frustración. Eso le sucedía por hacerles favores a los clánkers—. Él es mi amigo. *Él* confía en mí, aunque usted no lo haga.

—Demuéstrelo.

—¡Bueno, por supuesto que lo es! Me contó su pequeño secreto, ¿no es cierto?

El conde Volger se la quedó mirando con los ojos entornados un momento y después desvió la vista hacia la espada que estaba sobre la mesa.

—¿Su secreto?

—Sí. Él me contó quién... —empezó Deryn pero, poco a poco, se empezó a dar cuenta de algo.

¿Y si Alek nunca le había mencionado a Volger que se había ido de la lengua con ella? Descubrirlo ahora podría darle un buen sobresalto a aquel hombre.

—¿Usted lo sabe, su gran secreto?

El aire siseó cuando Volger se dio media vuelta y la luz del sol destelló sobre el acero, la silla rodó por el suelo en dirección a Tazza que tuvo que saltar para esquivarla. La espada de pronto estaba en la mano de Volger, extendida y apuntando con su fría y desnuda punta al cuello de Deryn.

—Dime qué secreto —ordenó el conde—. *Ahora*.

—¡Sobre sus padres! —farfulló—. ¡Su padre y su madre fueron asesinados, y eso fue lo que originó esta maldita guerra! ¡Y que es un príncipe o algo así!

—¿Quién más sabe esto?

—¡Solo yo! —chilló ella, pero el metal seguía punzándola—. Humm, y la doctora Barlow. ¡Pero nadie más, se lo juro!

El conde se la quedó mirando durante unos interminables momentos, con su mirada inquisitiva clavada fijamente en los ojos de Deryn. Tazza dejó escapar un sordo gruñido.

Finalmente el conde apartó el sable unos pocos centímetros.

—¿Por qué no han informado a su capitán?

—Porque le prometimos a Alek que no diríamos nada —Deryn se quedó mirando la punta de la espada—. ¡Creía que usted sabía que él nos lo había contado!

El conde Volger bajó la espada. Obviamente no lo había hecho.

—¡Bueno, pues no es culpa mía! —exclamó Deryn—. ¡Tal vez es que no confía en usted!

El hombre se quedó mirando al suelo.

—Tal vez.

—¡Y no tiene por qué cortar mi maldita cabeza!

Volger le dedicó una débil sonrisa mientras alzaba la silla volcada en el suelo.

—Tan solo era para captar su atención. Y he usado el borde romo. Seguro que le será fácil reconocer un sable de esgrima cuando ya ha visto uno.

Deryn alargó la mano y agarró la hoja del arma. Lanzó un juramento. Era el mismo sable con el que había estado practicando el día antes, no más afilado que un cuchillo de untar mantequilla.

El conde Volger se dejó caer en la silla pesadamente, moviendo la cabeza mientras limpiaba la espada con un pañuelo de bolsillo y a continuación la enfundaba de nuevo.

—Este chico acabará matándome.

—¡Por lo menos Alek confía en alguien! —dijo Deryn—. ¡El resto de ustedes, *dummkopfs*, están todos más locos que una jaula de grillos! Mintiendo y metiendo las narices y... asustándose de *lagartos mensajeros*. ¡Con todas sus intrigas, no es de extrañar que el mundo esté metido en una maldita gran guerra!

Tazza gruñó de nuevo y después emitió su extraño ladrido agudo, saltando sobre sus patas traseras. Deryn se arrodilló para calmarlo y para ocultar sus encendidos ojos al conde Volger.

—¿Alek está herido de veras? —preguntó Volger.

—Sí. Pero solamente es un rasguño en una costilla.

—¿Por qué no me dejan verle y tampoco a Klopp?

—Por lo que hizo el profesor Klopp durante la batalla —dijo Deryn, dando unos golpecitos a Tazza en los costados—. Hizo dar la vuelta a la nave justo antes de que disparasen el cañón Tesla, sin esperar a tener la aprobación del capitán.



«UN ALTERCADO».

Volger soltó un bufido.

—¿Y por eso es por lo que su capitán me ha mandado llamar? ¿Para discutir sobre la cadena de mando?

Ella se le quedó mirando.

—¡Tal vez crea que fue un motín: un delito castigado con la horca!

—Una idea absurda a menos que quiera que su nave vaya a la deriva para siempre.

Deryn inspiró profunda y lentamente y acarició a Tazza de nuevo. Era cierto, el *Leviathan* aún necesitaba a los clánkers y sus motores. Y ahora más que nunca, puesto que la aerobestia había empezado a hacer de las suyas.

—Creo que el capitán solo quiere hacerle una observación —dijo ella—. Pero no estoy aquí por eso.

—Ah, sí. Su mensaje secreto.

Deryn miró con dureza al conde.

—Bueno, tal vez a usted le dé igual de una forma u otra. ¡Pero Alek cree que aquellos dos acorazados se dirigen a Constantinopla, igual que nosotros!

Volger alzó una ceja al escuchar aquello y después señaló la silla caída.

—Siéntate, chico, y cuéntamelo todo.

# SIETE

—¿Habéis oido eso? —preguntó el cabo Bauer.

Alek se detuvo a escuchar mientras se limpiaba las manos en un trapo grasiento. En el aire vibró el rugido lejano de un motor al ponerse en marcha, primero con un petardeo y después con un rumor quedo y constante.

El muchacho observó fijamente la maraña de engranajes que tenía delante y dijo a sus hombres:

—Somos tres contra uno y, aun así, Klopp ha puesto en marcha su motor antes que nosotros.

—Detesto tener que decirlo, señor —Bauer mostró sus manos, negras de grasa—, pero vos y yo no somos de mucha ayuda.

—El jefe Hoffman dio al artillero una palmada en la espalda y se echó a reír.

—Un día de estos haré de usted un auténtico ingeniero, Bauer. Es él, quien no tiene remedio.

Echó una mirada al señor Hirst, que les observaba taciturno desde la riostra de la cápsula del motor, con las manos completamente limpias.

—¿Qué sucede? —preguntó el ingeniero.

Alek cambió al inglés.

—Nada, señor Hirst. Tan sólo que al parecer Klopp nos ha ganado.

—Eso parece —dijo el hombre, y volvió a quedarse en silencio.

Ya era bien entrada la tarde, y habían pasado menos de cuarenta y ocho horas desde el desafortunado encuentro con el *Breslau* y el *Goeben*. Alek, sus hombres Hoffman y Bauer, y Hirst habían sido asignados a la cápsula de estribor, mientras que el profesor Klopp estaba destinado a babor, escoltado por guardias armados y con Volger acompañándole como traductor.

Tras el incidente con la pistola de aire comprimido, se había decidido que Klopp y el señor Hirst no volverían a estar juntos en la misma cápsula. Alek no estaba escoltado por ningún guarda, pero sospechaba que aquello era debido solamente a los vendajes que protegían su costilla rota. Cada vez que levantaba una llave inglesa, se estremecía de dolor.

Pero al menos no habían encerrado a nadie en el calabozo. La doctora Barlow había sido fiel a su palabra y había convencido al capitán para que aceptase la realidad: sin la ayuda de Klopp la aeronave navegaría a la deriva. O algo peor, la enorme aerobestia podría arrastrarlos hacia el rumbo que ella misma eligiera.

La buena voluntad del capitán comportaba, sin embargo, algunas condiciones.

Los cinco austriacos deberían permanecer a bordo del *Leviathan* hasta que los darwinistas comprendieran completamente el funcionamiento de los nuevos motores, sin importar el tiempo que ello les llevase. Por consiguiente, Alek sospechaba que no desembarcarían en Constantinopla.

Media hora más tarde, el motor de estribor finalmente se puso en marcha. Cuando empezó a salir humo de los tubos de escape, el jefe Hoffman accionó los engranajes y la hélice comenzó a girar.

Alek cerró los ojos, deleitándose con el sonido continuo de los pistones. Tal vez todavía no se encontraban cerca de alcanzar la libertad, pero al menos la aeronave estaba entera de nuevo.

—¿Os encontráis bien, señor? —preguntó Bauer.

Alek inspiró profundamente el aire marítimo.

—Estoy contento por estar otra vez en camino.

—Sienta bien tener nuevamente un motor rugiendo bajo los pies, ¿verdad? —Hoffman señaló con la cabeza al señor Hirst—. Y quizás nuestro malhumorado amigo haya aprendido finalmente algunos trucos.

—Esperemos que sí —dijo Alek con una sonrisa.

Desde la batalla, Bauer y Hoffman le habían cogido manía al ingeniero jefe del *Leviathan*. Después de todo, ambos habían estado al lado de Alek desde la horrible noche en que sus padres habían muerto, y habían renunciado a sus carreras para protegerle. No se habían tomado nada bien que el señor Hirst les disparase a él y al profesor Klopp, al margen de si se habían amotinado o no.

Poco tiempo después, los dos motores funcionaban al unísono y el *Leviathan* puso rumbo hacia el norte de nuevo. La superficie del agua se deslizaba bajo ellos cada vez más deprisa, hasta que la aeronave dejó atrás a la escolta de gaviotas hambrientas y delfines curiosos.

El aire en movimiento olía de otra forma, pensó Alek. La aerobestia se había dejado llevar a la deriva la mayor parte del día, aprovechando la velocidad y dirección de los vientos y envolviéndolo todo en una tediosa calma. Pero ahora que tenían propulsión una vez más notaba el aire salado soplando sobre su rostro, cortante y lleno de vida, llevándose con él la sensación de encontrarse prisionero.

—Una de esas cosas parlanchinas —dijo Bauer frunciendo el ceño.

Alek se volvió y, al ver a un lagarto mensajero aproximándose por la piel de la aerobestia, suspiró. Seguramente sería un mensaje de la doctora Barlow pidiéndole que se ocupara de los huevos. Aunque, cuando el lagarto abrió la boca, habló con la voz del timonel jefe.

—El capitán desea poder contar con su compañía en el puente tan pronto como le sea posible.

Bauer y Hoffman miraron a Alek al reconocer la palabra inglesa para «capitán».

—Quiere verme tan pronto como me sea posible —tradujo, y Bauer soltó un bufido.

No era fácil bajar a toda prisa hacia la barquilla con una costilla rota.

No obstante, a Alek se le escapó una sonrisa mientras se limpiaba la grasa de las manos. Era la primera vez que alguno de ellos era invitado a visitar el puente. Desde que habían subido a bordo, sentía curiosidad por saber cómo los oficiales controlaban los distintos complementos interconectados de la aeronave: hombres, bestias fabricadas y máquinas. ¿Funcionaría como un acorazado terrestre alemán, con la tripulación del puente controlando directamente los motores y el cañón? ¿O quizás como un navío en el que se despachan las órdenes a la sala de calderas y a los puestos de artillería?

Alek se volvió hacia el señor Hirst.

—Le dejo al mando, señor.

El hombre asintió, algo rígido. No se había disculpado por haber disparado a Alek, y ninguno de los oficiales había admitido que Klopp había salvado la nave. De todas maneras, cuando aquella mañana comenzaron a trabajar, Hirst había vuelto del revés sus bolsillos sin mediar palabra para mostrar claramente que ya no llevaba ningún arma encima. Algo era algo.

Alek encontró a Volger esperándole en la escalera principal de la barquilla. Resultaba extraño ver las ropas de montar del conde manchadas de grasa y su cabello despeinado por el aire que generaba la hélice. De hecho, Alek no había visto a Volger desde la batalla. Ambos habían estado trabajando en los motores en todo momento desde que habían soltado a Alek.

—Ah, Su Alteza —dijo el conde, haciendo una reverencia con indiferencia—. Me preguntaba si también os habrían convocado a vos.

—Voy donde los lagartos me dicen que vaya.

Volger no sonrió, tan solo se dio la vuelta y comenzó a bajar las escaleras.

—Criaturas monstruosas. El capitán debe de tener noticias importantes, si se ha decidido finalmente a dejarnos ver el puente.

—Quizás quiera darnos las gracias.

—Sospecho que se trata de algo menos agradable —dijo Volger—. Algo que no quería que supiésemos hasta que hiciéramos funcionar de nuevo sus motores.

Alek puso mala cara. Como de costumbre, el conde trataba de encontrarle sentido a todo, aunque fuese a base de sospechas. Y vivir entre aquellas criaturas impías del *Leviathan* no había mejorado su estado de ánimo.

—Usted no confía demasiado en los darwinistas, ¿verdad? —quiso saber Alek.

—Vos tampoco deberíais.

Volger se detuvo y miró hacia ambos lados del pasillo.

Esperó hasta que un par de tripulantes hubieron pasado de largo e hizo que Alek bajase por las escaleras. Pasados unos instantes, llegaron a la cubierta inferior de la barquilla, iluminada únicamente por las luciérnagas de la nave.

—Las despensas de la nave están casi vacías —dijo Volger en un susurro—. Ni siquiera se molestan en vigilarlas.

—Ha estado espiando, ¿verdad? —sonrió Alek.

—Cuando no estoy reparando engranajes como un vulgar mecánico. Pero debemos hablar rápido. Ya me sorprendieron una vez.

—Bien, ¿y qué opina de mi mensaje? —preguntó Alek—. Esos acorazados se dirigen a Constantinopla, ¿no es cierto?

—Les revelasteis vuestra identidad —acusó el conde Volger.

Alek se quedó de piedra cuando aquellas palabras calaron en él. Parpadeó y se volvió. Le ardían los ojos por la vergüenza y frustración que sentía como cuando aún era un niño y el conde Volger lo golpeaba con su sable a placer. Carraspeó y recordó que el conde ya no era su tutor.

—Se lo ha contado la doctora Barlow, ¿verdad? Para mostrar que nos tiene bajo su control.

—No vais desencaminado. Pero es más simple que todo eso: a Dylan se le escapó.

—¿A Dylan? —Alek sacudió la cabeza con incredulidad.

—No se ha dado cuenta de que me ocultáis cosas.

—Yo no le oculto... —empezó a decir Alek, pero discutir aquello no tenía sentido.

—¿Es que os habéis vuelto loco? —dijo Volger en voz baja—. Sois el heredero al trono del Imperio austrohúngaro. ¿Por qué se lo habéis contado a vuestros enemigos?

—Dylan y la doctora Barlow no son mis enemigos —dijo Alek con firmeza, mirando fijamente a los ojos al conde Volger—. Y no saben que soy el heredero legítimo al trono. Nadie sabe nada acerca de la carta del Papa, excepto usted y yo.

—Gracias a Dios.

—Y en realidad no les dije quién soy, sino que la doctora Barlow dedujo por sí misma quiénes eran mis padres —Alek apartó la mirada de nuevo—. Aunque, lo siento, tendría que haberle contado que lo sabían.

—No. ¡Nunca deberíais haber admitido nada, sin importar lo que ellos pudieran deducir! Ese chico, Dylan, es un completo iluso. Es incapaz de mantener un secreto. Quizás penséis que es vuestro amigo, pero en realidad no es más que un campesino. ¡Y vos habéis puesto vuestro destino en sus manos!

Alek negó con la cabeza. Dylan podría ser solo un plebeyo, pero *era* su amigo. Además, ya había arriesgado su vida para mantener la identidad de Alek en secreto.

—Piense por un momento, Volger. Dylan se lo contó a usted, y no a uno de los

oficiales de la nave. Podemos confiar en él.

El hombre se acercó más en la oscuridad, su voz era apenas un susurro.

—Espero que tengáis razón, Alek, porque de lo contrario el capitán estará a punto de comunicarnos que sus nuevos motores nos llevarán de vuelta a Inglaterra, donde tendrán una jaula esperándenos. ¿Creéis que será agradable ser el rey títere de los darwinistas?

Alek no respondió de inmediato, reproduciendo en su mente todas las promesas sinceras que le había hecho Dylan. Entonces se volvió y empezó a subir las escaleras.

—No nos ha traicionado. Ya lo verá.

El puente era mucho más grande de lo que Alek imaginaba. Ocupaba todo el ancho de la barquilla y se curvaba suavemente en semicírculo a la altura de la proa de la aeronave. El sol del atardecer entraba a raudales por las ventanas, que casi llegaban al techo. Alek se aproximó a una de ellas. El cristal se inclinaba ligeramente hacia afuera, permitiéndole echar un vistazo directamente hacia el resplandeciente mar, que se deslizaba bajo ellos rápidamente.

En la ventana se reflejaba la docena de tubos que se enroscaban por el techo y que utilizaban los lagartos mensajeros. Otros surgían del suelo, como brillantes setas de bronce. En las paredes se alineaban palancas y paneles de control, y las aves mensajeras aleteaban en las jaulas que colgaban de una de las esquinas. Alek cerró los ojos un instante, escuchando el murmullo y la charla de hombres y animales.

Volger tiró de su brazo con suavidad.

—Estamos aquí para negociar, no para quedarnos embobado.

Alek adoptó una expresión más seria y fue tras Volger, pero siguió observando y prestando atención a todo lo que le rodeaba. Daba igual cuáles fuesen las noticias que fuera a darles el capitán, quería empaparse hasta el último detalle de aquel lugar.

En la parte delantera del puente se encontraba el timón principal, como los de los antiguos barcos de vela, tallado con el siniuso estilo de los darwinistas. El capitán Hobbes le dio la espalda al timón y les saludó con una sonrisa en el rostro.

—Ah, caballeros. Gracias por venir.

Alek siguió el ejemplo de Volger e hizo una leve reverencia al capitán, como la que se dispensa a un noble menor o de dudosa importancia.



—¿A qué debemos el placer? —preguntó Volger.

—Estamos en marcha de nuevo —dijo el capitán Hobbes—. Quería agradecérselo personalmente.

—Nos complace poderles ser de ayuda —dijo Alek, con la esperanza de que, por una vez, las sospechas del conde Volger fuesen infundadas.

—Pero también debo darles malas noticias —continuó el capitán—. Acabo de saber que Inglaterra y el Imperio austrohúngaro han entrado oficialmente en guerra —carraspeó y añadió—: Es lamentable.

Alek inspiró profundamente, preguntándose cuánto haría que el capitán sabía aquello. ¿Habría esperado a que hubieran reparado los motores para decírselo? Alek cayó en la cuenta entonces que Volger y él estaban manchados de grasa y vestidos como comerciantes, mientras que el capitán Hobbes lucía orgulloso su impecable uniforme azul. De repente, sintió odio hacia aquel hombre.

—Eso no cambia nada —dijo Volger—. No somos soldados, después de todo.

—¿De veras? —dijo el capitán, frunciendo el ceño—. A juzgar por los uniformes de sus hombres, se diría que pertenecen a la guardia de los Hausburgo, ¿me equivoco?

—No desde que dejamos Austria. Como le dije, tuvimos que huir por razones políticas —dijo Alek.

El capitán se encogió de hombros.

—Los desertores siguen siendo soldados.

Alek intentó controlarse.

—Mis hombres no son...

—¿Está diciendo que somos prisioneros de guerra? —le interrumpió Volger—. Si es así, haremos salir a nuestros hombres de las cápsulas de los motores y nos retiraremos a los calabozos.

—No se precipiten, caballeros —dijo el capitán Hobbes, alzando las manos—. Tan solo quería darles las malas noticias y rogarles que sean indulgentes. Esto me

pone en una situación incómoda, como entenderán.

—Para nosotros también resulta... incómodo.

—Por supuesto —dijo el capitán, ignorando el tono de Alek—. Preferiría que llegásemos a algún tipo de acuerdo. Pero traten de comprender mi posición. Nunca me han dicho quiénes son en realidad y ahora que nuestros países están en guerra, su situación se ha vuelto algo complicada.

El hombre aguardó con expectación, y Alek miró a Volger.

—Supongo que sí —dijo el conde—. Pero aun así preferimos seguir sin identificarnos.

El capitán Hobbes suspiró.

—Entonces me veré obligado a dirigirme al almirantazgo para recibir órdenes.

—Háganos saber lo que le ordenen —dijo simplemente el conde Volger.

—Por supuesto —el capitán se ajustó la gorra y se volvió hacia el timón—.

Buenos días, caballeros.

Mientras Volger hacía otra reverencia, Alek se volvió fríamente y se marchó, aún furioso por la impertinencia del capitán. Pero mientras regresaba en dirección a la escotilla, redujo un poco el paso, tan solo para escuchar unos segundos más el rumor del corazón de la aeronave.

Seguro que en el mundo había peores prisiones que aquella.

—Ya sabéis cuáles serán las órdenes que le dará el almirantazgo —murmuró Volger cuando llegaron al pasillo.

—Encerrarnos en cuanto pueda prescindir de nuestra ayuda —dijo Alek.

—Exacto. Ha llegado el momento de planear nuestra huida.

# OCHO

Aquella noche, mientras Alek contemplaba los huevos en la sala de máquinas, su mente vagaba a la deriva.

Eran unos objetos de apariencia tan insignificante... Y sin embargo, aquella gigantesca y magnífica aeronave se había abierto camino luchando por toda Europa para llevarlos hasta allí. ¿Qué habría en su interior? ¿Qué clase de criatura impía podría evitar que los otomanos entraran en guerra?

Los calentadores amontonados alrededor de los huevos emitían una luz tenue y, en la quietud de la nave, Alek sintió que el sueño se apoderaba de él. Se puso de pie y sacudió sus miembros para despertarse.

Eran las tres de la madrugada, hora de ponerse en marcha.

Al quitarse las botas, una punzada de dolor le recorrió el costado. Pero el dolor que sentía en las costillas era un mal menor que no iba a quitarle el sueño aquella noche.

Había estado discutiendo una hora con el conde Volger para hacerle entender la lógica de su plan. Klopp seguía estando bajo custodia, Bauer y Hoffman estaban ocupados con los motores y al conde Volger ya le habían sorprendido husmeando por allí una vez. Sería Alek quien se preocupara de encontrar una vía de escape.

Presionó una oreja en la puerta de la sala de máquinas y contuvo el aliento. Nada.

Descorrió el pestillo y abrió la puerta con precaución. Las lámparas eléctricas estaban apagadas. Los pasillos estaban iluminados tan solo con la tenue luz de las luciérnagas, un resplandor tan débil como la luz de las estrellas. Alek salió al pasillo, donde reinaba un profundo silencio, calzado únicamente con calcetines. Cerró la puerta tras de sí con cuidado.

Esperó unos instantes a que sus ojos se acostumbrasen a la oscuridad y se dirigió a las escaleras. Tenía que haber una escotilla de escape por alguna parte, una vía para que la tripulación pudiera abandonar la nave usando una cuerda o un paracaídas. Y la cubierta inferior de la barquilla era el lugar más lógico donde buscarla.

Ahora bien, Alek no tenía ni idea de dónde podría conseguir cinco paracaídas, o unos metros de cuerda. Tendrían que esperar a que la nave aterrizase en Constantinopla y más adelante usar el último lingote del oro de su padre para comprar su camino a la salvación.

Los peldaños no crujieron bajo su peso. La madera que usaban los darwinistas provenía de árboles fabricados: era más ligera que la madera natural y más resistente que el acero. La aeronave no crujía como un barco de vela, sino que, por el contrario,

parecía tan sólida como un castillo de piedra. El rumor lejano de los motores se veía reducido a un leve temblor bajo sus pies.

Alek se deslizó rápidamente por la cubierta central de la barquilla. Durante la noche, un guarda vigilaba la puerta del puente de mando, dos más vigilaban la armería y los cocineros estaban siempre en la cocina antes del alba. Pero tras los cinco días que la nave había pasado en el glaciar, las bodegas inferiores y las despensas estaban vacías y por tanto sin vigilancia.

Cuando se encontraba a medio camino del último tramo de escaleras, un ruido paralizó a Alek.

¿Sería un tripulante caminando por la cubierta superior? ¿O habría alguien detrás de él? Se volvió y miró escaleras arriba: nada.

Alek pensó en si en las aeronaves habría ratas. Incluso los acorazados de tierra podían verse infestados. ¿O quizás aquellos perros rastreadores de seis patas se dedicaban a buscar plagas lo mismo que a buscar fugas?

Se estremeció y siguió avanzando.

Cuando llegó al pie de las escaleras, Alek sintió bajo sus pies el frío suelo de la cubierta. El aire nocturno que circulaba justo por debajo en aquella altitud era pobre y casi gélido.

Allí abajo los pasillos eran más anchos, con dos raíles dispuestos en el suelo para las vagonetas de carga. A ambos lados había despensas abiertas, sumidas en la oscuridad. No había más que unas cuantas luciérnagas en su interior, reducidas a unos pocos puntos verdes en las paredes.

Volvió a oír el mismo sonido: el roce de unas botas sobre la madera. ¡Alguien le estaba siguiendo!

Con el corazón acelerado, Alek apretó el paso en dirección a la proa. Encontró unos pocos sacos de alimentos medio vacíos, pero no había sitio donde esconderse.

El pasillo terminaba ante una puerta cerrada. Alek se volvió y vio una silueta que se movía tras él. Por una décima de segundo consideró la posibilidad de entregarse y fingir que se había perdido. Pero ya habían sorprendido a Volger allí abajo una vez..., de modo que Alek franqueó rápidamente la puerta y la cerró tras de sí.

La habitación estaba oscura como la boca del lobo y un olor fuerte, como a paja vieja, flotaba en el aire. Se quedó allí en la oscuridad, respirando con dificultad. La habitación parecía pequeña y estar abarrotada, no obstante le dio la impresión de que el ruido que hizo la puerta al cerrarse había resonado.

A Alek le pareció escuchar un murmullo. ¿Se habría metido en un cuarto con literas lleno de aviadores durmiendo?

Esperó a que sus ojos se acostumbrasen a la oscuridad, deseando que su corazón dejara de martillearle en los oídos... Podía oírse la respiración de alguien, o de algo, allí dentro.

Durante unos terribles instantes, Alek pensó que tal vez a bordo del *Leviathan* había criaturas de las que Dylan no le había hablado. Monstruos, quizás. Recordó sus juguetes militares y las criaturas de combate que los darwinistas fabricaban a partir de las cadenas genéticas de reptiles gigantescos ya extinguidos.

—Eh, ¿hola? —susurró.

—¿Hola? —contestó alguien.

Alek tragó saliva.

—Oh, creo haberme perdido. Lo siento.

—¿Haberme perdido? —fue la respuesta. Las palabras sonaron vacilantes, y había algo inquietantemente familiar en aquella voz.

—Sí. Ahora me iba. Alek se volvió hacia la puerta y buscó a tientas el pomo. El metal chirrió un poco cuando lo hizo girar y Alek se quedó petrificado.

De pronto, la habitación se llenó de pequeños chirridos y quejas.

—Lo siento —dijo una voz, y luego otra susurró—: ¿Hola?

Los murmullos aumentaron en número y crecieron en intensidad. La habitación no debía de ser más grande que un armario, pero sonaba como si hubiera una docena de hombres despertándose a su alrededor. Murmuraban medias palabras con un parloteo nervioso y agitado.

¿Sería aquello el manicomio de la aeronave?

Al abrir la puerta de golpe, Alek se golpeó el pie. Aulló de dolor, y una sinfonía de voces furiosas le respondió. Más chillidos llenaron la oscuridad de la habitación, ¡era como si estuviese desatándose una pelea!

A través de la puerta entreabierta, un rostro verdoso se lo quedó mirando.

—¡Maldita sea! ¿Qué estás haciendo? —dijo el intruso.

—¡Maldita! ¡Maldita sea! —repitieron una docena de voces desde todas direcciones.

Alek abrió la boca para gritar, pero entonces el tono grave de un silbato flotó por toda la habitación. La cacofonía cesó de inmediato.

Una linterna de luciérnagas se alzó ante el rostro de Alek. Bajo su luz verdosa distinguió a Dylan, que le miraba fijamente, silbato en mano.

—Imaginaba que eras tú —susurró el muchacho.

—Pero... ¿qué son esas...?

—Calla, estúpido. Vas a hacer que las bestias empiecen de nuevo —Deryn lo empujó hacia dentro y se deslizó al interior de la habitación, cerrando la puerta tras ellos—. Tendremos suerte si los oficiales no han oído aún este jaleo.

Alek parpadeó, y a la luz de la lámpara de luciérnagas vio finalmente el montón de jaulas apiladas contra la pared. Estaban llenas de lagartos mensajeros, amontonados como cachorros en una tienda de mascotas.

—¿Qué es este lugar? —dijo, con un suspiro.

—Es el condenado cuarto de los lagartos, ¿no lo ves? —susurró Deryn—. Es donde el doctor Erasmus cuida de las bestias.

Alek tragó saliva, y sus ojos se posaron en un lagarto diseccionado que estaba clavado en una mesa. Entonces vio que el techo estaba cubierto con las grandes bocas de los tubos para mensajes, que se enredaban como las vías en una estación.

—Y es también una especie de punto de enlace, ¿verdad?

—Sí. El doctor Erasmus está al cargo de todo este embrollo: etiquetas de origen y destino, alertas de emergencia, despejar atascos de tráfico...



«ESCONDIDOS EN UNA SALA DE MENSAJEROS».

Alek contempló las docenas de pequeños ojos que le observaban, brillantes bajo la luz de las luciérnagas.

—No me imaginaba que pudiera ser tan... complicado.

—¿Y cómo crees que se las arreglan las bestias para encontrarte? ¿Por arte de magia? —dijo Deryn con un bufido—. Es una tarea difícil, incluso para un científico, sobre todo con la mitad de los lagartos aún aturdidos por culpa de ese rayo clánker. ¡Míralos, pobrecitos! ¡Y encima vienes tú a alborotarlos!

Algunos de los lagartos empezaron a murmurar, repitiendo las palabras de Deryn. Pero cuando el muchacho hizo sonar suavemente una nota grave con su silbato de mando, volvieron a callarse.

Alek miró a Deryn.

—No pasabas por aquí por casualidad, ¿verdad? —preguntó.

—No. No podía dormir. Ya sabes que la doctora Barlow no quiere que nos distraigamos el uno al otro cuando estamos a cargo de los huevos, y, bueno, pensé que si me dejaba caer a estas horas, ella no estaría.

—Pero yo no estaba allí —dijo Alek.

Deryn asintió.

—Y eso me pareció un tanto extraño. Así que pensé en echar un vistazo por ahí para ver por dónde andabas.

—No te ha llevado mucho tiempo encontrarme, ¿no?

—El jaleo que han organizado las bestias ha sido de gran ayuda, pero ya imaginaba que te encontraría aquí abajo, en las despensas —se acercó un poco más—. Estás buscando la forma de escapar, ¿verdad?

Alek sintió que la boca se le abría de par en par.

—¿De veras soy tan predecible?

—No. Pero yo soy muy inteligente —dijo Deryn—. ¿No te habías dado cuenta?

Alek pensó en aquello por unos segundos y esbozó una sonrisa.

—Claro que sí.

—Bien —Deryn pasó junto a él y se arrodilló a un paso del muchacho, frente a una pequeña escotilla que había al otro lado de la habitación—. Entonces ven por aquí, antes de que provoquemos que las bestezuelas se pongan a gritar de nuevo.

# NUEVE

Deryn fue el primero en descender a través de la escotilla, bajando por unos pocos travesaños incrustados en la pared inclinada.

Alek le pasó la linterna de luciérnagas, que arrojó luz hacia el interior de la cámara esférica. Ya había visto aquel lugar desde el exterior de la aeronave: una protuberancia redonda que sobresalía de la parte inferior de la barquilla. El espacio estaba ocupado casi por completo por lo que parecía un par de telescopios desiguales, uno más grande que el otro, y que apuntaban hacia el mar.

—¿Eso es un arma? —preguntó Alek.

—No. El más grande es una cámara de reconocimiento —dijo Deryn—. Y el más pequeño es una mira para detectar bombas aéreas y para la navegación. Pero no sirven de nada durante la noche, por lo que este sitio será lo suficientemente reservado.

—Y lujoso —dijo Alek. Bajó por la escalerilla y se acurrucó en una esquina, medio agachado bajo un engranaje gigante que estaba unido al costado de la cámara —. ¿No estamos justo debajo del puente de mando?

Deryn miró hacia arriba.

—Encima de nosotros está la sala de navegación y, sobre ella, el puente de mando. Pero estamos más seguros aquí que en la habitación de los lagartos mensajeros. ¡Tienes suerte de no haber hecho saltar las alarmas de toda la condenada aeronave!

—Habría sido una torpeza —dijo Alek, imaginándose a un ejército de lagartos corriendo en desbandada por los tubos de mensajes de la aeronave, chillando con su voz y despertando a la tripulación —. Supongo que soy un desastre de espía.

—Al menos has sido lo suficientemente inteligente para dejarte capturar por mí, y no por alguien a quien no le hiciese gracia alguna que anduvieses merodeando por allí —dijo Deryn.

—Dando tumbos, diría yo, más que merodeando —le corrigió Alek—. Pero gracias por no delatarme.

Deryn se encogió de hombros.

—Imagino que el deber de todo prisionero es escapar. Después de todo, vosotros los clánkers habéis vuelto a salvar la nave, y con esta ya van tres veces, ¡y aun así el capitán sigue tratándonos como si fueseis enemigos! Y todo porque Inglaterra ha declarado la guerra a tu tío abuelo. Creo que todo este asunto es un verdadero asco.

Alek sonrió. Al menos, en lo referente a la lealtad de Dylan, las sospechas de

Volger eran infundadas.

—De modo que me estabas buscando por eso, para que habláramos sobre cómo podemos escapar —dijo Alek.

—Para serte sincero, no es que esté deseando ayudarte, puesto que incluso para mí, sería algo demasiado parecido a la traición. Es solo que... —la voz de Deryn se quebró.

—¿Qué?

—Llegaremos a Constantinopla mañana al mediodía, así que pensé que pronto intentarías escapar y que esta podría ser la última ocasión en que pudiésemos hablar —se rodeó el cuerpo con los brazos—. Y tampoco he dormido mucho que digamos.

Alek intentó ver algo más en la oscuridad. Los delicados rasgos de Dylan parecían demacrados, incluso bajo la tenue luz de las luciérnagas. Su habitual sonrisa había desaparecido.

—¿Qué ocurre?

—Es por lo que le pasó a Newkirk. Me ha dejado commocionado.

—¿Commocionado? —Alek frunció el ceño. La forma tan particular que tenía Dylan de hablar en inglés volvía a confundirle—. Newkirk es el cadete cuyo Huxley se quemó, ¿verdad?

—Sí, y ha sido de un modo muy parecido... a lo que ocurrió cuando murió mi padre. Me ha provocado pesadillas.

Alek asintió. El chico nunca le había hablado mucho sobre la muerte de su padre. Tan solo que le habían perdido en un accidente y que Dylan había estado sin hablar con nadie durante todo el mes siguiente.

—No se lo habías contado nunca a nadie, ¿verdad?

Deryn asintió con la cabeza y se quedó en silencio.

Alek esperó, recordando lo difícil que le había sido también a él hablarle a Dylan acerca de la muerte de sus padres. En el silencio de la sala, podía oírse cómo el viento azotaba la proa de la aeronave, poniendo a prueba el ensamblaje y las juntas. Una ráfaga entró por la abertura por la que la cámara se asomaba al cielo nocturno y el aire frío se arremolinó alrededor de sus pies.

—Quiero decir que ya que vas a abandonar la aeronave de todos modos —dijo Deryn—, pensé que no te importaría que te lo contara.

—Por supuesto que puedes contármelo, Dylan. Después de todo, tú conoces muchos de mis secretos.

La muchacha asintió con la cabeza, pero se quedó de nuevo en silencio, con los brazos aún rodeando fuertemente su propio cuerpo. Alek inspiró lentamente pensando. Dylan jamás había temido explicarle lo que le rondaba por la cabeza. De hecho, el chico no parecía haber tenido miedo de nada nunca antes, y mucho menos de un recuerdo.

Quizás no quería que nadie lo viera de aquel modo, tan débil y... conmocionado.

Alek se quitó la chaqueta y cubrió con ella la linterna de luciérnagas. La oscuridad los deboró a ambos.

—Cuéntamelo —dijo amablemente.

Un instante más tarde, Deryn empezó a hablar.

—Mi padre pilotaba globos aerostáticos, ¿sabes?, incluso antes de que los respiradores de hidrógeno llegaran a ser tan grandes. Yo siempre volaba junto a él, así que estuve allí cuando ocurrió. Aún estábamos en el suelo y los quemadores estaban encendidos llenando la envoltura de aire caliente. Entonces se produjo una gran explosión de calor, como cuando abres la puerta de una caldera. Uno de los tanques de queroseno...

La voz de Dylan se había ido volviendo más suave de forma gradual, como la de una chica, y ahora se había apagado por completo. Alek se acercó más y rodeó al muchacho con el brazo hasta que empezó a hablar de nuevo.

—Fue exactamente lo mismo que le ocurrió a Newkirk. El fuego se propagó hacia arriba con rapidez, hasta que todo el globo empezó a arder sobre nosotros. El calor nos hizo ascender hacia el cielo. Los cables aguantaron, aunque también estaban ardiendo. Y entonces mi padre me sacó a empujones de la barquilla.

—Así que te salvó la vida.

—Sí, pero eso fue lo que le mató. Sin mi peso, las cuerdas se rompieron, todas a la vez: sonó como cuando haces crujir los nudillos, y el globo de mi padre salió despedido con un estruendo.

Alek contuvo el aliento. Recordó nuevamente el zepelín alemán sobre los Alpes, cayendo justo ante él después de que el fuego de las ametralladoras prendiera el hidrógeno. Aún podía oír el sonido de la nieve convirtiéndose en vapor bajo los restos de la aeronave y los débiles gritos que provenían del interior de la barquilla.

—Todo el mundo vio cómo me salvó —dijo Deryn a la vez que se llevaba la mano al bolsillo—. Le dieron una medalla por ello.

Extrajo una pequeña condecoración, una cruz redonda de plata que pendía de una cinta azul celeste. En la oscuridad Alek solo pudo apreciar que tenía el rostro de Charles Darwin grabado en el centro.

—Es la Cruz del Mérito Aéreo, el mayor distintivo que se puede conceder a un civil por sus acciones en el aire.

—Debes de estar orgulloso.

—Durante aquel primer año, cuando no podía dormir, solía contemplarla durante la noche. Creí que las pesadillas se habían terminado para siempre, hasta que ocurrió lo de Newkirk —Deryn miró a Alek—. Quizás tú sepas por qué vuelven a aparecer... Por lo que ocurrió con tus padres.

Alek asintió, contemplando la medalla sin saber qué decir. Por supuesto que aún

tenía pesadillas, pero la muerte de sus padres había tenido lugar en el lejano Sarajevo, y no delante de sus ojos. Incluso sus peores pesadillas no podían compararse al horror que Dylan había descrito.

Entonces recordó el momento en que el cañón Tesla había disparado contra el *Leviathan*, y el miedo a que todo se viera envuelto en llamas.

—Creo que demuestras ser muy valiente al servir en esta aeronave.

—Sí, o estar muy loco —los ojos de la chica brillaban bajo la luz trémula de la linterna de luciérnagas que había bajo la chaqueta de Alek—. ¿No crees que es una locura? ¿Parece como si estuviese intentando morir quemado como le pasó a él?

—No seas absurdo. Estás honrando a tu padre. Es lógico que quieras estar a bordo de esta nave. Si yo no fuese... —hizo una pausa—. Es decir, si las cosas fueran distintas, yo también querría estar aquí —dijo Alek.



—¿De veras?

—Bueno, quizás es una tontería. Pero, en estos últimos días, es como si algo estuviera cambiando dentro de mí. Todo lo que conocía está vuelto del revés. En ocasiones es como si estuviera... enamorado...

Deryn sintió cómo su cuerpo se tensaba junto a Alek.

—Sé que parece una estupidez —dijo Alek rápidamente—. Obviamente es bastante ridículo.

—¿Acaso estás diciendo que...? Quiero decir que, si las cosas fuesen distintas... Si yo fuera... ¿O es que ya lo has adivinado? —Deryn dejó escapar un gruñido—.

—¿Qué es exactamente lo que quieres decir?

Alek hizo un gesto con la cabeza.

—Quizás lo estoy planteando de una manera estúpida. Pero es casi como si... me hubiera enamorado de tu aeronave.

—Estás enamorado del *Leviathan* —dijo Deryn despacio.

—Lo siento justo así —Alek se encogió de hombros—. Como si este fuera mi lugar.

Deryn soltó una extraña risa ahogada mientras se guardaba la medalla en el bolsillo.

—Vosotros los clánkers estáis fatal de la chaveta —murmuró.

Alek retiró el brazo de los hombros del muchacho, frunciendo el ceño. Dylan siempre hablaba acerca de cómo las especies de la aeronave estaban relacionadas entre sí y cómo se sustentaban las unas a las otras. Seguro que él lo podría entender.

—Dylan, tú sabes que siempre he estado solo. Nunca he tenido compañeros de clase, solo tutores.

—Sí, porque eres un condenado príncipe.

—Pero a causa de la sangre de mi madre, apenas soy eso siquiera. Nunca me he mezclado con plebeyos y el resto de mi familia siempre ha querido que desapareciera. Pero aquí, en esta aeronave...

Alek entrelazó sus dedos, buscando las palabras adecuadas.

—Este es un lugar en el que encajas —dijo Deryn simple y llanamente—. Donde puedes ser tú mismo.

Alek sonrió.

—Sí. Sabía que lo comprenderías.

—Sí, por supuesto —Deryn se encogió de hombros—. Tan solo pensaba que quizás querías decir algo más, eso es todo. Yo siento lo mismo que tú... por este barco.

—Pero a ti no te consideran un enemigo, ni tienes que ocultar quién o qué eres en realidad —dijo Alek con un suspiro—. Para ti es mucho más simple.

Deryn rio con amargura.

—No es tan sencillo como tú crees.

—No me refiero a que tú seas simple, Dylan. Solo que al menos no tienes secretos que ocultar. Nadie está intentando echarte de esta nave para luego encadenarte.

Deryn negó con la cabeza.

—Eso díselo a mi madre.

—Oh, de acuerdo —Alek recordó que la madre de Dylan no quería que se alistara en el Ejército—. En ocasiones, las mujeres pueden comportarse como unas auténticas lunáticas.

—En mi familia son algo más lunáticas que la mayoría —dijo Deryn a la vez que apartaba la chaqueta de Alek de la linterna de luciérnagas—. Están llenas de ideas estúpidas y lunáticas como no te haces una idea.

Bajo el súbito halo de luz verdosa, Alek vio que el rostro de Deryn ya no estaba triste. Sus ojos tenían su chispa habitual, pero había en ellos un destello de ira. Le lanzó la chaqueta a Alek.

—Ambos sabemos que no puedes quedarte a bordo de esta nave —dijo Deryn en voz baja.

Alek le sostuvo la mirada un instante y asintió. A partir del momento en que los darwinistas comprendieran el funcionamiento de sus nuevos motores, no se le permitiría servir más en el *Leviathan*. Le llevarían a él y a sus hombres hacia Inglaterra para tenerlos a buen recaudo, tanto si averiguaban o no quién era en realidad.

Tenía que escapar.

—Supongo que debería seguir merodeando por aquí.

—Sí, deberías. Subiré y vigilaré los huevos en tu lugar. Pero vuelve antes del amanecer o la doctora pedirá nuestras cabezas —se ofreció Deryn.

—Gracias —repuso Alek.

—Solo podemos quedarnos en Constantinopla durante veinticuatro horas. Tendrás que encontrar lo que sea que estés buscando esta noche.

Alek asintió, sintiendo cómo el corazón le latía algo más rápido. Extendió la mano.

—En caso de que no volvamos a hablar, espero que sigamos siendo amigos, ocurra lo que ocurra. Las guerras no duran para siempre.

Deryn contempló la mano que le ofrecía y asintió.

—Sí, amigos —dijo poniéndose en pie—. Quédate con esa linterna. Puedo encontrar el camino a oscuras.

Se volvió y ascendió por la escalerilla hacia la oscuridad, sin mediar palabra.

Alek se miró la mano, preguntándose por unos instantes qué había ocurrido, por qué Dylan se había mostrado tan frío de repente. Quizás el chico había dejado salir a la luz sus sentimientos mucho más de lo que pretendía. O quizás Alek había dicho algo que estaba fuera de lugar sin darse cuenta.

Suspiró. No había tiempo para pensar en ello. Debía seguir buscando sin ser visto. Una vez que el *Leviathan* pusiera rumbo hacia Gran Bretaña no tendría otra oportunidad para escapar. Tenía que abandonar la nave en menos de dos días.

Alek cogió la linterna de luciérnagas y se dirigió a la escotilla.

# Diez

Deryn no había visto nunca antes una ciudad clánker.

Constantinopla pasaba deslizándose bajo ella, con sus colinas desbordantes de civilización. Palacios de piedra blanquecina y mezquitas rematadas por grandes cúpulas se apiñaban junto a edificios modernos, algunos de hasta seis pisos de altura. Dos estrechos brazos de brillantes aguas dividían la ciudad en tres partes, y hacia el sur se extendía un mar en calma salpicado de incontables barcos mercantes, de vela o de vapor, en los que ondeaban una docena de banderas diferentes.

Una cortina de humo proveniente de las innumerables fábricas y motores lo cubría todo, ocultando a los caminantes que iban y venían por las estrechas calles. En aquel aire viciado no se movía ningún pájaro mensajero, tan solo algunos biplanos y girotópteros pasaban rozando los tejados y esquivando las agujas de piedra y las erizadas antenas aéreas de transmisiones.



Resultaba extraño imaginar que Alek pudiera provenir de un lugar como aquel, lleno de máquinas y de metal, sin apenas vida salvo por los seres humanos y las chinches que los infestaban. De hecho, resultaba aún más extraño pensar en Alek justo en aquel momento. Se había portado como una auténtica mema la noche anterior, contando idioteces sobre el accidente de su padre y luego confundiendo las confidencias que Alek le había hecho con algo más de lo que eran en realidad.

Qué boba había sido al imaginar por un momento que un maldito príncipe podría verla a ella de aquella forma. Alek ni siquiera sabía cuál era su verdadero nombre. ¿Y si averiguaba de algún modo que ella era una chica disfrazada con la ropa de un

chico? Pondría tierra de por medio.

Afortunadamente, era Alek quien planeaba escaparse en cualquier caso. En algún momento de aquella misma noche, él y sus amigos clánkers huirían por aquella ciudad enorme y humeante y se irían para siempre. Entonces se habría terminado el actuar como una chica de pueblo, retorciéndose las manos en el regazo cada vez que se acercaba un chico determinado. No, Deryn Sharp no tendría un destino tan patético y tan poco soldadesco.

El *Leviathan* volaba raso sobre el agua y Newkirk se inclinó más sobre la gran ventana que había en la cantina de los cadetes, mirando hacia abajo con los ojos bien abiertos. Sin duda, estaba examinando aquel bosque de mástiles y chimeneas que se extendía bajo ellos en busca del *Goeben* y el eje de su mortífero cañón Tesla.

—¿Has visto algún barco alemán? —preguntó nervioso.

Deryn negó con la cabeza.

—Tan solo unos pocos mercantes y un carguero de carbón. Ya te dije que aquellos acorazados se habrían ido hace mucho.

Pero Newkirk, que se había ajustado fuertemente la gorra del uniforme de gala sobre su cabello chamuscado, no parecía del todo convencido. El mar bajo ellos se extendía hasta los Dardanelos, y había muchos rincones y recovecos donde un acorazado podía ocultarse. El *Leviathan*, después de todo, había llegado a Constantinopla sobrevolando el continente para no arriesgarse a un nuevo encuentro con aquellos acorazados clánkers y sus cañones de rayos.

—¡Cadetes Sharp y Newkirk! —llegó una voz desde la puerta—. Debo admitir que ambos están de lo más elegantes.

Deryn se volvió e hizo una leve reverencia a la científica, sintiéndose de lo más incómoda al vestir su uniforme de gala. Únicamente lo había llevado puesto una vez, en la ceremonia de juramento. El sastre que lo había hecho para ella en París seguramente se habría preguntado por qué una niña boba armaba tanto lío solo por un disfraz para un baile.

Ahora, un mes más tarde, la elegante chaqueta le quedaba estrecha sobre los músculos de sus hombros, y la camisa estaba acartonada como el alzacuello de un vicario.

—Para serle sincero, señora, me siento un poco como un pingüino —dijo Newkirk, ajustándose el nudo de su corbatín de seda.

—Puede ser —dijo la doctora Barlow—, pero debemos tener un aspecto respetable ante el embajador Mallet.

Deryn se volvió hacia la ventana con un suspiro. Las bodegas estaban vacías y solo contaban con veinticuatro horas para abastecer toda la nave. Parecía de lo más absurdo llevar con ellos a los diplomáticos al Gran Bazar, sobre todo si ello implicaba tener que vestir de etiqueta. La doctora Barlow se había puesto las ropas de montar,

como si fuera una duquesa en una cacería del zorro.

—¿Cree que encontraremos carne encurtida en Constantinopla? —preguntó Newkirk, esperanzado.

—Es-tam-bul —dijo la doctora Barlow, haciendo chasquear la fusta contra su bota para marcar cada silaba—. Así es como debemos recordar llamar a esta ciudad. De lo contrario ofenderemos a los nativos.

—¿Estambul? Pero en todos los mapas figura como Constantinopla —dijo Newkirk, frunciendo el ceño.

—Figura así en *nuestros* mapas. Usamos ese nombre para honrar a Constantino, el emperador cristiano que fundó la ciudad. Pero sus habitantes la han llamado Estambul desde 1453 —explicó la científica.

—¿Cambiaron el nombre ya hace cuatrocientos años? —Deryn se volvió nuevamente hacia la ventana—. Quizás sea hora de cambiar nuestros condenados mapas.

—Sabias palabras, señor Sharp —dijo la doctora Barlow, y añadió en voz baja—: Me pregunto si los alemanes habrán cambiado los suyos.

El *Leviathan* aterrizó en un aeródromo polvoriento de una milla de ancho que se encontraba en el lado oeste de la ciudad.

En el centro de la pista se elevaba una torre de amarre, como un faro en medio de un mar de hierba. No era muy diferente a la que había en Wormwood Scrubs. Deryn imaginó que cualquier aeronave, fuera darwinista o clánker, debía de protegerse de los vientos de la misma manera. Las docenas de soldados de tierra parecían ciertamente expertos mientras se afanaban en recoger los cabos de aterrizaje, con sus heces rojas destacando sobre el verde de la hierba.

—El señor Rigby dice que practican mucho con las aeronaves alemanas. Y que deberíamos estudiar su técnica —dijo Newkirk.

—Podríamos, si estuviéramos más cerca —dijo Deryn.

Se moría por estar allí abajo ayudándoles o al menos trabajando con los aparejadores que estaban en la parte superior de la nave. Pero la doctora Barlow había advertido a los dos cadetes que no debían ensuciarse los uniformes.

Por encima de ellos se oía el ruido de los motores, que estaban situando la nave de cara al viento. Incluso Alek y sus amigos clánker estaban haciendo un trabajo digno.

Diez minutos después, el *Leviathan* estaba asegurado por una docena de cabos, cada uno sujetado por una decena de hombres. El morro de la aerobestia estaba apretado contra la torre de amarre y sus enormes ojos grises estaban cubiertos con unas anteojeras.

Deryn puso mala cara.

—Nos han hecho amarrar un poco alto. ¡Aún estamos a cincuenta pies del suelo!

—Todo según lo planeado, señor Sharp —dijo la doctora Barlow, a la vez que señalaba a lo lejos con su fusta de montar.

Deryn alzó la vista en aquella dirección y entonces contempló boquiabierta lo que estaba saliendo de entre los árboles.

—¡No sabía que los países clánker tuvieran elefantinos! —gritó Newkirk.

—Eso no es una bestia. Es un maldito *caminante* —dijo Deryn.

La máquina avanzaba pesadamente sobre unas patas enormes. Sus colmillos se balanceaban de un lado a otro mientras se movía. De sus ancas sobresalían unas sillas de montar en las que estaban sentados cuatro pilotos vestidos con uniformes azules que controlaban cada uno los mandos de una pata distinta. Una trompa mecánica, dividida en una docena de segmentos de metal, se movía lentamente de un lado a otro, como la cola de un gato dormido.

—Debe de tener cincuenta pies de altura. ¡Es más grande incluso que un elefantino de verdad! —exclamó Newkirk.

Cuando el caminante dejó atrás los árboles, la luz del sol impactó sobre él por completo, haciendo que su piel de acero bruñido brillara como un espejo. La plataforma que había sobre su lomo estaba cubierta con un parasol que tenía una forma parecida a las capuchas de los halcones bombarderos. Había un puñado de hombres uniformados de pie en la plataforma, y un quinto piloto sentado elevado en la parte frontal, ocupándose de la trompa. Las grandes orejas de metal del elefante se agitaban despacio, moviendo los brillantes tapices que colgaban de sus costados.

—Como pueden ver, el embajador sabe viajar con estilo —dijo la doctora Barlow.

—Sé que no podemos usar bestias en tierra clánker, entonces ¿por qué hacer un caminante con el aspecto de un animal? —dijo Deryn.

—La diplomacia se basa por completo en los símbolos —explicó la doctora Barlow—. Los elefantes simbolizan la realeza y el poder. Según la leyenda, un elefante predijo el nacimiento del profeta Mahoma y las máquinas de guerra del propio sultán se hacen con esa misma forma.

—¿Todos los caminantes de este lugar tienen apariencia de bestias? —preguntó Newkirk.

—La mayoría sí —dijo la científica—. Puede que nuestros amigos otomanos sean clánkers, pero no han olvidado la red de vida que nos rodea. Por esta razón aún tengo esperanzas puestas en ellos.



«ATRACANDO JUNTO AL DAUNTLESS».

Deryn frunció el ceño, pensando por un instante en los misteriosos huevos que había en la sala de máquinas. ¿Qué significarían las criaturas que albergaban en su interior?

Pero no había mucho tiempo para hacerse preguntas. Al poco, el elefante de metal estaba justo junto a la barquilla de la aeronave, con una pasarela desplegada entre ambos.

—Sean elegantes, caballeros —dijo la doctora Barlow—. Vamos a subir a un elefante.

# ONCE

El *howdah*, que así era como el embajador había llamado a la plataforma del *Dauntless*, se movía de forma parecida a una pequeña barca en el mar. Se balanceaba de un lado a otro al paso del elefante, aunque el movimiento era constante y predecible, pero no lo suficiente para que Deryn se marease. Newkirk, por supuesto, era un caso aparte.

—No entiendo por qué tenemos que ir montados en este cacharro —dijo. Su rostro se volvía más pálido a cada paso—. ¡Nos alistamos en las Fuerzas Aéreas, no en el Ejército de Elefantes!

—Ni tampoco en el cuerpo diplomático —murmuró Deryn.

Después de ser presentados, el embajador y sus ayudantes habían ignorado a los dos cadetes. Ahora estaban hablando con la doctora Barlow en francés, algo bastante ridículo dado que todos eran ingleses, pero, según ellos, aquella era la lengua de la diplomacia. Y, hasta donde Deryn había podido entender, nadie había dicho una sola palabra sobre el transporte de las provisiones.

Se preguntaba cómo podría transportar el *Dauntless* todos los suministros que la aeronave necesitaba. De todos modos, no había mucho espacio en el *howdah*, decorado con tapices y borlas, por lo que resultaba demasiado elegante para cargar montones de cajas. Supuso que la máquina podría arrastrar un trineo o un vagón, igual que un elefantino de verdad, pero no había ninguno a la vista. Quizás cuando llegaran al Gran Bazar...

—¿Os importa si os hago unas preguntas, muchachos?

Deryn se volvió. El hombre que había interrumpido sus pensamientos no vestía como un diplomático. De hecho, llevaba los pantalones hechos jirones, la chaqueta tenía parches en los codos y su sombrero era una masa informe sobre su cabeza. Una pesada cámara colgaba de su cuello, y llevaba una especie de rana posada sobre el hombro.



El embajador lo había presentado como reportero de un periódico de Nueva York, así que Deryn supuso que su extraño acento debía de ser americano.

—Será mejor que se las haga a la científica —dijo Newkirk—. A los cadetes no se nos permite tener opinión.

El hombre se echó a reír, se inclinó hacia delante y dijo en voz baja:

—Entonces será algo extraoficial. ¿Hay alguna razón en particular para que vuestra aeronave esté en Estambul?

—Se trata tan solo de una visita de cortesía —Deryn señaló al embajador con la cabeza—. Diplomacia y todo eso.

—Oh —dijo el hombre, y se encogió de hombros—. Y yo que creía que era porque no dejaban de llegar alemanes a la ciudad.

Deryn enarcó una ceja y miró a la rana toro. Tenía la pinta de cerebrito que tenían las ranas de memoria, la clase de bestia que se usaba para grabar un proceso en los tribunales o una sesión del parlamento. Decidió tener mucho cuidado con lo que decía.

—Ingenieros en su mayoría —continuó el reportero—. Están construyendo toda clase de cosas. De hecho, acaban de terminar un nuevo palacio para el sultán.

—Sí, la científica ha de visitarlo mañana —dijo Newkirk.

Deryn le hizo callar con un codazo en las costillas y entonces se volvió hacia el reportero.

—¿Cómo dijo que se llamaba, señor?

—Eddie Malone, del *New York World*. Y por favor, no me llames «señor» —dijo, y le ofreció su mano de nuevo con una sonrisa—. Por supuesto, no te preguntaré tu nombre, ya que todo esto es extraoficial.

Deryn estrechó la mano del reportero, preguntándose si no estaría cargado de tonterías él también. Cuando el embajador les había presentado, había visto al reportero garabateando todos sus nombres en su maltrecho bloc de notas. También había tomado fotografías con una vieja cámara igual de maltrecha y equipada con la luz de una luciérnaga fabricada que estaba en su aparato de *flash*.

Los americanos eran unos tipos muy extraños, ni clánkers ni darwinistas. Experimentaban con las dos modalidades, mezclando ambas tecnologías si veían que encajaban. Todo el mundo creía que se quedarían fuera de la guerra, a menos, claro, que alguien fuera lo suficientemente estúpido como para arrastrarlos a ella.

—También hay oficiales alemanes por aquí —dijo Malone señalando a los guardas que estaban apostados en posición de firmes ante las puertas del aeródromo, a las que se estaban acercando cada vez más. En lugar de feces rojas llevaban yelmos puntiagudos, algo parecidos al casco de piloto de Alek.

—¿Aquellos de allí son alemanes? —preguntó Newkirk alarmado.

—No, son soldados otomanos. Pero miradlos. Solían llevar uniformes más coloridos hasta que el mariscal de campo los vistió de gris, como auténticos clánkers —dijo el reportero.

—¿Y aquel quién es? —preguntó Deryn.

—El mariscal de campo Liman von Sanders. Un tipo alemán y buen amigo del Káiser. Los otomanos lo nombraron jefe del Ejército aquí, en Estambul. Vuestros amigos, los diplomáticos, han armado un gran revuelo al llegar y, claro, se ha retirado —Malone empezó a pavonearse y a dar zancadas de forma muy cómica por todo el *howdah*—. ¡Pero no sin antes ponerlos a desfilar a todos como alemanes!

Deryn miró a Newkirk. Decididamente, aquel hombre estaba majareta.

—¿Los otomanos han puesto a un alemán al mando de su condenado Ejército?

Malone se encogió de hombros.

—Quizás se hayan cansado de que les mandoneen unos y otros. Los franceses y los británicos eran los que cortaban el bacalao aquí, pero ya no. Supongo que habrás oído hablar del *Osman*.

Deryn asintió con precaución.

—Sí, la nave que Lord Churchill tomó prestada.

—«¿Prestada?» —Malone hizo chasquear la lengua y garabateó en su bloc de notas—. Eso puede serme útil.

Deryn murmuró entre dientes, maldiciéndose por ser tan mema.

—Así que esa debe de ser la gran noticia por aquí.

—¿Noticia? ¡No se habla de otra cosa en Estambul! El sultán está medio arruinado, ¿sabéis?, así que ese acorazado se compró con el dinero que aportó el pueblo. Las abuelas vendieron sus joyas y entregaron el dinero. Los niños rompieron sus huchas y compraron títeres de sombras chinescas de la criatura que lo acompañaba. ¡Todo el mundo en este Imperio posee una parte de esa nave! O la poseía, hasta que vuestro Lord Churchill se la quedó.

Aquel hombre tenía una sonrisa maníaca y la rana toro sobre su hombro estaba presta a memorizar cualquier cosa que ella dijera.

Deryn carraspeó.

—Supongo que estarán algo molestos, ¿verdad?

Malone señaló con la cabeza las puertas del aeródromo que ya se abrían ante ellos y chupó la punta de su lápiz.

—Pronto lo comprobaréis por vosotros mismos.

Tras las puertas se extendía una ancha avenida que conducía hacia la ciudad. A medida que el caminante avanzaba pesadamente, las calles cada vez estaban más concurrencias; los edificios eran tan altos como el *howdah*. Personas y carretillas se movían de aquí para allá entre escaparates llenos de alfombras y platos, todo ello decorado con complicados dibujos geométricos que mareaban a Deryn. Las aceras estaban atestadas de tenderetes en los que vendían montones de frutos secos, fruta desecada o carne que se asaba en brochetas que daban vueltas. Había especias en polvo en montones de color rojo óxido o amarillo, y otras de color verde intenso contenidas en bolsas tan grandes como sacos de alimentos. Los ricos y desconocidos aromas se alzaban en el aire penetrando a través del olor de los motores, tan intensos que casi podía saborearlos en la boca, como el aire dentro de un invernadero de fabricación.

Deryn vio entonces para qué servía la trompa del caminante. A medida que la máquina avanzaba pesadamente entre la multitud, su trompa se movía grácilmente de un lado a otro, apartando a los transeúntes de su camino. El piloto del *howdah* movía los dedos con habilidad sobre los controles, apartando los carros hacia los lados. Incluso salvó el juguete que un niño había perdido de ser aplastado por las enormes patas del caminante.

Otros caminantes arrastraban vagones por las calles. La mayoría tenían la apariencia de camellos o asnos, pero también se encontraron con uno que tenía forma de una criatura con cuernos. Eddie Malone les explicó que se trataba de un búfalo de agua. Un escarabajo de metal tan grande como un ómnibus transportaba pasajeros entre las multitudes.

En una callejuela estrecha, Deryn vio un par de caminantes construidos casi con

la apariencia de un hombre. Eran casi tan altos como el *Dauntless*, con piernas rechonchas, brazos largos y sin rasgos faciales. Estaban decorados con telas de rayas y extraños símbolos, y no portaban ningún arma en sus enormes manos con forma de garra.

—¿Son caminantes militares de algún tipo? —preguntó Deryn al reportero.

—No, son *golems* de hierro, autómatas. Vigilan los barrios judíos —Malone hizo un gesto con la mano hacia la multitud—. La mayoría de los otomanos son turcos, pero Estambul es un crisol de culturas. Y no solo hay judíos viviendo aquí, sino también griegos, armenios, venecianos, árabes, kurdos y valacos.

—¡Demonios! Jamás había oído hablar ni de la mitad —exclamó Newkirk.

El hombre sonrió y volvió a garabatear en su bloc de notas.

—Y todos ellos tienen sus propios caminantes de combate, para garantizar la paz.

—Parece un tipo de paz muy frágil —murmuró Deryn, observando las calles que discurrían bajo ella.

La gente vestía de muchas formas diferentes: había quien llevaba feces con borla, ropas del desierto, mujeres que se cubrían con velos y hombres con americana como en cualquier calle de Londres. Sin embargo, todos parecían llevarse bien, al menos bajo la impasible mirada de los *golems* de hierro.

—¿Qué es aquello? —preguntó Newkirk, señalando hacia adelante.

A un cuarto de milla, delante del elefante, la calle parecía agitarse. Una masa carmesí se abría paso entre la multitud, acercándose cada vez más.

Eddie Malone chupó su lápiz.

—Tal vez sea vuestro comité de bienvenida.

Deryn se trasladó a la parte frontal del *howdah* y protegió sus ojos de la luz del sol con la mano. Divisó a un grupo de hombres con feces rojos acercándose con los puños en alto. Tras ella, la charla diplomática en francés se detuvo súbitamente.

—Oh, señor —dijo el embajador Mallet—. Otra vez esos tipos.

Deryn se volvió hacia el piloto del *howdah*.

—¿Quiénes son?

—Creo que se trata de un grupo que se hace llamar los Jóvenes Turcos, señor. Esta ciudad está plagada de sociedades secretas y de revolucionarios. Incluso a mí me es difícil seguirles la pista a todos.

Se produjo un gran fogonazo cuando Eddie Malone tomó una fotografía.

El embajador se puso a limpiar sus gafas mientras se explicaba:

—Los Jóvenes Turcos intentaron deponer al sultán hace seis años, pero los alemanes sofocaron la rebelión y ahora odian a todos los extranjeros. Supongo que esto era de esperar. Por lo que me cuentan mis fuentes, los periódicos han estado provocándoles con el asunto del *Osman*.

—¿Lo que le cuentan «sus fuentes»? —preguntó la doctora Barlow.

—Bueno, yo no hablo turco, por supuesto y ninguno de mis ayudantes tampoco. Pero mis fuentes son excelentes, se lo aseguro.

La científica enarcó una ceja.

—¿Me está diciendo, señor embajador, que ninguno de ustedes puede leer los periódicos locales?

El embajador carraspeó y sus ayudantes apartaron la mirada.

—Tampoco serviría de mucho —dijo Eddie Malone mientras le daba un terrón de azúcar a la luciérnaga que estaba en el *flash* de su cámara—. Por lo que he oído, de todos modos los alemanes se han adueñado de la mitad de ellos.

La doctora Barlow miró fijamente al embajador, visiblemente alarmada.

—Los alemanes solo son dueños de un periódico —protestó el embajador, mientras seguía limpiando sus gafas—. Aunque, desde luego, parecen tener mucha influencia. Es muy astuto por su parte, extender sus mentiras aquí en Constantinopla.

—Esta ciudad se llama Estambul —dijo en voz baja la doctora Barlow, aferrando con fuerza su fusta de montar.



Deryn sacudió la cabeza y volvió a mirar hacia la muchedumbre.

Los hombres se acercaban cada vez más, cantando y moviendo los puños en alto al unísono. Se abrieron paso entre el bullicio de gente y carretas. Sus feces parecían agua carmesí fluyendo entre las piedras de un río. Pronto rodearon al caminante, increpando a los pilotos en sus monturas y agitando periódicos. Deryn aguzó la vista: cada portada de aquellos periódicos mostraba la foto de un barco bajo un enorme titular.

La muchedumbre coreaba: «*¡Osman! ¡Osman!*». Pero había otra palabra que se repetía entre aquel alboroto «*Behemoth*», que Deryn no pudo reconocer.

—Bueno, realmente es un inicio bastante desalentador —dijo la doctora Barlow.

El embajador se irguió y dio unas palmaditas en la barandilla que rodeaba el *howdah*.

—No hay razón alguna para preocuparse, señora. Hemos salido airoso de situaciones mucho peores en el *Dauntless*.

Deryn debía admitir que estaban bastante seguros allí arriba, a unos cincuenta pies sobre la turba. Nadie estaba lanzando nada ni había intentado trepar por las enormes patas del elefante. El piloto del *howdah* utilizaba la trompa para apartar hábilmente a los manifestantes a ambos lados, de modo que la trayectoria del caminante apenas se vio ralentizada.

A pesar de ello, la expresión del rostro de la doctora Barlow era gélida.

—No es cuestión de «salir airoso», embajador. Mi objetivo es que este país siga siendo un país amigo.

—¡Bien, pues entonces vaya a hablar con Lord Churchill! —exclamó el hombre

—. No es culpa del Ministerio de Exteriores si él decide confiscar un...

Sus palabras desaparecieron bajo un crujido metálico. De pronto, todo empezó a inclinarse bajo ellos. Las botas de gala de Deryn resbalaron hacia un lado sobre la alfombra de seda y todos tropezaron y cayeron hacia el lado de estribor del *howdah*. Deryn se golpeó a la altura del estómago con la barandilla y la mitad de su cuerpo quedó proyectado por encima de esta durante unos instantes antes de que pudiera incorporarse.

Miró hacia abajo. Al parecer, el piloto de una de las patas delanteras había perdido el equilibrio, se había caído de su montura y ahora estaba despatarrado en medio de un círculo de manifestantes. Parecían tan sorprendidos como el mismo piloto, y se agachaban para ayudarle.

¿Por qué se habría caído aquel hombre de su silla?

Cuando la máquina se detuvo de golpe, Deryn creyó ver algo por el rabillo del ojo. Un lazo salió volando de entre la muchedumbre y cayó sobre los hombros del piloto de una de las patas traseras y entonces él también fue arrancado de su asiento. Un hombre vestido con uniforme de color azul estaba escalando por la pata delantera.

—¡Nos están abordando! —gritó Deryn, corriendo hacia el lado de estribor del *howdah*.

El *Dauntless* estaba siendo atacado también por aquel lado. El hombre que manejaba la pata trasera ya había sido arrancado de su silla, y el piloto de la otra pata delantera intentaba zafarse de una cuerda que tenía enrollada alrededor de la cintura.

Deryn vio cómo otro hombre vestido con un uniforme azul —un uniforme británico— ocupaba el lugar del piloto de la pata trasera y se hacía con los controles.

La máquina se puso en marcha de pronto con una sacudida, dando una gran zancada hacia la multitud. Alguien gritó cuando la enorme pata se precipitó hacia el suelo con la fuerza suficiente como para hacer añicos los adoquines y los manifestantes de los feces rojos empezaron a huir en desbandada.

## DOCE

—¡Haga algo señor Sharp! —exclamó la doctora Barlow por encima del estrépito—.  
¡Parece que nos han capturado!

—¡Sí, señora, me he dado cuenta!

Deryn buscó su navaja, pero por supuesto su uniforme de gala no tenía bolsillos en los que buscar. Tendría que usar sus puños.

—¿Cómo puedo bajar a las sillas? —preguntó al conductor del *howdah*.

—Desde aquí no puede, señor —dijo él, con los nudillos blancos por la fuerza realizada al sujetar los controles de la trompa.

Estaba empujando a la gente para que se pusiera a salvo mientras la máquina daba tumbos entre la multitud aterrorizada. Los pilotos que controlaban las piernas las escalaron desde el suelo, mientras el elefante se arrodillaba.

—¡Maldita sea! ¿Tiene alguna cuerda a bordo?

—Me temo que no, señor. Esto no es un navío —dijo el hombre.

Deryn soltó un gruñido de frustración: ¿cómo era posible que una nave no tuviese una cuerda? La máquina dio más tumbos y la muchacha se agarró a la barandilla para guardar el equilibrio.

Al avanzar por el borde del *howdah*, Deryn vio que los tres pilotos habían sido reemplazados por impostores vestidos con uniformes azules. Solo el piloto de la pata delantera del lado de babor seguía en su asiento. Pero la cuerda aún le rodeaba, en dirección a la multitud. Pronto tirarían de él.

Mientras, tres de las patas del caminante rozaban y pisoteaban el suelo, intentando hacer que el aparato se moviese de nuevo. Cuando estaba observando, el enorme pie derecho pisoteó el carro de un vendedor, esparciendo castañas peladas por la calle como si se tratase de granizo.

—¡Malditas estúpidas máquinas! —murmuró Deryn—. Una bestia real sabría quiénes son sus verdaderos amos.

De pronto la trompa se balanceó hacia babor. Llegó hasta los manifestantes y descubrió al hombre que intentaba arrastrar al piloto de la pata delantera y sacarlo de su asiento. El hombre gritó, soltando la cuerda al ser apartado a un lado.

—¡Buen trabajo! —dijo Deryn al piloto del *howdah*—. ¿Puede sacarnos de encima a los impostores?

El hombre negó con la cabeza.

—No puedo llegar a las sillas traseras. Pero tal vez...

Retorció los controles y la trompa se balanceó hacia estribor. Se retorció de

nuevo, buscando al piloto que estaba en la pata delantera, pero se frenó a una yarda de distancia, con los segmentos de metal chirriando.

—Es inútil señor —dijo el hombre—. No es tan flexible como una bestia real.

Aunque no era tan flexible, la máquina era rematadamente poderosa. Se estaba inclinando calle abajo, haciendo huir a personas y vehículos en todas direcciones. Uno de sus enormes pies pisoteó un carro y lo dejó hecho astillas. El piloto británico que quedaba luchaba por detener la máquina, pero una sola pierna no podía hacer demasiado contra tres.

—¿Puede agarrar algo que pueda usar como arma? —Deryn preguntó al piloto del *howdah*. ¡Solo necesita un poco más y llegará!

—¡Esto es una máquina clánker, señor! No es tan ágil como para hacer lo que me pide.

—¡Demonios! —maldijo Deryn—. ¡Entonces creo que tendré que hacerlo yo!

El hombre apartó la mirada de los controles un segundo.

—¿Decía, señor?

—Doble esta trompa hacia arriba, hacia aquí. ¡Y hágalo rápido, hombre! —ordenó, quitándose su bonita chaqueta. Se dio la vuelta para echársela a Newkirk y luego se subió a la montura y después a la cabeza del elefante.

—¿Qué demonios estás haciendo? —exclamó Newkirk.

—¡Algo realmente estúpido! —gritó cuando la punta de la trompa hecha con juntas de metal retrocedió ante ella. Se preparó para coger impulso sobre la superficie inestable de la cabeza del elefante.

Y saltó...

Sus brazos se agarraron alrededor del brillante acero. Los segmentos chirriaban y hacían ruidos metálicos cuando la trompa se flexionaba, transportándola por encima de la multitud. Sus pies se balanceaban por la fuerza centrífuga, como si estuviese montando en el borde de un inmenso látigo que silbaba en el aire.

El borrón de formas que veía al principio al pasar se despejó a su alrededor: se estaba balanceando hacia la pata delantera de estribor. El piloto impostor se la quedó mirando con los ojos muy abiertos, cuando ella apuntó ambos pies contra él.

Pero este tuvo tiempo de agacharse en el último segundo y sus botas de gala pasaron silbando sobre su cabeza. Al pasar balanceándose, las palmas de Deryn resbalaron por la brillante trompa de metal y se soltó un poco de su sujetación.

El hombre la miró con cara de pocos amigos y sacó un cuchillo.

Había algo en su rostro... Era más pálido que la mayoría de los manifestantes de la calle.

—*Dummkopf!* —le gritó.

—*Sie gleichen die!* —repuso él.

¡Era idioma clánker!

Deryn entornó los ojos, aquello no era turco o valaco o kurdo o los idiomas que fuese que hablasen en Estambul. Aquel hombre era alemán, estaba más claro que el agua.

El problema era, ¿cómo librarse de él? No le hacía ninguna gracia luchar con sus botas de gala como única arma contra aquel cuchillo.

Miró hacia arriba, hacia el *howdah*. La doctora Barlow le estaba gritando algo al piloto de la montura y Deryn esperaba que, fuese lo que fuese que estuviese tramando la científica, funcionase rápidamente. A cada paso bamboleante que daba el elefante, resbalaba un poco más por la bruñida superficie de acero.

La trompa empezó a flexionarse de nuevo, balanceando a Deryn hacia abajo, hacia la calle, y solo vio un borrón de adoquines del pavimento que pasaban rápidamente por debajo de ella. La muchacha no sabía qué tipo de estrategia inspirada por la científica esperaba que tramase mientras estaba siendo lanzada por el aire.

Entonces la trompa se detuvo súbitamente y el piloto la mantuvo quieta mientras la máquina avanzaba pesadamente. Deryn bajó la vista. Estaba colgando justo encima de una mesa llena de especias.

—Pero ¿qué diantres...? —murmuró. ¿Es que la doctora Barlow esperaba que derribase al alemán de su percha con especias para comida?

Pero al cabo de un instante de estar colgada allí, Deryn empezó a notar que le picaba la garganta y que sus ojos le ardían. Incluso a un brazo de distancia, las especias eran lo suficientemente fuertes para hacerse notar.



«UN VALIENTE CADETE SE HACE CARGO DE LA SITUACIÓN».

—No está mal, doctora Barlow —murmuró, y a continuación estornudó.

Deryn alargó una mano para atrapar la bolsa con las especias que tenían un aspecto más rojo y más potente.

La trompa se balanceó y entró de nuevo en acción, lanzándola por segunda vez hacia el alemán que conducía la pata delantera de estribor. La muchacha podía ver la fría mirada en el rostro del hombre mientras se acercaba rápidamente hacia él, y el cuchillo destellando en su mano.

—¡Prueba esto para cenar, caraculo! —gritó, y lanzó con fuerza todo el saco directamente hacia él.

El impulso de la trompa a toda velocidad redobló la fuerza de su lanzamiento y el saco golpeó al alemán como una bala de cañón. El saco explotó contra su pecho, envolviéndole en una oscura nube roja. La especia salió volando como una nube en todas direcciones arremolinándose también hacia Deryn.

Unos dedos rojos le obligaron a cerrar con fuerza los ojos. Intentó coger aire y un fuego líquido bajó hacia sus pulmones. Sintió que el pecho se le llenaba de brasas de carbón y, en consecuencia, cada vez resbalaba más de su sujeción...

Sin embargo, aterrizó suavemente puesto que el piloto del *howdah* la había dejado con cuidado en el suelo. Se quedó allí echada, tosiendo y escupiendo, con todo su cuerpo intentando expeler la especia de sus pulmones.

Finalmente, aunque le ardían, Deryn se obligó a abrir los ojos.

El elefante de metal estaba inmóvil. Sus patas delanteras estaban dobladas, como si la enorme máquina le estuviese haciendo una reverencia. Las patas traseras solas no tenían la fuerza suficiente para hacer que la máquina se moviese.

Deryn vio destellos de azul escurriéndose entre la multitud, mientras los otros dos impostores se alejaban corriendo. Sin embargo, el alemán que ella había atacado con las especias estaba echado en el suelo entre un montón de polvo rojo, aún tosiendo y escupiendo.

Cuando se puso de pie, Deryn se miró de arriba abajo.

—¡Arañas chaladas! —exclamó y más tarde estornudó.

Habían arruinado su uniforme.

Pero la pérdida de uno de los uniformes de gala de cadete no era nada comparado con el rastro de destrucción que se extendía por la calle: carromatos y carros vueltos del revés, un caminante con la forma de un asno estaba tan aplastado como si fuese un gusano de metal. La multitud que se estaba congregando aún estaba silenciosa, todavía conmocionada por lo que aquel violento elefante había hecho.

Una pasarela descendió por el abdomen del caminante. Dos de los asistentes del embajador sujetaron firmemente al alemán, confuso aún por las especias mientras que Newkirk y Eddie Malone corrían a través de la multitud hacia ella.

—¿Se encuentra usted bien, señor Sharp? —exclamó Newkirk.

—Eso creo —dijo Deryn mientras la cámara de Malone destellaba con un *pop*, cegándola de nuevo.

—Pues entonces será mejor que volvamos a bordo —sugirió Newkirk—. Estos tipos puede que vuelvan a desmadrarse.

—Pero tal vez haya alguien herido —Deryn parpadeó para despejar los puntos negros que veía tras el destello cegador de la cámara, intentando mirar calle abajo—. ¿Hay algún cuerpo en alguna parte entre la madera astillada y las ventanas rotas?

—Sí, por esa razón tenemos que irnos deprisa. ¡Debemos encontrar a nuestros pilotos y movernos de nuevo antes de que las cosas se pongan feas!

—A mí las cosas ya me parecen lo suficientemente feas —dijo Eddie Malone, dando un puñado de terrones de azúcar a su luciérnaga. Apuntó con la cámara hacia la devastada calle.

Aún parpadeando para quitarse de encima la especia roja, Deryn siguió a Newkirk de vuelta al *Dauntless*. Se preguntaba cuánta gente habría visto a los pilotos impostores acercarse a bordo, a unos cientos de yardas de distancia. ¿Alguien se habría dado cuenta de que la tripulación británica del elefante no había sido la causante del desastre?

Aunque la multitud hubiese visto lo que había sucedido, los periódicos seguramente no informarían de lo que había ocurrido. No al menos los periódicos que los alemanes controlaban.

—¿Tú lo viste, verdad? —dijo ella a Eddie Malone—. ¡Eran impostores los que conducían, no nuestros hombres!

—No te preocupes. Yo los he visto —afirmó el reportero—. Y nosotros, en el *New York World*, solamente informamos de la verdad.

—Sí, claro, en Nueva York —Deryn suspiró mientras subía por la pasarela.

La multitud ya se estaba agitando a su alrededor a medida que el impacto de todo aquel alboroto fue desapareciendo.

La cuestión era: ¿alguien les creería a ellos, en Estambul?

# TRECE

Alek esperaba en la sala de máquinas, pensando en cuándo llegaría la señal.

Se desabrochó otro botón de la chaqueta. Aquella noche, la doctora Barlow había convertido la habitación casi en un horno. Cuando Alek vigilaba los huevos siempre parecía que la doctora añadía más calentadores, solo para disgustarle.

Al menos ya no tendría que aguantarlo durante mucho más tiempo. Podía escuchar el distante rumor de las bujías encendiéndose en la cápsula de estribor. Klopp, Hoffman y Bauer estaban allí arriba, fingiendo trabajar en el motor. Y además haciendo ruido, de modo que nadie se sorprendiese al ver subir allí a Alek para ayudar.

Después del desastroso inicio de la misión de la doctora Barlow, el plan de huida había cambiado. Alek había visto el regreso apresurado del caminante en forma de elefante, sin transportar provisiones y con los flancos manchados de una especie de polvo rojo. Se habían extendido rumores por la nave acerca de que el caminante había sido atacado, un incidente en el cual docenas de civiles habían resultado heridos.

Al cabo de una hora, una furiosa multitud había llegado hasta las puertas del campo de aviación, amenazando con atacar al *Leviathan*. Ahora había guardias apostados en todas las escotillas de la aeronave y un anillo de soldados otomanos rodeaba la barquilla. No habría posibilidad de escabullirse por la cubierta de carga aquella noche.

No obstante, desde su puesto en la cápsula del motor, Klopp había informado que no había nadie vigilando la torre de amarre. Estaba conectada a la cabeza de la aerobestia con un único cable que colgaba a ochenta metros en el aire. Si los cinco pudiesen escalarlo y luego descender, tal vez pudiesen escapar por el campo de aviación a oscuras.

Alek escuchaba atento el momento en que fallase el motor, esperando la señal. Ahora que el capitán le consideraba prisionero de guerra, se sentía feliz de dejar la aeronave atrás. Había sido un estúpido al haberse permitido sentirse cada vez más unido a todo aquello. Volger tenía razón: el hecho de pretender que aquella abominación volante se convirtiese en su hogar les había conducido solamente a la desgracia. Dylan podría haber sido un buen amigo en cualquier otro mundo, pero no en este.

Ahí llegaba la señal: cinco fuertes petardeos de las bujías. Aquella señal significaba que Bauer y Hoffman habían reducido a los tripulantes darwinistas de la cápsula. Seguramente Volger ya se encaminaba hacia allí desde su camarote.

Efectivamente iban a abandonar la nave. Aquella noche.

Alek puso bien los huevos por última vez. Alzó un calentador apagado y lo zarandeó para que se encendiese, después lo metió entre la paja. Caliente como estaba la sala de máquinas, lo más probable era que la misteriosa carga de la doctora Barlow estuviese bien hasta el amanecer. En cualquier caso, ya no era su problema.

Alek se dio cuenta de que había una antigua mancha de grasa en la caja de los huevos y pasó un dedo por encima de ella. Luego se pintó con ella una tira por las mejillas, como si hubiese estado trabajando en la cápsula del motor. Si alguien le veía, podría dar por sentado que Dylan estaba allí abajo cuidando los huevos y que Alek había bajado a buscar recambios para los ingenieros.

Se puso de pie y levantó su caja de herramientas. Estaba llena de ropas de recambio y llevaba el aparato de radio del Caminante de Asalto. El aparato era pesado, pero cuando él y sus hombres estuviesen ocultos en los bosques, la radio podría ser su único medio de contacto con el mundo exterior.

Alek suspiró. Aquí, a bordo del *Leviathan*, casi había olvidado lo solitario que era huir y ocultarse.

La puerta se abrió con un leve chirrido y miró a ambos lados del pasillo, escuchando los murmullos de la nave.

Un leve repiqueteo llegó hasta sus oídos. ¿Acaso se estaba acercando alguien?

Maldijo en voz baja. Probablemente era Dylan, que venía a hablar con él por última vez. Ver al chico de nuevo solo haría que aquello fuese aún más duro, Alek debía marchar hacia la cápsula del motor.

Sin embargo, el ruido provenía de detrás de él...

Se dio la vuelta: uno de los huevos se estaba moviendo.

Bajo la luz rosada de los calefactores, pudo ver que se estaba formando un pequeño agujero en la parte superior del huevo. Se estaba rompiendo en pequeños pedazos que se deslizaban por su lisa y blanca superficie. Trocito a trocito el agujero cada vez se iba haciendo más grande.

Alek se quedó allí plantado con la mano en el pomo. Debía marchar, dejar atrás aquellas criaturas impías. Pero había pasado largas noches enteras cuidando de los huevos y preguntándose qué saldría de ellos. En unos pocos momentos finalmente vería qué había en su interior.

Alek volvió a cerrar la puerta silenciosamente.

Lo extraño era que el que estaba eclosionando era el huevo del centro, el que la doctora Barlow decía que estaba enfermo.

En aquel instante algo estaba asomando por el agujero. Parecía una garra, ¿o era una pata? En ella había pelo de color pálido y no plumas.

Una pequeña nariz negra asomó, olisqueando el aire.

Alek no sabía si la criatura era peligrosa. Por supuesto, era solo un bebé y él

guardaba una navaja enfundada en su cinturón. Sin embargo, Alek se quedó cerca de la puerta, por si acaso.



La bestia emergió lentamente, sujetándose en el borde de la caja con unas minúsculas manos de cuatro dedos. Tenía la piel húmeda y sus enormes ojos parpadearon ante el resplandor de los calentadores. Lo miraba todo atentamente, retorciéndose mientras se esforzaba para salir más del huevo roto.

Fuese lo que fuese, aquella cosa era realmente *fea*. Parecía que la piel fuese demasiado grande para su cuerpo y le colgaba como la de una persona mayor. A Alek le recordó al gato sin pelo de su tía, criado por su aspecto extraño. La bestia se lo quedó mirando e hizo un ruido suave y quejumbroso.

—Debes de tener hambre —dijo Alek en voz baja.

Pero él no tenía ni idea de lo que aquella cosa comía.

Por lo menos algo sí tenía bastante claro: aquella cosa no comía humanos. Era demasiado pequeña para poder hacerlo y demasiado... tierna, incluso con aquel extraño exceso de piel. De alguna forma, sus grandes ojos parecían inteligentes y tristes. Alek sintió el impulso de alzar al animal y consolarlo.

La criatura extendió una minúscula mano.

Alek dejó en el suelo la caja de herramientas y se acercó un paso. Cuando extendió una mano, el animal tocó las puntas de sus dedos, apretándolas una por una. Después se inclinó hacia delante para deslizarse por el borde de la caja de huevos.

Alek lo cogió justo a tiempo. Incluso en el ambiente sofocante de la sala de máquinas, sintió que el cuerpo de la criatura estaba caliente y su piel era tan suave como un abrigo de chinchilla que su madre siempre se ponía en invierno. Cuando se lo acercó, la bestia hizo un sonido arrullador.

Sus enormes ojos parpadearon lentamente, mirándole directamente a los suyos. Sus delgados brazos rodearon la cintura del muchacho.

Era extraño, pero la criatura no le producía la misma sensación de incomodidad que sentía ante otras creaciones darwinistas. Aquel animal era demasiado pequeño, tenía un aspecto adormecido y desprendía un aura de misteriosa calma.

El motor petardeó de nuevo y Alek se dio cuenta de que se estaba retrasando más de lo previsto.

—Lo siento —susurró—, pero debo irme.

Colocó de nuevo a la criatura en la caja, entre el cálido resplandor de los calentadores. Y en cuanto retiró sus manos, el animal empezó a hacer un agudo ruido como un lloriqueo.

—Shhh —Alek intentó tranquilizarla en voz baja—. Pronto vendrá alguien.

No sabía si aquello era verdad. Dylan bajaría al amanecer, pero aún faltaban muchas horas.

Retrocedió un paso y se arrodilló para recoger la caja de herramientas. La criatura aún abrió más los ojos y dejó escapar otro grito que terminó en una nota arrolladora tan pura como la de una flauta.

Alek frunció el ceño: la última nota era extrañamente parecida a los silbidos que la tripulación usaba para dar órdenes a sus bestias. Y era lo suficientemente fuerte para despertar a alguien.

Extendió de nuevo la mano, intentando tranquilizar a la criatura. En el instante en que su mano le tocó, el animal quedó en silencio.

Alek se arrodilló un momento, acariciando la suave piel. Finalmente los grandes ojos se cerraron y Alek se atrevió a alejarse.

La bestia dio un respingo al instante y empezó a lloriquear de nuevo. Alek lanzó un juramento. Aquello era absurdo, se había convertido en un rehén de aquel recién nacido. Dio media vuelta y cruzó la habitación.

Pero mientras abría la puerta, los gritos se transformaron en un estallido de silbidos. Las luciérnagas de la sala de máquinas reaccionaron y las paredes se iluminaron de luz verde. Alek imaginó a toda la aeronave despertándose, los lagartos mensajeros acudiendo desde todas partes en respuesta a los gritos de la criatura.

—¡Silencio! —susurró, pero la bestia no calló hasta que el muchacho regresó y lo tomó en brazos de nuevo.

Mientras Alek estaba allí de pie acariciando su pálida piel, llegó a una terrible conclusión.

Si quería conservar alguna esperanza de escapar, tenía que llevarse al animal recién nacido con él. No podía dejarlo allí sentado, sacando su minúscula y fea cabeza berreando para que toda la nave lo oyese.

No tenía ni idea de cómo alimentar a la criatura o cómo cuidar de ella, ni siquiera sabía qué era. ¿Y qué diría el conde Volger cuando se presentase con aquella abominación en sus brazos?

Pero Alek no tenía otra elección.

Cuando levantó al animal de la paja, este extendió su brazo y se colgó de su hombro como un gato, las minúsculas garras se engancharon rápidamente en el tejido de su uniforme de mecánico.

El animal se lo quedó mirando a la expectativa.

—Ahora vamos a dar un paseo —dijo en voz baja, levantando otra vez la caja de herramientas —. ¿Vas a quedarte callado, vale?

La criatura le parpadeó, con un aspecto de complacida satisfacción en su rostro.

Alek suspiró y fue hasta la puerta. La abrió de nuevo mirando a ambos lados del corredor. Nadie había acudido a investigar los extraños ruidos, al menos no aún.

Se abrió la chaqueta, listo para esconder a la criatura en su interior si se encontraban con alguien. Pero por el momento el animal parecía feliz sobre su hombro y silencioso. Lo notaba tan ligero como un pájaro, como si estuviese diseñado para viajar de aquella forma.

«Diseñado», pensó Alek. Aquel animal estaba fabricado y no era nacido de la naturaleza. Tenía algún propósito concreto en los planes de los darwinistas, una función en los planes de la doctora Barlow para mantener a los otomanos fuera de la guerra.

Y él no tenía ni idea de cuál era aquel propósito.

Alek se estremeció y a continuación avanzó a grandes zancadas por el oscuro pasillo.

# CATORCE

—¡Por fin! —el conde Volger le llamó quedamente desde el puntal de soporte de la cápsula del motor—. Casi habíamos perdido la esperanza de que vinieseis.

Alek avanzó por los flechastes, sintiendo que la criatura se movía dentro de su chaqueta. Estaba flexionando sus garras otra vez, como minúsculas agujas perforando su carne.

—He tenido un pequeño... problema.

—¿Os ha visto alguien?

Alek se encogió de hombros. Me he cruzado con algunos tripulantes, pero no me han preguntado adónde iba. Su sonido de un motor fallando es muy convincente, profesor Klopp.

Desde el fondo de la cápsula el profesor de mekánica saludó, con una ancha sonrisa en su rostro. Tras él estaba el señor Hirst muy furioso, amordazado y atado fuertemente al panel de control.

—Pues ya es hora de que empecemos a movernos. Confío en que todos ustedes estarán preparados para luchar, si se presenta la ocasión —dijo Volger.

Bauer y Hoffman blandieron herramientas en sus manos y Volger llevaba su sable. Pero Alek apenas podía llegar a alcanzar su cuchillo con la criatura oculta bajo su chaqueta. El momento de contárselo era ahora y no mientras estuviesen escapando.

—Aún tenemos un pequeño problema.

Volger frunció el ceño.

—¿De qué estáis hablando? ¿Qué ha sucedido?

—Justo cuando me iba, uno de los huevos de la doctora Barlow ha eclosionado y ha salido de él una especie de bestia. Una bastante ruidosa. Cuando intenté marchar empezó a aullar como un bebé recién nacido, creo. ¡Pensé que iba a despertar a toda la nave!

Volger asintió con la cabeza.

—De modo que tuvisteis que estrangularla. Muy desagradable, estoy seguro. Pero no encontrarán su cuerpo hasta mañana por la mañana y por entonces ya hará mucho tiempo que nos habremos ido.

Alek parpadeó.

—¿Os librasteis de él, verdad, Alek?

—De hecho, esa estrategia ni se me pasó por la cabeza.

Dentro de su chaqueta la criatura se movió y Alek dio un respingo.

Volger puso una mano sobre la empuñadura de la espada y siseó:

—¿Qué demonios lleváis bajo la chaqueta?

—Le aseguro que no tengo ni idea —Alek carraspeó—. Pero se comporta muy bien, a menos que intente abandonarlo.

—¿Lo habéis traído con vos? —Volger se acercó más a él—. Por si no os habéis dado cuenta, Su Alteza, estamos intentando escapar de los darwinistas. Si habéis traído una de sus abominaciones con vos, os ruego amablemente *¡que lo tiréis por la borda!*

Alek se sujetó con más fuerza a los flechastes.

—Le aseguro que no lo haré, conde. Además, la bestia haría un ruido considerable mientras cayese.

Volger gruñó en voz baja, dejando de apretar los puños.

—De acuerdo, entonces. Supongo que en caso de lucha, podremos usarlo como rehén.

Alek asintió, desabrochándose la chaqueta. La criatura sacó la cabeza.

Volger se alejó con un escalofrío.

—Mantenedlo callado o lo silenciaré yo mismo. Después de vos, Su Alteza.

Alek empezó a avanzar hacia la proa y los demás le siguieron en silencio.

Escalaron por los flechastes justo por encima del talle de la aeronave, con las cuerdas hundiéndose bajo el peso de los cinco hombres y sus pesadas bolsas. Era un avance lento, y el pobre viejo Klopp parecía aterrado, pero por lo menos nadie desde la espina podía verlos.

Cuando la bestia recién nacida empezó a retorcerse, Alek abrió la chaqueta el resto del camino. La bestia se arrastró subiendo hasta su hombro, entornando los ojos ante la brisa.

—Ve con cuidado. Y estate callado —susurró.

La criatura se lo quedó mirando con una expresión aburrida, como si Alek le estuviese diciendo algo terriblemente obvio.

Pronto se encontraron rodeados por aquellos horribles murciélagos *fléchette*.

La proa de la aeronave estaba cubierta por ellos, una masa agitada de pequeñas formas negras, todas ellas cloqueando levemente. Dylan una vez le había explicado a Alek que aquellos chasquidos emitían ecos, que las criaturas usaban para «ver» en la oscuridad. Igualmente tenían ojos, unos miles de ojos como cuentas seguían a Alek expectantes. Por mucho cuidado que tuviese al avanzar, los murciélagos revoloteaban a su alrededor. Era como intentar ver algo a través de una bandada de palomas en un sendero.

—¿Por qué nos miran tan intensamente? —susurró Klopp.

—Creen que venimos a alimentarlos —dijo Alek—. Dylan siempre alimenta a los murciélagos por la noche.

—¿Queréis decir que están *hambrientos*? —preguntó Klopp, con el rostro

brillante de sudor bajo la luz de la luna.

—No se preocupe. Comen higos —dijo Alek, obviando la parte de las púas de metal.

—Me alegra oír eso... —empezó Klopp, pero de pronto un murciélagos revoloteó delante de él. Cuando pasó rápidamente ante su cara, sus botas resbalaron de los flechastes.

Klopp se detuvo bruscamente un momento después, con los nudillos de las manos blancos al sujetarse fuertemente a las cuerdas, pero su gran cuerpo colgaba por el lado de la membrana, que le enviaba revoloteando en todas direcciones. Alrededor de ellos, los murciélagos se lanzaban al aire emitiendo sus sonidos que cambiaron a chillidos y llamadas.

Alek sujetó a Klopp por la muñeca mientras el hombre luchaba por volver a colocar los pies sobre las cuerdas. Un momento después ya estaba a salvo, pero la conmoción se estaba extendiendo y los murciélagos revoloteaban por la parte exterior como ondas en un estanque oscuro.

«Estamos acabados», pensó Alek.

La criatura se alzó en su hombro y clavó sus garras dolorosamente en el hombro de Alek. Un suave cloqueo salió de su boca, el mismo sonido que los murciélagos habían estado haciendo un momento antes.

—Haced que esa bestia... —susurró Volger, pero Alek le hizo un gesto con la mano para que guardase silencio.

Todos los murciélagos empezaron a tranquilizarse a su alrededor. Los chillidos se apagaron y la alfombra de negras sombras se posó en la piel de la aeronave.

La criatura también se calló y miró con sus grandes ojos de nuevo a Alek.

El muchacho le devolvió la mirada. ¿Había sido aquella cosa, fuese lo que fuese, lo que había silenciado a los murciélagos *fléchette*?

Tal vez... por casualidad. Tal vez fuese algún tipo de mimética, como los lagartos mensajeros. Y aun así la criatura no había recibido ningún entrenamiento ni cuidados maternales en absoluto. Tal vez era la forma de actuar de todas las bestias darwinistas recién nacidas.

—Seguid moviéndoos —susurró Volger y Alek lo hizo.

La torre de amarre se alzaba en el aire ante ellos; en lugar de eso Alek miró hacia abajo. Entre aquella brumosa oscuridad, el suelo parecía estar a miles de kilómetros por debajo de ellos.

—¿Esa cuerda será lo suficientemente resistente? —preguntó a Hoffman.

El hombre se arrodilló para palpar el delgado cable que se extendía hacia la torre, situada tal vez a unos treinta metros de distancia. Parecía demasiado delgado para sostener el peso de un hombre, aunque los materiales fabricados darwinistas siempre eran más fuertes de lo que aparentaban.

—Por lo que he visto, señor, los cables pesados están todos atados abajo, en la barquilla. Pero este debe de estar aquí por alguna razón. No sería de mucha utilidad si no pudiese soportar el peso de un hombre.

—Eso creo —dijo Alek.

Aunque se le ocurrían otras criaturas que podían usar el cable. Podría ser para que los lagartos mensajeros lo atravesasen corriendo o para que los halcones bombarderos se posasen él.

Hoffman se sacó de encima un rollo de cuerda que llevaba colgado al hombro.

—Este cable tendrá que aguantarnos a dos de nosotros junto con nuestro equipo. Deberíamos enviar a alguien para sujetar un extremo.

—Iré yo —dijo Alek.

—No con vuestra herida, joven señor —dijo Klopp.

—Yo soy el que pesa menos —Alek alargó la mano—. Deme la cuerda.

Klopp miró a Volger, quien asintió y dijo:

—Átesela alrededor de la cintura para que no se mate.

Alek alzó una ceja, un tanto sorprendido de que Volger le permitiese pasar primero.

El conde leyó su expresión y sonrió.

—Si el cable se rompe, todos quedaremos aquí atrapados, de modo que no importa quién vaya primero. Y al fin y al cabo, vos sois el más ligero.

—¿De modo que mi temeridad ha producido la estrategia correcta, conde?

—Debe de haber sonado la flauta por casualidad.

Alek no repuso, pero la criatura se erizó sobre su hombro, como si sintiera su enojo.

Klopp rio sofocadamente mientras se arrodillaba y ataba la cuerda más gruesa alrededor de la cintura de Alek. Enseguida que estuvo asegurado, Bauer, Hoffman y Klopp agarraron el otro extremo como si fuese un juego de tirar de la cuerda.

—Rápido ahora —dijo Volger.

Alek asintió, se dio la vuelta y se alejó bajando por la pendiente que formaba la cabeza de la aerobestia. Los otros soltaron la cuerda lentamente. Solamente sentía un leve tirón en su cintura. Aquello le recordó a Alek cuando tenía diez años y su padre le permitía asomarse por los parapetos del castillo, manteniendo una mano firme en su cinturón. Por supuesto, por aquel entonces se había sentido mucho más seguro.

El fino cable se extendía ante él y desaparecía entre los oscuros soportes de la torre de amarre. Alek sujetó el cable con ambas manos.

—Espero que no tengas miedo de las alturas, bestezuela.

La criatura recién nacida solamente le miró y parpadeó.

—Está bien, pues —dijo Alek y saltó al vacío.

Se quedó colgando un momento de sus manos y luego balanceó las piernas para

rodear el cable con ellas. Aunque clavó sus garras profundamente en su hombro, la bestia no hizo sonido alguno.

Solo había una cosa buena estando colgado boca arriba de aquella forma: Alek no podía ver el oscuro suelo, sino solamente sus propias manos agarradas a la cuerda y las estrellas sobre él. Se impulsó alejándose de la aeronave primero con una mano, después con la otra, rozándose las palmas cada vez que avanzaba una pulgada.



«CRUZANDO UN ABISMO EN LA OSCURIDAD».

Cuando estaba a medio camino, Alek ya estaba respirando agitadamente. Le estaban empezando a doler las costillas y ya le costaba sentir las manos. El aire de la noche enfrió el sudor de su frente. A medida que se alejaba, poco a poco, de la aeronave, la cuerda que colgaba de su cintura aumentaba su longitud y la sentía más pesada.

Imaginó qué sucedería si se partía el cable o le resbalaban los dedos. Caería durante unos terribles instantes, pero la cuerda atada alrededor de su cintura haría que se balancease de vuelta hacia la aeronave, y chocaría contra su nariz, tal vez lo suficientemente fuerte para que incluso la ballena se despertase y protestase...

La torre de amarre cada vez estaba más cerca, pero el cable entre sus doloridas manos se inclinaba suavemente hacia arriba y cada vez le costaba más escalarlo. La criatura empezó a gemir suavemente, imitando al viento que soplababa entre los puntales de la torre.

Alek apretó los dientes y se impulsó los últimos metros, ignorando el dolor que sentía en sus castigados músculos. Por una vez, sentía agradecimiento a los años de crueles lecciones de esgrima de Volger.

Finalmente, tuvo al alcance de la mano uno de los puntales de metal y Alek pasó un brazo a su alrededor. Se quedó allí colgado un momento, jadeando, y luego se impulsó para subir al frío acero de la torre.

Con dedos temblorosos desató la gruesa cuerda de su cintura y la ató al puntal. Ahora que estaba extendida desde la cabeza de la aeronave, la cuerda parecía pesar una tonelada. ¿Cómo había conseguido llevarla tan lejos?

Alek apoyó la espalda y observó cómo los demás se preparaban para cruzar, dividiendo los petates de herramientas y armas. Era extraño ver al *Leviathan* desde la perspectiva de frente. Hacía sentir a Alek insignificante, como una minúscula criatura a punto de ser tragada por una ballena.

Pero la oscuridad reinante tras la aeronave aún era mucho más vasta. Estaba salpicada por las hogueras de los manifestantes en la puerta del campo de aterrizaje y, tras aquellas, se apreciaban las luces de la ciudad.

—Constantinopla —dijo en voz baja.

—Mmm, Constantinopla —repitió la criatura.

# QUINCE

Descender por la torre fue sencillo. Un tramo de escaleras de metal se extendía en espiral por su centro, y los cinco descendieron rápidamente.

¿O ahora debía decir *seis*? De pronto, Alek pudo sentir el peso de la bestia fabricada montada en su hombro. La única palabra que había pronunciado le había hecho sentir de forma más evidente el peso del animal, como si su rareza fuese algo sólido.

Alek no se lo había contado a los demás, por supuesto. Volger ya estaba lo suficientemente aterrado con los lagartos mensajeros. ¿Por qué darle otra excusa para librarse de la criatura recién nacida?

Por lo menos parecía saber cuándo estarse callada. Desde que había dicho aquella única palabra, no había emitido ningún otro sonido.

Cuando se acercaban al final de las escaleras, Alek se encontró al mismo nivel que el puente de la aeronave. A través de las ventanas brillaba luz de las lámparas de gusanos, dibujando la silueta de dos oficiales de guardia en su interior. Aunque la débil luz verdosa no alcanzaba a iluminar las sombras dentro de la torre.

Los guardias del *Leviathan* estaban vigilando las escotillas de la aeronave. Los hombres de tierra iban vestidos con feces rojos, y los dos grupos se observaban mutuamente con cautela. El resto de los otomanos se encontraba en las puertas del campo de vuelo, vigilando a los manifestantes.

Nadie estaba guardando la base de la torre de amarre.

La luna, una línea gruesa en cuarto creciente, se alzaba en el cielo y la torre proyectaba una larga sombra que apuntaba al oeste, lejos de la ciudad y las multitudes. Volger encabezó a los demás en su avance por aquel delgado dedo de oscuridad, dirigiéndose hacia un tramo de verja vacío en el borde de la pista de aterrizaje.

Alek se preguntó qué sucedería si ahora fuesen descubiertos. La tripulación del *Leviathan* no tenía autoridad allí, en suelo otomano. Pero dudaba que los darwinistas dejaren escapar a sus únicos ingenieros sin luchar. Respecto a esto, los otomanos tampoco se tomarían bien que unos extranjeros entrasen en su pista de aterrizaje.

En resumen, lo mejor era seguir sin ser vistos.

De pronto, la criatura recién nacida se alzó sobre sus patas traseras, moviendo las orejas hacia la nave.

Alek se detuvo y escuchó. El distante chillido de un silbato de mando llegó hasta sus oídos.

—Volger, creo que nos han...

El aullido de un rastreador de hidrógeno perforó la noche. El sonido provenía de la cápsula del motor más cercana: alguien había encontrado al amordazado y atado señor Hirst.

—Sigan moviéndose —susurró Volger—. Estamos a medio kilómetro de la verja. Primero buscarán por la nave antes de que se les ocurra mirar aquí afuera.

Alek echó a correr, estremeciéndose con solo pensar qué bestias enviarían los darwinistas tras ellos. ¿Los perros rastreadores de seis patas? ¿Los horribles murciélagos *fléchette*? ¿O tal vez había criaturas incluso más horribles a bordo de la nave?

La alarma se extendió por la oscura y larga silueta que quedaba tras ellos, con las luces de la góndola parpadeando al pasar del verde suave al blanco brillante. Sobre el hombro de Alek la criatura imitaba en voz baja los sonidos de alerta, los ladridos y los chillidos de los sabuesos, los gritos y silbidos de mando.

—No estoy seguro de que esto sea de ayuda —le murmuró.

—De ayuda —repitió la criatura en voz baja.

Un minuto después, un foco de luz cegadora se encendió desde la espina de la nave. Al principio apuntó a la verja de la pista de aterrizaje, pero lentamente empezó a girar como un faro sobre un oscuro océano.

Demasiado para que los darwinistas les dejaran escapar.

—Ustedes cuatro adelántense —dijo Klopp, con el rostro rojo y brillante—. ¡No puedo correr tan rápido!

Alek aminoró la velocidad y le cogió la pesada caja de herramientas de su mano.

—Tonterías, Klopp. Si nos separamos les será más fácil encontrarnos.

—Tiene razón —dijo Volger—. Tenemos que permanecer juntos.

Alek echó un vistazo por encima del hombro. El barrido de luz se acercaba a ellos, ondeando por la hierba como una ola luminosa.

—¡Agáchense! —susurró y los cinco se tiraron al suelo.

La cegadora luz pasó junto a ellos pero no se detuvo: apuntaba demasiado alto.

La tripulación que manipulaba los focos estaba buscando por la pista de aterrizaje desde el exterior al interior, comprobando primero los alrededores. Sin embargo, Alek dudaba que Klopp pudiese llegar a la verja antes de que la luz pasase sobre ellos de nuevo.

Las garras de la criaturita se agarraban con fuerza sobre su hombro y hacía un nuevo ruido en su oreja..., un sonido como alas revoloteando.

Alek miró hacia la aeronave y su sorpresa se reflejó en sus ojos. Una oscura nube estaba formándose por debajo de la barquilla, miles de formas negras llenaban el aire. La tempestad de alas trepó a través del haz de luz del foco, brillando con el destello de las garras de acero.

—Halcones bombarderos —soltó Alek.

En el glaciar, había visto a los halcones en acción contra los soldados alemanes. Y justo el día antes había observado cómo un miembro de la tripulación afilaba las garras de acero que lucían como una cuchilla en una tira de cuero.

Las aves volaron en abanico desde la aeronave y pronto el cielo por encima de ellos estaba lleno de formas volantes.

Alek miró hacia delante: la valla solo estaba a unos cien metros de distancia.

Pero un momento después, los halcones empezaron a volar en círculo, un remolino de alas y brillante acero formándose sobre sus cabezas. Alek se protegió doblando los hombros hacia delante, esperando un ataque.

—¡Sigan corriendo! —gritó Volger—. Muertos no les servimos.

Alek corrió, esperando que el hombre tuviese razón.

A medida que la masa al arremolinarse se hacía mayor, el reflector alteró su curso, dirigiéndose hacia el enorme remolino de pájaros. Llegaría en pocos segundos, y atravesaría a Alek como la mirada de un gran ojo.

El aullido de los rastreadores de hidrógeno llegó otra vez hasta los oídos de Alek, esta vez más cerca que antes. La bestia imitó el sonido, colgada de su hombro.

—Vienen a pie —dijo Alek.

—Corra, Bauer. ¡Usted lleva los alicates! —gritó Volger.

Alek siguió al hombre, que echó a correr rápidamente. El borde de la pista de aterrizaje ya no estaba lejos; el haz de luz del proyector pasó junto a ellos y destelló en las espirales del alambre de espino.

Cuando Bauer y Alek llegaron a la verja, Bauer sacó los gruesos alicates y se puso a trabajar. Recortó la tela metálica y, lentamente, empezó a abrir paso a través de ella. Pero los chillidos de las bestias tras ellos sonaban más fuertes a cada segundo.

Bauer ya había casi acabado cuando llegaron los demás.

—Por allí el bosque es más espeso —dijo Volger señalando más allá de la valla hacia la oscuridad—. Corran hacia el oeste hasta que no puedan más y después busquen un lugar para ocultarse.

—¿Y usted? —preguntó Alek.

Hoffman y yo les detendremos todo lo que podamos.

—¿Detenerles? —exclamó Alek—. ¿Con una llave inglesa y un sable de esgrima? ¡No puede luchar contra estas bestias!

—¡No, pero podemos entretenérslas! Y cuando los darwinistas se den cuenta de que tienen a un ingeniero y un traductor en sus manos, tal vez decidan que no merece la pena ir tras el resto de ustedes. Especialmente por el territorio otomano.

—Ya hemos pensado en esto, joven señor —dijo Klopp jadeando—. ¡Forma parte del plan!



«RESISTENCIA».

—¿Qué plan? —gritó Alex, pero nadie respondió—. ¿Por qué no me lo han contado?

—Mis disculpas, Su Alteza —dijo Volger y sacó su espada—. Pero, últimamente, os habéis ido un poco de la lengua con nuestros secretos.

—¡Por Dios, Volger! ¿Es que quiere hacerse el mártir?

—Si no estuviesen justo tras nosotros, vendría con vos. Pero alguien tiene que contenerlos aquí. Y entre los dos, Hoffman y yo, les ofrecemos la oportunidad de que su aeronave siga volando mientras no nos traten con demasiada dureza.

—Pero yo no puedo... —Alek tragó saliva.

—Ya he terminado, señor —dijo Bauer.

—Corran, entonces —dijo Volger, entregando su bolsa a Klopp, que atravesó la brecha.

Las sombras de los rastreadores de hidrógeno y los hombres se cernían sobre ellos, y se veían enormes al estar distorsionadas por la luz del reflector.

—Pero..., Volger —Alek apretó los puños—. ¡No puedo hacer esto sin usted! ¡Nada de esto!

—Me temo que deberéis hacerlo —Volger le saludó con su sable—. Adiós, Alek. ¡Haced que vuestro padre se sienta orgulloso!

—*Pero mi padre está muerto... y usted no.*

—Vamos, señor —Bauer le agarró por el brazo.

Alek intentó soltarse pero el hombre era más corpulento y más fuerte. Alek se encontró siendo arrastrado por la obertura de la valla, con las púas metálicas tirando

de su chaqueta y con la criatura sobre su hombro acurrucándose y aullando como un rastreador de hidrógeno a la caza.

Un momento después, ya estaban entre los oscuros árboles y oyeron a Klopp jadeando por delante de ellos. El caporal Bauer aún tiraba de él, disculpándose mientras respiraba entrecortadamente. El bosque enseguida amortiguó los sonidos de la lucha, y el foco de luz apenas se veía destellar a través de las hojas. Los aullidos de los rastreadores se escuchaban apagados y los halcones bombarderos se veían obligados a volar más alto a causa de las gruesas ramas.

Los tres se abrieron paso con dificultad para adentrarse más entre los árboles hasta que todo quedó engullido por la oscuridad. Lo único que podía ver Alek eran puntos blancos deslumbrado por el foco reflector. Tras ellos, los sonidos cesaron abruptamente.

Volger debía de estar negociando con ellos, ofreciéndose él mismo y a Hofmann a cambio de la libertad de los demás. Los darwinistas tendrían poca elección. Si luchaban para abrirse paso entre la valla, se arriesgaban a matar al último ingeniero y al traductor.

Alek aminoró el paso. El plan del conde Volger había funcionado a la perfección. Bauer apretó aún más su sujeción.

—Por favor, señor. No podemos volver atrás.

—Por supuesto que no —Alek se soltó y se detuvo—. Pero ya no hay necesidad de correr, a menos que queramos que al pobre viejo Klopp le dé un ataque al corazón.

Klopp no discutió. Se detuvo allí mismo jadeando, inclinado hacia delante apoyando las manos en sus rodillas. Alek miró hacia atrás por el camino por donde habían venido, escuchando sonidos de persecución: nada. Ni siquiera un ave en el cielo.

Finalmente era libre, pero nunca se había sentido tan solo.

El príncipe Aleksandar sabía lo que le habría dicho su padre. Había llegado el momento de que asumiera el mando.

—¿Hemos perdido algo por el camino?

Bauer rápidamente contó las bolsas.

—El equipo de radio, las herramientas, el lingote de oro: lo tenemos todo, señor.

—El oro... —dijo Alek preguntándose cuánto les habría retrasado lo último que quedaba de la fortuna de su padre.

Lo hubiera cambiado todo por los minutos extra que el sacrificio de Volger les había brindado.

Pero ahora no tenía tiempo para compadecerse o para desechar que las cosas hubiesen sido de otra forma.

—Y aquí está esto —añadió Klopp, sacando una funda de piel de un pergamo de su chaqueta.

Estaba marcado con las llaves cruzadas del sello papal.

—El conde dijo que vos deberíais llevarlo encima de ahora en adelante.

Alek se quedó mirando el objeto. Contenía una carta del Papa donde dejaba constancia de que Alek era el heredero de los títulos y bienes de su padre, a pesar de los deseos de su tío abuelo, el emperador. También se podía deducir de ello que Alex se convertía entonces en el heredero al trono del Imperio austrohúngaro. Esa era la razón por la que los alemanes querían cazarle, porque tal vez un día tendría el poder absoluto para finalizar la guerra.

Cuando sus dedos sujetaron el estuche, se dio cuenta de que siempre había confiado en que Volger mantendría aquella carta a salvo. Pero ahora él tendría que llevar encima su propio destino.

Deslizó el estuche dentro de un bolsillo y lo abotonó.

—Muy bien, Klopp.

—¿Quiere que le lleve la bolsa de Volger?

—No, joven señor —jadeó el hombre—. Estaré bien.

Alek alargó la mano.

—Me temo que debo insistir. Estáis haciendo que vayamos más despacio.

Klopp hizo una pausa. Era el momento en que normalmente habría mirado de reojo al conde para buscar su aprobación, pero ya no podría hacerlo más. El hombre le entregó la bolsa y Alek gruñó cuando su peso le golpeó.

Volger, por supuesto, había transportado el oro.

La criatura imitó el gruñido y Alek suspiró. No tenía ni una hora de vida y ya se estaba haciendo un poco pesada.

—Espero que pronto aprendas nuevos trucos —murmuró, ante lo cual la criatura solo parpadeó.

Bauer alzó las otras dos bolsas.

—¿Por dónde vamos, señor?

—¿Acaso eso significa que el conde Volger no les indicó ningún otro plan secreto?

Bauer miró a Klopp, quien se encogió de hombros.

Alek inspiró profundamente. Ahora tendría que decidir él.

Hacia el oeste estaba Europa, ir hacia allí significaba caer en picado en la locura y la guerra. Al este les esperaba el Imperio otomano, extendiéndose ante ellos, vasto y extraño hacia el corazón de Asia. Y abriéndose hacia los dos continentes estaba la antigua ciudad de Constantinopla.

—Por ahora nos quedaremos en la capital. Necesitaremos comprar ropa... y tal vez caballos —Alek hizo una pausa. Al pensar en que con aquel lingote de oro podría comprar, si quisiera, su propio caminante, las posibilidades eran infinitas—. Por lo menos en la ciudad algunos de los comerciantes comprenden el alemán.

—Muy sensato. Pero, y esta noche, ¿dónde vamos a ir, joven señor? —preguntó Klopp.

Bauer hizo un gesto, mirando hacia el camino por donde habían venido. El bosque estaba silencioso, pero la luz del reflector aún brillaba en el horizonte.

—Nos dirigiremos al oeste durante una hora —dijo Alek—. Luego daremos un rodeo y nos dirigiremos hacia la ciudad. Tal vez encontremos una posada tranquila.

—¿Una posada, señor? ¿Pero no nos estarán buscando los otomanos? —preguntó Bauer.

Alek se quedó pensativo un momento y negó con la cabeza.

—No saben a quién están buscando, a menos que los darwinistas se lo digan. Y no creo que lo hagan.

Klopp frunció el ceño:

—¿Por qué no?

—¿No lo ve? Los darwinistas no quieren que nos cojan —mientras Alek lo decía en voz alta, se le aclararon más las ideas—. Sabemos demasiado sobre el *Leviathan*: cómo funcionan sus motores, la naturaleza de su misión. No les haría ningún bien entregarnos a manos de los otomanos.

Klopp asintió lentamente:

—Pueden decir que Volger y Hoffman intentaron escapar y que los han apresado. ¡De modo que no hay nadie a quien buscar!

—Exactamente —dijo Alek—. Y puesto que es una nave de guerra, el *Leviathan* deberá abandonar territorio neutral mañana. Y cuando ellos se vayan, nadie sabrá que estamos aquí.

—¿Y qué pasa con los alemanes, señor? —dijo Bauer en voz baja—. Vieron al Caminante de Asalto en los Alpes, con el emblema de los Hausburgo y vieron al *Leviathan* con nuestros motores montados en él. Deben de saber que estábamos a bordo y sospecharán quién estaba intentando escapar esta noche incluso si los otomanos no lo hacen.

Alek lanzó un juramento. Había agentes alemanes por todas partes en Constantinopla y todo el alboroto de aquella noche no había sido sutil precisamente.

—Tiene razón, Bauer. Aunque dudo de que haya alemanes en este bosque. Aún sostengo que durmamos en una posada hoy, en un lugar tranquilo y confortable que acepten virutas de oro como pago. Mañana nos disfrazaremos como es debido.

Empezó a caminar por la oscuridad, guiándose por el último resplandor de las luces de los proyectores tras ellos. Los otros dos hombres alzaron sus bolsas y le siguieron. Sin discusiones, sin debate.

Tan simple como aquello, Alek ahora estaba al mando.

## DIECISEIS

Deryn transportaba la bandeja con mucho cuidado, intentando al mismo tiempo andar erguida.

La huida de los clánkers les había mantenido despiertos toda la noche, peleándose con la colonia de aves para soltar a los halcones mensajeros, siendo arrastrada por una manada de rastreadores nerviosos, y luego pasarse dos horas con los oficiales mientras se lo explicaban todo a las autoridades otomanas, que encontraron de cierta mala educación que la tripulación del *Leviathan* estuviese recorriendo la pista de aterrizaje sin permiso.

Cuando Deryn finalmente había encontrado un momento para ir a comprobar la sala de máquinas, la doctora Barlow ya estaba allí. ¡Uno de los huevos había eclosionado por la noche y la criatura recién nacida se había perdido!

Lo más sorprendente era que la científica apenas parecía preocupada. Ordenó a Deryn que buscara por toda la nave, pero cuando Deryn regresó con las manos vacías solamente sonrió.

No entendía a los científicos.

Cuando Deryn pudo ir a descansar a su camarote ya amanecía, hora de empezar el servicio otra vez. Para añadir sal a la herida, sus primeras órdenes habían sido llevar el desayuno al hombre que había causado todo aquel enredo.

Un guarda estaba apostado delante del camarote del conde Volger. Este tenía un aspecto tan cansado como se sentía la propia Deryn y miró hambriento la bandeja que llevaba repleta de tostadas, huevos pasados por agua y té.

—¿Llamo a la puerta por usted, señor? —preguntó.

—Sí, eres libre de despertar a este condenado conde, teniendo en cuenta que gracias a él hemos estado en vela toda la noche —dijo Deryn.

El hombre asintió y le dio un buen puntapié a la puerta con su bota.

Volger la abrió un momento después, con el aspecto propio de alguien que no se ha metido todavía en la cama. Llevaba el pelo completamente despeinado y sus pantalones de montar aún estaban salpicados con el barro de la pista de aterrizaje.

Miró hambriento la bandeja y se hizo a un lado. Deryn pasó junto a él y la depositó en el escritorio. Se fijó en que el sable de Volger había desaparecido, junto con la mayoría de sus documentos. Seguramente los oficiales habían registrado la habitación después de su escapada.

—Desayuno para un condenado? —preguntó Volger, cerrando la puerta.

—Dudo que lo cuelguen, señor. Al menos hoy no.

El hombre sonrió, sirviéndose él mismo el té.

—Ustedes, los darwinistas, son tan clementes.

Deryn puso los ojos en blanco al oír aquel comentario. Volger sabía que era imprescindible. La científica hablaba clánker, pero no sabía las palabras adecuadas para las partes mecánicas. Y, ciertamente, no iba a pasarse los días metida en una cápsula de motor. Volger sería bien tratado mientras Hoffman fuese necesario para mantener en buen funcionamiento los motores.

—Pues yo que usted no diría que somos clementes —dijo Deryn—. Habrá un guardia apostado ante su puerta día y noche.

—Bien, entonces, señor Sharp, soy su prisionero —Volger apartó la silla del escritorio y se sentó, a continuación hizo un gesto hacia una taza vacía que había en la repisa—. ¿Té?

Deryn alzó una ceja. ¿Su señoría el conde le estaba ofreciendo a ella, un vulgar cadete, una taza de té? Aquel aroma floral que desprendía la tetera ya le había hecho la boca agua. Entre el jaleo de la pasada noche y el abastecimiento de suministros de la nave antes de que marchasen hoy, pensó que pasarían horas antes de que pudiese sentarse a comer su propio desayuno.

Mejor una rápida taza de té con leche que nada.

—Gracias, señor. Creo que tomaré un poco.

Deryn cogió la taza: era de porcelana fina, tan ligera como un colibrí, con el escudo del águila mecánica de Alek grabada en oro.

—¿Ha transportado todo este tiempo esta delicada porcelana china desde Austria?

—Una de las ventajas de viajar en un Caminante de Asalto es que hay mucho espacio para el equipaje —Volger suspiró—. Aunque me temo que la que tiene en la mano es la última pieza superviviente; tiene dos siglos de antigüedad. De modo que le ruego que no la deje caer.

Deryn abrió mucho los ojos mientras el conde le servía el té.

—Procuraré que no.

—¿Leche?

Ella asintió en silencio y se sentó, intrigada por la transformación que había sufrido el conde Volger. Siempre había sido como una oscura presencia en la nave, moviéndose furtivamente por los pasadizos y observando a las bestias. Pero aquella mañana el hombre parecía casi... *amable*.

Deryn sorbió un poco de té, dejando que su calidez la inundase.

—Parece usted de buen humor —dijo ella.

—¿Considerando que mi huida ha fracasado? —Volger se quedó mirando por la ventana—. Extraño, ¿verdad? Esta mañana me siento en cierto modo alegre, como si me hubiese librado de todas mis preocupaciones.

Deryn frunció el ceño.

—¿Se refiere a que Alek se ha ido y usted no?

El hombre removió su té.

—Sí, supongo que es eso.

—Bueno, eso es un poco fuerte, ¿no? —dijo Deryn—. El pobre Alek está ahí fuera escapando mientras usted está sorbiendo té en una bonita taza, sano y salvo.

Volger alzó su taza, que tenía la silueta del *Leviathan* y sus espirales estampadas en su costado en negro.

—Eso será la tuya, muchacho. La mía es bastante sencilla.

—¡Al diablo con su maldita taza de té! —exclamó Deryn, enojándose por momentos—. ¿Se alegra de que Alek se haya ido, verdad?

—¿Contento de que esté fuera de esta nave? —el conde echó un poco de sal en sus huevos pasados por agua y tomó un trozo de uno de ellos—. ¿De qué ya no esté destinado a pasarse la guerra prisionero?

—Sí, pero el pobre muchacho está solo, sin nadie. ¡Y usted está aquí desayunando, tan satisfecho como un gato! ¡Me parece muy feo por su parte!

Volger hizo una pausa, con una tostada pinchada en un tenedor a medio camino de su boca. El conde la miró de arriba abajo.

Deryn se tragó las palabras que iba a decir, al darse cuenta de que el cansancio se había llevado lo mejor de ella. Su voz se había vuelto aguda y chillona y estaba sujetando la antigua taza de té tan fuerte que era extraño que no se hubiese partido.

Durante la alerta había habido tanta confusión que se había olvidado por completo que Alek estaba huyendo para salvar su vida. Pero, al estar sentada allí, viendo cómo Volger echaba sal a sus huevos con aquella expresión de autocomplacencia en su rostro, finalmente, la enormidad de todo aquello había puesto el dedo en la llaga.

Alek se había ido y no iba a volver.

Deryn depositó la taza de té cuidadosamente en el escritorio. Procuró usar su voz de chico y dijo:

—Usted parece realmente complacido consigo mismo, eso es todo. Y creo que es porque Alek ya no es un problema para usted.

—¿Un problema para mí? —preguntó Volger—. ¿Eso es lo que usted cree que era él para mí?

—Sí. Usted se alegra de que se haya largado solo porque a él a veces le gustaba tener sus propias ideas.

El rostro de Volger volvió a mostrar su habitual expresión pétreas, como si Deryn fuese en realidad un gusano que reptaba por su desayuno.

—Escucha, muchacho. No tienes ni idea de a todo lo que he renunciado por Alek: mi título, mi futuro, mi apellido. Nunca volveré a ver mi hogar, no importa quién gane esta guerra. Ante mi pueblo soy un traidor y todo por mantener a Alek a salvo.

Deryn le sostuvo la mirada.

—Sí, pero usted no es el único que ha tenido que traicionar a su propio país. Yo he guardado los secretos de Alek y he mirado hacia otra parte cuando todos ustedes estaban planeando escapar. De modo que no me mire de esta forma tan alta y prepotente.

Volger se la quedó mirando otro momento y luego dejó escapar una risa cansada. Finalmente se llevó a la boca su pedazo de tostada y lo masticó con aire pensativo.

—Tú estás tan preocupado por él como yo, ¿cierto?

—Por supuesto que lo estoy —dijo Deryn.

—En realidad es bastante conmovedor —Volger sirvió más té para ambos—. Me alegra de que Alek te tenga como amigo, Dylan, aunque seas un plebeyo.

Deryn puso los ojos en blanco. Los aristócratas eran tan rematadamente estirados.

—Pero Alek se ha preparado para este momento toda su vida —prosiguió Volger—. Su padre y yo siempre supimos que un día estaría solo y tendría a todo el mundo en su contra. Y Alek ya ha demostrado claramente y con creces que está preparado para seguir sin mí.

Deryn negó con la cabeza.

—Pero usted lo entendió mal, conde. Alek no quería irse solo, quería más aliados, no menos. Incluso dijo que quería...

Recordó la última vez que habían hablado, dos noches antes. Alek había deseado que hubiese alguna forma para que pudiese quedarse a bordo del *Leviathan*, porque sentía que el *Leviathan* era el único lugar al que había pertenecido realmente. Y ella se había portado como una auténtica estúpida ante todo aquello, precisamente porque él no le había declarado su amor eterno por *ella*.

De pronto su garganta se le hizo un nudo y no pudo hablar.

Volger se inclinó hacia delante y se la quedó mirando.

—Eres un chico muy sensible, Dylan.

Deryn se lo quedó mirando. Aquello no significaba que fuese rematadamente «sensible», solo sucedía que sabía cuándo las cosas *importaban*.

—Solo espero que esté bien —dijo después de tragarse un buen sorbo de té.

—Sí, señor. Tal vez aún podamos ayudar a Alek, tú y yo juntos.

—¿A qué se refiere?

—Él tiene un papel muy importante que desempeñar en esta guerra, más importante de lo que puedes imaginar, Dylan —dijo el conde—. Su tío abuelo, el emperador, es un hombre muy anciano.

—¡Sí, pero el trono no le importa nada a Alek porque su madre no era de la realeza! ¿Cierto?

—Ah, ya veo que te lo contó todo —dijo Volger dedicándole una extraña sonrisa—. Pero en la política siempre hay excepciones. Cuando llegue el momento preciso,

Alek podría inclinar la balanza de esta guerra.

Deryn frunció el ceño. Lo que el conde le estaba diciendo no cuadraba con la historia de Alek, sobre cómo su familia siempre les habían menospreciado tanto a él como a su madre. Pero allí en los Alpes, por supuesto, los alemanes habían enviado toda una flota de aeronaves para capturarle. Ellos, por lo menos, sí que parecían pensar que era importante.

—Y ¿qué podemos hacer para ayudarle?

—Por el momento no mucho. Pero uno nunca sabe qué oportunidades pueden presentarse de improviso. El problema es que ya no tengo un equipo de radio.

Deryn puso mala cara.

—¿Usted tenía una radio? ¿Los oficiales sabían algo de esto?

—No me lo preguntaron —el conde Volger agitó una mano hacia su desayuno—. Y veo que no has pensado en traerme el periódico de la mañana. Así que si pudieras ponerme al día de los acontecimientos, te lo agradecería mucho.

—¿Qué? ¿Que espíe para usted? —exclamó Deryn—. ¡Ni por un maldito instante!

—Podría hacer que valiese la pena.

—¿Con qué? ¿Con tazas de té?

El conde sonrió.

—Tal vez con algo mejor. Por ejemplo, debéis estar preguntándoos sobre cierta criatura perdida.

—¿La bestia que nació ayer noche? ¿Usted sabe dónde está? —el hombre no respondió, pero la mente de Deryn ya estaba dando vueltas como un remolino—. ¡Entonces tuvo que haber eclosionado *antes* de que Alek abandonase la sala de máquinas! ¿Se ha ido con la criatura, verdad?

—Tal vez. O tal vez la estrangulamos para que no hiciese ruido —Volger comió su último bocado de tostada y se limpió cuidadosamente la boca con una servilleta—. ¿Crees que tu doctora Barlow estaría interesada en los detalles?

Deryn entornó los ojos. Por la forma de actuar de la científica, parecía que ella ya tuviese una buena idea de dónde había ido a parar la criatura recién nacida. De pronto todo cobró sentido. Deryn se habría dado cuenta solita si no hubiese estado tan cansada.

Ahora que pensaba en ello, algunas peculiaridades de los huevos estaban empezando a tener sentido.

—Sí —dijo Deryn—. Lo más probable es que esté interesada.

—Entonces, te contaré exactamente cómo se escapó tu criatura ayer noche, si tú me mantienes informado estos próximos días —el conde miró por la ventana—. Los otomanos pronto tomarán la decisión de si entran o no en esta guerra. El próximo paso de Alek dependerá en gran medida de esta elección.

Deryn siguió su mirada al otro lado de la ventana. Las agujas de los edificios de Estambul eran visibles en la distancia y la neblina provocada por el humo de los motores ya se alzaba sobre la ciudad.

—Bueno, le puedo contar lo que decía el periódico de hoy. *Eso* no es espiar, creo.

—Excelente —el conde Volger se puso de pie y le ofreció la mano—. Me parece que tú y yo seremos buenos aliados, después de todo.

Deryn se quedó mirando la mano del hombre un momento, más tarde suspiró y se la estrechó.

—Gracias por el té, señor. Y por cierto, la próxima vez que intente escapar, le agradeceré mucho si lo hace de forma mucho más silenciosa. O al menos hágalo a pleno día.

—Por supuesto —Volger le hizo una graciosa reverencia y añadió—: Y si alguna vez desea aprender esgrima *correctamente*, señor Sharp, hágamelo saber.



# DIECISIETE

Cuando se encontraba a medio camino de regreso al camarote del contramaestre, un lagarto mensajero se detuvo en el techo justo sobre su cabeza y fijó sus ojos en ella.

—Señor Sharp —graznó con la voz de la científica —, hoy le necesito y vestido con el uniforme de gala. Vamos a visitar al sultán.

Deryn se quedó mirando fijamente a la bestia, preguntándose si habría oído bien, *¿el Sultán?* ¿El hombre que gobierna todo el maldito Imperio otomano?

—Le he dicho al señor Rigby que lo libere de sus obligaciones —prosiguió el lagarto—. Reúnase conmigo en el campo de aterrizaje al mediodía y asegúrese de ir impeccablemente vestido.

Deryn tragó saliva.

—Sí, señora. Allí estaré. Fin del mensaje.

Cuando la bestia se marchó rápidamente, cerró los ojos y maldijo en voz baja. Ni siquiera tenía un uniforme de gala que ponerse, al menos no desde el día anterior. Deryn se había quitado la chaqueta antes de saltar a la trompa del *Dauntless*, pero su única camisa de gala aún estaba manchada de rojo intenso por la bomba de especias. Incluso después de lavarla dos veces, la camisa seguía desprendiendo un olor lo suficientemente fuerte como para hacer estornudar a un caballo muerto. Tendría que pedirle prestada una a Newkirk y eso significaba tener que hacer algún arreglo con su costurero.

Refunfuñó y se encaminó corriendo hacia su camarote.

Horas después, mientras Deryn bajaba por la pasarela, el rumor de los motores clánker se extendía por todo su alrededor. En la sombra de la aeronave, Newkirk, el contramaestre y una docena de aparejadores estaban montándose en un escuadrón de caminantes en forma de asnos y de búfalos de agua. Se encaminaban a los mercados en busca de provisiones y parecía que iban deprisa. Si el *Leviathan* no abandonaba la ciudad a última hora de la tarde, los otomanos tendrían derecho a confiscarlo.

Los oficiales no habían dicho a nadie cuál era el siguiente destino de la aeronave. Pero fuera donde fuese que estuviesen destinados, Deryn dudaba de tener la posibilidad de ver Estambul o a Alek de nuevo, no por lo menos hasta que la guerra terminase.

Observó a Newkirk un momento, envidiando su disfraz. Toda la expedición iba vestida con ropas árabes para evitar que los jóvenes turcos los viesen y empezasen otra protesta. Ojalá ella pudiese estar haciendo trabajos propios de la aeronave en lugar de diplomáticos..., o lo que fuese que la doctora Barlow fuese a hacer.

La científica esperaba a unos cientos de yardas de distancia del *Leviathan* en una franja vacía de la pista de aterrizaje pasada la torre de amaraje. La doctora vestía su abrigo de viaje más elegante, y hacía girar un paraguas cerrado mientras esperaba de pie junto a una pequeña caja llena de paja. Uno de los últimos huevos estaba en su interior, brillando como una gran perla al sol. De modo que la carga secreta de la doctora Barlow finalmente sería entregada al sultán.

Pero ¿por qué llevarse con ella un cadete ayudante?

Cuando Deryn se acercó, la doctora Barlow se dio la vuelta y dijo:

—Llega un poco tarde, señor Sharp, y su aspecto deja mucho que desear.

—Lo siento, señora —dijo Deryn, ajustándose el cuello de la camisa.

La camisa le sentaba mal a pesar de haberse pasado una hora cosiéndola a toda prisa. Y lo peor era que olía a Newkirk, aquel caraculo no se había tomado la molestia de lavarla el día anterior.

—He tenido que pedir prestada esta camisa. La mía todavía olía a especias.

—¿Solo tiene un uniforme de gala? —la doctora hizo chasquear la lengua—.

Tendremos que ponerle remedio a eso si va a continuar asistiéndome.

Deryn puso mala cara.

—¿Asistiéndola, señora? Francamente, nunca me había imaginado que acabaría haciendo gestiones diplomáticas.

—Tal vez no. Pero es lo que pasa cuando uno resulta útil, señor Sharp. Usted fue imprescindible durante la batalla del *Dauntless*, mientras el embajador y sus lacayos estaban bastante desesperados —la doctora Barlow suspiró—. Pronto tendré miedo a dejar la aeronave sin su protección.

Deryn puso los ojos en blanco. Incluso cuando dispensaba elogios, la científica siempre se las apañaba para impregnarlos de un tono de burla.

—Espero que no tema que hoy también la ataquen, señora.

—Nunca se sabe. No somos tan bienvenidos en este lugar como me habría gustado.

—Eso es bastante cierto —dijo Deryn, todavía escuchando la furia que había en las voces de los manifestantes—. Pero quisiera preguntárselo, señora. ¿Qué es un *Behemoth*?

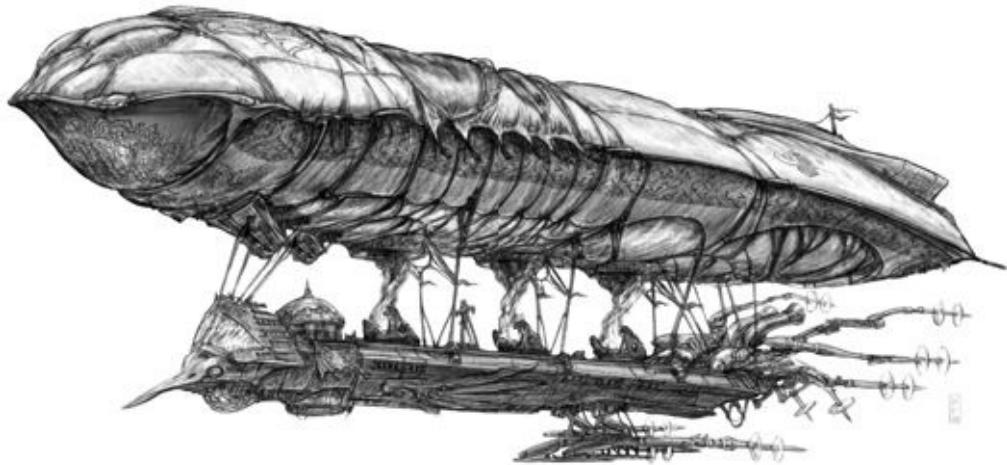
La doctora Barlow la miró entornando los ojos.

—¿Dónde ha escuchado esa palabra, señor Sharp?

—Era lo que gritaban ellos ayer. Me refiero a los jóvenes turcos.

—Mmm, por supuesto. Es el nombre de la criatura de compañía del *Osman* y, en consecuencia, parte de la desa fortunada apropiación de Lord Churchill.

Deryn frunció el ceño.



—Pero los *krakens* no tienen nombres. Ninguna bestia lo tiene a menos que se trate de toda una nave.

—*Behemoth* no es un nombre propio, jovencito, sino una especie. Verá, esta criatura no es en absoluto un *kraken*, sino algo completamente nuevo. Y también un secreto militar, de modo que será mejor que dejemos el tema —la doctora Barlow inclinó un poco hacia atrás su paraguas para mirar al cielo—. Creo que esta es nuestra aeronave.

Deryn se protegió los ojos del sol que se alzaba en el cielo con la mano y vio que se acercaba una peculiar embarcación.

—Es bastante... llamativa, ¿no es cierto, señora?

—Por supuesto. Se espera que los invitados del sultán lleguen con estilo.

La nave clánker no alcanzaba a ser ni una cuarta parte de la longitud del *Leviathan*, pero era tan sofisticada como un pastel de boda. Un fleco de borlas revoloteaba desde su bolsa de aire y doseles de seda hinchados por el viento cubrían la barquilla, como si algún príncipe otomano hubiese decidido a ir a planear en su cama con baldaquín.

La nave se sostenía gracias a un largo globo cilíndrico colocado sobre ella con varias chimeneas que iban a parar a su barriga, cada una alimentada por aire caliente proveniente de llameantes chimeneas en forma de monstruosas cabezas.

Los propulsores impulsaban la nave mediante unos brazos largos y entrelazados, algunos apuntando hacia arriba, otros hacia abajo y los dos más grandes impulsando la nave hacia delante. La proa estaba tallada con la forma de un pico en forma de gancho de halcón y, a ambos lados de la barquilla, estaban talladas unas alas rectas que se desplegaban como cuchillas.

Los propulsores de la nave dieron vueltas y se retorcieron hasta que se posaron suavemente en la hierba mal cuidada de la pista de aterrizaje.

Cuando una pequeña pasarela se desplegó de su barquilla, la doctora Barlow cerró su paraguas y señaló con él la caja con el huevo.

—Si hace el favor, señor Sharp.

—Imprescindible, ese soy yo —dijo Deryn, alzando la caja con un gruñido.

Siguió a la científica por la pasarela hasta una plataforma abierta, rodeada por una baja barandilla, como la cubierta superior de un navío de vela. La estela del propulsor se arremolinaba a su alrededor, haciendo ondear el velo que tenía sujeto al sombrero hongo la doctora Barlow.

Toda la tripulación estaba formada por hombres de piel oscura, pero no vestían ropas del desierto como los africanos que Deryn había visto desde la montura del elefante el día anterior. En lugar de eso, vestían uniformes de seda y altos turbantes de color rojo y naranja. Dos de ellos cogieron la caja del huevo que sostenía Deryn, atándola rápidamente con correas a unas abrazaderas de metal en la cubierta.



Uno de los hombres vestía un sombrero cónico y sus ojos estaban protegidos con anteojos de piloto. Una especie de bestia mecánica colgaba de su hombro, como un búho con grandes ojos y una boca completamente abierta. Un minúsculo cilindro colgaba del pecho de la máquina, con una pluma electrónica que rascaba su superficie rodante.

El hombre se adelantó e hizo una reverencia a la doctora Barlow.

—Que la paz sea con usted, señora. Soy el Kizlar Agha. Bienvenida a bordo.

La científica contestó en un idioma que Deryn no reconoció, una lengua de sonidos más suaves que el alemán. El hombre sonrió, repitiendo la misma frase

mientras hacía una reverencia a Deryn.

—Cadete Dylan Sharp —dijo ella, inclinándose a su vez—. Encantada de conocerle, señor Agha.

La doctora Barlow se echó a reír.

—Kizlar Agha es un título, señor Sharp, no un nombre. Él es el jefe de la guardia de palacio y del tesoro. Es el hombre más importante del Imperio, después del sultán y el gran visir. Es portador de mensajes importantes.

—Y de visitantes importantes también —dijo el hombre alzando una mano.

Las chimeneas arrojaron fuego, enviando una oleada de calor a través del aire.

La nariz de Deryn captó el dulce olor del propano ardiendo. Se estremeció y apretó la mandíbula, al darse la vuelta para sujetarse a la barandilla cuando la nave se elevó en el aire.

—¿No se encuentra bien, señor Sharp? —dijo el Kizlar Agha, inclinándose más hacia ella—. Marearse es una extraña enfermedad para un aviador.

—Me encuentro bien, señor —dijo Deryn rígidamente—. Solo es que los globos de aire caliente me ponen un poco nervioso.

El hombre se cruzó de brazos.

—Le aseguro que el yate imperial *Stamboul* es tan seguro como cualquier aerobestia.

—Estoy convencido de que así es, señor —dijo Deryn, pero sus manos aún agarraban la barandilla.

Las chimeneas escupieron fuego otra vez, rugiendo como un tigresco furioso.

—Ayer tuvimos una especie de batalla —dijo la doctora Barlow, poniendo una de sus frías manos en la mejilla de Deryn—. Y alarmas y excursiones de nuevo por la noche. Me temo que el señor Sharp ha estado muy ocupado.

—Ah, sí. Me enteré de que los Jóvenes Turcos les asediaron —dijo Kizlar Agha—. Hoy en día hay revolucionarios por todas partes. Pero no nos molestarán en palacio, y tampoco en el aire.

La nave había ya traspasado la verja de la pista de aterrizaje y los manifestantes que se encontraban en la puerta parecían pequeñas hormigas bajo ellos.

Mientras la doctora Barlow y el Kizlar Agha hablaban, Deryn se quedó mirando la ciudad intentando no reparar en el aire vibrante de calor a su alrededor. Las sinuosas calles de Estambul pronto estuvieron debajo del *Stamboul*, con destellos de metal de los caminantes brillando bajo la capa de humo. Los girotópteros pasaron revoloteando, pareciendo tan delicados como mariposas.

Alek estaba ahí abajo en alguna parte, o al menos eso suponía. A menos que ya se hubiese internado en los bosques del Imperio, donde los mapas del Servicio Aéreo mostraban solo montañas y llanuras polvorrientas, de camino hacia el lejano Oriente.

Cuando el Kizlar Agha volvió a sus obligaciones, la doctora Barlow se unió a

Deryn en la barandilla.

—¿Está seguro del todo de que no se golpeó la cabeza ayer noche, señor Sharp? No tiene buen aspecto.

—Seguro, me encuentro genial —dijo Deryn, sujetándose al pasamanos de la barandilla aún con más fuerza. No iba a volver a contar otra vez lo del accidente de su padre. Sería mejor cambiar de tema—. Es solo que esta mañana durante el desayuno he mantenido una extraña conversación con el conde Volger... sobre nuestra bestia perdida.

—¿De veras? Muy emprendedor por su parte.

—Dijo que la había visto ayer noche. La bestia debió de nacer antes de que Alek se fuese y aquel tonto se la llevó con él —Deryn se volvió a la doctora Barlow y entornó los ojos—. Aunque usted ya lo sabía, ¿verdad, señora?

—La posibilidad me pasó por la mente. La científica se encogió de hombros. Era la única explicación lógica sobre la desaparición de la criatura.

—Sí, pero no era solamente una cuestión de lógica, ¿cierto? Usted sabía que Alek intentaría escapar antes de que nos fuésemos de Estambul, de modo que usted le puso al cuidado de los huevos la pasada noche.

Una sonrisa apareció tras el velo de la doctora Barlow.

—¿Qué sucede, señor Sharp, me está usted acusando de *intrigar*?

—Llámelo como usted deseé, señora, pero Alek siempre se estaba quejando de que usted recolocaba los calentadores cuando él estaba vigilando los huevos. Los ponía más calientes cuando estaba él que cuando estaba yo. A medida que Deryn hablaba y emitía sus sospechas en voz alta, las piezas iban encajando más y mejor.

—Y usted nunca me permitía que yo le visitase mientras él estaba cuidando los huevos. ¡De manera que cuando la bestia naciera, sería precisamente él quien estaría en la sala de máquinas y solo!

La doctora Barlow miró a lo lejos y dijo severamente.

—¿Está *seguro* del todo de que no se golpeó la cabeza ayer noche, señor Sharp? No acabo de entender qué está diciendo.

—Estoy hablando de las bestias que hay dentro de estos huevos —dijo Deryn, mirando la caja de cargamento—. ¿Qué son, al fin y al cabo?

—Son secreto militar, jovencito.

—Sí, y ahora vamos a llevar uno a este tipo, el sultán. ¡Un aristócrata clánker, igual que Alek!

Deryn se quedó mirando fijamente a los ojos a la doctora Barlow, esperando una respuesta. Se había dirigido a la científica de la forma más ruda que se había atrevido hasta el momento, pero entre la noche sin dormir y los descubrimientos que había hecho aquella mañana, la furia había tomado el control de su lengua. Todo estaba empezando a tener sentido. Por qué la doctora Barlow había estado tan dispuesta a

guardar el secreto de Alek y no contárselo a los oficiales y por qué desde el principio le había puesto al cuidado de los huevos. Ella quería que uno de los huevos eclosionara mientras Alek estuviese solo en aquella habitación.

—¿Cuál era el propósito de la bestia en realidad? —Y por qué Alek simplemente no había dejado el dichoso experimento en la nave?

Al cabo de un momento de mirarse fríamente, la doctora Barlow rompió el silencio.

—¿Acaso el conde Volger dijo algo en *concreto* sobre la criatura?

—En realidad no —Deryn se encogió de hombros—. Puede que haya mencionado algo sobre estrangularlo para que callase.

La doctora Barlow alzó las cejas de golpe y Deryn sonrió. Al juego de guardar secretos podían jugar los dos.

—Aunque creo que solo estaba intentando pasarse de listo.

—Por supuesto —dijo la doctora Barlow fríamente—. Parece que sois muchos los que lo estáis haciendo.

Deryn sostuvo la mirada de la mujer.

—No estoy intentando pasarme de listo, señora. Yo solo quería saber... ¿Está Alek en peligro con esta bestia?

—No sea absurdo, señor Sharp —la doctora se acercó más inclinándose y bajó la voz—. El loris perspicaz, como se le conoce, es bastante inofensivo. Nunca pondría a Alek en peligro.

—¡Pero entonces por qué hizo todo lo posible para que eclosionara un huevo mientras Alek estaba con ellos!

La doctora Barlow miró a lo lejos.

—Sí, el loris fue diseñado con un alto grado de fijación naciente. Igual que los bebés patos, crea un vínculo con la primera persona que ve.

—¡Y usted hizo que este vínculo fuese con Alek!

—Una improvisación necesaria. Después de que nos estrellásemos en los Alpes, parecía que no llegaríamos a Estambul a tiempo. No quería ver todos mis años de trabajo echados a perder. Se encogió de hombros. Además, estoy bastante orgullosa de Alek y quería que tuviese toda la ayuda posible en su viaje. Para los que saben escuchar con atención, el loris perspicaz puede ser de bastante ayuda.

—¿De ayuda? —preguntó Deryn.

—Siendo perspicaz, por supuesto.

Deryn frunció las cejas, intentando descubrir qué significaría «perspicaz». Se preguntaba si en realidad podía confiar completamente en las palabras de la científica. La doctora Barlow siempre parecía tener un plan más extenso del que dejaba entrever.

—No era solo para ayudarle a él —dijo Deryn—. Alek es un clánker importante,

igual que el sultán, y por esta razón usted quería que él tuviese esta bestia loris.

—Es lo que dije ayer —la doctora Barlow hizo un gesto hacia la proa en forma de pico que tenía ante ella, a las monstruosas cabezas arrojando fuego—. A diferencia de las otras potencias clánker, los otomanos no han olvidado la red de la vida. Y creo que tras este breve espacio de tiempo que Alek ha pasado con nosotros, también puede que se atenga a razones.

—¿Razones? —Deryn tragó saliva—. ¿Y qué tiene que ver una bestia recién nacida con las *razones*?

—Nada, por supuesto, por lo que respecta a la ley de mi abuelo: «Ninguna criatura fabricada mostrará jamás razón humana» —la científica hizo un gesto con la mano—. Tómeselo como una figura retórica, señor Sharp. Pero una cosa es cierta, esta guerra provocará una gran conmoción en las casas reales de Europa. De modo que es posible que el joven Alek tal vez un día sea tan importante como cualquier sultán, tenga o no sangre real.

—Sí, eso es lo que decía también el conde Volger.

—¿De veras? —la doctora Barlow hizo repiquetear sus dedos sobre el pasamanos de la barandilla—. Qué interesante.

Justo frente a ellos, el estrecho brillaba bajo el sol del mediodía. Casi directamente debajo de ellos había dos enormes edificios de mármol y piedra: mezquitas, por supuesto, con sus tejados en forma de cúpula como escudos gigantes dispuestos contra el cielo, con sus minaretes alzándose como lanzas a su alrededor. La plaza que había entre los edificios estaba abarrotada de gente, con los rostros vueltos hacia arriba mientras la sombra del *Stamboul* se deslizaba sobre ellos.

El Kizlar Agha gritaba órdenes y los propulsores cambiaban de lugar sus larguiruchos y delgados brazos. La nave empezó a descender hacia lo que parecía un parque rodeado de altas murallas. Dentro había docenas de edificios bajos, todos ellos unidos con senderos y pasajes cubiertos y un gran grupo de aún más cúpulas y minaretes, casi otra ciudad dentro de los muros de palacio.

—Tal vez no deberíamos perder de vista al conde Volger —dijo la doctora Barlow.

Deryn asintió, recordando la oferta del conde de contarle más cosas sobre la bestia si ella le traía noticias del exterior. Lo cierto era que estaba totalmente abierto a un intercambio de información.

—Bien, señora, el conde dijo que me daría lecciones de esgrima.

La científica sonrió.

—Entonces, mi querido muchacho, tendrá que aprender esgrima.

# DIECIOCHO

El Stamboul descendió justo en el interior de los muros de palacio, en un frondoso jardín del tamaño de un campo de críquet.

El Kizlar Agha se quedó en la proa de la nave, gritando órdenes a los hombres de los propulsores, haciendo ajustes mientras descendían. Deryn pronto vio por qué apenas había espacio para aterrizar una aeronave. No obstante, la nave se posó con precisión en el lugar donde cinco caminos se cruzaban, con tanta suavidad como un beso, y como si fuera un vistoso pabellón que completase el diseño de un jardín. Las frondosas palmeras que les rodeaban temblaron bajo la estela de los propulsores de la aeronave.

La pasarela se abrió y el Kizlar Agha acompañó a Deryn, la doctora Barlow y los dos tripulantes con la caja de huevos hacia el jardín del sultán.

Un centenar de ventanas aparecían bajo ellos, pero todas estaban cubiertas con celosías de metal que brillaban doradas bajo la luz del sol. Deryn se preguntó si habría gente mirándolos a través de los estrechos listones, cortesanos y consejeros o el famoso harén del sultán de incontables esposas.

Aquello no era nada comparado con Buckingham Palace, donde Deryn había visto el cambio de la Guardia Real Leonesca el primer día que había estado en Londres. El palacio tenía cuatro plantas de altura y era tan cuadrado como un pastel. Sin embargo, aquí los edificios eran bajos y estaban rodeados de columnas, con sus arcos decorados con baldosas en forma de tablero de ajedrez en mármol blanco y negro, tan brillantes como las teclas de un piano. Tuberías de vapor se enroscaban por las paredes cubiertas de mosaicos como tubos de lagartos mensajeros, desprendiendo vapor y resoplando por las energías que contenían en su interior. Había guardias apostados en cada puerta, africanos vestidos con relucientes uniformes de seda y armados con alabardas y cimitarras.

Deryn pensó en cómo sería vivir rodeado de este espectáculo y pompa, todo pensado para deslumbrar a la vista. ¿Acaso el pobre Alek había crecido en un lugar con tanto lujo?

Todo ello debía de ser suficiente para volverte loco: tener un millón de criados observando todos y cada uno de tus movimientos.

Todos los guardias hacían complicadas reverencias al Kizlar Agha murmurando el mismo saludo que la doctora Barlow había usado.

—¿Eso es la forma turca para decir «hola»? —Deryn susurró, pensando que tal vez ella podría aprender la frase.

—Árabe. Aquí en palacio se hablan muchos idiomas —la doctora Barlow echó un vistazo a las cañerías de vapor—. Esperemos que el alemán no sea uno de ellos.

Pronto fueron conducidos a un gran edificio de mármol que se erigía separado del resto del palacio. Tres chimeneas ardiendo se alzaban hacia el cielo desde su tejado y el sonido de motores chirriando resonaba en su interior.

El Kizlar Agha se detuvo ante un pasaje abovedado sellado por dos puertas de piedra.

—Ahora entraremos en el salón del trono del sultán Mehmed V, Señor de los Horizontes.

Dio tres palmadas y las puertas se abrieron con un siseo provocado por el vapor. De dentro salió un olor a carbón ardiendo y de grasa de motor encubierta con incienso.

El salón del trono estaba oscuro después del contraste de la brillante luz solar del exterior y Deryn apenas pudo ver qué había al principio. Sin embargo, ante ella se alzaba lo que parecía ser un gigante sentado con las piernas cruzadas, tan grande como los autómatas que había visto en la calle el día antes. Era una estatua de metal vestida con centenares de metros de seda negra, un fajín de ropa plateada extendida atravesando un pecho lleno de medallas y un fez carmesí del tamaño de una bañera sobre su extraña cabeza con cuernos.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, Deryn reparó en un hombre que estaba sentado debajo de la estatua. Iba vestido exactamente con las mismas ropas y estaba sentado en su diván de seda en la misma posición, con las piernas cruzadas y las manos descansando en sus rodillas.

—Bienvenida, doctora Barlow —dijo él, dando la vuelta a su mano que mostró una palma vacía.

Tras él, la estatua se estremeció, imitando sus movimientos. Era un autómata: ¡todo el salón del trono era un inmenso mecanismo! No obstante, el rumor de los motores y los engranajes estaba sofocado hasta tal punto que no alcanzaba ni un susurro, amortiguado por los espesos tapices y muros de piedra, de modo que la gigantesca estatua parecía casi viva.

Por el rabillo del ojo, Deryn vio que la científica estaba haciendo una leve reverencia, como si se encontrase con estatuas gigantes cada día. Deryn se recuperó de su sorpresa y se inclinó desde la cintura, de la misma forma que había visto que hacía Alek cuando se dirigía a los oficiales del *Leviathan*. Se dio cuenta de que no tenía ni idea de cómo comportarse ante un maldito emperador y deseó que la científica se hubiese tomado la molestia de dedicarle un momento para explicárselo.

—Mi señor Sultán, le traigo saludos de Su Majestad el rey Jorge —dijo la doctora Barlow.

—Que la paz sea con él —respondió el sultán, inclinando su cabeza un poco.

Tras él, el autómata gigante hizo lo mismo.

—También os traigo un obsequio.



«Jefe del Imperio Otomano: Sultán y Califa».

La doctora Barlow desvió la cabeza en dirección a la caja del huevo.

El sultán alzó las cejas. Deryn se sintió aliviada al ver que el autómata no reproducía las expresiones faciales. La máquina gigante era ya lo bastante extraña tal como era.

—Una extraña forma para un acorazado. Y un poco pequeño para ser un *Behemoth* —dijo el sultán.

Tras un momento de incómodo silencio, la científica carraspeó.

—Nuestro pequeño obsequio no es, por supuesto, una sustitución para el *Osman*, o su criatura de compañía. Aunque Su Majestad siente mucho este desafortunado incidente.

—¿De veras?

—Profusamente —afirmó la doctora Barlow—. Solo hemos tomado prestado el *Osman* debido a que nuestra necesidad es mayor. Gran Bretaña está en guerra y vuestro Imperio está, y espero que siga estando, en paz.

—La paz también tiene sus límites. El sultán se cruzó de brazos y la estatua hizo lo mismo a continuación.

Al observarla ahora con más atención, Deryn se dio cuenta de que los

movimientos de la máquina eran un poco rígidos, como un marino que ha bebido demasiado e intenta actuar como si estuviese sobrio. Tal vez para ayudar a la ilusión, el sultán se movía lenta y cuidadosamente, como un actor haciendo pantomima. Deryn se preguntó si el sultán controlaba él mismo o si había ingenieros ocultos observando desde algún cubículo escondido, con las manos moviéndose deprisa por las palancas y los diales. De alguna forma, plantearse cómo funcionaría por dentro hacía que aquel enorme aparato pareciese menos inquietante.

—Estoy segura de que vuestras preocupaciones son muy grandes, mi señor sultán. La doctora Barlow miró hacia la caja del huevo. Y esperamos que esta criatura fabricada, aunque humilde, resulte ser una bien recibida distracción de todas ellas.

—Los alemanes nos han dado ferrocarriles, aeronaves y torres de radio —replicó el sultán—. Todas las glorias del *mekanzimat*. Ellos entrena a nuestros ejércitos y arreglan nuestras máquinas. Han reconstruido este palacio y nos ayudaron a aplastar la revolución hace seis años. ¿Y lo único que vuestro rey puede ofrecerme es una «distracción»?

El sultán hizo un gesto hacia la caja del huevo y la mano del autómata se extendió por la habitación agitando el aire al pasar por encima de la cabeza de Deryn. La muchacha se encogió de hombros, preguntándose lo poderosos que podrían ser aquellos dedos gigantes.

La doctora Barlow no pareció inmutarse en absoluto.

—Tal vez sea solamente un comienzo —dijo ella, inclinado su cabeza un poco más—. Pero os ofrecemos este obsequio con la esperanza de un futuro más feliz.

—¿Un obsequio? ¿Después de tantas humillaciones? —el sultán miró el huevo de nuevo—. Tal vez sus regalos ya nos han distraído durante demasiado tiempo.

Súbitamente los dedos gigantes se cerraron sobre la caja formando un puño. El crujido de la madera al partirse resonó por los muros de piedra y sus trozos resbalaron como cerillas por el suelo. El huevo estalló con un crujido nauseabundo y unos filamentos translúcidos rezumaron entre los dedos de metal. Al formar un charco sobre el suelo de piedra, el hedor a sulfuro se unió al humo del carbón y del incienso.

Una exclamación de horror se escapó de la boca de la científica, y Deryn miró sorprendida primero el puño cerrado y luego al sultán. Extrañamente, el hombre también parecía sorprendido, como si no se hubiese dado cuenta de lo que estaba haciendo. Por supuesto, *él* no había hecho nada, había sido el autómata.

Deryn miró la mano extendida del sultán. Sus dedos aún estaban abiertos, simplemente hacían un gesto hacia la caja del huevo y no estaba cerrada en un puño.

Los ojos de Deryn buscaron rápidamente por la habitación. El Kizlar Agha y la tripulación que había transportado la caja con el huevo tenían una expresión atónita en su rostro y no había nadie más en la habitación. Pero entonces vio que había una galería superior tras la cabeza de la estatua. Estaba cubierta con ventanas con celosías

y, por un momento, Deryn pensó que había visto unos ojos mirando hacia abajo a través de los listones.

Miró rápidamente a la doctora Barlow, intentando que la científica se diese cuenta de que el sultán tenía la mano abierta. Pero la cara de la científica estaba pálida y completamente inmóvil, y su aplomo aplastado junto con el huevo.

—Veo, mi señor sultán, que he venido demasiado tarde —a pesar de su expresión devastada, todavía su voz era fría como el acero.

El sultán también debió de escucharla así. Se aclaró la voz levemente antes de hablar.

—Tal vez no, doctora Barlow —unió sus palmas, pero el autómata siguió inmóvil, con su mano gigante inmóvil alrededor del huevo aplastado y rezumante—. En cierto modo los platos de la balanza ya se han equilibrado.

—¿A qué os referís?

Precisamente hoy hemos podido sustituir el acorazado que ustedes nos tomaron prestado con dos barcos en lugar de uno —el sultán sonrió—. Permítame que le presente al nuevo comandante de la armada otomana, el almirante Wilhelm Souchon.

Un hombre salió de las sombras y Deryn se quedó con la boca abierta. Vestía un almidonado uniforme azul de la marina alemana, excepto por el fez carmesí de la cabeza. Chocó los talones de sus botas, se inclinó ante el sultán y después se dio la vuelta para saludar a la doctora Barlow.

—Señora, le doy la bienvenida a Estambul.

Deryn tragó saliva. De modo que los dos acorazados alemanes habían desaparecido de aquella forma; ¡los otomanos los habían ocultado al precio de quedárselos! Y no se habían conformado con quedarse los barcos, sino que además habían puesto al almirante del *Goeben* al mando de toda su maldita armada.



«UN REGALO APLASTADO».

La científica simplemente se quedó con la mirada fija, muda de asombro por primera vez desde que Deryn la conocía. El silencio se prolongó de forma extraña. El único sonido que se escuchaba era los últimos restos del huevo goteando sobre el suelo de piedra.

Finalmente Deryn carraspeó y devolvió el saludo del alemán.

—Como oficial de mayor rango presente, le doy las gracias en nombre de las Fuerzas Aéreas británicas, por su, humm..., hospitalidad.

El almirante Souchon la miró fríamente.

—Creo que no nos han presentado, señor.

—Cadete Dylan Sharp, a su servicio.

—Un cadete. Ya veo —se dirigió de nuevo a la doctora Barlow y le ofreció la mano—. Discúlpeme, señora, por las formalidades militares. Casi olvido que usted es una civil. Encantado de conocerla. Y qué suerte que gracias a mi reciente nombramiento no nos conozcamos como enemigos.

La científica extendió su mano y permitió que el almirante se la besara.

—Encantada, por supuesto —lentamente se recuperó, y se dirigió de nuevo al sultán—. Dos acorazados son, desde luego, dos regalos muy impresionantes. De hecho, estoy tan conmovida por esta generosidad alemana que debo ofrecerle otro regalo en nombre del gobierno británico.

—¿De veras? El sultán se inclinó hacia delante. ¿Y cuál va a ser?

—El *Leviathan*, mi señor Sultán.

La habitación se quedó en silencio de nuevo y Deryn parpadeó. ¿Es que la científica se había vuelto *completamente loca de remate*?

—Es el más famoso de los grandes respiradores de hidrógeno —prosiguió la doctora Barlow—. Tan valioso como el *Osman* y su compañero juntos y una creación que vuestros amigos alemanes nunca podrán igualar.

El sultán pareció bastante complacido y Deryn se fijó en que la sonrisa del almirante Souchon se había quedado petrificada en su rostro. Ella misma estaba perpleja, incapaz de creer lo que la científica estaba diciendo.

—Doctora Barlow —habló Deryn—, por supuesto, es costumbre hablar primero con el capitán antes de, hum..., regalar su nave.

—Ah, por supuesto —la doctora Barlow hizo un gesto con la mano—. Gracias por recordármelo, señor Sharp. Necesitaremos unos días para comunicarnos con el ministerio de Marina, mi señor sultán, antes de efectuar esta transferencia.

—Me temo que esto no va a poder ser, doctora Barlow —dijo el almirante Souchon, poniendo una mano en la espada—. El límite para abrigar a una nave de combate en tiempo de guerra es de veinticuatro horas. La ley internacional es muy estricta en esta cuestión.

—¿Me permite que le recuerde, almirante, que su propio período de gracia fue extendido mientras se llevaban a cabo las negociaciones? —dijo el sultán suavemente.

El alemán abrió la boca, luego la cerró e hizo una profunda reverencia.

—Por supuesto, mi señor sultán. A sus órdenes.

Recostándose en su diván, el sultán sonrió y se cruzó de brazos. Sin que el autómata tuviese que imitarle, Deryn se fijó en que se movía de forma más fluida. O tal vez es que sencillamente estaba disfrutando de enfrentar a dos grandes potencias entre sí.

—Entonces todos estamos de acuerdo. Doctora Barlow tiene cuatro días para entregarme el *Leviathan* —dijo.

Treinta minutos después, el *Stamboul* se alzaba en el aire de nuevo. Cuando pasaron sobre el brillante estrecho en su lento regreso hacia el campo de aterrizaje, el Kizlar Agha se unió a Deryn y la doctora Barlow en la barandilla, con el rostro pálido.

—No sé qué deciros, señora. Mi señor sultán hoy no era él mismo.

—Parecía lo suficientemente firme en sus convicciones —dijo la doctora Barlow, con la voz aún temblorosa por la conmoción.

—Por supuesto. Pero no ha sido el mismo desde que ha regresado a palacio. Los alemanes han cambiado muchas cosas allí. No todos nosotros aprobamos estos cambios.

Deryn frunció el ceño, queriendo mencionar lo que había visto acerca del autómata. Pero no podía hacerlo delante del consejero más próximo al sultán.

El búho mecánico aún estaba colgado del hombro del Kizlar Agha, pero se fijó en que el cilindro que llevaba al pecho ya no rodaba. Tal vez era una especie de máquina de grabación y el hombre la había desconectado para mantener sus palabras en secreto.

—¿Está diciendo que tal vez cambie de opinión acerca de los regalos del Káiser? —preguntó la doctora Barlow con prudencia.

El Kizlar Agha extendió sus manos.

—Eso no lo sé, señora. Pero nuestro Imperio ha luchado en dos guerras estos últimos diez años y ha sufrido también una revolución sangrienta. No todos nosotros queremos unirnos a esta locura en Europa.

La doctora Barlow asintió con la cabeza.

—Roguemos entonces para que ustedes consigan hacerse escuchar.

—Lo intentaremos. Que la paz sea con ustedes y con todos nosotros —dijo él, a continuación se inclinó y regresó a la proa de la aeronave.

—Qué interesante —dijo la científica mientras el hombre se alejaba—. Tal vez aún exista esperanza para este país.

—¿A qué se ha referido él exactamente? —preguntó Deryn.

—Tal vez planee darle a su emperador un buen consejo —se encogió de hombros—. O tal vez algo más. Los sultanes ya han sido reemplazados con anterioridad.

Deryn se dio la vuelta hacia la barandilla y de pronto estaban allí abajo: el *Goeben* y el *Breslau* amarrados en el Cuerno de Oro.

—El almirante no mentía —dijo ella, al ver emblemas carmesí otomanos ondeando de los mástiles principales de los acorazados—. Ayer debían de estar ocultos en el mar Negro.

—Tenía que haberlo sabido —dijo la doctora Barlow—. Aquellos barcos estaban atrapados, y ya no tenían ningún valor para los alemanes. Por lo tanto, ¿por qué no ofrecerlos como soborno?

—Sí, y hablando de sobornos... —Deryn tragó saliva, casi temiendo preguntar—. ¿Qué es eso de entregar el *Leviathan*? ¿No se habrá usted vuelto loca de remate, no?

La doctora Barlow la miró de reojo.

—No sea pesado, señor Sharp. Aquello ha sido simplemente una táctica para podernos quedar más tiempo. Lo que por supuesto usted ya sabía, puesto que ha desempeñado su parte a la perfección. Otros cuatro días pueden resultarnos bastante útiles.

Deryn frunció el ceño. ¿Desempeñado su parte? Ella solo había dicho lo primero que se le había pasado por la cabeza.

—Pero, si no vamos a darle la nave a los otomanos, ¿qué sentido tiene quedarnos aquí?

—De veras, señor Sharp —dijo la científica, con la frialdad de acero volviendo a su voz—, ¿cree que haría un viaje por toda Europa sin tener un plan alternativo?

—¿Y este es su plan, señora? ¿Hacer falsas promesas al sultán para que este aún se enfurezca más? No lo creo.

La científica suspiró.

—Dudo que la furia del sultán signifique alguna diferencia, de una forma o de otra, el Imperio otomano ya está en manos alemanas.

—Sí, eso es realmente cierto —dijo Deryn—. Y hablando de manos, no estoy seguro de que el sultán quisiera realmente aplastar aquel huevo.

La doctora Barlow miró fríamente a Deryn.

—¿Está usted diciendo que la obra de mi vida ha sido destruida por *accidente*?

—Por accidente no, señora. Pero el sultán no cerró la mano. Simplemente estaba señalando el huevo y luego el autómata cogió y aplastó a su pobre bestia, ¡por su cuenta!

La doctora Barlow se quedó en silencio un momento y luego asintió lentamente.

—Por supuesto. ¡Soy una idiota! Aquel salón del trono fue construido por ingenieros alemanes, por lo tanto son *ellos* quienes tienen el control y no el sultán. Ellos forzaron su mano, para poder intervenir y hablar.

—Sí —Deryn miró de nuevo hacia el agua. El *Stamboul* había completado su vuelta y el *Goeben* se estaba alejando en la distancia. Pero aún podía ver la imponente forma del cañón Tesla, con sus puntales cubiertos de aves marinas revoloteando a su alrededor—. Eso hace que nos preguntemos cómo obligarán a mover la mano al sultán la próxima vez, ¿verdad?

—Exactamente, señor Sharp.

Deryn miró hacia el agua que se extendía por el horizonte. La flota de la Marina Real del Mediterráneo estaba estacionada justo al sur del estrecho, aún esperando a que emergiesen el *Goeben* y el *Breslau*. Y, en la dirección opuesta, la marina rusa estaba en sus puertos del mar Negro, todavía sin ser conscientes de que su antiguo enemigo el sultán tenía dos nuevos acorazados.

Lo único necesario era que el almirante Souchon hiciese una pequeña incursión en ambas direcciones y los otomanos se verían arrastrados hacia la guerra.

# DIECINUEVE

—Tal vez sea una locura, abandonar el hotel con tantos alemanes rondando por ahí.

No hubo respuesta mientras Alek se abrochaba la chaqueta de su nuevo traje.

—Pero los alemanes no saben qué aspecto tengo —prosiguió—. Y los otomanos ni siquiera saben que estamos aquí.

Alek se puso el fez y se miró al espejo esperando. De nuevo no recibió ninguna respuesta.

—Cualquiera diría que soy realmente un turco vestido con estas ropa —Alek dio un golpecito a la borla del fez. ¿Dónde se suponía que debía colgar, a la derecha o a la izquierda?—. Y si debo hablar alemán al menos tengo que practicar mi acento de plebeyo para no parecer un príncipe nunca más.

—Un príncipe —finalmente dijo la criatura.

—Bueno, esta es tu opinión —dijo Alek y luego suspiró.

¿Cómo se había habituado a hablar a la bestia? El animal probablemente estaba memorizando todos sus secretos. Era mejor que compartir sus dudas con los hombres, eso creía. Y además había algo en la expresión sabia y satisfecha de la criatura que hacía que Alek creyese que realmente le estaba escuchando y no solamente repitiendo palabras al azar. Alek volvió a mirarse en el espejo de arriba abajo por última vez, y a continuación se fue hacia la puerta.

—Sé una bestezuela buenecita y el profesor Klopp vendrá y te traerá comida. No lloriquees. Volveré pronto.

La criatura se le quedó mirando un buen rato fijamente y más tarde pareció asentir con la cabeza.

—Volveré pronto —dijo.

El caporal Bauer estaba vestido con sus nuevas ropas de civil y estaba esperando en la habitación que compartía con Klopp. El profesor de *mekánica* no podía abandonar el hotel. Era demasiado conocido entre la clase técnica de los clánkers y Constantinopla estaba llena de ingenieros alemanes.

De camino a la ciudad, la noche antes, Alek había contado una docena de proyectos de construcción en los que ondeaba un águila negra en el interior de una insignia amarilla: la bandera de amistad del Káiser. Los antiguos muros de la ciudad se mezclaban con nuevas y brillantes chimeneas, tuberías de vapor y antenas de radiotransmisores. Alek recordó que su padre le habló de que Alemania patrocinaba esta política de *mekanzimat*, la reforma de la sociedad otomana basándose en la máquina.

—Todavía creo que es una mala idea, joven señor —dijo Klopp, apartándose de la radio y de un cuaderno lleno de puntos y rayas.

—Nadie me reconocerá —dijo Alek—. Mi padre siempre tuvo mucho cuidado en prohibir que me hiciesen retratos o fotografías. Casi nadie, excepto mi familia, sabe qué aspecto tengo.

—¡Pero recordad lo que sucedió en Lienz!

Alek suspiró lentamente al recordar la primera vez que había salido disfrazado entre plebeyos.

—Sí, Klopp, actué exactamente como un pequeño príncipe. Pero creo que mi aspecto plebeyo ha mejorado mucho desde entonces. ¿No cree?

Klopp solo se encogió de hombros.

—Y si vamos a ocultarnos en el Imperio otomano —prosiguió Alek—, debemos saber qué grandes potencias están aquí. Soy el único de nosotros que sabe hablar algún otro idioma además del alemán.

El anciano sostuvo su mirada un momento y luego apartó la vista.

—No puedo discutir con vuestra lógica, joven señor. Solo desearía que no tuvieseis que ser vos quien saliese.

—A mí también me gustaría que Volger estuviese aquí —dijo Alek en voz baja—. Pero tendré mucho cuidado. ¿Verdad, Bauer?

—A vuestro servicio, señor —dijo Bauer.

—Perfecto. De todas formas, esto me recuerda que nada de «señor» mientras estemos fuera de esta habitación —dijo Alek.

—Sí, señor. Es decir, hum... ¿Cómo debo llamarle, señor?

Alek sonrió.

—Bueno, nadie que nos oiga hablar pensará que somos turcos, de modo que elijamos un buen nombre alemán. ¿Qué le parece Hans?

Pero es que ese es *mi* nombre de pila, señor.

—Ah, sí, claro.

Alek carraspeó, pensando en si alguna vez se había molestado en saber el nombre de pila del caporal Bauer. Tal vez debería habérselo preguntado antes.

—Que sea Fritz, entonces.

—Sí, señor. Quiero decir, sí, Fritz —dijo Bauer y Alek vio que Klopp sacudía lentamente su cabeza.

Demasiado para el toque plebeyo.

El hotel estaba cerca del Gran Bazar, el mayor mercado de Constantinopla y las calles aquella noche estaban muy concurridas. Alek y Bauer siguieron a la multitud, buscando un lugar donde hubiese trabajadores alemanes reunidos y allí intentar enterarse de algo.

Pronto se encontraron dentro del bazar, un laberinto iluminado de tiendas bajo

unos techos altos y abovedados. Los propietarios anunciaban a gritos sus mercancías: lámparas, lencería, alfombras, sedas, joyas, piel labrada y recambios de maquinaria, en una docena de lenguas. Unos asnos mecánicos se abrían paso a través de la multitud, con castañas y pinchos de carne asándose en sus humeantes bloques de los motores. Mujeres ataviadas con velos viajaban en sillas de mano con silenciosos mecanismos de cuerda y recelosos sirvientes a cada lado.

Alek recordó la primera vez que se disfrazó de plebeyo en el mercado de Lienz, cuando la presión de los cuerpos de las personas y los olores que desprendían le había puesto enfermo. Pero el Gran Bazar era como de otro mundo, las esencias del comino, la *paprika* y agua de rosas mezclándose con la amarga cortina de humo de tabaco que se arremolinaba desde las burbujeantes pipas de agua. Los juglares luchaban por tener un poco de espacio con los adivinos y músicos mientras que minúsculos caminantes de cuerda bailaban en una sábana extendida ante un hombre con las piernas cruzadas y la multitud aplaudía en reconocimiento.

El hombre que estaba en el mostrador de recepción del hotel les había dicho que aquel era un mes sagrado y que los musulmanes de la ciudad ayunaban hasta la puesta de sol. Parecía que estuviesen compensando el día, ahora que la noche había caído.

—No hay demasiados alemanes —dijo Bauer—. ¿Cree que habrá una cervecería en esta ciudad?

—No sé si a los otomanos les gusta la cerveza —Alek hizo un gesto señalando a un chico que llevaba una pequeña bandeja con unas copas de cristal vacías—. Pero el café es otra cosa.

Detuvo al chico y señaló la bandeja. El chico asintió con la cabeza e hizo un gesto con la mano para que le siguiese, esquivando hábilmente la multitud y esperando impacientemente a que Bauer y Alek lo alcanzasen.

El chico pronto les llevó hasta una gran sala pública en las afueras del mercado. El olor a café matizado con chocolate y té negro salía por sus puertas y del techo colgaba una cortina de humo.

Mientras Alek daba propina al chico por las molestias, Bauer dijo:

—Parece que hemos encontrado el lugar correcto, señor.

Alek alzó la mirada. Una hilera de banderas de la amistad del Káiser ondeaban a lo largo del toldo y una canción alemana resonaba en su interior.

—Aquel chico nos ha identificado como clánkers inmediatamente —Alek suspiró—. Pues andémonos con cuidado y no más *señores*. ¿Recuerda, Hans?

—Lo siento..., Fritz.

Alek dudó un momento en la puerta, el sonido de tantos acentos alemanes le produjo un escalofrío. Por supuesto, las naves del Káiser lo habían encontrado incluso oculto en la cima de una montaña en los Alpes. Tal vez era más seguro

mantener a los enemigos a la vista.

Irguió los hombros y entró con paso firme.

Muchos de los hombres parecían ser ingenieros alemanes. Algunos de ellos aún vestían monos de trabajo de mecánicos, llenos de manchas de grasa después de todo un día de trabajo.

Alek se sentía fuera de lugar vestido con sus nuevas ropas turcas.

Él y Bauer encontraron una mesa vacía y pidieron un café a un joven con turbante que hablaba un alemán excelente.

Cuando el chico se fue a toda prisa, Alek sacudió la cabeza.

—Tanto si los otomanos se unen a la guerra como si no, los alemanes ya están gobernando este país. Y puede ver por qué —Bauer señaló la pared que había tras ellos.

Alek se dio la vuelta y vio un gran póster pegado a la pared, del tipo de propaganda burda que su padre siempre había odiado. En el fondo había una ciudad dibujada con la etiqueta de Estambul, festoneada con tubos de vapor y raíles de tren. La ciudad descansaba a caballo entre Los Estrechos, con el oso ruso amenazador sobre el mar Negro y la marina británica amenazadora desde el Mediterráneo.

Dominando el póster había una quimera gigante avanzando en el horizonte, una bestia darwinista fabricada a partir de media docena de criaturas. Vestía un deforme sombrero hongo y transportaba un acorazado *dreadnought* en una de sus manos en forma de garra y una bolsa de dinero en la otra. Un minúsculo hombre gordo etiquetado como Winston Churchill cabalgaba en su hombro, observando cómo la obscura bestia amenazaba los minúsculos capiteles y las cúpulas que tenía debajo.

«¿Quién nos protegerá de estos monstruos?», rezaba la leyenda por toda la parte superior.

—Este debe de ser el *Osman* —dijo Bauer, haciendo un gesto al acorazado.

Alek asintió.

—Es extraño pensar en ello, pero si no hubiese sido porque Lord Churchill robó aquel barco, el *Leviathan* nunca hubiese atravesado Europa y aún estaríamos en aquel castillo en los Alpes.

—Tal vez estaríamos un poco más seguros allí —dijo Bauer. Entonces sonrió—. Pero también estaríamos un poco más congelados y nadie nos traería un buen café turco.

—¿De modo que cree que tomé la decisión adecuada, Hans? ¿Dejando atrás la seguridad?

—Tampoco es que tuviese demasiada elección, señor..., quiero decir Fritz —Bauer se encogió de hombros—. Habéis tenido que enfrentarlos a lo que se os ha presentado, cualesquiera que fuesen los planes de vuestro padre. Todos los hombres llegan a este punto, tarde o temprano.

Alek tragó saliva, agradecido por aquellas palabras. Nunca antes le había preguntado a Bauer su opinión, pero ahora que estaba al mando era agradable saber que aquel hombre no pensaba que él era un completo idiota.

—¿Y qué me dice de su padre, Hans? Debe de pensar que usted es un desertor.

—Mis padres se deshicieron de mí ya hace mucho tiempo —el hombre hizo un gesto con la cabeza—. Demasiadas bocas que alimentar en casa. Y lo mismo sucede con Hoffman, creo. Vuestro padre solo eligió a hombres sin familia para que os ayudasen.

—Me imagino que fue un detalle por su parte, supongo —dijo Alek, impactado por la idea de que tanto él como sus hombres en cierto modo eran huérfanos—. Cuando esta guerra termine, Hans, le juro que nunca volverá a pasar hambre.

—No es necesario, Fritz. Es mi deber. Y, además, es casi imposible estar hambriento en esta ciudad.

El café llegó, oliendo a chocolate y tan espeso como la miel negra. Realmente sabía mejor que cualquier cosa que pudiese haber sido cocinada en una hoguera en los helados Alpes.

Alek tomó un largo sorbo, dejando que los ricos aromas barriesen sus oscuros pensamientos. Escuchaba subrepticiamente las conversaciones de las mesas que tenían cerca, quejándose de envíos de piezas de recambio retrasados y de cartas de casa censuradas. La conquista de Bélgica ya casi había finalizado y los ingenieros lo estaban celebrando. Francia iba a caer pronto. Después se emprendería una rápida campaña contra la Rusia darwinista y la isla fortaleza de Gran Bretaña. O tal vez iba a ser una guerra larga, discutió alguien, pero Alemania finalmente ganaría puesto que las bestias fabricadas no eran rival para la valentía y el acero clánkers.

No parecía que a nadie le importase si los otomanos se unían a la guerra o no. Los alemanes estaban seguros de sí mismos y de sus aliados austriacos. Por supuesto, el alto mando podría tener un punto de vista distinto.



«CAFÉ EN UN NIDO DE SERPIENTES».

De pronto, los oídos de Alek captaron el sonido del idioma inglés. Se dio la vuelta y vio a un hombre moviéndose lentamente entre las mesas, haciendo preguntas que solo recibían como respuesta encogimiento de hombros y miradas de no comprender. El hombre iba vestido de forma desaliñada con un abrigo de viaje y un sombrero que ya no tenía ninguna forma, con una cámara plegable colgada del cuello. Una especie de bestia fabricada colgaba de su hombro, tal vez una rana con los ojos como cuentas mirando fijamente por debajo del cuello de la chaqueta del hombre.

—¿Un darwinista, allí, en lo que era prácticamente territorio alemán?

—Excúsenme, caballeros, pero ¿alguno de ustedes habla inglés? —dijo cuando llegó a la mesa de Alek.

Alek dudó. El acento del hombre no le era familiar y no parecía británico, aunque su cámara se asemejaba al diseño clánker.

—Yo, un poco —dijo Alek.

El rostro del hombre estalló en una amplia sonrisa mientras extendía su mano.

—¡Excelente! Me llamo Eddie Malone, reportero del *New York World*. ¿Le importa si le hago algunas preguntas?

## VEINTE

El hombre se sentó sin esperar una respuesta, chasqueando los dedos a un camarero y pidiendo café.

—¿Ha dicho «reportero»? —murmuró Bauer en alemán—. ¿Crees que esto es inteligente, Fritz?

Alek asintió con la cabeza: era la oportunidad perfecta. El trabajo de un reportero extranjero al fin y al cabo suponía poder comprender la situación política que les rodeaba, las maniobras de las grandes potencias aquí en el Imperio otomano. Y hablar con Malone era mucho más seguro que intentar captar rumores de un alemán que podría darse cuenta del acento aristocrático de Alek.

Algunos hombres de las mesas vecinas habían mirado al reportero cuando este se sentó a su mesa, pero ahora nadie miraba. Las calles de Constantinopla estaban llenas de objetos más raros que una rana fabricada.

—No sé en qué puedo ayudarle —dijo Alek—. No hace mucho que estamos aquí.

—No se preocupe. Mis preguntas no van a ser demasiado complicadas —el reportero sacó un ajado cuaderno—. Solo estoy intrigado por lo que ellos llaman el *mekanzimat* (todos los nuevos edificios que los alemanes están construyendo en Estambul). ¿Están ustedes aquí para trabajar en algo?

Alek carraspeó. El hombre había supuesto que eran alemanes. Probablemente no podía distinguir ni un acento austriaco del croar de su propia rana mugidora. Aunque no tenía sentido sacarle de su error.

—No estamos en la construcción, señor Malone. Por el momento solo estamos viajando. Recorriendo los alrededores.

Los ojos de Malone repasaron a Alek de arriba abajo y se detuvieron en el fez que había en la silla junto a él.

—Veo que ya han ido de compras. Aunque es un poco raro. ¡Hombres en edad militar de vacaciones en tiempos de guerra!

Alek maldijo en silencio. Siempre había sido muy malo contando cualquier tipo de mentira, pero pretender ser un turista era absurdo, cuando todos los hombres de Europa habían sido llamados al servicio. Malone probablemente pensaría que eran desertores, o espías.

Por supuesto, cierta aura de misterio podría serle útil.

—Digamos solamente que no es necesario que sepa nuestros nombres —Alek hizo un gesto a la cámara—. Y fotografías no, si es tan amable.

—Ningún problema. Estambul está lleno de gente anónima —el hombre alargó la

mano para rascar la barbilla de su rana—. ¿Supongo que han venido en el *Express*?

Alek asintió. El *Orient Express* iba directamente desde Munich a Constantinopla y no podía admitir que habían llegado en una aeronave.

—Debía de estar abarrotado con la llegada de todos estos nuevos obreros.

—El tren tal vez estaba abarrotado, pero nosotros teníamos nuestro compartimento.

Cuando salieron las palabras, Alek se maldijo de nuevo. ¿Por qué siempre tenía que demostrar de alguna forma que era rico?

—Así que ustedes no hablaron con los tipos que están trabajando en aquella torre de transmisión, ¿no?

—¿Torre de transmisión? —preguntó Alek.

—Sip. La que ustedes, los alemanes, están construyendo en los acantilados hacia el oeste. Dicen que es un proyecto especial para el sultán. Es enorme, ¡tiene su propia central eléctrica!

Alek miró de reojo a Bauer, preguntándose cuánto estaba comprendiendo el caporal de la conversación con el inglés, idioma que había aprendido un poco a bordo del *Leviathan*. Una gran torre de transmisión necesita su propia central eléctrica, pero también un cañón Tesla.

—Lo siento pero nosotros no sabemos nada de eso. Solo hace dos días que estamos en Constantinopla —dijo Alek.

Malone le miró atentamente un momento con un brillo en la mirada, como si Alek le acabase de contar una broma sutil pero inteligente.

—No el tiempo suficiente para empezar a llamarla Estambul, por lo visto.

Alek recordó que la doctora Barlow había dicho que sus habitantes usaban otro nombre para su ciudad pero al personal de su hotel no había parecido que les importase.

—Se llame como se llame, no hemos visto aún gran cosa de ella.

—¿De modo que aún no han bajado a los muelles para ver los nuevos buques de guerra del sultán?

—¿Nuevos buques de guerra?

—Dos acorazados que acaban de entregar los alemanes a los otomanos —Malone entornó los ojos—. ¿No los han visto? Es una lástima que se lo pierdan.

Alek consiguió sacudir la cabeza.

—No, no hemos ido al puerto aún.

—¿No han ido al «puerto»? Es una península, saben. ¿Y acaso el *Orient Express* no entra directamente paralelo al agua?

—Eso creo —dijo Alek, rígidamente—. Estábamos muy cansados cuando llegamos y era de noche.

El hombre parecía divertido de nuevo, aquello era descorazonador. Lo siguiente

que Malone le diría sería que había luna llena o que el *Orient Express* nunca llega de noche.

Pero ¿qué importancia tenía? De todos modos no se creía ni una palabra de lo que Alek le estaba diciendo. Tal vez era el momento de cambiar de tema.

—Es extraño ver a esta criatura aquí —dijo Alek señalando a la rana—. No sabía que los otomanos permitiesen estas abominaciones darwinistas en su país.

—Oh, solo es preciso saber a quién sobornar. El hombre se echó a reír. Y yo no iría a ninguna parte sin Rusty. Tiene mucha mejor memoria que yo.

Alek abrió mucho los ojos.

—Él... ¿recuerda cosas?

—Claro. ¿Ha visto alguna vez esos lagartos mensajeros?

—He oído hablar de ellos.

—Bueno, pues Rusty es un pariente cercano. Excepto que él es todo cerebro y no brinca. El hombre acarició con unos golpecitos en la cabeza a la rana y sus ojos redondos parpadearon. Puede escuchar hasta una hora de conversación y repetírtela palabra por palabra.

Alek frunció el ceño, preguntándose si la criatura recién nacida que le esperaba en el hotel era algún tipo de bestia de grabación.

—¿Este animal está memorizando lo que estamos diciendo ahora mismo?

El reportero se encogió de hombros.

—Considerando que hasta el momento no me ha contado nada en absoluto...

—Como le he dicho, acabamos de llegar.

—Bueno, al menos su inglés es agradable de escuchar —el hombre se echó a reír de nuevo—. Es como si ustedes hubiesen estado practicando, solo para mí.

—Es usted demasiado amable —dijo Alek. Durante las dos últimas semanas, por supuesto, había estado hablando más inglés que alemán—. Y tiene un oído agudo. ¿Le importa si le hago algunas preguntas?

—Claro. ¿Por qué no? —el reportero chupó su lápiz.

—¿Cree usted que los otomanos se unirán a los clánkers en esta guerra?

Malone se encogió de hombros de nuevo.

—Dudo que a los alemanes les importe, de una forma o de otra. Han venido aquí para quedarse mucho tiempo. Derrotar a los darwinistas en Europa y luego expandirse por todo el mundo. Ya están ampliando el *Express* hacia Bagdad.

Alek había oído a su padre decir lo mismo, que el *Orient Express* había sido construido para extender la influencia clánker hacia Oriente Medio y adentrarse más en el corazón de Asia.

Malone hizo un gesto hacia arriba, señalando el póster de propaganda que estaba detrás de Alek.

—Lo único que quieren en este momento es que los otomanos cierren los

Dardanelos para que los rusos no puedan enviar comida desde el sur.

—Es más fácil hacer morir de hambre a un hombre que luchar contra él —dijo Alek—. Pero ¿acaso los otomanos pueden contener el estrecho contra la Marina Británica?

—Las naves de superficie no pueden atravesarlo por las minas y el cañón, y tienen redes para contener a los *krakens*. Eso es todo aunque quedan las aeronaves y los otomanos puede que consigan una de ellas pronto.

—¿Cómo dice?

La cara de Malone se iluminó.

—Eso sí que es una vista que seguramente ustedes querrán ver. El *Leviathan*, uno de los mayores respiradores de hidrógeno, está aquí en Estambul.

—Está aún... Quiero decir, ¿hay una aeronave británica aquí? ¿No es un poco extraño, con una guerra en marcha?

—Diría que sí lo es. ¡Y lo que es más extraño aún es que los británicos están pensando en *entregársela* al sultán! —Malone hizo un gesto con la cabeza—. Parece que los alemanes donaron un par de acorazados a los otomanos y los británicos quieren subir la apuesta. El mismo sultán mañana irá a la nave a dar una vuelta junto con algunos reporteros.

Alek estaba tan sorprendido que casi no podía hablar. Que el *Leviathan* podría ser entregado a la potencia clánker era absurdo. Pero, si la nave no se había ido, entonces quería decir que el conde Volger todavía se encontraba en Estambul.

—¿Y usted va a ir a ese... paseo?

Malone sonrió ampliamente.

—No me lo perdería por nada del mundo. En Estados Unidos también tenemos respiradores, pero ninguno ni la mitad de grande. ¡No tienen más que observar el cielo mañana y verán a lo que me refiero!

Alek se quedó mirando al hombre. Si él tenía razón acerca del *Leviathan*, quizás Volger tenía otra oportunidad de escapar. Por supuesto, Volger creería que Alek y los demás ya habían desaparecido en los bosques.

Era una locura confiar en aquel extraño americano, pero Alek tenía que aprovechar la oportunidad.

—Tal vez usted podría hacer algo por mí —dijo en voz baja—. Hay un mensaje que quiero que entregue en aquella nave.

Malone alzó las cejas.

—Parece interesante.

—De todas maneras, no podrá escribirlo en su periódico.

—Eso no puedo prometérselo. Pero recuerde, mi periódico se publica en la ciudad de Nueva York y uso golondrinas de mar para enviar mis reportajes. Cualquier cosa que yo escriba tarda cuatro días en llegar a Nueva York y luego se tarda un día o dos

para que las noticias que se han publicado allí lleguen hasta aquí. ¿Comprende a qué me refiero?

Alek asintió. Si Volger realmente podía escapar, cinco días era mucho tiempo para desaparecer del mapa.

—De acuerdo, entonces —Alek inspiró profundamente—. A bordo del *Leviathan* hay un hombre, un prisionero.

Malone dejó de escribir con el lápiz.

—¿Un alemán, supongo?

—No. Austriaco. Su nombre es...

La voz de Alek se desvaneció. Las luces de gas de pronto empezaron a parpadear y el recinto se sumergió en la oscuridad más absoluta.

—¿Qué sucede? —siseó Bauer.

Malone alzó una mano.

—No se preocupe. Es solamente un espectáculo de sombras chinescas.

El café se quedó en silencio y pronto la pared trasera empezó a titilar. Alek se fijó en que no se trataba de una pared, sino una fina pantalla de papel con unas potentes lámparas de gas ardiendo tras ella.

Unas manchas oscuras empezaron a formarse en la pantalla de papel, sombras con formas de monstruos y hombres.

Alek abrió mucho los ojos. Una de sus tíos en Praga colecciónaba títeres de sombras chinescas de Indonesia, creaciones en piel que movían brazos y piernas, como marionetas con palos en lugar de cuerdas. Pero las sombras allí bailaban con unos movimientos mecánicos perfectos. Eran títeres cláñkers, movidos no a mano sino por máquinas escondidas detrás de la pared.

Los actores ocultos hablaban en lo que sonaba como turco, pero la historia era lo suficientemente fácil de comprender. A lo largo de la parte inferior de la pantalla, se alzaban y bajaban olas y una criatura marina saltaba entre ellas, un monstruo darwinista agitando sus tentáculos con unos enormes dientes. Se aproximó a un barco donde dos hombres estaban en cubierta hablando, sin darse cuenta de que el *kraken* se acercaba a ellos. Alek captó el nombre de Churchill entre las palabras que le eran poco familiares.

Entonces repentinamente la criatura saltó de las olas, atrapando a uno de los hombres y lo arrastró al agua. Extrañamente, el otro hombre solo reía...

Alek respingó cuando alguien le pellizcó el brazo. Era Bauer, quien le señaló con la cabeza a un par de soldados alemanes que se acercaban a ellos entre las mesas del café. Los dos iban mesa por mesa, comprobando los rostros contrastándolos con una fotografía que tenían en la mano.

—Debemos irnos, Fritz —susurró Bauer.

—Están aquí por alguna otra persona —dijo Alek con firmeza.

Nunca se le había tomado una fotografía.

Malone se había dado cuenta de sus miradas nerviosas y se giró para mirar a los soldados alemanes. Se inclinó hacia delante y susurró:

—Si ustedes dos están ocupados, tal vez será mejor que nos veamos mañana. ¿A mediodía, en las puertas de entrada de la Mezquita Azul?

Alek empezó a explicarle que no había ninguna necesidad de irse pero entonces uno de los soldados se envaró. Miró la fotografía que sostenía en la mano y después alzó la vista hacia Alek.

—Es imposible... —dejó escapar Alek.

Entonces se dio cuenta de que el soldado definitivamente no le miraba a él. Estaba mirando a Bauer.

# VEINTIUNO

—Soy un estúpido —se dijo Alek en un susurro.

Por supuesto los alemanes habían investigado a los otros hombres que habían desaparecido la noche que ellos habían escapado. Tanto Bauer, Hoffman como Klopp eran todos Guardas de la Casa de los Hausburgo, con fotografías en sus expedientes militares. Pero, desde luego, Alek había olvidado que los plebeyos también podían ser perseguidos.

Miró frenéticamente por la habitación. Había dos soldados alemanes más apostados en la puerta y el café no tenía otras salidas. Los soldados que habían visto a Bauer estaban hablando entre ellos profusamente y uno de ellos miraba atentamente a su mesa.

Malone se recostó en su silla y de forma despreocupada dijo:

—Hay una puerta que da al callejón en la parte de atrás.

Alek miró hacia donde le indicaba, la pared trasera estaba toda cubierta por la brillante pantalla, pero estaba hecha de papel.

—¿Hans, tiene un cuchillo? — preguntó Alek en voz baja.

Bauer asintió, llevándose la mano a su chaqueta.

—No se preocupe, señor. Les mantendré ocupados mientras vos escapáis.

—No, Hans. Vamos a escapar juntos. Deme el cuchillo y luego sígame.

Bauer frunció el ceño pero le entregó el arma. Los dos soldados alemanes estaban haciendo señas a sus compatriotas que estaban en la puerta. Era hora de irse.

—Mañana a mediodía en la Mezquita Azul —dijo Alek cogiendo su fez.

Se puso en pie de un salto, corrió a través de las mesas hacia la pantalla iluminada.

La brillante superficie de papel se partió con un rápido cuchillazo, dejando ver los engranajes moviéndose y las luces de gas que había detrás. Medio deslumbrado, Alek chocó contra las siluetas de las olas del océano, tropezando con un gran armatoste zumbante. Su mano se golpeó con una de las lámparas de gas que siseaban, y que le quemó como hierro candente al tocarla. La lámpara se estrelló contra el suelo, derramando llamas y fragmentos de cristal.

De pronto estallaron gritos tras ellos, puesto que la multitud se asustó ante el olor del gas ardiendo y el papel. Alek oyó que uno de los soldados gritaba a los clientes que le dejaran pasar.

—¡La puerta, señor! —gritó Bauer.

Alek solo podía ver puntos negros puesto que la luz le había deslumbrado, pero

Bauer le arrastró con él, con sus botas resbalando sobre la maquinaria y el cristal roto.

La puerta se abrió bruscamente hacia la oscuridad, el aire de la noche felizmente frío sobre la palma de la mano quemada de Alek. Siguió a Bauer, intentando ver algo más que los puntos negros mientras corría. El callejón era como una versión en miniatura del Gran Bazar, con tenderetes de mercado por todos lados del tamaño de un armario y con multitud de pequeñas mesas con pistachos, nueces y frutas amontonadas en ellas. Rostros sorprendidos miraron a Alek y Bauer mientras pasaban corriendo.

Alek oyó el portazo de la puerta al abrirse de nuevo tras ellos. Luego resonó un disparo por el callejón y estalló polvo de las antiguas piedras junto a su cabeza.

—¡Por allí, señor! —exclamó Bauer, arrastrándole por una esquina.

Ahora la gente corría en todas direcciones y el callejón se convirtió en un tumulto de hombres y mesas vueltas. Se abrieron las celosías y sonaron gritos en una docena de idiomas por las paredes.

Otro disparo sacudió el aire a su alrededor y Alek siguió a Bauer por un pasaje lateral que se abría entre dos edificios. Era estrecho, estaba vacío y sus botas resonaban por el arroyuelo de desagüe que lo atravesaba por el centro. Tuvieron que agacharse al pasar por debajo de los bajos arcos de piedra mientras corrían.



«ESCAPADA».

El callejón no conducía de vuelta al Gran Bazar o a una calle abierta, sino que

parecía doblarse sobre sí mismo, siguiendo las serpenteantes espirales de los tubos de vapor y los conductos del alambrado. Solamente una ínfima claridad de luz de luna iluminaba su recorrido por los adoquines del pavimento y pronto Alek perdió todo sentido de la orientación.

Allí las paredes estaban escritas con tiza en una maraña de palabras y símbolos: Alek vio los alfabetos árabes y griegos mezclados junto con otros signos que no reconoció. Parecía como si él y Bauer hubiesen ido a parar a una ciudad más antigua dentro de la primera, la que fue Estambul antes de que los alemanes hubiesen ampliado sus avenidas y las hubiesen llenado con bruñidas máquinas de acero.

Cuando dieron la vuelta a una esquina, Bauer tiró de Alek para que se detuviera.

Por encima de ellos se alzaba imponente un caminante, de una altura de seis pisos. Su cuerpo era largo y sinuoso, como una serpiente alzándose, y un par de brazos sobresalían de sus costados. La parte frontal de la cabina del piloto parecía la cara de una mujer y daba la impresión de estar mirándolos, absolutamente inmóvil.

—Volger nos habló sobre ellos —susurró Alek—. Son autómatas de hierro que mantienen la paz entre los diferentes guetos.

—Parece vacío —dijo Bauer nerviosamente—, y los motores están apagados.

Tal vez solo sea para que esté a la vista. Ni siquiera tiene armas.

No obstante, había algo de imponente en el caminante, como si estuviesen mirando una estatua de alguna antigua diosa pagana. La expresión de la cara gigante parecía esbozar una sonrisa.

Se escucharon gritos en la distancia y Alek apartó sus ojos de la máquina.

—Podríamos entrar en alguna parte y escondernos —dijo Bauer, señalando un bajo portal en la pared del callejón con una ventana con rejas de hierro en su centro.

Alek dudó. Irrumpir en una casa extraña solamente provocaría aún más problemas, especialmente si los propietarios de aquel caminante inmóvil estaban por allí cerca.

El chirrido de silbatos resonó a su alrededor, como si sus perseguidores se acercasen de todas direcciones...

O más bien dicho, de casi todas direcciones.

Alek miró las cañerías de vapor que subían por las paredes de piedra.

Desprendían vapor y temblaban con el calor, entonces se precipitaron callejón abajo comprobándolos uno a uno hasta que dieron con un viejo entresijo de conductos que estaba frío al tacto.

Alek se guardó el cuchillo en su cinturón.

—Intentemos escapar por los tejados.

Bauer dio una sacudida a las tuberías y cayó polvo de los ladrillos por los oxidados pernos.

—Subiré yo primero, señor, por si se rompe.

—Si eso sucede, Hans, sospecho que ambos estaremos en problemas, pero suba primero.

Bauer se sujetó firmemente y se impulsó hacia arriba.

Alek le siguió. Sus botas encontraron un firme soporte en la basta pared de piedra y las tuberías oxidadas eran un buen punto de apoyo para las manos. Aunque a mitad de camino su mano quemada empezó a dolerle, sintiendo unas punzadas como si una astilla en forma de llama hubiese quedado atrapada entre la piel. Soltó aquella mano y la sacudió, intentando apagar el fuego que recorría sus nervios.

—Ya no falta mucho, señor —dijo Bauer—. Hay un canalón para el agua de lluvia justo encima de mí.

—Espero que haya algo de lluvia en él —murmuró Alek, aún sacudiendo su mano—. Mataría por un cubo de agua fría.

Su bota derecha resbaló unos pocos centímetros y Alek se sujetó a las cañerías con ambas manos de nuevo. Era mejor un poco de agonía que una larga caída sobre los adoquines.

Pronto Bauer se había impulsado por el borde del tejado y ya estaba fuera de su vista. Pero cuando Alek extendía la mano para sujetarse al canalón, se escucharon gritos desde debajo.

Se acercó más a la pared y se quedó inmóvil.

Un grupo de soldados corría callejón abajo, vestidos con el uniforme gris de los alemanes. Uno gritó y todos se detuvieron de forma desordenada directamente debajo de Alek. El hombre que había gritado se arrodilló, alzando algo del suelo.

Alek maldijo en voz baja. El cuchillo de Bauer se le había caído del cinturón.

Era un objeto de la Guardia de los Hausburgo, con la empuñadura marcada con el escudo familiar de Alek. Si los alemanes se habían preguntado si él estaba en Estambul o no, aquello les sacaría de cualquier duda.

Los hombres se quedaron allí hablando, pero ninguno de ellos prestó la menor atención a los tubos de vapor que subían por la pared que había junto a ellos. El oficial señalaba en todas direcciones, dividiendo a sus hombres.

«¡Marchaos!», suplicó Alek en silencio. Estar allí colgado inmóvil eran cien veces más duro que escalar. Su mano quemada se le estaba acalambrando y la antigua herida que le habían hecho la semana pasada en sus costillas le estaba latiendo al mismo ritmo que su corazón.

Finalmente, el último hombre desapareció de su vista y Alek pudo alargar la mano para sujetar el canalón de la lluvia. Pero, cuando se impulsó hacia arriba, el metal crujío y el canalón se separó de la piedra con una serie de crujidos.

Alek sintió una escalofriante sacudida hacia abajo y los pernos oxidados saltaron a su cara. El canalón se sostuvo otro momento, aunque podía notar cómo se retorcía en sus manos.

—¡Señor! —Bauer extendió los brazos desde el tejado, intentando agarrar las muñecas de Alek, pero el canalón se había separado demasiado de la pared.

Alek pataleó, intentando balancearse para acercarse, pero el movimiento no hizo más que arrancar más pernos de la pared.

—¡El caminante! —gritó Bauer.

Alek se dio cuenta de que una enorme sombra se estaba moviendo bajo él, desprendiendo vapor por sus juntas al frío aire nocturno. Una de las grandes garras se estaba extendiendo...

El muchacho cayó y fue a parar a la gigantesca mano de metal. El impacto le dejó sin aliento, enviando ramalazos de dolor por sus doloridas costillas. Patinó un momento y los botones de su traje resonaron contra el acero, pero la garra se cerró formando un enorme cuenco a su alrededor.

Alzó la vista: el brazo aún se movía, acercándose más al caminante. Su cara estaba abierta en dos como un visor ampliándose cada vez más. Un momento después la cabina del piloto estaba expuesta.

En su interior había tres hombres. Dos estaban inclinados sobre el borde, observando por el callejón, con pistolas fuertemente asidas en sus manos. El tercero estaba sentado ante los controles del caminante con un aspecto de curiosidad en su rostro.

Nubes de vapor se arremolinaban a su alrededor, resoplando entre las juntas de la máquina. Alek se dio cuenta de que sus motores aún estaban en silencio; había usado presión neumática para ponerse en marcha.

—Usted habla alemán —dijo el hombre que estaba a los controles—. Y aun así los alemanes le están persiguiendo. Interesante.

—No somos alemanes —respondió Alek—. Somos austriacos.

El hombre frunció el ceño.

—Aun así son clánkers. ¿Son desertores?

Alek negó con la cabeza. Tal vez sus lealtades se habían enredado un poco últimamente, pero desde luego no era un desertor.

—¿Puedo preguntarle quién es usted, señor?

El hombre sonrió y manejó los controles.

—Soy el tipo que acaba de salvarle la vida.

—Señor, debo... —la voz de Bauer le llegó desde el tejado, pero Alek le hizo un gesto con la mano para que guardase silencio.

La mano gigante se acercó más a la cabeza del caminante y la abrió. Cuando Alek se levantó, uno de los otros dos hombres dijo algo en un idioma que no reconoció. Parecía más italiano que el turco que había escuchado por las calles aquel mismo día. También parecía poco amistoso.

El primer hombre se echó a reír.

—Mi amigo quiere que le deje caer porque cree que son alemanes. Tal vez deberíamos elegir otro idioma.

Alek alzó una ceja.

—Por supuesto. ¿Habla usted inglés?

—Extremadamente bien —el hombre cambió al inglés sin esfuerzo alguno—. Estudié en Oxford, ¿sabe?

Bien, de acuerdo. Me llamo Aleksandar —Alek hizo una leve reverencia y luego señaló al tejado, desde donde Bauer estaba mirando hacia abajo con los ojos muy abiertos—. Y este es Hans, pero me temo que él no sabe inglés.

—Soy Zaven —el hombre hizo un gesto con la mano desdenosamente—. Estos dos bárbaros solo hablan rumano y turco. No les haga caso. Pero veo que usted es un caballero educado.

—Gracias por salvarme la vida, señor. Y por no... dejarme caer.

—Bueno, no deben de ser del todo malos si los alemanes los están persiguiendo —a Zaven le brillaron los ojos—. ¿Ha hecho algo que los enojase?

—Eso creo —Alek inspiró lentamente, escogiendo sus palabras con cuidado—. Me han estado persiguiendo desde que empezó la guerra. Tenían cuentas pendientes con mi padre.

—¡Ajá! ¡Un rebelde de segunda generación, como yo!

Alek miró a los demás.

—Así ¿qué son ustedes tres? ¿Revolucionarios?

—Somos más de tres, señor. ¡Somos miles! —Zaven se puso de pie de un brinco sobre su silla de piloto y saludó—. Somos el Comité para la Unión y el Progreso.

Alek asintió. Recordó el nombre que había escuchado seis años antes, cuando la rebelión había pedido el regreso del gobierno electo. Pero los alemanes habían intervenido para aplastarlos, manteniendo al sultán en el poder.



—¿De modo que ustedes forman parte de la rebelión de los Jóvenes Turcos?

—¿Jóvenes Turcos? ¡Bah! —Zaven escupió al suelo del callejón—. Hace años nos escindimos de aquellos cretinos. Creen que solamente los turcos son los verdaderos otomanos. Pero, como puede ver, el comité abarca gente de todo tipo. Hizo un gesto a los otros dos hombres. Mis amigos son valacos, yo soy armenio y tenemos kurdos, árabes y judíos entre nosotros. ¡Y también un montón de turcos, por supuesto!

Se echó a reír. Alek asintió lentamente, recordando las pintadas de tiza en los callejones que tenía debajo, como si fuese algún tipo de código formado por la unión de todo el barullo de las lenguas del Imperio. Y todos ellos luchando contra los alemanes, juntos.

Por un momento, Alek se sintió inestable sobre la mano gigante de metal. Tal vez era solo una reminiscencia de su casi caída, pero los latidos de su corazón se aceleraron de nuevo.

Aquellos hombres eran aliados. Al fin, allí tenía la oportunidad de hacer algo más que simplemente escapar y ocultarse, una forma de devolverles el golpe a las potencias que habían asesinado a sus padres.

—Señor Zaven —dijo Alek—, creo que usted y yo vamos a ser amigos.

# VEINTIDOS

—¡Oh, quítate ya de una vez, maldita y horrible especia! —exclamó Deryn, y luego estornudó por enésima vez aquel día.

El sultán y su séquito llegarían a bordo dentro de una hora y toda la tripulación debía estar ataviada con el uniforme de gala en media hora. Pero daba igual las veces que hubiese frotado la camisa, la dichosa mancha roja no quería irse.

Se había impregnado completamente.

Desde la puerta de su camarote se escuchó un ladrido y, cuando se volvió, Deryn vio a Tazza dando saltos alegremente sobre sus patas traseras con un hueso fresco en la boca. Aquel era uno de los beneficios del alocado plan de la doctora Barlow, en el que fingirían que regalaban el *Leviathan*: las bestias estaban comiendo mejor. Durante los dos últimos días la tripulación había estado haciendo más viajes a los mercados y a las herrerías de Estambul comerciando ámbar gris por alimentos y piezas de recambio. Excepto el uniforme de Deryn, toda la nave estaba presta para recibir al emperador extranjero que estaba a punto de llegar.

La científica apareció, justo detrás de su tilacino. Había conseguido sacar otro elegante vestido de su equipaje y un sombrero con abundantes plumas de aveSTRUZ que hacían juego con sus largos guantes blancos. Incluso Tazza llevaba un bonito collar, con una banda de diamantes brillando alrededor de su cuello.

—Señor Sharp —dijo ella y dejó escapar una exclamación—. Una vez más le encuentro en un estado desaliñado.

Deryn alzó su camisa de gala.

—Lo siento, señora. ¡Pero está estropeada y no tengo otra!

—Bueno, por suerte, no va a servir al sultán esta tarde. El señor Newkirk se encargará de ello por usted.

—¡Toda la tripulación debe vestir de gala!

—No aquellos que tengan encomendada una misión más importante —la doctora Barlow le entregó la correa del tilacino—. Después de que haya sacado a pasear a Tazza, por favor reúñase conmigo y con el capitán en la sala de navegación. Creo que encontrará nuestra conversación interesante.

Tazza intentó tirar de ella fuera de la habitación, pero Deryn se mantuvo firme.

—Disculpe, señora. ¿El capitán quiere verme? ¿Tiene eso algo que ver con su plan alternativo para los otomanos?

La científica sonrió tranquilamente.

—En parte. Pero también tiene que ver con su comportamiento reciente. Yo que

usted no me demoraría en ir a verle. La sala de navegación estaba en la proa del barco, justo debajo del puente. Era un camarote pequeño y silencioso donde el capitán a veces se retiraba a pensar o para mantener una incómoda conversación con algún tripulante descarriado.

Deryn notó que se le hacía un nudo en el estómago mientras se acercaba. ¿Y si los oficiales se habían dado cuenta de que tomaba lecciones de esgrima con el conde Volger? Cada vez que Deryn le llevaba la comida, se quedaba unos veinte minutos o más, practicando esgrima con palos de escoba.

Pero el mismísimo capitán no le castigaría con una reprimenda solamente por holgazanear, ¿verdad? A menos que también supiera que le había estado suministrando periódicos a Volger y que incluso le había contado lo del almirante Souchon y el *Goeben*. ¡O cómo ella había mirado hacia otro lado cuando los clánkers habían planeado escapar!

No obstante, cuando la científica le anunció aquella reunión, ella estaba *sonriendo...*

El último sol de la tarde penetraba oblicuamente por las ventanas que se curvaban por la sala de navegación. La doctora Barlow y el capitán ya estaban allí, junto con el contramaestre y el doctor Busk, los oficiales, todos ellos vestidos con impecables uniformes de gala para la visita del sultán.

Deryn frunció el ceño. Si iba a recibir una reprimenda, ¿por qué diablos estaba el contramaestre jefe de la nave allí?

Cuando hizo chocar los talones de las botas, los cuatro enmudecieron, como niños pillados contando secretos.

—Ah, señor Sharp, me alegra que se una a nosotros —dijo el capitán Hobbes—. Tenemos que hablar de sus recientes proezas.

—Humm... ¿mis proezas, señor?

El capitán levantó un despacho. Me he comunicado con el Ministerio de Marina sobre el asunto y ellos están de acuerdo con mis recomendaciones.

—¿El Ministerio de Marina, señor? —consiguió decir Deryn.

¡Si el Ministerio de Marina estaba implicado, aquello tenía que ser un delito castigado con la horca! Miró a la doctora Barlow, atormentando su cerebro preguntándose por qué la habría traicionado.

—No se sorprenda tanto, señor Sharp —dijo el contramaestre—. A pesar de todos los recientes disturbios, su rescate del señor Newkirk no ha sido olvidado.

El resto de los presentes estallaron en sonoras carcajadas, pero el cerebro de Deryn estaba colapsado.

—¿Disculpe, señor?

—Me habría gustado hacer esto correctamente, pero otras obligaciones nos aguardan —dijo el capitán Hobbes.

Alzó una especie de joyero de terciopelo de la mesa de mapas, lo abrió y sacó una cruz de plata rodeada por un círculo que colgaba de un lazo de color azul cielo. Tenía el rostro de Charles Darwin grabada en su centro, con las alas del Ejército del Aire en lo alto.

Deryn se la quedó mirando, preguntándose qué estaba haciendo el capitán con la medalla de su padre y cómo era posible que se hubiese vuelto tan brillante y nueva.

—Cadete Dylan Sharp —empezó el capitán—, le condecoro con la Cruz del Mérito Aéreo por la valentía demostrada y acciones del día 10 de agosto, cuando salvó la vida de un camarada tripulante arriesgando su propia vida. Enhorabuena.

Cuando el capitán colgó la medalla en el pecho de Deryn, la doctora Barlow aplaudió suavemente con sus manos enguantadas. El capitán retrocedió un paso y los oficiales saludaron a la vez como si fueran un solo hombre.

De pronto, aunque lentamente, una percepción fue calando en el cerebro de Deryn: no era la medalla de su padre...

Aquella era suya.

—Gracias, señor —dijo al final, apenas acordándose de devolver los saludos a los oficiales. ¿En lugar de acusarla de traición, resulta que van y *la condecoran*?

—Bien, y ahora tenemos otros asuntos que discutir —dijo el capitán Hobbes, dándose la vuelta hacia la mesa de mapas.

—Bien hecho, señor Sharp —susurró la científica, dando unas palmaditas a Deryn en el hombro—. ¡Ojalá fuese vestido adecuadamente!

Deryn asintió con la cabeza en silencio, intentando centrar sus pensamientos. Ahora era un oficial condecorado, lucía en el pecho la misma medalla que había ganado su padre. Y a diferencia de él, ella aún estaba viva. Aún podía escuchar cómo latía su propio corazón, sin duda alguna, como un tamborilero acompañándola con su redoble hacia la guerra.

Una parte de ella quería llorar, desahogarse de todas las pesadillas vividas aquella última semana. Y otra parte quería gritar en voz alta que todo aquello era una locura. Ella era una traidora, una espía..., una *chica*, por todos los santos. Pero, de alguna manera, logró contener toda aquella maraña de sentimientos en su interior bajando la vista y mirando fijamente la mesa tan intensamente como pudo.

En ella había un mapa de los Dardanelos, con minas y fortificaciones dibujadas a mano en rojo. Mientras Deryn inspiraba lentamente, su cerebro gradualmente se centró en los asuntos que se estaban tratando.

El estrecho de los Dardanelos era el núcleo de las defensas otomanas y parecía estrujar a todos los barcos que se dirigían a Estambul por un canal que no abarcaba ni media milla, plagado de minas marinas, rodeado de fuertes y con un cañón sobre los altos acantilados.

Fuera el que fuese el plan alternativo de la científica, Deryn tenía la corazonada

de que ya no implicaría más diplomacia.

—Nos han prohibido volar sobre el estrecho —estaba diciendo el capitán Hobbes —. Los otomanos no quieren que espiemos sus fortificaciones durante la visita del sultán. Pero nos han dado permiso para viajar por el lado del océano, de modo que el sultán pueda ver la puesta de sol, les hemos explicado.

El contramaestre rio entre dientes cuando el dedo del capitán recorrió el borde occidental de Galípoli, la península rocosa que separaba el estrecho del mar Egeo.

—Justo aquí hay una cordillera conocida como la Esfinge, un punto de referencia natural. Podemos encontrar nuestro camino de vuelta fácilmente sea de día o de noche. Y también podrá hacerlo su destacamento de desembarco, señor Sharp.

—¿Destacamento de desembarco, señor?

—Eso es lo que he dicho. Tendrá que descender por debajo de la quilla desde una altitud de crucero.

Deryn alzó las cejas. Un descenso por debajo de la quilla significaba deslizarse por un cable hasta el suelo. Pero, según el *Manual de Aeronáutica*, los descensos solo se hacían para abandonar la nave.

El contramaestre vio su expresión y sonrió.

—¿Un poco rápido, eh, señor Sharp? Especialmente por ser su primera misión al mando.

—¿Yo estaré al *mando*, señor?

El capitán asintió.

—No puedo permitirme poner al mando a un oficial por si son capturados. Es mejor que sea un cadete, de este modo no pasará de ser un incidente.

—¡Oh! —Deryn carraspeó y se dio cuenta de por qué se habían dado tanta prisa en darle a ella aquella maldita medalla. Por si no regresaba.

—Quiero decir, sí, señor.

El dedo del capitán recorrió Galípoli.

—Desde la Esfinge, su destacamento de desembarco cruzará la península hasta Kilye Niman, a un poco más de dos millas de distancia —señaló un estrecho pasaje en una curva en el estrecho que estaba marcado con una línea roja de puntos.

—Allí es donde los otomanos tienen sus pesadas redes *antikraken*, según nuestros mejores delfinescos.

—Perdone, señor —intervino Deryn—, pero si los delfines ya las han explorado, entonces ¿qué voy yo a hacer allí? ¿Tomar fotografías?

—¿Fotografías? —el capitán se echó a reír—. Esta misión no es de reconocimiento, señor Sharp. Su misión es derribar estas redes.

Deryn frunció el ceño. Las pesadas redes *antikraken* eran lo suficientemente fuertes para detener el paso incluso a las bestias más grandes. ¿Cómo querían que su destacamento de desembarco las cortara? ¿Con un par de tenazas?

—Permítame que le explique —dijo la doctora Barlow, haciendo un gesto hacia las dos jarras que había encima de la mesa de mapas. En su interior había multitud de minúsculas bestias, un enjambre de conchas blancas tintineando contra sus paredes de cristal. Abrió la tapa de una de ellas y el olor a agua salada llenó la habitación—. ¿Sabía usted, señor Sharp, que mi abuelo era experto en el campo de los percebes?

—¿Percebes, señora?

—Unas criaturas sorprendentes. Pasan sus humildes vidas pegados a los barcos, las ballenas, las rocas y las maderas de deriva y, aun así, son implacables. Una cantidad suficiente de ellos puede atascar los motores incluso del acorazado más grande —se puso unos guantes gruesos, cogió un par de tenacillas de la mesa y seguidamente sacó a una bestia de la jarra—. Por supuesto, estos no son unos percebes normales y corrientes. Son especies ideadas por mí misma, preparadas en caso de que los otomanos nos causen problemas. Deberá tener cuidado con ellos.



—No se preocupe, señora. No haré daño a sus bestias.

—¿*Hacerles* daño, señor Sharp? —preguntó la científica, y el doctor Busk se echó a reír.

De pronto Deryn olió algo además del agua de mar. Era un aroma espeso, como el humo de una fragua. Entonces se fijó en que las pinzas se estaban deshaciendo en la

mano de la doctora Barlow.

El metal se estaba... *derritiendo*.

La doctora Barlow manejó las pinzas con cuidado para que dejase el percebe de vuelta a la jarra de salmuera antes de que se desintegrasen del todo.

—Les llamo percebes vitriólicos.

—Por supuesto, cadete Sharp, deberá mantener esta misión en secreto al resto de la tripulación; ni siquiera los hombres de su destacamento de desembarco deben conocer todo el plan. ¿Queda claro? —dijo el capitán.

Deryn tragó saliva:

—Perfectamente claro, señor.

La doctora Barlow enroscó con cuidado la tapa de la jarra.

—Cuando los percebes vitriólicos estén en las redes *antikraken* empezarán a multiplicarse, se reproducirán entre ellos con los percebes naturales que haya allí. En unas pocas semanas la colonia se habrá multiplicado, como los que hay en esta jarra. Entonces empezarán a luchar, intentando ocupar el puesto de otros que también querrán adherirse incansable y continuamente. Sus efluvios vitriólicos destrozarán las redes y convertirán los cables en una pasta filamentosa de metal en el fondo del mar.

—Entonces nosotros regresaremos dentro de un mes aprovechando la oscuridad de la luna nueva, el *Leviathan* guiará a una criatura por el estrecho mediante un reflector. La artillería costera otomana no podrá alcanzarnos en el aire y la bestia nadará por el fondo del océano, por debajo de las minas marinas magnéticas, de modo que tampoco podrán hacerle daño —explicó el capitán.

—Pero, señor, ¿acaso la marina otomana no estará ya plenamente en alerta? El estrecho está casi a unas cien millas de Estambul —preguntó Deryn.

—Por supuesto —dijo el doctor Busk—. Pero el almirante Souchon ni sospechará qué tipo de criatura estará llevando hacia ellos el *Leviathan*. Es una nueva especie, mucho más formidable que cualquiera de nuestros *krakens* marinos.

Deryn asintió, recordando lo que la doctora Barlow le había contado en la aeronave del sultán.

—Se llama *Behemoth* —dijo el científico jefe.

Al abandonar la sala de navegación, Deryn sintió una sensación de vértigo. Primero una condecoración por el valor demostrado cuando casi esperaba que la colgasen por traición. Luego su primera misión al mando, un ataque secreto contra un imperio con el que teóricamente Gran Bretaña estaba en paz. Todo aquello no le parecía bien en absoluto. ¡Su misión se parecía más a la de un espía que un soldado!

Y el impacto final fue el dibujo que el doctor Busk les había mostrado del *Behemoth*. Era una criatura inmensa, con tentáculos como un *kraken* y unas fauces lo suficientemente grandes como para tragarse uno de los submarinos del Kaiser. El cuerpo era casi tan grande como el del *Leviathan*, pero hecho de músculos y tendones

en lugar de hidrógeno y frágiles membranas.

¡No le extrañaba que Lord Churchill no hubiese querido entregarlo!

Cuando Deryn se acercó a las escaleras centrales, frunció el ceño: un civil estaba acechando por el corredor frente a ella. La muchacha reconoció el sombrero deformado y la rana en su hombro. Se trataba de Eddie Malone, el reportero que había encontrado a bordo del *Dauntless*, sin duda estaba allí para cubrir el paseo del sultán a bordo de la aeronave.

Aunque ¿qué estaba haciendo aquel hombre tan cerca de la proa?

—Perdone, señor Malone. ¿Se ha perdido usted? —le abordó.

El hombre dio la vuelta en redondo sobre un talón, con una expresión de culpabilidad en su rostro. A continuación frunció el ceño y le miró más atentamente.

—Oh, es usted, señor Sharp. ¡Qué suerte!

—Efectivamente, sí que tiene suerte, señor. Está rondando por un área restringida —la muchacha señaló hacia atrás, hacia las escaleras—. Lo siento, pero tendrá que unirse de nuevo a los demás reporteros en la cantina.

—Sí, claro, por supuesto —dijo Malone, pero no hizo ningún movimiento para dar media vuelta, solamente se quedó allí observando cómo un lagarto mensajero pasaba rápidamente por encima de su cabeza—. Solo quería ver mejor su magnífica nave.

Deryn suspiró. ¡Solo tenía unas pocas horas para aprender cómo usar un equipo de buceo, cómo dejarse caer sobre piedra sólida y manejar a unos percebes que escupían ácido! No estaba de humor para palabras de cortesía.

—Es usted muy amable, señor —dijo Deryn. La muchacha señaló el corredor otra vez—. Pero *si hace el favor*.

Malone se inclinó más hacia ella y habló en voz baja:

—Esa es la cuestión, señor Sharp. Estoy investigando una historia. Una que puede hacer que su nave parezca enemiga, si yo informo según cómo. Tal vez usted pueda aclararme ciertas cosas.

—¿Aclararle qué, señor Malone?

—Sé de buena fuente que ustedes retienen a un prisionero en la aeronave. Él debería ser un prisionero de guerra, pero ustedes no le están tratando como es debido.

Deryn se tomó un momento antes de hablar.

—No estoy segura de lo que está insinuando.

—¡Pues yo creo que sí! Un hombre llamado Volger está a bordo de esta nave. ¡Le están haciendo trabajar en esos motores clánkers que tienen ustedes, a pesar de que él es un verdadero conde!

La mano de Deryn se dirigió a su silbato de mando, lista para llamar a los guardas. Pero entonces se dio cuenta de que Malone tenía que haberse enterado de lo de Volger... *por Alek*.

Después de mirar rápidamente en ambas direcciones, sacó a Malone del corredor principal y tiró de él hacia los baños de los oficiales.

—¿Dónde ha escuchado usted eso? —susurró ella.

—Encontré a un tipo extraño —dijo en voz baja, rascando la barbilla de su rana —. Me pareció que era un poco sospechoso y de pronto los alemanes empezaron a perseguirlo. ¡Aquellos no parecía encajar, puesto que era austriaco, un compañero clánker!

—¿Alemanes? —Deryn abrió mucho los ojos—. ¿Se encuentra bien?

—Consiguió darles esquinazo y hoy le he visto de nuevo a la hora del almuerzo —el hombre sonrió—. Sabía mucho sobre su nave, lo que también es muy extraño. ¿Cree que podría reunirme con ese tal Volger? Debo entregarle un mensaje.

Deryn gruñó, su estómago se le revolvía con los mismos retortijones que sentía cuando estaba considerando la traición. ¡Sin embargo, Alek aún estaba en Estambul y los alemanes iban tras él! Tal vez el conde Volger podría ayudarle.

La muchacha extendió una mano.

—Está bien. Yo le entregaré el mensaje.

—Lo siento pero me temo que no funcionará de esta manera. —Malone señaló a su rana—. Rusty tiene el mensaje en su cabeza y usted no sabe cómo hacerle hablar.

Deryn se quedó mirando a la rana, preguntándose si estaba memorizando todo lo que ella estaba diciendo en aquel momento. ¿Podía confiar realmente en aquel reportero?

Sus pensamientos fueron alterados por un silbato que resonó por toda la nave, la señal de llamada a todos los oficiales de a bordo. El sultán estaba a punto de llegar. Dentro de unos pocos minutos, todos los soldados de la aeronave formarían filas a ambos lados de la pasarela esperando su llegada. Lo que significaba que no habría guardia en la puerta del camarote de Volger...

Deryn cogió su anilla de llaves.

—Venga conmigo —dijo.

# VEINTITRES

Tal como había previsto, nadie estaba vigilando el camarote del conde.

Deryn abrió la puerta y vio al conde Volger, inclinado por la ventana intentando ver mejor el espléndido caminante del sultán. Antes de abandonar la sala de navegación, Deryn había visto la máquina en forma de elefante acercándose por el campo de aterrizaje. Era aún más grande que el *Dauntless*, y su *howdah* estaba tan ornamentado como el sombrero de una dama en las carreras de caballos.

—Disculpe, señor, pero tiene una visita —dijo a Volger, que seguía de espaldas a ella.

Cuando el conde se apartó de la ventana, Deryn comprobó que el pasillo siguiese vacío y cerró la puerta tras ellos.

—¿Una visita? Qué interesante —dijo Volger.

El reportero se adelantó y le tendió la mano.

—Me llamo Eddie Malone, reportero del *New York World*.

El conde Volger no dijo nada, pero miró a Malone de arriba abajo.

—Tiene un mensaje de Alek —dijo Deryn.

El rostro de Volger se quedó inmóvil por un instante.

—¿Alek? ¿Dónde está?

—Aquí mismo, en Estambul —Malone sacó su desgastado cuaderno de notas—. Me contó que usted estaba prisionero a bordo de esta nave. ¿Le tratan bien, señor?

Volger no contestó, su expresión mostraba su sorpresa.

—¡Maldita sea, Malone! —maldijo Deryn—. No tenemos tiempo para hacer una condenada entrevista. ¿Por favor, puede limitarse a que su bestezuela entregue el mensaje?

—Alek dijo que era privado, solo para el conde.

Deryn soltó un gruñido de frustración.

—A Alek no le importaría que escuchase lo que fuese que él tenga que decir. ¿No es cierto, señor conde?

Volger miró la rana con una expresión de infinito asco, pero hizo un gesto afirmativo al reportero con la cabeza.

Malone cogió a la bestia de su hombro y la dejó sobre el escritorio. Le rascó debajo de la barbilla, tecleando una especie de código con la yema del dedo.

—Vamos, Rusty. Repite.

La rana empezó a hablar con la voz de Alek. «No sé si es realmente usted conde, pero debo confiar en este hombre. Aún estamos en Estambul, aunque ya sé que esto

seguramente le disgustará sobremanera. Pero hemos encontrado algunos amigos..., aliados, supongo que usted los llamaría así. Le contaré más cuando nos veamos personalmente».

Deryn frunció el ceño. ¿Aliados? ¿A qué idiotez se estaba refiriendo Alek?

«El señor Malone dice que el *Leviathan* aún está aquí», prosiguió la bestia. «¡Si usted y Hoffman pueden escapar, únanse a nosotros! Estamos en un hotel de la ciudad vieja, con el nombre de mi madre. Nos quedaremos aquí mientras podamos».

Al escuchar aquello, el conde Volger dejó escapar un leve gruñido, apretando los puños junto a su cuerpo.

«Ah, siento que haya tenido que escuchar esto a través de esta abominación. Pero necesito su ayuda, conde, ahora más que nunca. Por favor, intente reunirse con nosotros. Hum, fin del mensaje, supongo».

La rana se quedó en silencio.

—¿Le importa si le hago algunas preguntas, señor? —dijo Malone, con su lápiz preparado.

El conde Volger no respondió pero se dejó caer en la silla de su escritorio, mirando aborreciblemente la rana.

—¿Debo suponer que es realmente él?

—Se parece bastante a Alek —dijo Deryn—. Y las bestias solo pueden repetir lo que escuchan.

—¿Y entonces por qué habla en inglés? —preguntó Volger.

—Precisamente no me llamo «Rosencrantz» —dijo Eddie Malone—. No iba a transmitir un mensaje que no comprendiese.

—Ese pequeño idiota —dijo el conde en voz baja, sacudiendo la cabeza—. ¿A qué está jugando ahora?

Eddie Malone recogió la rana y volvió a colocarla en su hombro, con una mueca de extrañeza en su rostro.

—No parece contento de tener noticias de su amigo. Él parecía tenerle a usted en alta estima.

—¿Usted sabe de lo que está hablando? —preguntó Volger a Malone—. ¿Quiénes son esos «nuevos aliados» que comenta?

El hombre se encogió de hombros.

—Ha sido muy cauto sobre ello. Estambul es una ciudad llena de sociedades secretas y conspiraciones. Hubo una revolución tan solo hace seis años.

—¿De modo que se ha unido a anarquistas? Espléndido.

—¿Anarquistas?

Deryn frunció el ceño:

—¡Alek no es un completo estúpido, usted lo sabe!

Volger hizo un gesto con la mano señalando la rana.

—Creo que esto sí demuestra que lo es. Lo único que tenía que hacer era irse de Estambul y luego buscar un lugar donde esconderse.

—Sí, pero ¿*por qué* tendría que hacerlo? —dijo Deryn—. Usted y su padre lo han mantenido enjaulado toda su vida, como un periquito en una bonita jaula, y por fin, ahora es libre. ¿Acaso usted cree de veras que buscará un agujero donde ocultarse?

—La situación precisamente lo requería.

—Pero Alek no puede estar escapando siempre —exclamó ella—. Necesita aliados, como los que tenía en esta nave antes de que la maldita guerra se metiese de por medio. Necesita encontrar el lugar al que pertenece. Pero le diré una cosa: ¡me alegro de que se alejara de una persona como usted, aunque se acabe uniendo a la condenada brigada de Monos Ludistas! ¡Al menos ahora podrá encontrar su propio camino!

El conde Volger se la quedó mirando un largo instante, y Deryn se dio cuenta de que había dejado que su voz saliera todo el tiempo chillona. Aquello es lo que sucedía por pensar demasiado en Alek, a veces la convertía en una condenada chica.

—Vuestro amigo Alek cada vez se vuelve más y más interesante —dijo Malone, garabateando con el lápiz su cuaderno—. ¿Pueden darme un poco más de información sobre él?

—¡No! —dijeron a una Deryn y Volger.

La alerta de soltar amarras sonó y Deryn escuchó ruido de pasos afuera por el corredor. Maldijo porque el capitán había ordenado una ascensión rápida. Tenían que pasar por la península antes de la puesta de sol o, si no, su destacamento de desembarco descendería por debajo de la quilla a oscuras sin poder ver dónde se dejaban caer.

—Debemos irnos ya —dijo, arrastrando a Malone hacia la puerta—. Pronto vendrán a por este señor conde para que les ayude en los motores.

—¿Y qué me dice de mi entrevista?

—¡Si nos atrapan aquí dentro, estaré entrevistando a un maldito colgado!

Deryn abrió la puerta con cuidado, asomándose un poco y esperando a que el corredor se despejase.

—Señor Sharp —dijo el conde Volger tras ella—. Espero que entienda que esto complica las cosas.

Ella le miró por encima del hombro.

—¿A qué caramba se refiere?

—Debo unirme a Alek y hablar con él de esta locura. Y eso significa escaparme de esta nave. Hoffman y yo necesitaremos su ayuda para poder hacerlo.

—¿Es que usted también se ha vuelto loco de remate? —exclamó ella—. Yo no soy un traidor..., no al menos tan traidor.

—Tal vez, si usted no nos ayuda, me veré obligado a revelar su pequeño secreto. Deryn se quedó petrificada.

—Empecé a sospecharlo durante nuestras lecciones de esgrima —dijo el conde fríamente—. Hay algo en su forma de comportarse... Y sus salidas defendiendo a Alek también han sido reveladoras. Pero realmente fue la mirada en su rostro precisamente lo que ha disipado cualquier tipo de duda.

—No sé... de qué está usted hablando —dijo ella.

Las palabras surgieron ridículamente graves, como un niño intentando parecer un hombre.

—Yo tampoco lo sé —dijo Eddie Malone, con el lápiz volando por la página—. Pero lo que es seguro es que esto se está poniendo interesante.

—De modo que si usted desea continuar sirviendo en esta nave, *señor* Sharp, creo que nos ayudará a escapar.

Una sonrisa cruel se extendió por el rostro del conde Volger.

—¿O prefiere que le dé aquí y ahora a nuestro amigo reportero la noticia?

A Deryn la cabeza le daba vueltas, como si estuviese loca. Había vivido aquel momento en cientos de pesadillas, pero ahora el momento había llegado como el estallido de un rayo atravesando un cielo despejado. Y de aquel maldito *conde Volger*, entre toda la gente.

De pronto Deryn sintió odio hacia toda aquella gente vil e inteligente.

Se mordió el labio, obligándose a concentrar su mente. Ella era el cadete Dylan Sharp, un oficial condecorado del Ejército del Aire de Su Majestad, y no una majadera a punto de perder la cabeza. Fuese lo que fuese que dijese ahora, podría urdir alguna estratagema para salir de aquel atolladero después.

—Está bien entonces —escupió—. Les ayudaré a escapar.

Volger hizo repiquetear sus dedos.

—Será mañana por la noche, antes de que el *Leviathan* abandone Estambul para siempre.

—No se preocupe. ¡Estaré contento de perderle de vista!

Y después de decir esto, arrastró a Eddie Malone fuera del camarote del conde.

Tres horas más tarde, Deryn estaba mirando por la puerta de carga del *Leviathan*, con una pesada mochila a la espalda y una extensión rocosa que pasaba a toda velocidad bajo ella.

Suspiró. «Sería mejor que saltase ahora, sin una maldita cuerda».

Considerase el problema como lo considerase, estaba desesperada y tenía la sensación de haber fracasado. El conde había averiguado su secreto y había aprovechado para echárselo en cara precisamente delante de un reportero. Su primera misión al mando estaba a punto de empezar, pero su carrera estaba prácticamente acabada.

—No te preocunes, muchacho —dijo el contramaestre, que estaba a su lado—. Nunca está tan lejos como parece.

Ella asintió, deseando que fuese algo fútil como un descenso por debajo de la quilla lo que le pusiera nerviosa. La gravedad era algo contra lo que se podía luchar; lo único que hacía falta era hidrógeno, aire caliente o incluso un poco de cuerda. Pero ser una chica era una miserable batalla perdida e interminable.

—Estoy bien, señor Rigby. Solo es que no puedo esperar para empezar —se volvió hacia sus hombres—. ¿Están listos?

Los tres hombres que componían su destacamento de desembarco mostraron la valentía en sus rostros, pero sus miradas permanecían pegadas al terreno que pasaba por debajo de ellos. A medida que la Esfinge se acercaba, la aeronave aminoró la velocidad, dando la vuelta entre la persistente brisa proveniente del océano. No obstante, los oficiales no podían detener del todo la nave para no dar al sultán y a su séquito una vista demasiado clara del suelo que tenían bajo ellos.

Era un poco descarado cometer espionaje justo delante del soberano de la nación.

El contramaestre consultó su reloj:

—Solo faltan veinte segundos.

—¡Enganchen sus cabos! —ordenó Deryn.

Su corazón empezó a latir a cien por hora en aquel momento, arrastrando todos sus lúgubres pensamientos. Volger y sus amenazas podían irse a la porra. Siempre podía empujarle por la ventana de su camarote.

En aquel momento, el terreno se estaba elevando bajo la nave, y pasó de ser árboles a hierba con matorrales y finalmente arena. A su derecha estaba la Esfinge, una formación natural que se alzaba como una estatua antigua del algún dios pagano.

—Preparados, señores. Tres, dos, uno... —gritó... y saltó.

La cuerda siseó a través de su mosquetón de seguridad, furiosamente y desprendiendo mucho calor que contrastaba con la brisa marina. Escuchó cómo sus camaradas descendían junto a ella, un coro de cables zumbando y cortando el aire.

El suelo se acercaba rápidamente y Deryn sujetó otro segundo mosquetón. La fricción se dobló y frenó un poco su caída. Sin embargo la sólida roca y los matorrales aún pasaban rápidamente bajo ella, demasiado rápido para estar tranquila.

Entonces lo sintió, como un balanceo en su cabo. La aeronave estaba aminorando al máximo la marcha. Su cuerda se balanceó hacia delante por el impulso y luego empezó a moverse hacia atrás de forma que su posición casi era estática respecto al suelo que tenía debajo.

—¡Ahora! —exclamó Deryn y sacó su segundo mosquetón del cabo.



«DESCENSO POR DEBAJO DE LA QUILLA».

Cayó rápidamente, golpeando con fuerza la arena, y se soltó cuando notó las rocas planas bajo sus botas. El impacto sacudió su columna vertebral pero consiguió mantener el equilibrio andando y dando traspiés, y logró permanecer en pie todo el tiempo. El resto del cable dio una sacudida como un látigo por su mosquetón de seguridad, golpeando su mano despiadadamente y después saltó por la playa hacia la puesta de sol.

Cuando el *Leviathan* desapareció en la distancia, el ruido de su motor se fue apagando entre el chocar de las olas. Deryn sintió que la tristeza se abatía de nuevo sobre ella, junto con un sentimiento de soledad al ser dejada atrás.

Se dio la vuelta y contó tres figuras más sobre la cordillera. Al menos ninguno de sus hombres había sido arrastrado mar adentro.

—¿Todos están bien? —gritó.

—Sí, señor —dos respondieron a su llamada desde la creciente oscuridad, seguidos de un leve quejido.

Era Matthews, a diez yardas, que aún no se había incorporado. Deryn escaló por las rocas sueltas y lo descubrió totalmente enroscado sobre sí mismo.

—Es mi tobillo, señor —dijo, con los dientes apretados—. Me lo he torcido.

—Está bien. Veamos si puede tenerse en pie —Deryn hizo señas con la mano a los otros hombres y después se libró de su pesada mochila.

Se arrodilló y comprobó el recipiente de cristal que contenía los percebes

vitriólicos: no se había roto.

Cuando los aviadores Spencer y Robins llegaron hasta ella, hizo que ayudasen a Matthews a ponerse de pie. Pero cuando el tobillo derecho torcido del aviador tuvo que soportar su peso, soltó un grito de dolor.

—Déjenle en el suelo —ordenó y a continuación inspiró lentamente el aire.

El hombre tenía el tobillo hinchado. De ninguna forma podría andar dos millas a través de la península rocosa y regresar.

—Tendrá que esperar aquí, Matthews.

—Sí, señor. Pero ¿cuándo van a venir a recogernos?

Deryn dudó. De los cuatro, solamente ella sabía exactamente cuándo regresaría el *Leviathan* a la Esfinge. De esta forma, si los hombres eran capturados, los otomanos no podrían tender una trampa a la aeronave. Y por lo que respecta a Deryn, bueno, ella era un héroe condecorado, ¿verdad? Los otomanos nunca le arrancarían la verdad.

—No puedo decírselo, Matthews. Usted espere aquí y no deje que nadie le vea.

El hombre hizo una mueca de dolor de nuevo y luego ella añadió:

—Confíe en mí, el capitán no nos abandonará.

Se arrodillaron y dividieron la mochila de Matthews entre los tres y dejaron al herido la mayor parte de agua y un poco de carne de ternera en conserva. Después, Deryn, Robins y Spencer se dirigieron cordillera abajo hacia el estrecho dejándole solo.

Únicamente hacía unos minutos que estaba por primera vez al mando y ya tenía una baja.

# VEINTICUATRO

Dos millas no le habían parecido mucha distancia en el mapa, pero la Galípoli real era una cosa totalmente diferente.

La península estaba cruzada por altas cordilleras de laderas empinadas, como si montañas de piedra caliza hubiesen sido rastrilladas en trozos por unas garras gigantescas. Los valles entre las cordilleras estaban repletos de maleza seca y frágil. Y si Deryn y su destacamento se detenían a descansar, las hormigas aparecían por el suelo arenoso para atormentar sus tobillos.

Para empeorar las cosas, los mapas de Galípoli de la Marina Real eran inútiles, puesto que solo mostraban una fracción de las cordilleras y los enormes barrancos. Deryn consultó la brújula y las estrellas sobre su cabeza pero la compleja geografía aún la obligaba a avanzar en mortificante zigzag.

Cuando llegaron al otro lado de la península, ya era medianoche.

—Creo que esto tiene que ser Kilye Niman, señor —dijo Spencer, dejando caer su pesada mochila al suelo.

Deryn asintió, mirando hacia abajo a la playa a través de sus prismáticos. Había dos líneas de boyas a lo largo del angosto estrecho, balanceándose suavemente sobre las olas. Los barriles gigantes de metal estaban cubiertos con púas de aspecto cruel y bombas de fósforo. Colgando, invisibles, bajo ellos debían de estar las redes *antikraken*, un espeso entramado de cables de metal entretejidos con espinos y explosivos.

Elevándose del agua, en cada extremo de las redes, había unas altas torres, con sus focos barriendo el estrecho lentamente por el agua. Deryn hizo un rápido esbozo de las fortificaciones que pudo ver: al menos una veintena de armas de doce pulgadas apuntando desde los acantilados, todas ellas protegidas en búnkeres excavados profundamente en la piedra caliza.

Era imposible que los barcos pasasen por allí pero el *Behemoth* podía deslizarse bajo la superficie del agua.

—Creo que la marina nos deberá algunos favores después de esto, señor —dijo Robins.

—Sí, pero son los rusos los que realmente nos lo agradecerán —dijo Deryn, al ver un carguero esperando a que se hiciera de día para poder pasar entre las redes—. Este es su cable de salvamento.

Cuando le contó a Volger lo del *Goeben* y el *Breslau*, él también estuvo de acuerdo en que el plan final de los alemanes era cerrar los estrechos. Si con aquello

dejaban morir de hambre a los beligerantes osos del Ejército ruso, eso bien valía darle al sultán un par de acorazados.

Sacó el equipo de buceo de sus mochilas y se arrodilló en la maleza para colocarse el traje. Era un reciclador *Spottiswoode*, el primer aparato de buceo creado a partir de criaturas fabricadas. El traje había sido tejido con piel de salamandra y caparazón de tortuga. El reciclador en sí era prácticamente una criatura viva, un conjunto de agallas fabricadas que debían mantenerse húmedas incluso cuando estaban guardadas.



En resumen, el traje era la pesadilla de un Mono Ludista. Deryn sintió un poco de miedo al introducirse en él, puesto que la arrugada piel de reptiles resbalaba sobre la suya. Menos mal que a Spencer y Robins también les ponía nerviosos y se alegraron de tener que darse la vuelta mientras ella se metía en el traje. Aunque estaba oscuro, hubiese sido un poco difícil quedarse en ropa interior delante de dos aviadores.

Cuando Deryn estuvo lista, ella y Spencer se arrastraron hacia la playa, dejando a Robins guardando las mochilas. Cuando llegaron a la orilla del agua, vieron que las mareas habían creado un banco de arena de una yarda de alto donde poder ocultarse. Esperaron allí a que los focos barriesen la playa y luego atravesaron arrastrándose por el suelo la luminosa arena húmeda de la playa y vadearon por la fría agua salada del

estrecho.

—Aquí tiene, señor —dijo Spencer, entregándole el reciclador—. Me quedaré junto al agua.

—Ocúltese —Deryn lavó sus gafas y se las ató—. Si tardo más de tres horas, regrese y vaya a ver a Matthews antes de que amanezca. Podré volver solo.

—Sí, señor —Spencer saludó y regresó arrastrándose hacia las sombras.

Cuando estuvo fuera de la vista, Deryn finalmente desenvolvió los recipientes de cristal de los percebes vitriólicos. Siguiendo las órdenes del capitán, no había permitido que sus hombres ni siquiera les echasen un vistazo, o pudiesen verlos.

El reflector estaba barriendo el estrecho de nuevo y se sumergió hasta el cuello, presionando el reciclador en su boca.

Tal como le había sucedido en el despacho del doctor Busk unas horas antes, la sensación era extraña y un poco asquerosa. Los zarcillos de la bestia treparon por su boca, buscando una fuente de dióxido de carbono. Un sabor a pescado cubrió su lengua y el aire que respiraba se volvió cálido y salado como el de la cocina del *Leviathan* cuando los cocineros freían anchoas.

Deryn se puso de rodillas, dejándose caer bajo la superficie.

Los reflectores titilaron al pasar sobre su cabeza y luego todo quedó a oscuras. Se puso en cuclillas en la arena un momento, obligándose a respirar lentamente y de forma regular.

Cuando dejó de temblar de frío, Deryn se impulsó hacia la primera línea de redes, quedándose justo debajo de la superficie. Había nadado en el océano un montón de veces, pero nunca por la noche. Aquella oscuridad que la rodeaba parecía llena de formas enormes y aquel extraño sabor del reciclador era un recordatorio constante de que no pertenecía a aquel reino frío y oscuro. Recordó su primer ejercicio de entrenamiento marino a bordo del *Leviathan*, observando cómo un *kraken* aplastaba una goleta de madera y la reducía al tamaño de cerillas.

Pero en aquel estrecho no era posible que hubiese *krakens*, no aún. Aquel era territorio clánker, donde las peores bestias serían los tiburones y las medusas, y ninguno de ellos podría hacerle daño a través de la armadura *Spottiswoode*.

Después de nadar un buen rato llegó a una de las boyas, que se bamboleaba en el agua como un puntiagudo erizo de metal. Deryn se sujetó uno de los espolones con cautela. Eran lo suficientemente afilados para agujerear la piel del *kraken* y estaban ladeados por las bombas de fósforo que prenderían automáticamente cuando la bestia intentase liberarse.

Se sujetó allí, descansando antes de empezar a sumergirse. Los percebes vitriólicos debían colocarse en profundidad, bajo la línea de la superficie, para que la colonia no engullese las boyas y delatase su presencia demasiado pronto.

Cuando Deryn recuperó el aliento, se sumergió y descendió hasta que el último

destello de luna menguante desapareció sobre ella. La red fue fácil de encontrar incluso en la oscuridad puesto que sus cables eran tan gruesos como un brazo y estaban tachonados con espolones del tamaño de bicheros. No obstante era difícil abrir los recipientes de cristal sin ver nada y además vistiendo gruesos guantes de piel de salamandra; por lo que a Deryn le costó unos buenos minutos depositar seis de las minúsculas bestias separadas a pocos pies de distancia. La doctora le había explicado que tenían que estar lo suficientemente cerca para crear una colonia, pero no lo suficientemente cerca como para que la lucha empezase enseguida.

Deryn pataleó para regresar a la superficie, en parte para orientarse y en parte para recuperarse del frío de las aguas profundas. Miró cansada por la línea de boyas que se extendían media milla hasta la otra orilla. El trabajo requeriría que se sumergiese una docena de veces más, por lo menos.

Iba a ser una noche larga y fría.

Cuando el último percebe estuvo depositado en su lugar, tenía los dedos entumecidos. El frío le había calado por la piel de salamandra y lo tenía metido hasta los huesos. Deryn reparó en que era la segunda noche que no dormía en tres días.

Además del frío y de su cansancio, el reciclador parecía que le estaba succionando la vida poco a poco. Sentía como si no hubiese inspirado una buena bocanada de aire desde que sus zarcillos habían trepado por su boca. De modo que cuando subió a la superficie por última vez, Deryn decidió arriesgarse a los reflectores y nadó de regreso a la playa por la superficie.

El reciclador había quedado un poco pegajoso, como si fuera un caramelo *toffee* pegado entre sus dientes. Pero merecía la pena un poco de fastidio para saborear el aire puro de la noche de nuevo. Inició el regreso, sumergiéndose profundamente en el agua cada vez que los focos pasaban por donde estaba ella.

Cuando se encontraba a medio camino de la playa, el fuerte impacto de un disparo cruzó por el estrecho.

El cansancio de Deryn se desvaneció en un santiamén y se sumergió hasta la altura de los ojos para mirar por la superficie. Una gran forma negra se acercaba pesadamente por la arena, tal vez a veinte yardas de donde había dejado a Spencer esperando.

Era un caminante, una máquina con la forma de un escorpión con seis patas y dos garras prensiles delante. La larga cola se enroscaba en el aire y el haz de luz de un reflector destellaba en su punta.

Deryn se acercó nadando y escuchó gritos y otro disparo. El reflector apuntaba a una figura solitaria vestida con un traje de vuelo británico, mientras una docena o más de hombres corrían por la arena persiguiéndole. El reflector de la torre más cercana abandonó su lento recorrido y se dirigió hacia la playa obligando a Deryn a sumergirse de nuevo.

Volvió a colocarse el reciclador en la boca y luego nadó justo por debajo de la superficie. Los latidos de su corazón resonaban en sus oídos. Uno de sus hombres obviamente había sido apresado, pero tal vez el otro aún estaba oculto. Si podía encontrarle, podrían alejarse a nado, compartiendo el reciclador entre los dos.

A unas pocas yardas de la playa, Deryn levantó la cabeza por encima del agua, dejándose mecer por el oleaje. Sus ojos barrieron las sombras tras el banco de arena, pero no vio a nadie oculto allí. Se acercó un poco más arrastrándose, tan lenta como cualquier bestia primitiva dando sus primeros pasos en tierra.

El reflector cambió de dirección, acercándose más a la línea de árboles, mostrando a otra silueta vestida con traje de vuelo echada en el suelo. Dos soldados otomanos estaban allí cerca, observando al hombre abatido apuntándole con sus rifles.

Deryn maldijo en silencio: sus hombres habían sido capturados. Se ocultó en la oscuridad tras el banco de arena, pensando qué hacer. El caminante ahora se movía, haciendo que la arena temblase bajo sus rodillas. ¿Cómo iba a poder enfrentarse contra un escorpión gigante y una veintena de hombres con solo una navaja de marino?

Alzó la cabeza. Los dos otomanos estaban levantando al hombre abatido en la arena, ayudándole a ponerse en pie. Cojeaba del pie derecho...

Deryn frunció el ceño. Aquel era Matthews, el compañero que había dejado en la Esfinge. Los otomanos debían de haberle capturado. ¿Le habían dejado ellos allí? ¿O es que los otomanos habían sospechado que las redes *antikraken* eran su objetivo?

¿Y dónde estaba su tercer hombre?



«UN ARTRÓPODO OTOMANO Y SU PRESA».

Entonces el foco cambió de nuevo y el fuego de una metralleta estalló de la punta de la cola del escorpión rastrillando los árboles que había a lo largo de la playa. Las ramas quedaron salvajemente destrozadas bajo la lluvia de balas y la arena saltó por los aires.

Finalmente la metralleta guardó silencio y un grupo de soldados otomanos cargaron contra la maleza. Un momento después salían arrastrando algo. Era un cuerpo, inmóvil y tan blanco como el papel, excepto por las manchas rojas en el traje de vuelo.

Deryn tragó saliva. Su primera misión al mando y habían matado y también capturado al último hombre.

Con un ruidoso chirrido de motores, el escorpión se acercó más al cuerpo muerto. Una de sus enormes garras delanteras se clavó en la arena y después se alzó, levantando el cuerpo sin vida al aire. Los otomanos se llevaban a sus hombres a alguna parte, probablemente para interrogar a los supervivientes y examinar mejor sus uniformes y equipos.

Pronto sospecharían que el destacamento de desembarco provenía del *Leviathan*, incluso si no le habían obligado a confesarlo a Matthews. Pero sus hombres no sabían nada sobre los percebes vitriólicos e incluso si los otomanos inspeccionaban las redes, lo único que verían serían algunas bestias más entre los millones que ya vivían allí en las millas de cable.

Con suerte pensarían que aquello había sido una simple misión de reconocimiento

y un absoluto fracaso. Probablemente, los otomanos presentarían una protesta al capitán del *Leviathan*; pero, por lo que ellos sabían, aquella misión no había sido un acto de guerra. Deryn era la única que podía dar otra versión.

Tenía que salir de allí como fuese, o pondría todo en peligro. No podría intentar una acción heroica para rescatar a sus hombres y tampoco podía regresar a la Esfinge, al menos no ahora. Los otomanos estarían patrullando por toda la península durante las semanas siguientes.

Solo le quedaba un lugar donde ir.

Deryn miró hacia las oscuras aguas, hacia donde el buque de carga que había visto antes esperaba para pasar por el estrecho. Cuando el sol saliese, se encaminaría hacia Estambul.

—Alek —dijo en voz baja y se deslizó de nuevo dentro del mar.

# VEINTICINCO

Los minaretes de la Mezquita Azul se levantaban tras los árboles, seis altas agujas como delgados lápices recién afilados erguidos en su extremo. El grácil arco de la cúpula de la mezquita se alzaba hacia lo alto, destacando su color gris oscuro contra el cielo brumoso, y la luz del sol brillaba reflejada en las hojas que daban vueltas de los girotópteros y los aeroplanos que volaban en el aire.

Alek estaba sentado en la terraza exterior del pequeño café donde Eddie Malone le había llevado el día anterior, que se encontraba en un tranquilo callejón, sorbiendo una taza de té negro y estudiaba su colección de monedas otomanas. Había empezado a aprender sus nombres en turco y cuáles debía ocultar a los tenderos si quería conseguir un precio justo.

Después de comprobar que los alemanes tenían fotografías de Bauer y Klopp, le tocaba a Alek comprar provisiones. No obstante, había aprendido mucho paseando por las calles de Estambul por su cuenta: cómo regatear con los comerciantes, cómo escabullirse por las zonas alemanas de la ciudad sin ser visto, e incluso qué hora era por las oraciones que se rezaban en los minaretes de la ciudad.

Lo más importante de todo era que se había dado cuenta de algo sobre aquella ciudad: estaba escrito que debía estar allí. En aquel lugar era donde la guerra daría un giro, o bien a favor o bien en contra de los intereses clánker. Una delgada franja de agua brillaba en la distancia, el plaño de las sirenas antiniebla de los buques de carga le llegaba amortiguado mientras la atravesaban. Aquel pasaje del Mediterráneo al mar Negro era el cable de salvamento del Ejército ruso, el cordón que mantenía unidos a los poderes darwinistas. Aquello era el porqué la providencia le había llevado hasta allí después de cruzar toda Europa.

Alek estaba allí para detener la guerra. Mientras, había procurado aprender un poco de turco.

—*Nasiliniz?* —practicó.

—*Yiyim* —llegó una respuesta de la jaula cubierta que había sobre su mesa.

—¡Chist! —Alek miró a su alrededor.

Las bestias fabricadas tal vez no fuesen estrictamente ilegales, pero no tenía sentido atraer la atención sobre su persona. Además, era insoportable que el acento de la criatura fuese mejor que el suyo.

Ajustó la cubierta de la jaula, cerrando el espacio por el que la criatura había estado sacando la nariz. No obstante, ya estaba antes de mal humor, en un rincón. Era extrañamente hábil en leer el estado de ánimo de Alek, que en aquel momento era de

irritación.

Y por cierto, ¿dónde estaba Eddie Malone? Le había prometido estar allí hacia media hora y Alek tenía otra cita pronto.

Estaba a punto de irse cuando la voz de Malone le llamó detrás de él.

Alek se dio la vuelta y saludó lacónicamente con la cabeza.

—Ah, por fin ha llegado.

—¿Por fin? —Malone alzó una ceja—. ¿Tiene prisa por ir a alguna parte?

Alek no respondió a eso.

—¿Vio al conde Volger?

—Por supuesto. Malone hizo un gesto con la mano a un camarero y pidió el almuerzo, consultó el menú y se tomó su tiempo para elegirlo.

—Una nave fascinante, el *Leviathan*. El paseo de placer del sultán resultó más interesante de lo que esperaba.

—Me alegro de oírlo. Pero estoy más interesado por lo que le dijo el conde Volger.

—Dijo muchas cosas... la mayoría de las cuales no comprendí —Malone sacó su cuaderno de notas y se preparó a escribir con el lápiz—. Tengo curiosidad por saber si conoce al tipo que me ayudó a reunirme con Volger. Se llama Dylan Sharp.

—¿Dylan? —preguntó Alek, frunciendo el ceño—. Por supuesto que lo conozco. Es un cadete que está a bordo del *Leviathan*.

—¿Le ha notado alguna vez algo extraño?

Alek negó con la cabeza.

—¿A qué se refiere por extraño?

—Bueno, cuando el conde Volger escuchó su mensaje, decidió que reunirse con usted sería una buena idea y todo eso, entonces pensé que era completamente temerario hablar sobre escaparse delante de un tripulante —Malone se acercó más inclinándose hacia Alek—. Pero entonces el conde ordenó al señor Sharp que lo ayudase.

—¿Se lo ordenó?

Malone asintió con la cabeza.

—Fue casi como si estuviese amenazando a aquel chico. A mí me pareció un caso de chantaje. ¿Tiene eso algún sentido para usted?

—Yo... No estoy seguro —dijo Alek.

Realmente, Dylan había hecho algunas cosas de las que los oficiales de la nave no les gustaría enterarse, como guardar los secretos de Alek. Pero Volger difícilmente podría hacer chantaje a Dylan sobre ese tema sin revelar a los darwinistas quién era Alek en realidad.

—No le veo sentido, señor Malone. Tal vez lo ha interpretado mal.

—Bien, tal vez le gustaría escucharlo por sí mismo —el hombre cogió la rana de

su hombro, la dejó sobre la mesa y rascó bajo su barbilla—. Vamos, Rusty. Repite.

Un momento después la voz del conde Volger emergió de la boca de la rana.

«Señor Sharp, espero que comprenda que esto complica las cosas» —dijo y luego cambió a la voz de Dylan—. «¿A qué caramba se refiere?».

Alek miró a su alrededor, pero los pocos clientes que había parecieron no darse cuenta. Miraban a lo lejos, como si las ranas parlantes fuesen a comer a aquel establecimiento todos los días. No era extraño que Malone hubiese insistido en reunirse en aquel lugar.

La rana empezó a hacer un sonido agudo como la sirena de alerta del *Leviathan*. Después continuó con una maraña de voces y el gemido de la sirena irrumpiendo a extraños intervalos, por lo que la mayoría de las palabras emitidas demasiado deprisa hacían que la rana no pudiera repetirlas claramente.

Pero entonces la voz del conde Volger surgió entre aquel batiburrillo.

«Tal vez, si usted no nos ayuda, me veré obligado a revelar su pequeño secreto».

Alek frunció el ceño, preguntándose qué estaba pasando. Volger estaba hablando crípticamente sobre lecciones de esgrima. Al principio Dylan con voz ahogada dijo que no comprendía, pero su voz sonaba temblorosa, como si estuviese a punto de llorar. Finalmente estuvo de acuerdo en ayudar al conde y a Hoffman a escapar y, con un último pitido de sirena, la rana se quedó en silencio.

Eddie Malone la retiró de la mesa y la dejó con suavidad de nuevo en su hombro.

—¿Le importaría arrojar algo de luz sobre el asunto?

—No tengo ni idea —dijo Alek despacio, algo que era verdad—. Nunca antes había notado tanto pánico en la voz de Dylan.

El muchacho se había arriesgado a ser colgado por Alek. ¿Cuál debía de ser la amenaza de Volger para que se asustase tanto?

Pero no era buena idea pensar en voz alta delante de aquel reportero. Aquel hombre ya sabía demasiado.

—Permítame que le haga una pregunta, señor Malone —Alek señaló la rana—. ¿Sabían ellos que esta abominación estaba memorizando sus palabras?

El hombre se encogió de hombros.

—Jamás les dije lo contrario.

—Muy honesto por su parte.

—Yo nunca miento —aseguró Malone—. Y puedo prometerle que Rusty ahora no está memorizando. No lo hará a menos que yo se lo pida.

—Bien, pues tanto si está escuchando como si no, no hay nada que pueda añadir

Alek se quedó mirando a la rana, aún escuchando la voz de Dylan. Casi parecía una persona distinta.

Con la ayuda de Dylan, por supuesto, Volger y Hoffman tenían más oportunidades de escapar.

—¿Dijo Volger cuándo lo intentarían?

—Tiene que ser esta noche —dijo Malone—. El cuarto día ya casi ha terminado. A menos que los británicos realmente planeen regalar el *Leviathan* al sultán, tiene que salir de Estambul mañana.

—Excelente —dijo Alek, poniéndose de pie y ofreciendo su mano—. Gracias por llevar nuestros mensajes, señor Malone. Le ruego que me disculpe pero debo irme.

—¿Una cita con sus nuevos amigos, tal vez?

—Lo voy a dejar en manos de su imaginación —dijo Alek—. Y, por cierto, espero que no escriba nada de esto demasiado pronto. Puede que Volger y yo decidamos quedarnos en Estambul un poco más.

Malone se recostó en su silla y sonrió.

—Oh, no se preocupe, no voy a desbaratar sus planes. Por lo que he podido ver hasta ahora, esta historia cada vez se está poniendo más interesante.

Alek dejó que el hombre escribiera en su cuaderno de notas, sin duda apuntando todo lo que habían hablado hasta el momento. O tal vez había mentido y la rana lo había memorizado todo. Era una locura confiar sus secretos a un reportero, suponía Alek; pero, por volver a reunirse con Volger, merecía la pena correr el riesgo.

Deseaba que el conde pudiese estar allí en su siguiente cita. Zaven iba a presentarle a más miembros del Comité para la Unión y el Progreso. El propio Zaven era una especie de amigo, un caballero educado, pero tal vez sus compañeros revolucionarios no serían tan amistosos. No sería fácil para un aristócrata clánker ganarse su confianza.

—Te estás portando muy bien quedándote quieto —susurró Alek a la jaula mientras se alejaba—. Si te sigues portando tan bien te compraré fresas.

—*Señor Sharp* —repuso la criatura e hizo un sonido como una risita.

Alek frunció el ceño. Las palabras eran un retazo de conversación que la rana había repetido. La criatura no imitaba voces, pero el tono sarcástico del conde Volger era bastante reconocible.

Alek se preguntó por qué la bestia había elegido aquellas dos palabras de todo lo que había escuchado.

—*Señor Sharp* —dijo de nuevo, pareciendo sumamente complacido consigo mismo.

Alek le hizo callar con un siseo y sacó un mapa trazado a mano de su bolsillo. La ruta, marcada con la escritura florida de Zaven, le llevó al norte y después al oeste de la Mezquita Azul, hacia el barrio donde había ido a parar hacía un par de noches.

Los edificios eran cada vez más altos, a medida que andaba y las influencias clánker eran más evidentes. Las vías del tranvía trenzaban las calles pavimentadas y las paredes estaban ensuciadas por las emanaciones de los tubos de escape, casi tan negras como los capiteles de acero de Berlín y Praga. Las máquinas fabricadas por

los alemanes resoplaban por las calles y sus diseños funcionales y económicos le eran extraños a Alek después de ver a caminantes en forma de animales. Los signos de rebelión también eran más perceptibles: la mezcla de alfabetos y símbolos religiosos llenaban de nuevo las paredes, marcas de multitud de naciones más pequeñas, que formaban el Imperio otomano.

El mapa de Zaven condujo a Alek a introducirse profundamente en una maraña de almacenes, donde brazos mecánicos se alzaban junto a los muelles de carga. Las paredes de piedra se erigían amenazadoras por encima de las estrechas calles, tan altas que casi parecían tocarse unas con otras. La luz del sol se filtraba con una gris tonalidad a través de las emanaciones.

En aquel lugar había pocos peatones y Alek se empezó a sentir receloso. No hacía ni un día que andaba solo por la ciudad y no sabía qué barrios eran seguros y cuáles no.

Se detuvo y dejó la jaula en el suelo para comprobar el mapa de Zaven de nuevo. Mientras miraba la llamativa escritura, Alek reparó en una silueta por el rabillo del ojo.

La mujer iba vestida con unos largos ropajes negros y el rostro cubierto por un velo. Caminaba encorvada por la edad y llevaba cosidas unas pocas monedas de plata en su tocado. Había visto a muchos hombres de las tribus del desierto como ella por las calles de Estambul, pero nunca a una mujer andando sola por la calle. Estaba inmóvil junto a la pared de un almacén con la vista baja, fija en los adoquines.

Cuando Alek pasó por aquel edificio un momento antes, ella no estaba allí.

Dobló rápidamente el mapa, recogió la jaula y empezó a andar de nuevo. Un momento después miró de reojo hacia atrás.

La anciana le estaba siguiendo.

Alek frunció el ceño. ¿Cuánto tiempo hacía que le seguía?

Se mordió los labios mientras caminaba. Estaba cerca de la dirección que Zaven la había dado, pero no podía conducir a aquella extraña directamente hasta sus nuevos aliados. Estambul estaba lleno de espías y revolucionarios al igual que de policía secreta.

Pero seguro que él podría correr más que una anciana. Alzando un poco más su pesada jaula, Alek aligeró el paso. Caminó dando zancadas cada vez más grandes sin hacer caso de las quejas provenientes de debajo de la cubierta de la jaula.

Y aun así, cuando miró hacia atrás, su perseguidora todavía seguía allí, deslizándose sin esfuerzo por los adoquines, con sus vestidos revoloteando como olas de agua negra.

Aquello no era una anciana, tal vez ni siquiera era una mujer.

Alek se llevó la mano al cinturón y maldijo en voz baja. Iba armado solamente con un cuchillo largo que se había comprado en el Gran Bazar aquella misma

mañana. Su hoja curva de acero le había parecido exóticamente letal depositada sobre el terciopelo rojo. Pero su filo aún no estaba afilado y Alek nunca había sido entrenado para usar un arma de aquel tipo.

Dio la vuelta a la última esquina; casi había llegado a la dirección que había en el mapa de Zaven. Con su perseguidor fuera de la vista un momento, echó a correr, esquivándolo al entrar en un callejón.

—Chisst —susurró a través de la cubierta de la jaula.

La criatura hacía ruidos de disgusto al ser balanceada de un lado a otro de nuevo pero después se quedó en silencio.

Alek depositó la jaula cuidadosamente en el suelo y se asomó por la esquina.

La oscura figura apareció, moviéndose lentamente ahora, y se detuvo delante de una plataforma de carga al otro lado de la calle. Alek vio el símbolo pintado en la plataforma y puso mala cara.

Era el mismo símbolo que Zaven había dibujado de forma extravagante en su mapa.

¿Aquellos eran coincidencias? ¿O es que su perseguidor ya sabía adónde se dirigía Alek?

La figura vestida de negro con un solo salto se situó en la plataforma de carga, confirmándole que aquello no era una mujer. El hombre retrocedió entre las sombras pero sus vestidos continuaban siendo visibles, y ondeaban suavemente con la brisa.

Alek se quedó allí en la avenida, con la espalda apoyada con fuerza contra la fría piedra. Por culpa de Eddie Malone, ya llegaba media hora tarde. Si esperaba a que su perseguidor se diese por vencido y se fuese tardaría una eternidad más en acudir a su cita. ¿Qué pensaría sus nuevos aliados de él si llegaba a su reunión secreta horas después de lo previsto?

Por supuesto, si les llevaba a aquel espía como su prisionero, tal vez estarían más impresionados...

Un caminante alemán de seis patas se dirigía calle arriba, arrastrando un pesado tren de carga tras él: la tapadera perfecta. Alek se arrodilló y habló suavemente a la jaula.

—Vuelvo enseguida. Solo quédate aquí callado.

—Callado —masculló la criatura como respuesta.

Alek esperó a que el tren de carga pasase pesadamente entre él y el otro hombre. Salió furtivamente por el callejón y huyó con rapidez junto al tren, después se escurrió entre dos vagones y cruzó la calle.



«EL DESCONOCIDO CON EL CUCHILLO CURVO».

De espaldas a la pared de piedra del almacén, Alek avanzó lentamente hacia la plataforma de carga. Se sentía poco familiarizado con el cuchillo curvo en su mano y por un instante se preguntó si el hombre le había visto.

Pero ya era demasiado tarde para dudas. Alek se acercó poco a poco...

¡De pronto un especie de risa maníaca le llegó desde el otro lado de la calle, resonaba por el callejón donde había dejado a la bestia!

Alek se quedó helado. ¿Estaba en problemas?

Un momento después, la silueta vestida de negro saltó a la calle y se arrastró subrepticiamente hacia la risa maníaca, cruzando la calle para asomarse al callejón.

Alek vio que era su oportunidad, salió por detrás del desconocido y presionó el cuchillo contra el cuello del hombre.

—¡Ríndase, señor! ¡Tengo ventaja!

El hombre era menos corpulento de lo que había pensado y más rápido. Se dio la vuelta rápidamente entre la sujeción de Alek y, de pronto, se quedaron cara a cara.

Alek se encontró mirando a unos profundos ojos oscuros enmarcados por unos rizos de pelo negro. ¡No era un hombre en absoluto!

—No creo que tengas ventaja, chico —dijo la chica en perfecto alemán—. A menos que quieras unirte a mí en la muerte.

Alek sintió una punzada y bajó la vista.

Tenía la punta de su cuchillo presionada contra su estómago.

Alek tragó saliva, pensando en qué hacer. Pero entonces la puerta de la plataforma de carga empezó a alzarse, resonando con el entrechocar de cadenas y poleas.

Ambos miraron hacia arriba, aún entrelazados en su abrazo mortal.

Zaven estaba allí en la puerta, mirándolos con los ojos muy abiertos.

—¡Ah, Alek! Por fin has llegado. ¡Y veo que ya conoces a mi hija!

## VEINTISEIS

—Deberías dejar que le matase —dijo la hija de Zaven mientras subían por las amplias escaleras hacia el interior del almacén.

La criatura rio en la jaula y Alek se preguntó qué locura le había entrado.

Zaven hizo chasquear su lengua tristemente.

—Ah, Lilit, eres hija de tu madre.

—¡Estaba hablando con un reportero!

Alek se dio cuenta de que Lilit hablaba en alemán deliberadamente para que él la entendiese. Le parecía bastante extraño sentirse amenazado por una chica. Casi tan incómodo como haberla confundido con un hombre.

—Nene estará de acuerdo conmigo —dijo Lilit mirando fijamente a Alek con una fría mirada—. Y entonces veremos quién tiene ventaja.

Él la miró y puso los ojos en blanco. Como si una simple chica pudiese con él. Había sido culpa de la criatura por distraerlo. La jaula le parecía más pesada que nunca, subiendo aquellas interminables escaleras. ¿Hasta dónde llegaban?

—El señor Malone estaba entregándome un mensaje —explicó—. De mi amigo a bordo del *Leviathan*. ¡No le conté nada sobre vuestro comité!

—Tal vez no —dijo Lilit—. Pero te he seguido durante una hora antes de que te dijeses cuenta de que lo estaba haciendo. La estupidez puede ser igual de mortal que la traición.

Alek inspiró despacio, deseando por enésima vez que Volger estuviese allí.

Pero Zaven solo rio.

—¡Bah! No es motivo de vergüenza haber sido seguido por mi hija sin darse cuenta, Alek. Ella es una maestra de las sombras —se golpeó el pecho—. ¡Entrenada por el mejor!

—Es cierto, no te vi —dijo Alek, volviéndose a Lilit—. Pero ¿alguien más me seguía?

—No. Yo los hubiese visto.

—Bien, de acuerdo. No te hubiese delatado a la policía secreta del sultán, ¿verdad?

Lilit refunfuñó y se le adelantó por las escaleras. Ya veremos lo que dice Nene.

—En cualquier caso, si los alemanes me encuentran no se molestarán en seguirme —dijo Alek en voz alta tras ella—. Simplemente harían que desapareciese.

Lilit no se volvió a mirarle pero murmuró:

—Es útil saberlo.

Las escaleras seguían subiendo, iluminadas tenuemente por la luz grisácea del sol que entraba por las celosías de las ventanas. Cuando Zaven los acompañó por encima de las arremolinadas emanaciones de los tubos de escape de la calle, las escaleras estaban más iluminadas. Pequeños detalles de humanidad aparecieron en las frías paredes de piedra: retratos de familia y las cruces de tres brazos de la iglesia bizantina.

—Zaven, ¿usted vive aquí? —preguntó Alek.

—Una obra maestra de deducción —dijo Lilit.

—Siempre hemos vivido encima del negocio familiar —dijo Zaven, deteniéndose ante un par de puertas de madera con unos accesorios de latón—. Tanto si fue una tienda de sombreros o una fábrica de *mekánicas*. ¡Y ahora que el negocio familiar es la revolución vivimos encima del comité!

Alek frunció el ceño, intrigado por saber dónde estaba ese «comité». El almacén estaba tan silencioso como una iglesia vacía; la pintura de las paredes estaba agrietada y las escaleras en muy mal estado.

Cuando Zaven abrió las puertas dijo:

—En casa no quiero disfraces.

Lilit lo miró enojada, pero se quitó las ropas del desierto pasándoselas por la cabeza. Bajo ellas lucía un vestido de seda rojo brillante que casi llegaba al suelo.

Alek se fijó de nuevo en lo oscuros que eran los ojos de la muchacha y lo hermosa que era. Qué idiota había sido confundiéndola con un hombre.

Zaven empujó las puertas hacia dentro y entraron en una confusión de color. Los divanes del apartamento y las sillas estaban cubiertos de sedas de vivos colores, las lámparas eléctricas estaban decoradas con un arcoíris de mosaicos translúcidos. Una vasta alfombra persa estaba extendida por el suelo, con sus meticulosas geometrías tejidas con los matices de las hojas de otoño caídas. La luz del sol entraba a raudales por un amplio balcón encendiendo todo el mosaico.

No obstante, los muebles habían vivido mejores épocas y la alfombra estaba agujereada por algunos lados.

—Muy acogedor, para una revolución —dijo Alek.

—Hacemos lo que podemos —dijo Zaven observando toda la habitación con ojos cansados—. Un anfitrión como es debido le ofrecería té primero, pero ya llegamos tarde.

—A Nene no le gusta que le hagan esperar —dijo Lilit.

Alek se alisó su túnica. Nene era obviamente el líder del grupo. Sería mejor que pareciese correcto ante él.

Le acompañaron hacia otra puerta de doble hoja. Lilit llamó con suavidad, esperó un momento y a continuación abrió las puertas.

A diferencia del apartamento exterior, aquella habitación estaba a oscuras, el aire estaba cargado por el incienso y el olor de alfombras polvorrientas. La luz viscosa de una lámpara de aceite pasada de moda hacía que todo pareciese de color vino tinto. Había una docena de radios y receptores estaban en las sombras y sus tubos brillaban suavemente, el chasquido del código Morse llenaba la habitación.

Contra la pared del fondo se alzaba una inmensa cama con baldaquín cubierta con una mosquitera. Descansaba sobre cuatro patas talladas como pliegues de piel que colgaban como las de un reptil. Dentro de la cama estaba echada una pequeña y delgada figura envuelta en sábanas blancas. Dos ojos brillantes le miraban desde debajo de una explosión de pelo gris.

—De modo que este es tu chico alemán —se escuchó una voz quebrada—. ¿El que salvaste de los alemanes?

—Es austriaco —dijo Zaven—. Pero sí, madre, es un clánker.

—Y un espía, Nene —Lilit se inclinó para besar a la anciana en la frente—. ¡Le he visto hablando con un reportero antes de que viniese aquí!

Alek soltó lentamente el aire que había contenido. ¿La temible Nene era simplemente la madre de Zaven? ¿Acaso todo el comité no era más que un excéntrico pasatiempo familiar?

Dejó en el suelo la jaula e hizo una reverencia.

—Buenas tardes, señora.

—Bueno, ciertamente tienes acento austriaco —dijo en un alemán excelente.

Todos aquellos otomanos parecían conocer por lo menos una docena de idiomas. Pero hay muchos austriacos trabajando para el sultán.

Alek hizo un gesto a Zaven.

—Pero su hijo vio cómo los alemanes me perseguían.

—Persiguiéndote directamente hacia uno de nuestros caminantes —dijo Nene—. Una presentación bastante conveniente.

—No tenía ni idea de que la máquina me recogería cuando caí —argumentó Alek—. ¡Podía haber muerto!

—Y aún puedes —murmuró Lilit.

Alek no le hizo caso y se arrodilló junto a la jaula para desatar las tiras de la cubierta. Cuando se puso de pie alzó la jaula para que Nene la viese.

—¿Acaso un agente del sultán tendría uno de estos? —dijo, y a continuación quitó rápidamente la cubierta.

La criatura los miró a todos con los enormes ojos redondos muy abiertos. Se volvió de un rostro al siguiente, fijándose en la sorpresa de Zaven, las sospechas de Lilit y finalmente los ojos fríos y brillantes de Nene.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó ella.

—Una criatura del *Leviathan*, donde he servido como ingeniero las dos últimas

semanas.

—Un clánker en el *Leviathan* —Nene soltó una risa—. Vaya tontería. Probablemente compraste esa bestia en alguna trastienda en el Gran Bazar.

Alek se irguió.

—Le aseguro que no es así, señora. Esta criatura fue fabricada por la mismísima doctora Nora Darwin Barlow.

—¿Una Darwin, haciendo una adorable insignificancia como esta? No seas absurdo. ¿Y qué uso tendría a bordo de un *buque de guerra*?

—Se suponía que era un regalo para el sultán —dijo Alek—. Una forma de mantener a los otomanos fuera de la guerra. Pero entonces uno de ellos eclosionó, hum..., antes de lo previsto.

La anciana alzó una ceja.

—¿Lo ves, Nene? ¡Es un mentiroso! —dijo Lilit—. ¡Y un loco al pensar que alguien podría creer tantas sandeces!

—Creer —dijo la criatura y la habitación quedó en silencio.

Zaven retrocedió un paso.

—¿Eso habla?

—Es solo un loro —dijo Alek—. Como un lagarto mensajero, uno que repite palabras al azar.

La anciana lo miró fijamente con una prolongada y crítica mirada.

—Sea lo que sea, nunca he visto uno antes. Deja que lo mire más de cerca.

Alek abrió la jaula y la bestia se subió a su hombro. Se acercó a la cama con una mano extendida. La criatura se arrastró lentamente por su brazo, devolviéndole la mirada fría de Nene con su amplia mirada.

Alek vio cómo la expresión de la mujer se suavizaba igual que hacían Klopp y Bauer cada vez que dejaba la criatura a su cuidado. Había algo en sus enormes ojos y arrugada cara que parecía generar afecto. Incluso Lilit estaba sorprendentemente silenciosa.

Nene alargó la mano y tomó las manos de Alek.

—Nunca has trabajado para ganarte la vida, eso es seguro. Pero hay un poco de grasa de motor bajo tus uñas. La mujer frotó su pulgar derecho. Y practicas esgrima, ¿verdad?

Alek asintió, impresionado.

—Dime algo sobre el *Leviathan* que un mentiroso no sabría —pidió.

Alek hizo una pausa un momento, para recordar todas las maravillas que había visto a bordo de la nave.

—Hay murciélagos *fléchette*, criaturas volantes hechas de medusa y halcones que tienen garras de acero.

—Estas bestias también están en los tabloides toda la semana. Inténtalo de nuevo.

Alek frunció el ceño. Nunca había leído un periódico en su vida y no tenía ni idea de lo que era de conocimiento público sobre el *Leviathan*. Dudaba que los darwinistas le hubiesen mostrado algún secreto militar.

—Bueno, luchamos contra el *Goeben* y el *Breslau* cuando nos dirigíamos hacia aquí.

Se produjo un prolongado momento de silencio. Por las miradas de sus rostros, parecía que aquel pequeño suceso no había salido en los periódicos.

—¿Los nuevos juguetes del sultán? ¿Cuándo exactamente? —preguntó Nene.

—Hace ocho días. Nos tropezamos con ellos justo al sur de los Dardanelos.



«LA FAMILIA DE NENE».

Nene asintió lentamente, con sus ojos mirando de reojo uno de sus receptores, que no dejaba de emitir chasquidos.

—Es posible. El pasado lunes realmente se estaba preparando algo.

—Se produjo casi una batalla —dijo Alek—. ¡El cañón Tesla estuvo a punto de derribarnos al mar!

Los tres intercambiaron miradas y entonces Zaven preguntó:

—¿Cañón Tesla?

Alek sonrió. Por fin sabía *algo* que aquellos revolucionarios podrían encontrar útil.

—Aquella torre en su cubierta de popa puede parecer un transmisor de radio pero

es un arma eléctrica. Fabrica rayos. Sé que suena absurdo pero...

Nene le hizo callar alzando una mano.

—No lo es. Ven a dar un paseo conmigo, muchacho.

—¿Un paseo? —preguntó Alek.

Había dado por supuesto que la mujer era inválida.

—Al balcón —ordenó y de repente el delicado sonido de un mecanismo de relojería llenó la habitación. Una de las patas arrugadas de la cama dio un paso adelante suave y lentamente.

Alek dio un salto hacia atrás y Lilit rio desde el otro lado de la habitación. La criatura trepó otra vez sobre su hombro, repitiendo su risita.

—¿Has visto alguna vez moverse a una tortuga? —preguntó Nene, sonriendo.

Alek dio otro paso atrás, apartándose del paso de la cama mientras se dirigían lentamente hacia las puertas dobles.

—Sí, pero nunca pensé en dormir en una.

—Tú duermes en una cada noche, muchacho. ¡El mismo mundo descansa sobre el caparazón de una tortuga!

Alek sonrió a la mujer.

—Mi madre solía hacerme bromas con esos cuentos de viejas.

—¿Cuentos de viejas? —exclamó Nene, con su voz quebrada—. El concepto es perfectamente científico. ¡El mundo descansa sobre una tortuga que a su vez descansa sobre la espalda de un elefante!

Alek intentó no echarse a reír.

—¿Y entonces dónde descansa el elefante, señora?

—No intentes pasarte de listo, jovencito —entornó los ojos—. ¡Hay elefantes por todas partes!

La cama recorrió lentamente la habitación hasta las puertas del balcón. Mientras la seguía, cuidadosamente al paso de la tortuga, Alek se maravilló ante la perfección del mecanismo. Las máquinas con mecanismos de relojería funcionaban dándoles cuerda a un resorte en lugar de con motores ruidosos de vapor o gas, de modo que los movimientos de la cama eran suaves y lentos, ideales para un inválido.

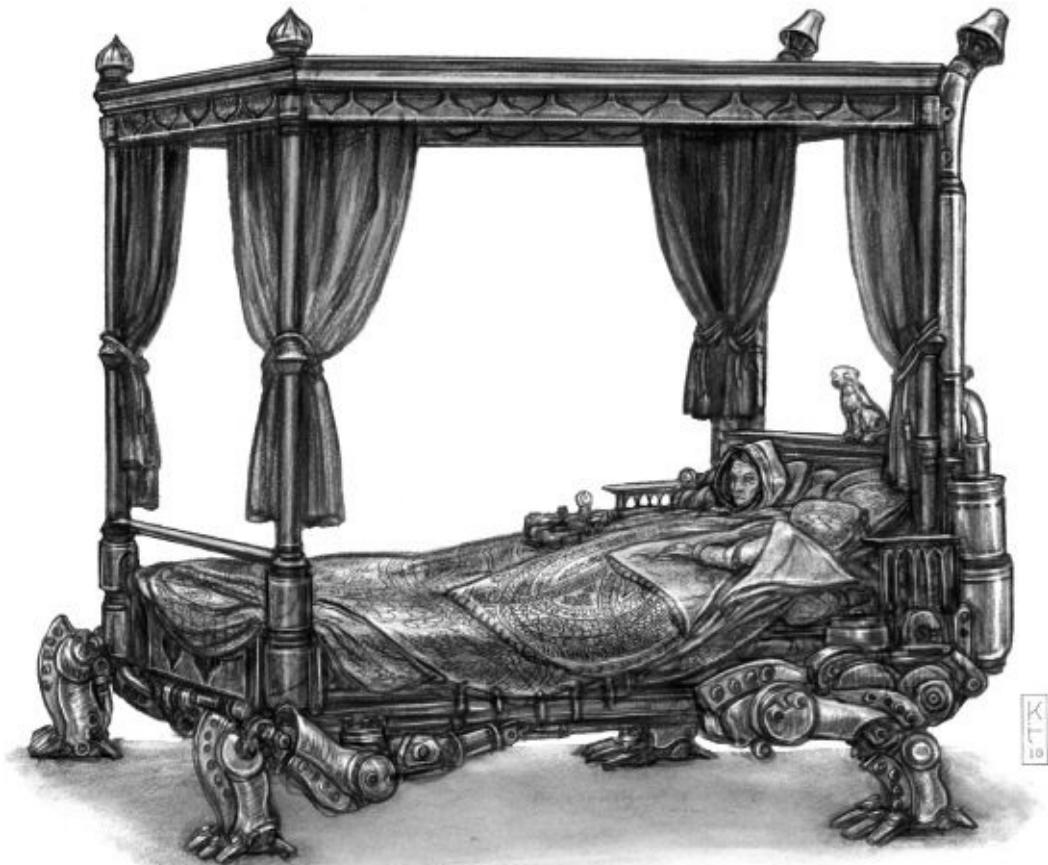
Pero la mujer que estaba en la cama debía de estar loca, con toda aquella charla sobre elefantes. De hecho, los tres miembros de la familia eran un poco peculiares. A Alek le recordaron a sus parientes pobres, familias venidas a menos, pero que aún conservaban un sentido exagerado de su alta alcurnia.

La noche anterior, Zaven le había dicho que había formado parte de la insurgencia de las Juventudes Turcas hacía seis años. Pero en realidad aquella extraña familia era una amenaza real para el sultán, o simplemente se regodeaban en glorias pasadas.

Por supuesto, el caminante de Zaven no era precisamente una nimiedad.

Ya en la terraza, Alek se dio cuenta de que la vivienda de la familia estaba

construida en lo alto de un almacén y el tejado les rodeaba como una pequeña parcela de terreno. Era un extraño lugar para vivir, pero tenía unas vistas impresionantes sobre la ciudad.



K  
10

Desde aquella altura podían ver tanto el mar de Mármara como la brillante cala del Cuerno de Oro.

Allí estaba el buque, tal como Eddie Malone le había dicho: el *Goeben* descansando junto a un largo embarcadero. Sus enormes armas *antikraken* trabajaban en la superficie, ayudando a cargar el cargamento.

Nene señaló con un dedo reseco hacia los muelles.

—¿Cómo sabes lo de ese cañón Tesla?

—Nos disparó. Casi incendió toda la aeronave —dijo Alek.

—Pero ¿cómo es que sabes su *nombre*, muchacho? Dudo que lo hayas adivinado.

—¡Ah! —Alek dudaba de cuánto debía contarle a la anciana—. Uno de mis hombres es un experto en mecánica. Él había visto modelos experimentales del cañón.

—¿Tus hombres tienen conocimientos de armas secretas alemanas y aun así servíais a bordo del *Leviathan*? —Nene movió la cabeza incrédulamente.

—Dime quién eres en realidad. ¡Inmediatamente!

Alek inspiró profundamente, sin hacer caso de la fría sonrisa de Lilit.

—Soy un noble austriaco, señora. Mi padre estaba en contra de esta guerra y los alemanes ordenaron que lo asesinasen por ello. Mis hombres y yo estábamos ocultos

en los Alpes cuando el *Leviathan* hizo un aterrizaje de emergencia justo allí.

—¿Y sencillamente os invitaron a subir a bordo?

—Ayudamos a los darwinistas a escapar. Nuestro Caminante de Asalto estaba dañado y los motores de su aeronave destruidos. De modo que nos unimos, por decirlo de algún modo, para que ambos pudiésemos escapar de los alemanes. En pleno vuelo, en cambio, quedó muy claro que nos consideraban prisioneros de guerra. Por lo que tuvimos que abandonar la nave —el muchacho extendió las manos—: De modo que aquí estamos, buscando aliados con quienes luchar.

—Aliados —repitió la criatura en voz baja.

—Quiero vengarme de los alemanes —dijo Alek—. Lo mismo que ustedes.

Se produjo un largo silencio, y después Nene sacudió la cabeza.

—No sé qué hacer contigo, muchacho. ¿Motores clánker en un respirador de hidrógeno? Eso es ridículo. Y aun así... ningún espía del sultán se atrevería contar una historia tan inverosímil.

—Espera —dijo Lilit, cogiendo la mano de su abuela—. ¿Recuerdas cuando el *Leviathan* sobrevoló la ciudad ayer? ¿Y que pensamos que era curioso que los motores humeasen, tal como hacen las aeronaves de los clánkers? —miró rápidamente a Alek.

—Eso no significa que esté contando la verdad —Nene movió negativamente la cabeza—. Sin duda este muchacho también los vio, y eso es lo que le inspiró esa extraña historia.

—Señora, no me gusta que me llamen mentiroso —dijo Alek con firmeza—. ¡El hecho que conozca tanto los secretos darwinistas como los clánkers me hace un aliado más fuerte! Tengo formación militar, y oro. Mis hombres y yo sabemos pilotar caminantes y también repararlos. ¡Debería permitir que les ayudásemos, a menos que solo estén *jugando* a hacer la revolución!

Lilit se puso de pie de un salto, enseñando los dientes. Zaven se quedó en silencio pero movió una mano hacia su cuchillo.

Nene habló con mucha calma.

—Jovencito, no tienes ni idea de lo que esta lucha ha costado a mi familia: nuestra fortuna, nuestro estatus social —cogió la mano de Lilit con cariño—, y la pobre madre de esta niña también. ¡Cómo te *atreves* a llamarnos aficionados!

Alek tragó saliva, al darse cuenta de que había ido demasiado lejos.

—Dudo que puedas ayudarnos —prosiguió Nene—. Reconozco a un aristócrata cuando lo veo. Y los niños mimados como tú nunca ayudan a nadie, excepto a ellos mismos.

Las palabras golpearon a Alek como una patada en el estómago: así era como lo veía la gente, como un loco mimado, hiciese lo que hiciese para evitarlo. Le flaquearon las rodillas y sin querer se sentó en la cama.

—Siento mucho haber hablado como un idiota —dijo Alek—. Y siento mucho lo de tu madre, Lilit. Yo también he perdido a mis padres. Solo quiero devolverles el golpe de alguna manera.

—¿Perdiste a tus padres, a *los dos*? —dijo Nene y su voz se suavizó—. ¿Quién eres, muchacho?

Alek miró fijamente a los ojos de la anciana y reparó en que tenía dos opciones: podía confiar en ella, o dar media vuelta y volver a quedarse solo. Sin aliados, tanto él como sus hombres no podían hacer otra cosa que escapar al bosque y ocultarse.

Pero él estaba en Estambul para hacer algo más que aquello, estaba convencido.

—¿Quién cree que soy? —susurró.

—Un noble austriaco, eso seguro. ¿Tal vez el hijo de un archiduque?

Él asintió, manteniendo su fiera mirada.

—Entonces seguramente sabrás el nombre completo de soltera de tu madre. Y si no me dices correctamente hasta la última sílaba, mi nieta te tirará por este balcón.

Alek inspiró profundamente y a continuación recitó:

—Sophie Maria Josephine Albina, condesa Chotek de Chotkow y Wognin.

Al final el rostro de la anciana reflejó que le había creído.

—Nuestra reunión es providencial —dijo él—. Le juro que puedo ayudarles, Nene.

Inexplicablemente, Lilit estalló en risas. Zaven soltó una grave risotada y la criatura se les unió.

—Vaya seductor —dijo Lilit—. ¡El muchacho ya te ha adoptado, Nene!

Alek se dio cuenta de su error. «Nene» no era en absoluto un nombre, sino simplemente una palabra para decir «abuela», como «oma» en alemán.

—Lo siento pero mi armenio es deficiente, señora.

La anciana sonrió.

—No te preocupes. A mi edad nunca se tienen suficientes nietos. Aunque algunos de ellos sean idiotas.

Alek inspiró profundamente, intentando controlar su lengua.

—Tal vez sea por mi avanzada edad, pero estoy empezando a creerte —dijo Nene—. Por supuesto, si eres quien dices ser, entonces seguro que sabes pilotar un caminante.

—Muéstrenme uno y se lo demostraré.

La anciana asintió y entonces hizo un gesto con la mano.

—¿Zaven? Tal vez sea el momento de presentar el comité a Su Serena Majestad.

## VEINTISIETE

Lilit y Zaven le acompañaron al extremo más alejado de la terraza, que daba encima de un enorme patio interior rodeado por los muros de varios almacenes. Las ventanas de los edificios de los alrededores estaban tapadas con tablones de madera y todo el patio estaba cubierto con redes de camuflaje para ocultarlo desde el aire.

Entre las sombras había cinco caminantes que se alzaban silenciosos.

Alek se arrodilló junto a la barandilla de la terraza, mirando hacia abajo. Durante los últimos días los había visto en las calles, la variopinta gama de caminantes de combate que vigilaban los guetos de Estambul. Aquellos cinco estaban marcados con las muescas y los arañazos de antiguas batallas y su armadura estaba decorada con multitud de signos: cuartos crecientes, cruces, una estrella de David y otros símbolos que él nunca antes había visto.

—Un comité de autómatas de acero —dijo él.

Zaven alzó un dedo.

—*Golems* de acero es su nombre judío. Los valacos los denominan licántropos y nuestros hermanos griegos, minotauros —señaló al caminante que había visto dos noches antes—. Creo que ya conoces a *Sahmeran*, mi máquina personal. Es la diosa del pueblo kurdo.

—Y están aquí todos juntos —dijo Alek.

—Otra observación excelente —murmuró Lilit.

—Calla, muchacha —dijo Nene, mientras su cama se dirigía lentamente hacia ellos—. Durante demasiado tiempo nos contentamos con cuidar de nuestros propios barrios y dejamos que el sultán gobernase el Imperio. Pero los alemanes y su *mekanzimat* nos han hecho un favor: finalmente nos han unido.

Zaven se arrodilló junto a Alek.

—Las máquinas que ves ahí abajo son solo una fracción de las que están comprometidas con nosotros. Usamos estas cinco para entrenarnos, para que los kurdos sepan pilotar un licántropo y un árabe, un *golem* de acero.

—De este modo pueden luchar todos juntos como es debido —dijo Alek.

—Por supuesto. Mi propia hija los ha conducido todos.

—¿Una chica pilotando un caminante? Qué absolutamente... —Alek vio la expresión de Lilit y carraspeó—. Qué excepcional.

—¡Bah! No es tan extraño como tú crees —dijo Zaven alzando un puño—. ¡Cuando llegue la revolución, las mujeres serán igual que los hombres en todos los aspectos!

Alek soltó una carcajada. Al parecer aquellas ideas pertenecían a la locura familiar, o tal vez a la influencia de la resuelta Nene en su hijo.

—¿Cómo funciona aquel cañón Tesla? —preguntó Lilit.

—Uno de mis hombres, Klopp, dice que es un generador de rayos —Alek intentó recordar la explicación que le había dado Klopp unos pocos días después de la batalla con el *Goeben*—. El señor Tesla es americano, pero los alemanes descubrieron sus experimentos y han estado trabajando en ese cañón durante algún tiempo. ¿Y usted cómo lo sabe?

—Eso no importa —dijo Nene—. ¿Puede detener a nuestros caminantes?

—Lo dudo. El cañón Tesla está diseñado para ser usado contra respiradores de hidrógeno. Pero el *Goeben* aún tiene sus grandes cañones y los caminantes como estos son unos blancos perfectos —Alek miró hacia el sudoeste, donde penachos de humo se alzaban del palacio del sultán, cerca del agua. Mientras los buques de guerra alemanes estuviesen allí anclados, el palacio estaría a salvo de cualquier ataque de caminante—. Esta es la razón real de por qué esos acorazados alemanes estén aquí, ¿verdad? Para mantener al sultán en el poder.

—Y dejar morir de hambre a los rusos —Nene se encogió de hombros.

—Un martillo puede golpear más de un clavo. Parece que tienes un poco de formación militar.

—Más que un poco, cuando se trata de caminantes —Alek irguió los hombros—. Denme el más difícil que tengan y se lo demostraré.

Nene asintió y lentamente una sonrisa se extendió por su rostro.

—Ya has oído al chico, nieta. Llévale al *Sahmeran*.

Alek flexionó los dedos, observando los controles.

Los instrumentos estaban etiquetados con símbolos en lugar de palabras pero la función de muchos de ellos estaba bastante clara. Temperatura del motor, indicadores de presión, combustible, nada que no hubiese visto antes en su Caminante de Asalto.

Pero los controles de los caminantes estaban dispuestos de una forma completamente distinta. Se alzaban desde el suelo de la cabina del piloto, como enormes palancas. Los mangos parecían los guantes acorazados de un caballero medieval.

—¿Cómo se supone que voy a andar con eso? —preguntó.

—No vas a hacerlo. Las palancas controlan los brazos —Lilit señaló al suelo—. Tienes que usar los pedales para andar, bobo.

—Bobo —repitió la criatura y luego rio.

—Tu mascota te conoce muy bien, ¿verdad? —dijo Lilit, acariciando la piel de la criatura—. ¿Cómo se llama?

—¿Su nombre? Las bestias fabricadas no tienen nombre. Excepto las grandes aeronaves, claro.

—Bueno, pues este necesita un nombre —dijo Lilit—. ¿Es chico o chica?

Alek se quedó pensativo un momento y frunció el ceño.

—La tripulación del *Leviathan* siempre decía «eso» cuando hablaba de bestias.

Tal vez no tengan sexo.

—Entonces, ¿de dónde vienen?

—De huevos.

—Pero ¿quién *pone* los huevos?

Alek se encogió de hombros.

—Por lo que yo sé, los científicos se los sacan de su sombrero hongo.

Lilit miró más atentamente a la bestia mientras Alek se fijaba en los controles.

Nunca antes había pilotado un caminante con brazos. Aquel *Sahmeran* iba a ser más complicado de lo que había pensado.

Pero, si una chica era capaz de pilotar aquella monstruosidad, no podía ser demasiado difícil.

—¿Cómo sé lo que hacen los brazos? ¿No puedo siquiera verlos desde aquí dentro?

—Sabes dónde están, como si fuesen una parte de tu propio cuerpo. Pero ya que es tu primera vez... —Lilit giró una manivela y la parte superior de la cabina del piloto empezó a moverse hacia arriba, lanzando resoplidos con los neumáticos—. Puedes intentarlo en modo desfile.

—¿En modo desfile?

—Es cuando *Sahmeran* desfila en los festivales religiosos kurdos.

—Ah, ese tipo de desfiles —dijo Alek—. Este es un país muy extraño. Todos los caminantes parecen ser símbolos aparte de máquinas.

—*Sahmeran* no es un símbolo. Es una diosa.

—Una diosa. Por supuesto —murmuró Alek—. Ciertamente hay un montón de mujeres en esta revolución.

Lilit puso los ojos en blanco mientras tiraba del botón de arranque del motor. La máquina se puso en funcionamiento bajo ellos y la criatura imitó el ruido del motor, luego se subió al hombro de Alek para poder ver por el borde frontal del panel de control.

—¿Tu mascota estará bien? —preguntó Lilit.

—Tiene una cabeza excelente para las alturas —dijo Alek—. Cuando escapamos del *Leviathan*, cruzamos por un cable que estaba suspendido de un lugar mucho más alto que esto.

—Y ¿por qué lo robaste? —preguntó ella—. ¿Para demostrar que estuviste a bordo de la aeronave?

—Yo no robé nada —dijo Alek apoyando las botas con cuidado sobre los pedales de pie—. Eso insistió en venir conmigo.

La criatura se volvió para mirarlos y pareció sonreír a Lilit.

—No sé por qué, pero casi te creo —dijo en voz baja—. Bueno, ahora demuéstranos lo listo que eres, muchacho. Caminar es la parte fácil.

—Dudo que me suponga un problema —dijo Alek, observando cómo se ponían en marcha todos los instrumentos.

Cuando los indicadores de presión se estabilizaron, pisó los pedales, de forma lenta y constante.

La máquina respondió, avanzando suavemente y las piernas giratorias que tenía a lo largo de su tronco se movían en una secuencia automática. Levantó su pie izquierdo del pedal, guiando al caminante hacia un giro lento.

—Es más fácil que mi pequeña lancha de cuatro patas —exclamó—. ¡Sabía pilotarla a los doce años!

Lilit le miró de forma extraña.

—¿Tenías tu propio caminante? ¿Cuando tenías doce años?

—Era el de la familia —Alek cogió las palancas de control—. Y los chicos tenemos un don natural para la *mekánica*, al fin y al cabo.

—Querrás decir un don natural para la fanfarronería.

—Ya veremos quién es el fanfarrón.

Alek deslizó su mano derecha dentro del guante de metal y cerró el puño. Un gran par de garras se cerraron también en el lado derecho de la máquina.

—Con cuidado —dijo Lilit—. *Sahmeran* es más fuerte que cualquier simple chico.

Alek impulsó el control, observando cómo el brazo del caminante seguía sus movimientos. El brazo era largo y sinuoso, igual que el cuerpo de una serpiente, y sus escamas se deslizaban frotando una contra otra con el sonido de una docena de espadas al ser extraídas de sus fundas.

—El truco es olvidarte de tu cuerpo —aconsejó Lilit—. Imagina que las manos del caminante son las tuyas.

Los controles eran sorprendentemente sensibles y los brazos imitaban todos los movimientos de Alek, pero más lentamente. Intentó ir más despacio para acomodarse a la escala del caminante y pronto se sintió como si midiese veinte metros y llevase un traje enorme en lugar de pilotar.

—Ahora viene la parte más difícil —Lilit señaló con el dedo—. Recoge aquella vagoneta que hay allí.

En el extremo más alejado del patio, había una vieja vagoneta volcada. Su parte de madera estaba arañada y agrietada, como el juguete maltratado de un niño.

—Parece bastante fácil —dijo Alek guiando a la máquina para que se acercase a la vagoneta entre las formas inmóviles de los otros caminantes.

Alargó su mano derecha y la máquina le obedeció. Desde el panel de control la

criatura imitó los sonidos del aire sibilante y el metal que resonaron por las paredes del patio.

Alek cerró sus dedos lentamente y las garras se cerraron alrededor de la vagoneta.

—Muy bien hasta ahora —dijo Lilit—. Sigue así, con suavidad.

Alek asintió, recordando la norma de Volger sobre cómo sostener una espada, como un pájaro de jaula, lo suficientemente fuerte para que no escapase volando pero lo bastante suave para no ahogarlo.

La vagoneta se balanceó en la garra de *Sahmeran* amenazando con caer.

—Gira la muñeca —dijo Lilit rápidamente—. ¡Pero no aprietes!

Alek giró la garra boca arriba, intentando estabilizar la vagoneta en su palma de metal. Pero la vagoneta tenía otra idea y se inclinó hacia un lado sobre sus ruedas y empezó a rodar.

—¡Cuidado! —dijo Lilit y la criatura repitió la palabra.

Alek retorció su mano en el control de nuevo, intentando balancear la vagoneta para que recuperase el equilibrio hacia un lado. Pero esta no quería quedarse quieta, como si fuese una canica rodando de un lado a otro en un cuenco. La vagoneta llegó al borde de su palma y se balanceó allí. Alek entonces apretó un poco más...



«PRÁCTICAS EN EL PATIO DE ENTRENAMIENTO».

Y los dedos gigantes de metal se cerraron con un fuerte siseo de aire, y se escuchó el crujido de la madera astillándose. Las astillas volaron en todas direcciones y Alek

se agachó, cuando algo grande pasó volando junto a su cabeza. Unas minúsculas astillas de madera golpearon su rostro.

Abrió los ojos a tiempo de ver cómo los trozos de la vagoneta quedaban reducidos a pedazos al chocar contra las piedras del patio. Se quedó mirando la garra vacía, molesto.

Lilit se apoyó en el respaldo de su asiento junto a él, con unas pequeñas astillas atrapadas en su negro pelo. La criatura se la quedó mirando desde el suelo de la cabina del piloto, haciendo un sonido parecido al crujido de la madera al astillarse.

—Tener el poder de una diosa es parecido a una responsabilidad —dijo Lilit en voz baja, sacudiéndose el pelo—. ¿No te parece, chico?

Alek asintió lentamente, girando su muñeca y observando cómo la garra gigante giraba sobre sus resortes. Aún podía sentir la conexión entre él y la máquina.

—No tendrás otra vagoneta, por casualidad —dijo él—. Me parece que ya lo he pillado.

# VEINTIOCHO

Por fin se estaba haciendo de noche.

Deryn se había pasado todo el largo y caluroso día escondida entre las cajas de cargamento que estaban en la cubierta del barco, ocultándose de la tripulación y del implacable sol. Era el barco que había visto desde la playa en Kilye Niman, un barco de vapor alemán que transportaba gruesos rollos de cable de cobre y palas de turbina del tamaño de velas de molino de viento.

El barco había esperado a cruzar las redes *antikraken* hasta el amanecer y luego había tardado casi todo el día en navegar hasta Estambul. Después de pasar siete semanas en una aeronave, Deryn estaba exasperada por tener que soportar la velocidad de caracol de una embarcación de superficie. Tampoco ayudaba que, desde su apresurada cena la noche anterior, Deryn solo había comido una galleta rancia que había encontrado entre las cajas. Para beber solo había contado con unos puñados de rocío que había raspado en la lona que cubría un bote salvavidas.

Por supuesto, ella estaba mejor que sus hombres, que o bien estaban muertos o bien cautivos de los otomanos. Durante su lento viaje en el barco, revisó la escena de la playa mil veces en su mente, preguntándose si habría podido hacer alguna cosa. Pero contra un caminante escorpión y dos docenas de soldados, lo único que habría conseguido es que también la capturasen.

No obstante, el buque de carga no estaba del todo exento de comodidades. La mayor parte de la tripulación permanecía bajo cubierta y habían dejado tendidos en una cuerda una hilera de uniformes marineros para que se secasen al sol. Encontró un par de pantalones que le iban bastante bien.

Cuando el sol se pusiese, nadaría hacia la costa.

Estambul ya casi aparecía ante ella. Las luces eléctricas clánker eran más crudas que las suaves bioluminiscencias de Londres y París y lo que antes le había parecido un brillo fantasmagórico desde la pista de aterrizaje, de cerca era deslumbrante. La ciudad parecía una feria encendiéndose, todo brillo y resplandor.

Incluso el palacio del sultán estaba iluminado sobre su colina y los minaretes de las dos grandes mezquitas se erigían al cielo a su alrededor. Deryn había decidido dirigirse hacia aquella parte de la ciudad, a la península donde se acumulaban los edificios más nuevos y más antiguos.

Pero mientras hacía estiramientos antes de nadar, Deryn sintió una última punzada de dudas sobre su plan y consideró sus opciones. Había más de cien barcos amarrados en Estambul, algunos de ellos navíos civiles bajo bandera británica. Si

nadaba hacia uno de ellos, podría transportarla de nuevo hacia el Mediterráneo, donde esperaba la Marina Real. O al norte, hacia los rusos que estaban en el mar Negro que al fin y al cabo también eran darwinistas.

Pero mil excusas cruzaron por su cabeza: los otomanos estarían registrando los barcos británicos exhaustivamente. ¿Y por qué un capitán iba a creer que ella era un oficial condecorado del servicio aéreo y no un polizón que estaba mal de la cabeza? ¿Y si sin su uniforme de cadete y un barco lleno de bestias a su mando, cualquiera pudiese ver directamente que era una simple chica?

E incluso, si conseguía regresar al *Leviathan*, ¿qué sucedería si Volger no había conseguido escapar? Él podría destrozar su carrera con una palabra en cualquier momento.

Pero Deryn sabía que no había tomado su decisión por ninguna de aquellas razones. Alek estaba en aquella ciudad y necesitaba ayuda. Tal vez era una estupidez arriesgarlo todo por un maldito príncipe, un chico que ni siquiera sabía que ella era una chica. Pero ¿acaso no era tan estúpido como cuando Alek atravesó un glaciar para ayudar a una aeronave enemiga herida?

Cuando el agua se convirtió en una negra masa y en un cielo invertido brillando con la luminiscencia de la ciudad, Deryn abandonó su escondite. Se metió el uniforme robado en su traje de buceo y se arrastró por la proa. Después de deslizarse por la borda, descendió por la cadena del áncora una mano tras otra y luego se introdujo dentro del agua sin el menor chapoteo.

Se arrastró por la playa, entre las sombras, por debajo de un largo muelle. Incluso de noche, los hombres y los caminantes trabajaban en los concurridos muelles, corriendo bajo gigantescos brazos mecánicos que desprendían humo mientras descargaban el cargamento de una media docena de barcos. Los reflectores proyectaban unas potentes sombras negras que temblaban y se balanceaban.

Deryn se movió furtivamente entre un puñado de cajas descargadas y de partes metálicas. Rápidamente descubrió un lugar oscuro donde quitarse el traje de *Spottiswoode*. ¡Al vestirse el uniforme prestado de un marino alemán, se sintió un poco vejada al ser degradada de oficial del Ejército del Aire a un vulgar marino! Y si los otomanos la cogían de aquel modo, sin su uniforme, seguramente la colgarían por espía.

El traje de buceo tenía que desaparecer, de modo que metió todo excepto las botas y su navaja marinera dentro de una enorme bobina de cable de cobre. Además, pensó que la mayoría de los trabajadores de los muelles difícilmente sabrían qué hacer con aquel lío hecho de caparazón de tortuga y piel de salamandra, excepto preguntarse si alguna sirena había venido hasta la playa.

Pensó también que era fácil esconderse entre un interminable montón de cajas

con los suficientes recambios para reconstruir Estambul desde cero. Todas estaban etiquetadas en alemán.

Deryn avanzó ocultándose hacia las luces de la ciudad y la promesa de agua y comida. No obstante, cuando llegó al final de aquel laberinto de cajas se encontró ante una verja de tela metálica. Tenía dieciséis pies de alto y tres rollos de alambre de espino brillaban en su parte superior. La única puerta a la vista estaba firmemente cerrada por una gran cadena.

—Vaya suerte la mía —masculló Deryn.

Precisamente había ido a parar a una parte de la playa que era una sección de alto secreto.

Habría sido mucho más simple dar media vuelta, salir nadando e ir a parar a cualquier otra parte, pero Deryn se sentía débil por el hambre. Además, la idea de sumergirse de nuevo en las frías y oscuras aguas le hizo temblar. Y, de todos modos, ¿qué demonios era tan rematadamente importante de esta carga? Mientras andaba a escondidas por la verja, buscando una puerta que no estuviese cerrada, aprovechó para mirar más de cerca aquella carga.

No se trataba solamente de piezas mecánicas sino también eléctricas. Había rollos gigantes de aislante de goma y montones de baterías en jarras de vidrio colocadas en hileras, del mismo tipo que usaban los reflectores del *Leviathan*. ¡Pero aquellas eran del tamaño de casetas!

Deryn recordó las palas de turbina a bordo del carguero. ¿Es que los alemanes estaban construyendo una central eléctrica en alguna parte de Estambul?

Escuchó voces y se agachó entre las sombras. Se trataba de una docena de hombres más o menos, uno de ellos llevaba un tintineante manojo de llaves en la mano. Perfecto, iban a salir.

Deryn se arrastró tras ellos hacia una amplia puerta situada en la verja bajo la cual había vías que entraban y salían en la oscuridad. Mientras su líder la abría, los hombres le rodearon ocupando toda laertura. La empujaron y el metal chirrió rozando los guijarros del suelo.

Algo enorme e inquieto esperaba al otro lado de la verja, resoplando y vertiendo vapor al frío aire de la noche. Entonces aquello empezó a moverse, era una máquina colosal rodando lentamente hasta que quedó a la vista. La parte delantera de la locomotora tenía la forma de una cabeza de dragón y los brazos de carga estaban doblados sobre su espalda como si fuesen alas negras de metal. Unas nubes de humo blanco se enroscaron subiendo por sus fauces sonrientes.

—¡Arañas chaladas! —exclamó Deryn en voz baja, cuando reparó en que había visto fotos de aquel aparato en los periódicos... ¡Era el *Orient Express*!

El fantástico tren avanzaba despacio, obligando a Deryn a ocultarse entre los montones de cargamento. Pero era incapaz de quitarle los ojos de encima.

El *Express* parecía un extraño cruce entre diseños otomano y alemán. El motor sugería la cara de un dragón con una gran lengua colgando de sus fauces. Pero los brazos mecánicos que se desplegaban de sus vagones de carga no tenían adornos y se movían tan suavemente como las alas de un halcón planeando.

Los brazos se extendieron hacia la carga amontonada, levantando piezas de metal, rollos de cable y aislantes en forma de gigantescas campanas transparentes. El tren empezó a cargarse él mismo, como si fuese un monstruo avaricioso dando cuenta de un valioso tesoro.

De pronto, el único ojo del dragón se encendió dando paso a un foco de luz cegador. Cuando su resplandor se derramó por la oscuridad, Deryn tropezó hacia atrás a ciegas cuando las sombras de su escondite se rasgaron.

Un grito resonó alzándose por encima de los resoplidos de los motores del *Express*:

—*Wer ist das?*

Deryn comprendía suficiente clánker para saber lo que significaba. Alguien la había visto.

Dio media vuelta y echó a correr, medio ciega y tropezando con un montón de tuberías de plástico. Los tubos se deslizaron bajo sus pies y Deryn fue a parar duramente al suelo. Se alzó dolorosamente y se tambaleó en la oscuridad, donde se acurrucó tras una gran bobina de cable.

Le dolía mucho la rodilla, sus manos le sangraban por los cortes que se había hecho al intentar parar su caída. Empezó a marearse, puesto que hacía veinticuatro horas que no había comido como era debido. Notaba los latidos en su pecho flojos y débiles, como si fuesen los de un pájaro en lugar de los suyos.

No había manera de correr más que aquellos hombres, por lo tanto tendría que ser más lista que ellos.

Deryn no hizo caso al dolor que sentía y regresó arrastrándose hacia el *Express* a gatas, manteniéndose agachada por debajo de los montones de carga, escurriéndose por los espacios más estrechos que pudo encontrar. Esperaba que no la hubiesen visto suficientemente bien y no se diesen cuenta de que estaban persiguiendo a una chiquilla delgaducha.



«ESCONDIÉNDOSE EN LAS SOMBRA».

Sus voces la rodearon, resonando por los montones de cajas y de metal. Deryn siguió arrastrándose, procurando alejarse de las potentes luces del tren. Los hombres que gritaban pasaron a toda prisa por su lado pensando que aún estaba escapando.

Entonces una sombra se extendió sobre Deryn: era una enorme garra de metal mecánica que descendía hacia ella. Se tendió boca abajo en el suelo y los tres dedos con puntas de goma de la garra se cerraron alrededor de un rollo de cable tan grande como un hipoesco.

La máquina hizo una pausa un momento para sujetar mejor el rollo y Deryn vio la oportunidad que estaba esperando. Echó a correr y se metió dentro del cilindro de la bobina de cable.

Con una sacudida, la garra lo alzó en el aire y a ella con él.

Miró hacia abajo y vio cómo el suelo pasaba rápidamente bajo ella, y las linternas eléctricas de sus perseguidores arrojaban su luz bañando el montón de cajas. Pero ninguno de ellos pensó en alzar la vista hacia la carga que pasaba por encima de sus cabezas.

Los dedos de metal apretaron su presión durante un instante y el cable se dobló hacia adentro alrededor de Deryn. ¿Y si el operador de los brazos la había visto y había decidido aplastarla?

Afortunadamente solo era que la garra gigante ajustaba su sujeción. Pronto descendió suavemente y el rollo de cable fue depositado entre otra docena de rollos.

Esperó a que el brazo se alejase balanceándose de nuevo y después subió al interior de un vagón de carga que tenía la parte superior abierta. Las paredes laterales solamente eran un poco más altas que Deryn, de modo que pudo escalarlas y mirar al exterior.

Habían llegado más hombres para unirse a la búsqueda. También perros, un par de pastores alemanes tiraban del hombre que sujetaba la correa, olisqueando todo lo que había a la vista. Por suerte, al viajar con un brazo mecánico no dejó mucho rastro. Pero tenía que salir de aquel vagón antes de que la próxima carga la aplastase.

Deryn se dirigió hacia el extremo de la parte delantera, mirando hacia el siguiente vagón. La parte superior estaba cerrada y tenía una bonita puerta de cristal en su extremo. Se subió y se dejó caer entre los vagones, luego forzó la puerta con su cuchillo.

Se metió dentro y cerró la puerta, sosteniendo el cuchillo delante de ella.

—*Hallo?* —dijo en voz baja, esperando que su acento clánker fuese creíble.

Nadie respondió. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, Deryn soltó un silbido de admiración.

Era un vagón salón, tan adornado como una jaula de pavos. Una hilera de mesillas recorría un lado. Los pasamanos de latón brillaban y el techo ligeramente arqueado estaba forrado con piel formando hoyuelos. Los sillones parecían absurdamente pesados comparados con los livianos muebles del *Leviathan*. Cada uno de estos sillones tenía su pequeño reposapiés que se alzaba del suelo. Un barman mecánico vistiendo un fez estaba inmóvil entre las sombras.

Deryn avanzó unos pasos, sintiéndose fuera de lugar. Incluso vacío y a oscuras, el vagón restaurante conservaba el olor del lujo, y Deryn casi esperaba que apareciese un hombre vestido con esmoquin y sonriese afectadamente burlándose de lo mal que le sentaba su uniforme.

Se sentó a una de las mesas, mirando a través de las cortinas hacia la cacería que tenía lugar en el exterior. Las linternas eléctricas de sus perseguidores oscilaban en la oscuridad pero se desvanecían en dirección al agua, aún pensando que había escapado en dirección opuesta al *Express*. Ladridos y gritos resonaron por los muelles, pero allí, en el interior del tren, daba la impresión de que estuviese a punto de servirse una fantástica cena...

—Cena —susurró Deryn, poniéndose de pie de un salto.

Se encaramó y se metió tras la barra en busca de algo entre las estanterías. Encontró sacacorchos, toallas y botellas de *brandy* y vino. Aquello solo era un salón separado del vagón restaurante: ¡allí no había nada de maldita comida!

Pero entonces descubrió un cajón lleno de galletas envueltas en gruesas servilletas de tela. Algún miembro de la tripulación debía de haberlas apartado y olvidado.

Deryn se sentó en el suelo y empezó a engullir las galletas. Rancias o no, sabían

mejor que cualquier cosa que hubiese comido desde que se unió al Ejército. Las regó con agua del fondo de un cubo de hielo de plata y a continuación echó algunos tragos de una botella abierta de *brandy*.



«GALLETAS Y BRANDY A LA LUZ DE LAS LINTERNAS».

—No está mal del todo —dijo y luego eructó.

Ahora que su cabeza había dejado de darle vueltas de hambre, Deryn empezó a pensar en qué estaba pasando exactamente en aquel lugar. ¿Adónde estaban llevando los clánkers toda aquella carga? Según los rótulos, todo provenía de Alemania. ¿Entonces, por qué subirlo al *Express*, que se dirigía de regreso a Munich? Deryn se asomó otra vez por la ventana: ya no quedaba ningún signo de la búsqueda. Sus perseguidores probablemente estaban en la playa, pues habrían sospechado que se habría colado en el recinto desde el agua.

Los brazos mecánicos estaban terminando con las últimas piezas de cargamento: inmensas baterías en recipientes de vidrio y aislantes y los motores del tren se estaban poniendo en marcha.

¿Y si se dirigía a un lugar cercano, a algún lugar desde donde podía regresar antes del amanecer? Nadie se daría cuenta de que había salido de la ciudad o si alguien lo hacía no sospecharía que el lujoso *Orient Express* transportaba carga industrial.

El tren dio una sacudida y se puso en marcha. Entonces Deryn recordó que no estaba allí para espiar a los clánkers. Estaba allí para ayudar a Alek, no para descubrir

los secretos del Imperio otomano.

La verja de tela metálica ya pasaba a ambos lados de su vagón: así que podía saltar en cualquier momento sin que nadie se diese cuenta.

Deryn regresó al bar y eligió la mejor botella de *brandy* que pudo encontrar. Aquello era robar, simple y llanamente, pero necesitaba algo con que conseguir dinero y una comida como era debido. Aquel polvoriento viejo *brandy* fue lo mejor que pudo encontrar.

El *Express* se arrastró lentamente por Estambul, sin llamar demasiado la atención. Las vías del ferrocarril viajaban cerca del borde del agua, junto a depósitos y fábricas cerradas. Deryn abrió la puerta y se quedó entre los vagones, esperando el momento adecuado para saltar.

Cuando el tren disminuyó la velocidad para tomar una curva, saltó con tanta agilidad como un turista llegando en vacaciones. Derrapó por el terraplén y se agachó hasta que el humeante dragón hubo pasado y luego se dirigió hacia las calles poco iluminadas.

Incluso tan tarde, las brillantes luces de la ciudad aún destellaban en el horizonte, pero Deryn reconoció que en aquellos momentos lo que más necesitaba era descansar, más incluso que comer. De modo que eligió el callejón más oscuro y andrajoso que pudo encontrar y se acurrucó para pasar unas pocas horas de sueño intermitente.

# VEINTINUEVE

Se despertó antes del alba porque alguien le estaba dando empujones con una escoba.

Era un joven vestido con un mono de trabajo que hacía su tarea sin particular entusiasmo. Cuando Deryn se puso de pie, el joven siguió barriendo el callejón, sin mediar palabra. Por supuesto, el hombre no esperaba que ella hablase turco. El puerto de Estambul probablemente estaba lleno de marinos extranjeros arrastrando botellas de *brandy*.

En la distancia resonaban tambores, junto con enérgicos cantos. Parecía que era un poco temprano para que alguien estuviese haciendo aquel alboroto. Sin embargo, el trío de gatos con los que ella había compartido el callejón apenas parecieron reparar en ello y volvieron a dormirse después de que el barrendero hubo pasado.

Deryn caminó sin rumbo fijo hasta que vio el bosque de minaretes cerca del palacio del sultán. Seguramente por allí habría restaurantes para los turistas que estaban por los alrededores. Las galletas que tenía en su estómago habían sido remplazadas por un hambre atroz y necesitaba pensar con claridad si quería encontrar a Alek en aquella gigantesca ciudad.

Dar vueltas por Estambul a pie no era como mirar hacia abajo desde una aeronave o desde una silla de un elefante gigante. Los olores eran mucho más fuertes allí abajo: el olor de las especias que no le eran familiares y el humo del tubo de escape de un caminante se enredaron en el aire; carretillas llenas de fresas pasaron por su lado, dejando un dulce aroma en su estela, junto con algunos perros de aspecto hambriento. Una docena de idiomas se mezclaron en los oídos de Deryn; un batiburrillo de alfabetos decoraba todas las noticias de los quioscos. Por fortuna, también había quien hacía simples gestos con las manos entre toda aquella babel. Hacerse entender sería bastante sencillo.

Cuando unos hombres vestidos con uniformes de marinos saludaron a Deryn ella les respondió en clánker. Había aprendido un puñado de saludos de Bauer y Hoffman y también algunas palabrotas. Siempre era útil practicar.

Encontró una tienda llena de bonitas botellas de licor, sacó el polvo a su *brandy* y entró. Al principio, el propietario miró de soslayo su uniforme desaliñado y estaba a punto de echarla cuando descubrió que había entrado allí para vender, no para comprar y, cuando vio la etiqueta de la botella, su actitud cambió. Le ofreció un montón de monedas, una cantidad que dobló cuando ella le miró duramente.

La mayoría de los restaurantes estaban cerrados, pero Deryn pronto encontró un hotel. Unos minutos después ya estaba sentada ante un desayuno de queso, aceitunas,

pepinillos, café y un pequeño cuenco de una sustancia pastosa llamada yogur, que estaba a medio camino entre el queso y la leche.

Mientras comía, Deryn pensó en cómo iba a encontrar a Alek. En su mensaje a Volger el muchacho dijo que su hotel tenía el mismo nombre que su madre. Aquello parecía bastante simple, excepto que Alek nunca le había dicho a Deryn el nombre de su madre. Sabía que el de su tío abuelo el emperador era por supuesto Francisco José, y recordó que el nombre de su padre era también Franz nosequé. Pero las esposas raras veces eran tan famosas como sus maridos.

Observó a un grupo de marinos que pasaron por allí y se preguntó si alguno de ellos era austriaco. Seguramente sabrían el nombre de la archiduquesa asesinada, si fuera el caso que Deryn supiese cómo hacer que comprendiesen su pregunta.

Pero entonces recordó la otra mitad del mensaje de Alek, la que decía que los alemanes le estaban buscando. Si un marino que hablaba inglés pero iba vestido con un uniforme clánker empezaba a hacer preguntas sobre un príncipe fugitivo, lo único que conseguiría sería despertar sospechas.

Tenía que averiguar la respuesta por si sola. Por fortuna, la familia de Alek era famosa. ¿Estaría en los libros de historia?

Lo único que necesitaba era encontrar una especie de árbol genealógico... Una hora después, Deryn estaba frente a una amplia escalera de mármol, con un recién estrenado bloc de dibujo en la mano. Ante ella se alzaba, según su media docena de conversaciones en lengua de signos y vacilante clánker, la más nueva y la mayor biblioteca de Estambul.

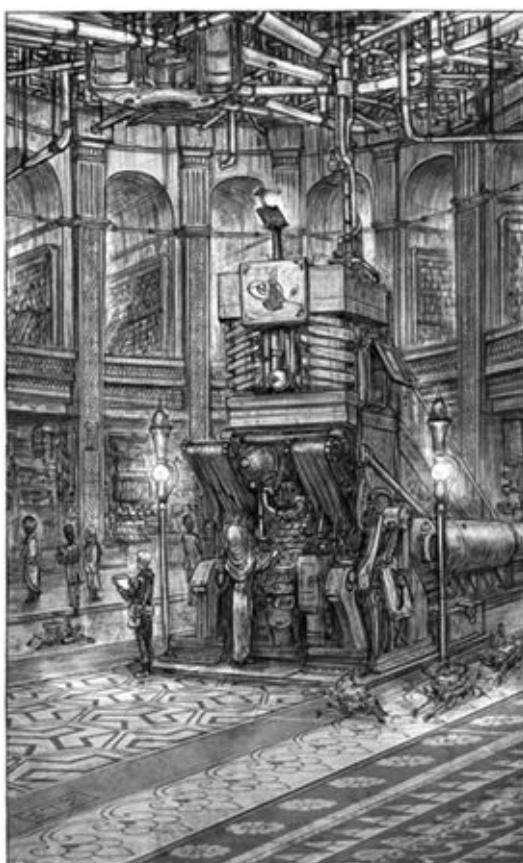
Sus gigantescas columnas de bronce brillaban al sol y sus puertas giratorias impulsadas con vapor recogían y expulsaban gente sin descanso. Cuando traspasó las puertas, Deryn tuvo los mismos miedos que sintió en el vagón salón del *Orient Express*. Ella no pertenecía a ningún lugar tan elegante y el zumbido de tantas máquinas la mareaba.

El techo era una maraña de tubos de cristal llenos de pequeños cilindros que pasaban a toda velocidad a través de ellos, casi tan rápido que no se veían. Los chasqueantes dedos de los motores de cálculo cubrían las paredes, revoloteando como los cilios de la gran aerobestia cuando estaba nerviosa. Caminantes con mecanismos de relojería del tamaño de cajas para sombreros correteaban por el suelo de mármol, transportando enormes montones de libros que parecían pesar mucho.

Un pequeño ejército de funcionarios esperaba tras una hilera de escritorios, pero Deryn se encaminó hacia el amplio vestíbulo para dirigirse hacia los enormes montones de libros. Parecía haber *millones* de libros y seguramente muy pocos estaban en inglés.

Sin embargo, una bonita reja de hierro que se extendía por toda la sala le impidió el paso. A cada pocos pasos había un letrero que repetía el mismo mensaje en una

docena de idiomas:



«EL CATÁLOGO DE LA BIBLIOTECA».

#### ESTANERÍAS CERRADAS — PREGUNTEN EN EL MOSTRADOR DE INFORMACIÓN.

Deryn regresó a los mostradores, reunió valor y se dirigió al funcionario que le pareció que tenía un aspecto más amable. Lucía una larga barba gris, un fez y unos anteojos y la miró con una sonrisa ligeramente desconcertada cuando se aproximó. Deryn sospechó que la mayoría de los marinos no pasaban su tiempo libre en tierra precisamente en la biblioteca.

La muchacha se inclinó ligeramente para saludar y acto seguido arrancó dos páginas de su libreta de dibujo y las dejó sobre el escritorio. En una de ellas había dibujado el emblema de los Hausburgo, que había decorado la coraza del pecho del Caminante de Asalto de Alek. En la otra, había esbozado un árbol genealógico, como las genealogías de las grandes aerobestias que el señor Rigby siempre estaba intentando que memorizasen. Sin duda, los clánkers dibujaban sus árboles genealógicos de diferente forma, pero seguramente un bibliotecario entendería el concepto.

El hombre se ajustó los anteojos, miró los esbozos un momento y después miró a Deryn de forma interrogativa.

—¿Es usted austriaco? —preguntó en un cuidado clánker.

—No, señor. América —ella habló también en alemán, pero intentó imitar el

accento de Eddie Malone—. Pero quiero... —su cerebro iba a cien por hora— comprender la guerra.

El hombre asintió lentamente:

—Muy bien, jovencito. Espere un momento, por favor.

Se dio la vuelta para ponerse frente a lo que parecía una especie de piano insertado en el mostrador y empezó a teclear en él. No surgió ninguna música pero, después de teclear, una tarjeta perforada salió de una ranura. Se la entregó a la muchacha y señaló con el dedo.

—Buena suerte.

Deryn hizo una reverencia y le dio las gracias; después siguió el gesto del funcionario hasta un quiosco que había en el centro de la sala. Observó cómo otra usuaria la usaba primero. La mujer introdujo la tarjeta perforada en lo que parecía un telar en miniatura. La tarjeta se deslizó por debajo de un peine de finas púas, cuyos dientes de metal punzaban arriba y abajo como si estuviesen escrutando los agujeros de la tarjeta.

Después de un momento de dar vueltas y chasquidos la tarjeta fue escupida de nuevo. Desde lo alto del quiosco, un mecanismo subía y bajaba y luego se alejaba rápidamente por las estanterías de libros.

Deryn se sintió mareada al intentar seguir la lógica clánker de todo aquello, pero se acercó al quiosco para repetir el proceso con su propia tarjeta. Cuando la tarjeta salió expulsada descubrió que le habían estampado un número. Después de un minuto paseando por el vestíbulo, Deryn encontró una hilera de pequeñas mesas también etiquetadas con un número. Se sentó en la que correspondía al número de su tarjeta y sacó su libreta de dibujo.

Mientras dibujaba, el ronroneo y los chasquidos de las máquinas resonaban a su alrededor, unos sonidos que se mezclaban como olas distantes chocando en la arena. Deryn se preguntó cómo podían hacer aquello, traducir preguntas en agujeros diseminados en un papel. ¿Es que cada minúsculo pedacito de conocimiento tenía su propio número? El sistema probablemente era más rápido que pasearse entre las altas estanterías que llegaban hasta el techo, pero ¿cuántos otros libros podría haber encontrado haciéndolo ella misma?

Miró las máquinas calculadoras que cubrían las paredes y pensó en lo que serían capaces. ¿Grabarían todas las preguntas que los bibliotecarios habían formulado? Y si era así, ¿quién miraría los resultados? Deryn recordó los ojos que la espiaban a través de las rendijas que había en las paredes del salón del trono y empezó a tamborilear sus dedos.

Seguramente, entre todo aquel tumulto de información, nadie repararía en unas pocas preguntas sobre la tragedia que había empezado toda aquella maldita guerra.

Finalmente la máquina con el mecanismo de cuerda regresó corriendo como un

perro que te trae el hueso que le has tirado. Iba cargada con media docena de libros, todos ellos pesados y forrados con cuero antiguo agrietado.

Alzó algunos de ellos y hojeó sus páginas de bordes dorados. Algunos estaban en clánker y otros en una escritura fluida que había visto en muchos de los signos que había en el exterior, pero uno de ellos apenas tenía palabras, solamente nombres, fechas y escudos de armas. En su cubierta estaba el escudo de los Hausburgo y una frase en latín que recordaba de la primera vez que Alek y la doctora Barlow se habían encontrado: *Bella gerant alii, tu Felix Austria, nube.*

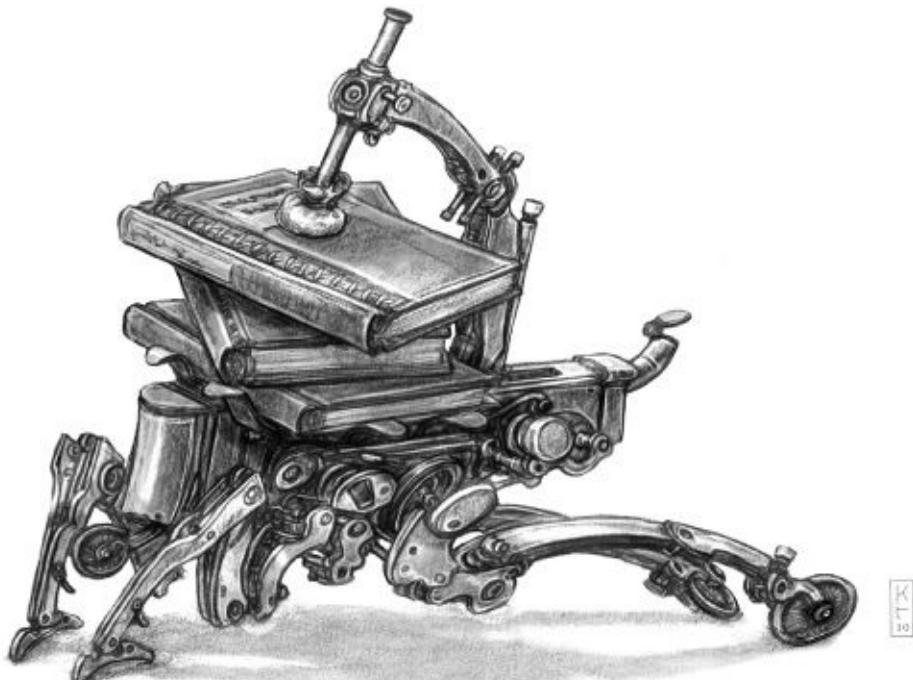
«Deja que otros hagan la guerra», significaba la primera parte.

—¡Arañas chaladas! —maldijo Deryn en voz baja, hablando para sí—, hay un montón de Hausburgos.

El libro era lo suficientemente grueso para aturdir a un hipótesco y las entradas se remontaban a ochocientos años atrás. Pero Alek solo tenía quince años, por lo tanto tenía que estar al final.

Consultó las últimas páginas y pronto le encontró: «Aleksandar, Prinz von Hohenberg», junto con su fecha de nacimiento y los nombres de sus padres: Franz Ferdinand y Sophie Chotek.

—Sophie —murmuró Deryn, recostándose en el respaldo y sonriendo para sí.



Dejó el montón de libros en la mesa y se encaminó de nuevo hacia las puertas giratorias. Después de bajar rápidamente las escaleras de mármol exteriores, se acercó al primer taxi de seis patas de la hilera, todos ellos con la forma de escarabajos gigantes. Deryn se llevó la mano al bolsillo donde guardaba las monedas que le quedaban.

—¿Hotel Sophie? —preguntó. «Hotel» era igual en inglés que en clánker.

El piloto frunció el ceño y luego preguntó:

—¿Hotel Hagia Sophia?

Deryn asintió con la cabeza, feliz. Aquello sonaba bastante parecido: *tenía que* ser ese.

El piloto del taxi inspeccionó su puñado de monedas y señaló con el pulgar hacia el asiento trasero. Deryn saltó a bordo, por una vez disfrutando del ruido sordo de un motor clánker bajo ella. Después de seguirle la pista a Alek por una ciudad de millones de personas, se merecía ir en taxi en lugar de andar.

# TREINTA

El Hotel Hagia Sophia era puro lujo.

Deryn hizo un gesto de sorpresa. Debería haber esperado encontrar a Alek en un lugar como aquel. Solamente el vestíbulo ya tenía una altura de tres pisos y estaba iluminado por una lámpara de araña y un tragaluz de cristales de colores. Unos porteros uniformados guiaban sus carritos de equipajes mecanizados por entre la animada multitud. Un tramo de escaleras subía en espiral hacia los entresuelos y las terrazas, mientras los ascensores a vapor resoplaban en el aire como cohetes alzando el vuelo.

Incluso si Alek hubiese elegido aquel hotel para que concordase con el nombre de su madre, Deryn no estaba segura de si él habría encontrado otra pista para que el conde la usase, una que le condujese a algún lugar un poco menos *principesco*. Al fin y al cabo, los alemanes aún lo estaban buscando.

Por supuesto, aquello significaba que Alek no se habría registrado en el hotel con su verdadero nombre. Entonces, ¿cómo iba a dejarle un mensaje?

Deryn se quedó allí plantada, esperando ver por casualidad a Alek, Bauer o al profesor Klopp en el vestíbulo. Pero la multitud estaba repleta de rostros desconocidos y pronto Deryn sintió la mirada de un portero con guantes blancos sobre ella. Su uniforme robado estaba arrugado y sucio después de dormir en el callejón y destacaba en aquel lugar como una mancha en un elegante plato de porcelana china. Solamente le quedaban unas pocas monedas, aunque seguramente no las suficientes para pagar una habitación, por lo menos no allí.

Tal vez podría comprar café y algo para almorzar. A juzgar por lo que había desayunado, había peores lugares que Estambul para llegar arrastrándose por la playa medio muerta de hambre.

Deryn se sentó a una pequeña mesa en el comedor del hotel, asegurándose que tenía vistas sobre las puertas del vestíbulo. El camarero no entendía inglés, pero hablaba clánker, no mejor de lo que lo hacía ella. Regresó con un recipiente de café fuerte y un menú, y pronto Deryn se dio un festín de nuevo, esta vez picadillo de cordero con frutos secos y pasas sultanas, cubierto con una gelatina de ciruela tan oscura como un morado antiguo.

Comió lentamente, sin quitar la vista de las puertas principales del hotel.

La gente entraba y salía, muchos de ellos viejos clánkers adinerados. El hombre que estaba en la mesa contigua a la suya llevaba un monóculo, lucía un bigote de manillar y estaba leyendo un periódico alemán. Cuando el hombre se fue, Deryn

cogió el periódico y hojeó las páginas para ocultar que se estaba atragantando con la comida.

La última página eran todo fotografías, la última moda, nuevos criados de mecanismos de cuerda para el hogar y señoritas bien vestidas en un salón de patinaje sobre ruedas. No había nada de máxima trascendencia, hasta que los ojos de Deryn se posaron en tres fotos que estaban en el fondo de la página. Una era el *Leviathan* sobrevolando la ciudad, otra era el *Dauntless* arrodillándose en la calle después de su conducta violenta, y la última mostraba a dos hombres detenidos escoltados...

Se trataba de Matthews y Spencer, los supervivientes de su desastrosa primera misión al mando.

Miró de reojo la foto, enojada porque Alek no le había enseñado a escribir ninguna palabra en clánker. No se podía considerar que aquellas tres fotos juntas fuesen precisamente buenas noticias. El *Leviathan* partiría aquel mismo día de Estambul bajo una oscura nube, a menos que los otomanos se hubiesen enfurecido lo suficiente como para obligar a la aeronave a que se fuese antes.

Deryn frunció el ceño. El conde Volger planeaba escapar la pasada noche, ¿verdad? Despues de pasar casi la noche en vela, se había olvidado completamente de él.

Bajó el periódico, mirando más atentamente a los aburridos viejos clánkers que estaban en el vestíbulo. Ninguno de ellos tenía la estatura de Volger, ni era delgado ni tenía el bigote gris. Sin embargo, al conde no le habría sido preciso ir a la biblioteca para consultar el nombre de la madre de Alek. ¡Tal vez él y Hoffman ya estaban arriba, tomando una taza de té con Alek y los demás!

Precisamente en aquel momento Deryn vio que una pareja joven entraba por las puertas del vestíbulo. Iban vestidos como locales y la muchacha tal vez tenía unos dieciocho años, y era bastante hermosa con su largo pelo oscuro peinado con dos tirantes trenzas.

Deryn tragó saliva: el chico era ¡Alek! Apenas lo reconoció vestido con una túnica y un fez con borlitas. No es que esperase que el muchacho pasease por Estambul vestido con uniforme de piloto austriaco, pero tampoco había esperado que pareciese tan... otomano.

Alek se detuvo un instante y buscó con la mirada por el vestíbulo, pero Deryn alzó el periódico ocultando su cara.

¿Quién era aquella extraña chica? ¿Era uno de sus aliados? De pronto, aquella palabra adquirió completamente un nuevo significado en la mente de Deryn.

Un segundo después de que Alek y la chica se dirigiesen hacia los ascensores, Deryn se puso de pie rápidamente. Fuese quien fuese aquella chica, Deryn no podía permitirse el lujo de perder aquella oportunidad. Dejó bruscamente sobre la mesa las monedas que le quedaban y fue tras ellos.

Un ascensor abrió las puertas ante la pareja y el botones les guió al interior. Deryn agitó el periódico y el botones asintió con la cabeza, sosteniendo la puerta. Alek y la chica estaban hablando atentamente en clánker y apenas se dieron cuenta de que entraba tras ellos.

Cuando la puerta se cerró con suavidad, Deryn abrió el periódico fingiendo leer.

—Parece que tenemos buen tiempo —dijo en inglés.

Alek se giró hacia ella, con una expresión de perplejidad en su rostro. Abrió la boca, pero de ella no surgió ningún sonido.

—Dylan —dijo ella cortésmente—. Por si lo has olvidado.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Eres tú! ¡Pero qué haces...!

—Es una larga historia —dijo Deryn, mirando a la chica—. Y, en realidad, un poco secreta.

—Ah, por supuesto... debo hacer las presentaciones —dijo él y luego miró de reojo al botones del ascensor—. O mejor... las hacemos después.

Subieron el resto del trayecto en silencio.

Alek les acompañó hasta unas puertas dobles que se abrieron a una amplia habitación, toda llena de sedas y borlas, con su propia terraza y una centralita de brillante latón para llamar a los criados. No se veía ninguna cama, solamente un par de puertas francesas medio abiertas que dejaban ver otra habitación.

Deryn se fijó en que la otra chica abría mucho los ojos y se sintió un poco aliviada. Al parecer, aquella chica tampoco había estado en un lugar como aquel antes.

—Casi tan lujoso como tu castillo —dijo Deryn.

—Y con bastante mejor servicio. Aquí hay alguien a quien deberías conocer, Dylan —Alek se dio la vuelta y gritó—: *Guten tag*, Bovril!

—*Guten tag!* —repuso una voz que provenía de ninguna parte y entonces una pequeña bestia se acercó bamboleándose desde detrás de las cortinas.

Parecía un cruce entre un mono mayordomo y algún tipo de juguete adorable, con sus enormes ojos y sus minúsculas y hábiles manos.

—¡Arañas chaladas! —soltó Deryn con un resoplido. Se había olvidado por completo de la bestia perdida de la doctora Barlow—. ¿Es lo que creo que es?

—*Señor Sharp* —dijo la bestia sarcásticamente.

La muchacha parpadeó.

—¿Cómo diablos me *conoce*?

—Esa sí que es una pregunta interesante —dijo Alek—. Bovril parece que escuchaba mientras aún estaba dentro del huevo. Pero también escuchó tu voz en la horrible rana de aquel reportero.

—¿Estás diciendo que aquel caraculo nos estaba grabando?

Alek asintió con la cabeza y Deryn maldijo en voz baja. ¿Cuántas amenazas de

Volger habría repetido aquella rana?

La extraña chica tampoco parecía sorprendida en absoluto de ver a Bovril. Sacó una bolsa de cacahuetes de su bolsillo y la bestia se encaramó a ella y empezó a comerlos.

Deryn recordó su conversación con la doctora Barlow a bordo del yate aéreo del sultán. La científica había sido bastante vaga acerca de los propósitos de la criatura. Deryn aún no sabía lo que significaba «perspicaz» y también estaba aquel asunto de la fijación al nacer, que le había parecido un poco siniestra, aunque los bebés patos también la tuviesen.

Tendría que vigilar a aquella bestia.

—¿Le has puesto Bovril? —preguntó a Alek.

—De hecho se lo puse yo, el nombre —dijo la chica hablando en inglés lentamente y escogiendo las palabras—. Este estúpido chico seguía llamándole «la criatura».

—¡Pero se supone que no se debe poner nombre a las bestias! Si empiezas a sentirte demasiado unido a ellas, no puedes usarlas como es debido.

—¿*Usarlas*? —preguntó Lilit—. Qué forma tan horrible de pensar en los animales.

Deryn puso los ojos en blanco. ¿Es que ahora Alek se relacionaba con Monos Ludistas?

—Sí, señorita, ¿y es que nunca ha comido carne?

La chica frunció el ceño.

—Sí, claro, por supuesto. Pero no sé, esto parece diferente.

—Solo porque está acostumbrada a ello. Y además, ¿por qué diablos le ha puesto *Bovril*? ¡Eso es una especie de jugo de carne!

La chica se encogió de hombros.

—Pensé que debería tener un nombre inglés y Bovril es la única cosa inglesa que me gusta.

—En realidad es escocesa —murmuró Deryn.

—Hablando de nombres, he sido algo descortés —Alek se inclinó un poco—. Lilit, este es el cadete Dylan Sharp.

—¿Cadete? —preguntó Lilit—. Debes de ser del *Leviathan*.

—Sí —dijo Deryn mirando severamente a Alek—. Pensaba que esto debía mantenerse en secreto.

—Secreto —repitió Bovril, y luego hizo un ruido como una risa.

—No te preocupes. No hay secretos entre Lilit y yo —aseguró Alek.

Deryn se quedó mirando al chico, esperando que aquello no fuese verdad. No podía haber contado a aquella chica quiénes eran sus padres, ¿o sí?

—Pero ¿dónde está Volger? —preguntó Alek—. Tenías que haber escapado con

él.

—Para nada he *escapado*, bobo. Estoy aquí en... —miró de reojo a Lilit—. Misión secreta. No tengo ni idea de dónde está ese conde.

—¡Pero la rana dijo que tú ibas a ayudar a escapar a Volger!

Deryn alzó una ceja, preguntándose qué más habría repetido la rana. Por supuesto, Eddie Malone no había comprendido de qué iban las amenazas de Volger y tampoco Alek.

—*Señor Sharp* —repitió de nuevo la criatura, aún riendo.

Deryn no le hizo caso.

—Planeaba ayudarles a escapar, a él y a Hoffman, pero me asignaron una misión. Tal vez se las arreglaron por su cuenta —Deryn alzó el periódico—. Aunque me parece que no van a tener tiempo.

Alek le cogió el periódico de la mano y echó un vistazo a las fotos. «Se le había concedido al *Leviathan* quedarse en la capital cuatro días más; pero, la noche anterior, el valiente ejército otomano descubrió a saboteadores darwinistas en los Dardanelos. Todos ellos fueron abatidos o capturados. Ultrajado por esta afrenta, su Excelencia el sultán ha ordenado que la aeronave abandone la capital inmediatamente».

Dejó caer el periódico.

—Sí, eso creo —dijo Deryn—. Volger estaba planeando escapar ayer noche, pero si la nave tuvo que partir ayer...

—Entonces el conde se ha ido —dijo Alek en voz baja.

Deryn asintió con la cabeza, al darse cuenta de que también el *Leviathan* se había ido.

—¿Adónde lo llevarán? ¿A Londres?

—No. Volverán al Mediterráneo —dijo Deryn—. Misión de control.

Por supuesto, su misión consistiría en mucho más que patrullar. La aeronave esperaría la llegada del *Behemoth*. Serían semanas de ejercicios de entrenamiento, prácticas guiando a la gigantesca bestia a través de los angostos estrechos. Ejercicios de batalla y alertas de medianoche. Y allí estaba ella, atrapada en aquella ciudad extraña, sola, excepto por Alek y sus hombres, el loris perspicaz y aquella chica desconocida.

—Pero Dylan, si no escapaste, entonces ¿por qué estás aquí? —quiso saber Alek.

—¿Es que no lo ves? —Lilit intervino—. Eso es un uniforme de marino alemán, un disfraz —se giró para mirar a Deryn—. ¿Tú eres uno de los saboteadores, verdad?

Deryn frunció el ceño. Ciertamente aquella chica era rápida.

—Sí, soy el único a quien no cogieron. Aquellos tres pobres tipos eran mis hombres.

Alek se sentó en una adornada silla, maldiciendo en voz baja en clánker.

—Lo siento por tus hombres, Dylan.

—Sí, yo también. Y lo siento por Volger —dijo Deryn aunque no estaba segura de si lo sentía de veras. El conde era demasiado listo para su gusto—. Realmente quería reunirse contigo.

Alek asintió con la cabeza despacio, mirando al suelo. Por un momento pareció más joven de sus quince años, como si fuera un niño. Pero se recompuso y se la quedó mirando.

—Bueno, supongo que tendrás que hacerlo, Dylan. Al fin y al cabo eres un buen soldado. Estoy seguro de que el comité estará contento de contar contigo.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué comité?

—El Comité para la Unión y el Progreso; pretenden derrocar al sultán.

Deryn miró a Lilit y a continuación de nuevo a Alek, con los ojos muy abiertos. ¿Derrocar al sultán? ¿Y si el conde Volger tenía razón y Alek se había unido a un estúpido grupo de anarquistas? ¡Y además de anarquistas, Monos Ludistas!

—Alek —dijo Lilit en voz baja—, no puedes seguir contando nuestros secretos a este chico. No por lo menos hasta que se reúna con Nene.

Alek hizo un gesto con la mano ante sus protestas.

—Puedes confiar en Dylan. Él hace una eternidad que sabe quién era mi padre y nunca me traicionó ante sus oficiales.

Deryn se quedó con la boca abierta. ¿Alek ya le había contado a aquella chica anarquista lo de sus padres? ¡Pero si solo hacía *tres condenados días* que estaba en Estambul!

De pronto se planteó si debería simplemente salir por la puerta. Había visto a una docena de cargueros ondeando banderas británicas. Tal vez uno de ellos la devolvería al Mediterráneo y de nuevo a la sensatez.

¿Por qué había abandonado su deber al que había prestado juramento por un maldito *príncipe*?

—Además —dijo Alek poniéndose de pie y descansando una mano en el hombro de Deryn—, el destino ha devuelto a Dylan a Estambul. ¡Claramente está *destinado* a ayudarnos!

Deryn y Lilit se miraron y ambas pusieron los ojos en blanco.

Alek no hizo caso de sus miradas cargadas de escepticismo:

—Escúchame, Dylan. Vosotros, los darwinistas, queréis mantener a los otomanos fuera de la guerra, ¿cierto? Es la única razón por la que la doctora Barlow nos trajo hasta aquí.

—Sí, pero ahora todo se ha ido al garete. El único resultado de todo lo que hemos hecho hasta ahora ha sido empujar aún más al sultán hacia las manos alemanas.

—Tal vez —dijo Alek—. Pero ¿y si el sultán es derrocado? Desde la última revolución, los rebeldes han despreciado a los alemanes. Nunca se unirían al bando

clánker.

—Los británicos son igual de malos. Todas las grandes potencias se aprovechan de nosotros. Pero lo que sí es bastante cierto es que no queremos tener nada que ver con vuestra guerra. Solo queremos que se vaya el sultán —dijo Lilit.

Deryn se quedó mirando a la chica sin saber si confiar en ella.

Al parecer, Alek ya lo hacía, puesto que le había confesado estúpidamente todos sus secretos. Pero ¿y si él estaba equivocado?



«CHARLAS EN EL HOTEL».

Bueno, en aquel caso él necesitaba a alguien en quien pudiese confiar.

—Grandes potencias —murmuró Bovril y luego siguió comiendo cacahuetes.

Deryn dejó escapar lentamente un suspiro. Ella había venido a Estambul para ayudar a Alek, y al fin y al cabo allí estaba él, pidiendo ayuda. Pero aquello era mucho más grande de lo que había esperado.

Si pudiesen echar al sultán de su palacio, entonces el estrecho permanecería abierto y el Ejército ruso no se moriría de hambre. El gran plan de los clánkers de extender su influencia a Asia quedaría frenado en seco,

Aquella era una oportunidad no solamente de ayudar a Alek sino de cambiar el curso de toda aquella condenada guerra. Tal vez su obligación era quedarse justo allí.

—Muy bien entonces. Haré lo que pueda —dijo ella.

# TREINTA Y UNO

—Parezco bastante turco, ¿verdad? —dijo Klopp, mirándose al espejo.

Alek dudó un momento, intentando buscar las palabras. El hombre no parecía turco en absoluto, sino más bien un zepelín envuelto en seda azul con un cono con borlas en la nariz.

—Tal vez sin el fez, señor —sugirió Bauer.

—Tal vez tenga usted razón, Hans —dijo Alek—. Sería mejor que probara un turbante.

—¡Fez! —proclamó Bovril, que estaba sentado sobre el hombro de Deryn comiendo ciruelas.

—El fez está bien —dijo Deryn.

Su alemán mejoraba pero aún le faltaban palabras aquí y allá.

—¿Y cómo se pone uno un turbante? —preguntó Klopp, pero nadie lo sabía  
Bauer y Klopp ya hacía una semana que estaban encerrados en el hotel y aquel encierro los estaba volviendo locos. Una jaula seguía siendo una jaula, por muy lujosa que esta fuese. Pero por fin iban a salir, para dirigirse al almacén de Zaven a inspeccionar a los caminantes del comité.



El problema era cómo ir hasta allí sin ser vistos.

Alek y Deryn hicieron lo que pudieron para comprar ropa para disfrazarse en el Gran Bazar, pero los resultados no habían sido del todo satisfactorios. Bauer tenía un aspecto demasiado recargado, como uno de los porteros del hotel, y las voluminosas ropas de Klopp le habían convertido en una aeronave envuelta en seda.

—No tenemos que hacernos pasar por otomanos. Solo vamos a atravesar el vestíbulo y entraremos en un taxi y luego directos al almacén. Apenas nos verá nadie —dijo Alek.

—¿Y entonces por qué no se viste como un príncipe Hausburgo, joven señor? —Klopp se echó atrás el fez en su cabeza—. Puesto que estos anarquistas ya saben su nombre.

—No son anarquistas —aseguró Alek por enésima vez—. Los anarquistas quieren destruir cualquier tipo de gobierno. El comité solo quiere remplazar al sultán por un parlamento electo.

—Son todos la misma repugnante cosa —dijo Klopp, moviendo la cabeza—. Asesinar a sus propios señores. ¿Es que acaso habéis olvidado a aquellos jóvenes serbios que lanzaron bombas a vuestras padres?

Alek puso freno a la impertinencia de Klopp, aunque supo contener su enfado. El

anciano tenía un punto de vista bastante negativo de las revoluciones en general y la charla de Lilit sobre la igualdad de las mujeres no es que hubiese ayudado demasiado.

Pero el hecho de reunirse con Zaven y autómatas de acero alivió el malhumor de Klopp. Nada le alegraba tanto y le hacía sonreír con tanta facilidad como la visión de un nuevo caminante.

—Los alemanes estaban tras aquel ataque, profesor Klopp. Y aliarnos con el comité es nuestra única forma de devolverles el golpe.

—Supongo que tenéis razón, joven señor.

—Por supuesto —dijo Alek simplemente.

Miró a Bauer, que presto asintió con la cabeza.

Dylan, no obstante, estaba resultando más difícil de convencer. Lilit le desagradó al instante y se negó a contarle a Alek nada sobre su misión en Estambul, diciendo solamente que era demasiado secreta para compartirla con un «grupo de estúpidos anarquistas».

Aun así, ya era mucho que Dylan estuviese allí en Estambul, listo para ayudar. Había algo en la enérgica seguridad de aquel chico que le recordaba a Alek que la providencia estaba de su parte.

—Tenemos que traer a la bestia —dijo Deryn en inglés, poniéndose una chaqueta de seda. Sus ropas le sentaban perfectamente: había pasado una hora a solas con el sastre para que se las ajustasen correctamente—. La doctora Barlow dice que puede ser de bastante utilidad.

—Pero si lo único que hace es balbucear —dijo Alek colgándose su carga más importante, una pequeña bolsa, al hombro—. ¿Te explicó exactamente *cómo* se supone que ayuda?

Deryn abrió la jaula y Bovril se acercó y saltó al interior.

—Solo que deberíamos escucharle. Porque es bastante... perspicaz.

Alek frunció el ceño.

—Me temo que esta palabra está más allá de mis conocimientos de inglés.

—Sí. También de los míos —Deryn puso la mano en la jaula y rascó la barbilla de la criatura—. ¿Verdad que eres una bestezuela muy bonita?

—Perspicaz —dijo la criatura.

Cuando Klopp finalmente estuvo listo, Alek usó la centralita para pedir un ascensor a vapor. Unos pocos minutos después, los cuatro ya habían bajado las escaleras y cruzado el vestíbulo.

El hotel estaba abarrotado y nadie se fijó en sus ropas ni les preguntaron por qué llevaban cajas de herramientas. Alek dejó la llave en el mostrador y el portero los saludó elegantemente mientras los acompañaba al exterior. Una cosa sí podía decirse de Estambul: la gente en aquella ciudad solo se preocupaba de sus asuntos.

Varios taxis escarabajo de la ciudad estaban esperando y Alek eligió el más grande. Había dos hileras de asientos de pasajeros, el que estaba más atrás era lo suficientemente amplio para la gran envergadura de Klopp. Alek se subió a los asientos delanteros con Deryn y luego entregó al piloto algunas monedas y le dijo el nombre del barrio de Zaven.

El hombre asintió y enseguida partieron.

Por encima de los ruidos de la calle, Alek escuchó un zumbido desde la jaula. Era Bovril imitando los motores del caminante. Se inclinó hacia delante para hacer callar a la bestia y después deslizó el pequeño y pesado saco bajo el asiento.

—Hay muchos soldados por aquí. ¿Siempre es así? —advirtió Bauer.

Alek alzó la vista, y frunció el ceño. El caminante avanzaba por una amplia avenida bordeada con altos árboles. Había soldados otomanos apostados a cada lado en doble formación.

Muchos de ellos iban vestidos con uniformes de gala.

—Nunca había visto tantos. Tal vez sea un desfile —dijo él.

El taxi ya estaba reduciendo la velocidad puesto que cada vez había más tráfico. Frente a ellos, un caminante de carga con la forma de un búfalo de agua empezó a expulsar humo negro, ante lo cual Klopp hizo un rudo comentario acerca de su pobre mantenimiento. Unas nubes de vapor caliente se arremolinaron por los motores que les rodeaban, hasta que los cuatro empezaron a tirar de sus ropas nuevas a causa del calor.

—Señor —dijo Bauer en voz baja—, me parece que ahí está sucediendo algo.

Alek miró a través del humo del tubo de escape del búfalo de agua. A unos cien metros delante de ellos, una patrulla de soldados estaba deteniendo a todos los vehículos que pasaban.

—Un control —dijo Alek.

—Los extranjeros están obligados a llevar el pasaporte en este país —dijo Klopp en voz baja.

—¿Deberíamos salir e ir andando? —dijo Alek.

Klopp negó con la cabeza.

—No haríamos más que llamar la atención. Llevamos estas cajas de herramientas... y una *jaula*, por el amor de Dios.

—Ciento —Alek suspiró—. Bueno, pues entonces seremos turistas que nos hemos olvidado nuestros pasaportes en el hotel. Y si esto no los convence, podemos sobornarlos.

—¿Y si el soborno no funciona? —preguntó Klopp.

Alek frunció el ceño. Transportaban demasiado peso para echar a correr y había demasiados soldados en aquel lugar para empezar una lucha.

—Deja que adivine —dijo Deryn en inglés—. Estáis pensando en sobornarlos y

ellos lo rechazarán. Ningún soldado acepta un soborno con tantos capitanes cerca.

Alek maldijo en voz baja. Era cierto: había oficiales con sombreros de altas plumas por todas partes.

—¿Sabéis pilotar este artilugio? —preguntó Deryn.

Alek miró por encima del hombro del piloto los extraños controles.

—¿Con seis patas? Yo no, pero Klopp sabe manejar cualquier cosa.

Deryn le miró con una sonrisa.

—Pues entonces ya basta de cháchara. ¡Cuando llegue el momento, echaré al piloto y tú y Bauer meted al profesor Klopp de un empujón ante los controles!

—Creo que suena bastante sencillo —dijo Alek.

Pero por supuesto aquello no tenía nada de simple.

Los siguientes cinco minutos fueron insoportables. La hilera se movía como un pesado motor de gasolina mientras Klopp enumeraba todos los desastres concebibles y contenía el aliento. Pero finalmente el humeante búfalo de agua que tenían ante ellos pasó el control y el taxi ocupó su lugar.

Un soldado avanzó hacia ellos y les dedicó una prolongada y desconcertada mirada. Alzó una mano dándoles el alto diciendo algo en turco.

—Lo siento, pero no hablamos su idioma —dijo Alek.

El hombre los saludó cortésmente con una inclinación y dijo en un alemán excelente:

—Pasaportes, entonces, por favor.

—Ah —hizo como si rebuscara en sus bolsillos—. Me parece que he olvidado el mío.

Klopp y Bauer le imitaron, palpando sus ropas de seda y frunciendo el ceño.

El soldado alzó una ceja y luego regresó a su pelotón y levantó una mano en el aire.

—¡Oh, maldita sea! —exclamó Deryn, agarrando al sorprendido piloto por los sobacos y alzándolo.

—¡Hacedlo *ahora*!

Mientras Deryn dejaba caer al hombre echándolo del taxi, Alek ayudaba a Bauer a empujar a Klopp hacia el asiento delantero. El hombre parecía tan pesado como una cuba de vino, pero enseguida ya estaba sentado ante los controles y sujetaba los controles.

El taxi se encabritó como un caballo sobre sus cuatro patas traseras, provocando la huida de los guardias que lo rodeaban. Entonces saltó hacia delante, con un montón de chispas volando por sus pies de metal. Al otro lado del concurrido control, la avenida estaba despejada y Klopp puso la máquina a todo galope rápidamente.



«ESCAPANDO DEL CONTROL».

Los soldados gritaban, bajándose los rifles del hombro y pronto resonaron disparos alrededor del taxi. Alek se agachó, sintiendo como si los dientes le temblasen dentro de la cabeza. Los brazos de Deryn rodeaban la cintura de Klopp para evitar que ambos salieran despedidos del taxi. Bauer tenía las manos sobre las cajas de herramientas y Alek alargó la mano para asegurar el pequeño saco que estaba en el suelo.

El único sonido que provenía de la jaula era la risa maníaca de Bovril.

—¡Sujétense fuerte! —gritó Klopp y maniobró el taxi para que girase por una curva cerrada.

Sus seis pies, como los de un insecto, patinaban por los adoquines, resonando como sables arrastrados por una pared de ladrillos.

Alek asomó la cabeza. Aquel lado de la calle era más estrecho y los peatones salieron corriendo por todas partes cuando las fauces del taxi escarabajo se abalanzaron sobre ellos.

—¡No mate a nadie, Klopp! —gritó justo cuando la pata delantera derecha se clavó en un montón de barriles.

Uno de los barriles se partió cuando el montón se derrumbó y el agrio aroma del vinagre se extendió por el aire. En el siguiente giro el taxi empezó a resbalar de nuevo, amenazando con derrapar hacia un lado contra una gran ventana de una carnicería, pero Klopp forcejeó para someterlo bajo control.

—¿Adónde voy? —gritó.

Alek se sacó del bolsillo el mapa dibujado a mano de Zaven e hizo un cálculo aproximado.

—A la izquierda cuando pueda y reduzca la velocidad. Ya no nos sigue nadie.

Klopp asintió y redujo la velocidad de la máquina de seis patas al trote. La calle siguiente estaba repleta a ambos lados de tiendas de recambios mecánicos y abarrotada de caminantes de carga. Nadie miró dos veces al taxi.

—No sé cómo podéis soportar estos estúpidos trastos —dijo Deryn, sentándose bien en su asiento—. ¡Son puros asesinos cuando van deprisa!

—¿Acaso no fue idea *tuya*? —preguntó Alek.

—Ha funcionado, ¿no?

—Por ahora. Pronto empezarán a ir tras nosotros.

El taxi se adentró más en la parte industrial de la ciudad, con Klopp siguiendo las intuiciones de Alek. Las marcas de la mezcla de lenguas del comité pronto llenaron las paredes. Pero los signos de las calles eran escasos en aquel lugar y nada concordaba con las pocas avenidas marcadas con nombres en el mapa de Zaven.

—Todo esto me es bastante familiar —dijo Alek a Klopp—. Estamos cerca.

—Podemos tener problemas, señor —dijo Bauer—. ¿Verdad que le dijo al taxista adónde nos dirigíamos?

—Solo le dije el barrio.

—Seguramente los otomanos ya le habrán interrogado. Pronto llegarán.

—Tiene razón, Hans. Tenemos que darnos prisa —se giró hacia Klopp—. El almacén de Zaven tiene vistas sobre toda la ciudad. Deberíamos verlo desde un lugar más alto.

Klopp asintió, girando cada vez que veía una calle de subida. Finalmente el taxi se detuvo en la cresta de una colina y Alek vio el grupo de almacenes, con la vivienda de Zaven en lo más alto.

—¡Es allí! ¡Tal vez está a medio quilómetro!

—¿Oyen ese ruido? —preguntó Deryn.

Alek prestó atención. Incluso con el taxi al ralentí, aquel ruido estaba allí: un zumbido apenas imperceptible. Miró a su alrededor, pero no había nada a la vista excepto los caminantes de carga y un carro de cuerda mensajero.

—No viene de aquí abajo —dijo Deryn en voz baja, mirando al cielo

Alek alzó la vista y lo vio...

Un giroptero estaba sobrevolando directamente por encima de ellos.

# TREINTA Y DOS

—¡A cubierto! —gritó Alek.

Klopp se apresuró a arrancar el taxi y rodeó una esquina que conducía a un estrecho callejón.

Unos muros de piedra se alzaban sobre ellos y el cielo apenas se veía más ancho que una astilla. El girotóptero sobrevolaba aquel pequeño espacio como una flecha y quedaba dentro y fuera de su vista. Pero aunque el callejón se retorcía y giraba, el zumbido de la máquina resonaba en los oídos de Alek.

Se dio cuenta de que las calles se habían despejado. Por lo visto la gente sabía que se había puesto en marcha una operación militar y estaban ansiosos por quitarse de en medio. Solamente quedaban unos perros que salieron corriendo al ver el taxi.

Una luz destelló sobre sus cabezas, seguida de unos estallidos.

—¡Bengalas! —exclamó Deryn—. El girotóptero está señalando que nos ha encontrado.

Alek escuchó el pitido de unos silbatos justo delante de ellos.

—¡Klopp! ¡Pare!

Cuando dieron la vuelta a la siguiente esquina, el taxi resbaló al frenar. Ya era demasiado tarde. Les esperaba una patrulla de soldados, apuntándoles con sus rifles. Klopp tiró hacia atrás de los controles cuando dispararon y el taxi se alzó sobre las patas traseras. Alek escuchó el sonido de las balas repiqueteando contra la parte inferior de la máquina.

Klopp hizo dar la vuelta en redondo al taxi con las patas delanteras aún en el aire y saltó de nuevo por donde habían venido. Les acompañó otra ráfaga de disparos y las paredes de piedra escupieron polvo a ambos lados.

El taxi derrapó en una esquina, pero los engranajes seguían chirriando debajo de los entarimados y el olor a metal quemado contaminó el aire.

—¡Han alcanzado nuestro motor! —gritó Bauer.

—Sé un truco para esto —dijo Klopp tranquilamente.

Los llevó a un lado y se adentró en una pequeña plaza con una vieja fuente de piedra e hizo que la máquina se introdujese directamente en el agua. Unas siseantes nubes de vapor se alzaron a su alrededor cuando el torturado metal se enfrió.

—Esta máquina no irá mucho más lejos —dijo Klopp.

—Ya casi hemos llegado.

Mientras Alek miraba su mapa, percibió un retumbar que provenía de la jaula. Pero ¿qué demonios estaba imitando ahora la bestia?

Luego lo escuchó por encima del siseo del agua hirviendo.

—Se acerca un caminante —Deryn señaló hacia delante—. Por allí y mortalmente rápido.

—Por el ruido parece grande. Tendremos que volver y enfrentarnos a los soldados.

—No, si bajamos por allí —dijo Deryn, señalando una escalera de piedra que descendía de la plaza.

Alek negó con la cabeza.

—Demasiado empinadas.

—¿Y para qué tienen patas si no podéis hacer que baje unas malditas escaleras? Solo tienes que hacer que se mueva.

En inglés o no, podría decirse que Klopp sabía de qué estaban hablando y también miraba hacia las escaleras. Miró a Alek, quien movió la cabeza afirmativamente. El anciano suspiró y agarró los controles otra vez.

—¡Sujétense todos! —gritó Alek, pisando con una bota el saco que tenía a sus pies.

La máquina se inclinó lentamente hacia delante, resbaló y sus pezuñas repiquetearon como un taladro sobre la roca mientras patinaban escaleras abajo. Mientras el taxi se bamboleaba hacia delante y hacia atrás, se desprendían cascotes cada vez que chocaban contra los antiguos muros. Klopp se las apañó para que la máquina no cayese hacia delante y llegó al final, derrapando por el pavimento nivelado.

Alek escuchó un *crac* y alzó la vista. Los soldados estaban tomando posiciones en la plaza de arriba y disparaban sus fusiles. De pronto, apareció un caminante de dos patas.

Alek lo miró asombrado: tenía enseñas otomanas pero era de diseño alemán y no tenía la forma de ningún animal en absoluto.



«PERSECUCIÓN DE UN CAMINANTE OTOMANO».

—¡Abajo! —exclamó—. ¡Y siga avanzando, Klopp!

El taxi se puso de nuevo en marcha con sus engranajes chirriando a cada paso. Cuando dieron la vuelta a la siguiente esquina, Alek se atrevió a mirar atrás. Los soldados bajaban en tropel por las escaleras, pero el caminante se había detenido ya que sus ocupantes no se atrevían a bajar por las escaleras con dos patas.

Alek volvió a comprobar el mapa.

—Ya casi hemos llegado, Klopp. ¡Por allí!

El taxi cojeaba en aquel momento puesto que una de sus patas del medio se agitaba violentamente. No obstante, consiguió arrastrarse hasta la calle donde vivía Zaven, tambaleándose de un lado a otro como un cangrejo borracho.

Lilit y su padre habían escuchado la commoción, por supuesto, y los estaban esperando con las puertas del almacén abiertas.

—¡Rápido, Klopp! —gritó Deryn en burdo alemán—. ¡El girotóptero!

Alek alzó la vista. No pudo ver el girotóptero, pero su zumbido estaba llenando el aire. Tenían que desaparecer ya.

El taxi dio otro paso hacia la puerta abierta del almacén, después chisporroteó y se apagó. Klopp hizo girar la manivela de arranque, pero el motor solamente siseó y escupió como si fuera un tronco verde en el fuego.

—¡Malditos cacharros estúpidos! —exclamó Deryn.

—Lilit, ¿quieres hacer el favor? —dijo Zaven con calma y saltó a los controles de

los brazos mecánicos de la plataforma de carga.

Se puso en marcha y con los brazos arrastró al taxi por la puerta del almacén.

La puerta rodó y se cerró tras ellos. Zaven entró justo cuando el último trozo de calle que estaba a la vista desapareció, sumergiéndolos a todos en la oscuridad.

Alek alargó la mano y palpó el saquito que tenía a sus pies: aún estaba allí.

Un momento después, se encendió una luz eléctrica.

—Una entrada muy dramática —dijo Zaven, con su brillante sonrisa.

—Pero ¿no se chivará alguien? —Alek jadeaba, mirando la rendija de luz que entraba por debajo de la puerta.

—¡Bah! No te preocupes —dijo Zaven—. Nuestros vecinos son todos amigos. Han pasado por alto mayores disturbios que esto —les dedicó una gran reverencia—. Saludos, profesor Klopp, Bauer y Sharp. ¡Les doy la bienvenida a todos al Comité para la Unión y el Progreso!

Los caminantes del comité se alzaban sobre ellos como cinco gigantescas estatuas deformes.

—Qué colección más extraña. No había visto nada igual antes —dijo Bauer.

—Alguno de estos lucharon en la Primera Guerra de los Balcanes —aseguró Klopp, señalando al Minotauro—. Ya entonces estaban un poco anticuados.

—Guerra —repitió Bovril, mirándole desde el hombro de Alek.

Alek frunció el ceño. La primera vez que había visto los caminantes había dado por sentado que las mellas en su armadura eran de las batallas de entrenamiento. Pero con la luz del mediodía inundando aquel vasto patio, no había lugar a dudas: aquellas máquinas eran antiguas.

—¿Puede usted arreglarlas, verdad? —preguntó.

—Tal vez —dijo Klopp.

—¡Bah! ¡Las repararemos juntos! —proclamó Zaven. El hombre ya estaba tratando a Klopp como a un hermano recuperado—. Es posible que usted tenga conocimientos modernos, señor, pero nuestros *mekánicos* tienen las habilidades que solo se pueden transmitir de padres a hijos... ¡e hijas, por supuesto!

—Estas máquinas son como nuestra familia —dijo Lilit.

Klopp dejó en el suelo su caja de herramientas:

—Mmm... y abuelos, supongo.

Nadie rio su broma excepto Bovril que bajó del hombro de Alek y corrió por el patio para inspeccionar las gigantes pezuñas del Minotauro.

Deryn se había quedado a un lado en silencio desde que llegaron, con los brazos cruzados. Pero ahora habló en vacilante alemán.

—¿Cuántos hay?

—¿Cuántos de ellos están implicados en la revolución? —Zaven se frotó las manos alegremente—. Tenemos media docena en cada gueto de esta ciudad. En total

son casi cincuenta, los suficientes para barrer a los elefantes metálicos del sultán. Pudimos hacerlo hace seis años, pero por aquel entonces no estábamos unidos.

—¿Y ahora, señor? —preguntó Bauer.

—¡Como un puño! —dijo Zaven, haciendo el gesto con ambas manos—. Incluso los Jóvenes Turcos se nos han unido, gracias a la invasión de todos estos alemanes.

—Y también gracias a la Araña, por supuesto —dijo Lilit.

Alek se la quedó mirando.

—¿La Araña?

—¿Se la enseñamos? —preguntó Lilit pero no esperó a que su padre le respondiese.

Corrió hacia una gran puerta de metal que estaba en la pared del patio y saltó para coger una cadena que colgaba junto a ella. A medida que tiraba de ella, su peso arrastró la cadena y la puerta empezó a deslizarse penosamente hacia arriba.

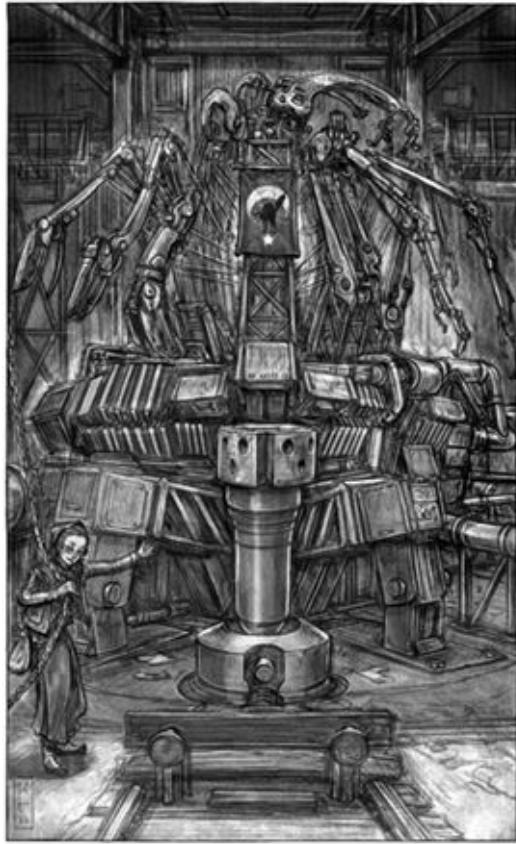
Una enorme máquina se alzaba entre las sombras.

Alek no tenía ni idea de para qué servía, pero ahora comprendía por qué Lilit la llamaba la Araña. Una oscura masa de maquinaria descansaba en su centro, desde el cual salían ocho largos brazos unidos. En su centro había una maraña de cinturones transportadores, como en una cosechadora.

—¿Eso es algún tipo de armastoste andante? —preguntó Deryn en inglés.

—Lo llaman «la Araña» —tradujo Alek y sacudió la cabeza—. Pero no tiene aspecto de poder andar.

—Esto no es una simple máquina de guerra —proclamó Zaven—. Sino un motor del progreso más poderoso. Lilit, ¡muéstraselo a nuestros invitados!



«DESCUBRIENDO UN CAMINANTE DE MENSAJES».

Lilit traspasó la puerta y casi desapareció entre las sombras bajo la mole de la máquina. Un panel de diales y palancas empezaron a parpadear al encenderse, proyectando la silueta de la muchacha. Lilit maniobró los controles y un momento después los adoquines. Los ocho brazos empezaron a moverse, agitando el aire como las manos de un director de orquesta, sus garras manipuladoras hacían precisos ajustes en los cinturones transmisores y en otras partes de la máquina.

—Se parece un poco a un arañesco —dijo Deryn—. Uno de los grandes que tejen paracaídas.

Zaven asintió vigorosamente, respondiendo en su impecable inglés.

—La Araña ha tejido las hebras que mantienen unida a nuestra revolución. ¿Sabías, muchacho, que la palabra «texto» proviene de la palabra en latín que corresponde a *tejer*?

—¿Texto? —dijo Alek—. ¿Y eso qué tiene que ver con...?

Su voz se desvaneció cuando vio un destello blanco entre las penumbras. Un rollo de papel se estaba desenrollando por uno de los cinturones, desapareciendo por el oscuro centro de la máquina. Los brazos empezaron a agitarse en el aire, transportando bandejas de piezas de metal, echando cubos de líquido negro y cortando y doblando el papel con unos largos y ágiles dedos.

—¡Arañas chaladas! —resopló Deryn—. ¡Es una imprenta!

—Una araña con pluma, en este caso —dijo Zaven—. ¡Mucho más poderosa que

cualquier espada!

La máquina zumbó y rodó otro minuto y luego se fue parando y se apagó de nuevo. Cuando Lilit emergió de las sombras, transportaba un montón de folletos doblados perfectamente y cubiertos con unos símbolos inescrutables.

Zaven alzó uno.

—Ah, sí, mi artículo sobre el tema del derecho al voto de la mujer. ¿Sabes leer armenio?

Alek alzó una ceja.

—Pues no.

—Qué mala suerte; sin embargo el mensaje real está justo aquí —Zaven señaló una hilera de símbolos a lo largo del fondo de la página: estrellas, cuartos crecientes y cruces que parecían simples adornos.

—Es un código secreto —murmuró Alek, recordando las marcas en las paredes del callejón. Con la profusión de periódicos que se vendían en las calles de Estambul, uno más en una babel de idiomas no atraería demasiado la atención. Pero los que conocían el código...

El muchacho notó que Bovril tiraba de la pernera del pantalón. La bestia se apoyaba en un pie y después en el otro.

Alek cerró los ojos y notó un ligerísimo temblor a través de sus botas.

—¿Qué es ese estruendo?

—Parecen caminantes, señor —dijo Bauer—. Y de los grandes.

—¿Nos han encontrado? —preguntó Alek.

—¡Bah! Eso es solamente el desfile del sultán, para celebrar el fin del Ramadán —Zaven les mostró con una mano las escaleras—. Tal vez quieran unirse a mi familia en la azotea. Nuestra terraza tiene unas vistas excelentes.

# TREINTA Y TRES

Los elefantes de guerra otomanos desfilaban en la distante avenida arbolada, dejando huellas de adoquines destrozados. Sus enseñas con las lunas en cuarto creciente ondeaban al viento y las trompas, coronadas con metralletas, se balanceaban entre largos colmillos envueltos en alambre de espino. Se dieron la vuelta en formación, tan precisos como soldados desfilando alejándose hacia los muelles.

Deryn soltó un suspiro de alivio, devolviéndole los prismáticos a Alek.

—El señor tiene razón. No vienen hacia aquí.

—Este debe de ser el desfile para el que se estaban preparando —dijo Alek y le entregó los prismáticos a Klopp.

—*Was denken Sie, Klopp? Hundert Tonnenje? Hundert undfunfaig?* — dijo el profesor de *mekánica*.

Deryn asintió de acuerdo. Si lo había entendido correctamente, Klopp opinaba que los elefantes de metal pesaban una tonelada y media cada una. Las toneladas clánker eran un poco más grandes que las británicas, recordaba, pero la idea estaba suficientemente clara.

Aquellos elefantes eran rematadamente grandes.

—*Mit achtzig-Millimeter-Kanone auf dem Turmchen* —añadió Bauer, algo que estaba más allá de los conocimientos de clánker de Deryn.

Pero asintió de nuevo, fingiendo comprender.

—*Kanone* —repitió Bovril, que estaba sentado en el hombro de Alek.

—Sí, cañón —murmuró Deryn, observando el tenue brillo de las torretas de acero sobre la espalda de los elefantes.

Al fin y al cabo, la parte importante eran los cañones.

Klopp y Alek siguieron hablando en un clánker indescifrable, de modo que Deryn paseó hasta el rincón más apartado de la terraza para estirar las piernas. Aún le dolía el trasero de la salvaje cabalgada en el taxi, que había sido peor que cualquier paseo a caballo al galope. No entendía cómo los clánkers podían montar en máquinas todo el día, por la forma en que se movían algo debía de estar definitivamente *mal*.

—Estás herido —escuchó la voz de Lilit justo tras él, haciendo que Deryn diera un respingo.

La chica siempre estaba moviéndose furtivamente a su lado.

—Estoy bien —dijo Deryn y a continuación señaló hacia los elefantes de guerra —. Solo es que me preguntaba si desfilan así a menudo, aplastando las calles.

La chica movió negativamente la cabeza.

—Normalmente se quedan fuera de la ciudad. El sultán está mostrando su fuerza.

—Eso es evidente. Perdone que le diga esto, señorita, pero ustedes no pueden derrotarlos. Esos caminantes llevan un cañón y los suyos solo tienen garras y puños. ¡Es como llevar guantes de boxeo a un duelo de pistolas!

—El mundo está construido sobre un elefante, mi abuela siempre lo dice —Lilit soltó un suspiro—. Esto es debido a una antigua ley: nuestros caminantes no pueden estar armados, no como los del sultán. Pero al menos lo hemos asustado. ¡Su Ejército no estaría destrozando las calles si no estuviese nervioso!

—Sí, puede que esté nervioso pero eso también significa que está preparado para responderos.

—La última revolución solo fue hace seis años —dijo Lilit—. Él siempre está preparado.

Deryn estaba a punto de decir lo *optimista* que era aquel comentario pero un extraño zumbido llenó el aire. Se dio la vuelta y vio un extraño artilugio que cruzaba el balcón. Avanzaba bamboleándose una especie de cruce entre un reptil y una cama con baldaquín, y zumbaba como un juguete de cuerda.

—¿Qué caramba es *esto*?

—Esto —dijo Lilit con una sonrisa— es mi abuela.

Cuando volvieron con los demás, Deryn vio una masa de pelo gris que sobresalía de las blancas sábanas. Era una anciana, sin duda la temible Nene de la que Alek le había hablado.

Bovril parecía contento de verla. Bajó corriendo del hombro de Alek y cruzó la terraza, luego se encaramó hasta los pies de la cama. La bestia se quedó allí con su piel erizándose en la brisa, tan contento como un admirante en el mar.

Alek hizo una reverencia a la anciana y presentó al profesor Klopp y al caporal Bauer con un chorro de palabras en cortés clánker.

Nene asintió y más tarde dirigió su mirada de acero a Deryn.

—Y tú debes de ser el chico del *Leviathan* —dijo ella, con su acento inglés elegante, igual que el de Zaven—. Mi nieta me ha hablado de ti.

Deryn hizo chocar los talones de las botas.

—Cadete Dylan Sharp a su servicio, señora.

—Por tu acento, te criaste en Glasgow.

—Sí, señora. Tiene un buen oído.

—De hecho los dos —dijo Nene—. Y también tienes una extraña voz. ¿Me enseñas tus manos, por favor?

Deryn dudó, pero cuando la anciana chasqueó los dedos, sin saber cómo, obedeció.

—Muchos callos —dijo Nene, tocándolas cuidadosamente—. Eres un chico que trabaja duro, a diferencia de tu amigo el príncipe de Hohenberg. Dibujas un poco y

coses mucho, para ser un chico.

Deryn carraspeó, recordando que sus tíos le habían enseñado a hacer colchas.

—En las Fuerzas Aéreas los cadetes zurcimos nuestros uniformes.

—Pues sí que sois trabajadores. Mi nieta dice que no confías en nosotros.

—Sí..., bueno, es todo un poco extraño, señora. Tengo órdenes de mantener mi misión aquí en secreto.

—¿Estás cumpliendo órdenes? —Nene miró a Deryn de arriba abajo—. No parece que lleves uniforme.

—Puede que esté de incógnito, señora, pero aún soy un soldado —afirmó Deryn.

—Incógnito —dijo Bovril, riendo—. ¡Señor Sharp!

Deryn miró de reojo a la bestia, deseando que dejara de decir *aquello* de una vez.

—Muy bien, chico, al menos eres honesto al plantearnos tus dudas —dijo Nene, soltando sus manos y dirigiéndose a continuación a Alek—. Entonces, ¿qué piensan tus hombres de nuestros caminantes?

Alek repuso en clánker y pronto Klopp y Bauer estaban acribillando a Nene y Zaven a preguntas.

Deryn no pudo seguir la mitad de lo que decían, pero daba igual en qué lengua lo dijese, aquella revolución estaba completamente condenada al fracaso sin cañones. Zaven estaba rematadamente loco al pensar de otro modo.

Ni siquiera Alek veía la realidad. Estaba siempre pensando en que su destino era ayudar a la revolución, vengarse de los alemanes y terminar la guerra. Aquello no era más que un montón de tonterías, según Deryn. La providencia no impediría que los caminantes del sultán se merendasen a aquellas antiguallas del comité como si fuesen una caja de chocolates.

Sacó su libreta de bocetos y miró hacia el desfile de nuevo. Los elefantes se estaban alineando junto a un muelle muy largo, elevaron sus armas preparándose para saludar a un buque de guerra.

—El *Goeben* —murmuró Deryn.

Las nuevas banderas otomanas de los acorazados revoloteaban luciendo su brillante carmesí y el cañón Tesla relucía como una tela de araña de acero bajo el sol.

Lilit tenía razón: aquel día el sultán estaba haciendo una demostración de su poder. Incluso si el comité conseguía derrotar a aquellos elefantes de alguna forma, aún tendrían que enfrentarse a los grandes cañones del *Goeben* y el *Breslau*. O tal vez no. Dentro de menos de un mes a partir de entonces el *Leviathan* se dirigiría hacia los Dardanelos guiando a una enorme bestia hambrienta de acorazados alemanes. El almirante Souchon seguramente había luchado contra *krakens* con anterioridad, pero nada comparable al *Behe moth*. La criatura, al parecer, era lo suficientemente poderosa para hundir los nuevos barcos de guerra del sultán en menos de media hora.

Entonces sí que sería una noche condenadamente buena para empezar una

revolución.

El problema era que Deryn no podía contar nada al comité de lo que se avecinaba. Solo con que uno de ellos fuese un espía clánker y les comunicase el plan, entonces el *Leviathan* estaría condenado a la perdición. Deryn estaba obligada por su deber a guardar silencio.

Un torrente de humo salió de los cañones de guerra de los elefantes, que se transformó en una ondeante y gran nube negra sobre la brisa del mar. El sonido les llegó unos segundos más tarde, como si se tratase de un trueno distante. Entonces, los cañones del *Goeben* le devolvieron el saludo, diez veces más fuerte y con más violencia.

Deryn suspiró mientras empezaba a dibujar la escena: había demasiadas piezas condenadamente sueltas en aquel rompecabezas. El *Behemoth* podía hundir a los acorazados alemanes, pero, por el contrario, no podía deslizarse hacia tierra y luchar contra los elefantes del sultán.



Tras ella, la conversación había ido subiendo de tono. Zaven estaba proclamando algo en clánker mientras que Klopp negaba con la cabeza, con los brazos cruzados.

—*Nein, nein, nein* —seguía repitiendo el anciano.

Ojalá hubiese una forma sencilla de manejar ciento cincuenta toneladas de acero...

Entonces, como en un destello, se le ocurrió.

—Un momento, señor Zaven —les interrumpió ella—. No importa que vuestros caminantes no tengan cañones. ¡Podemos solucionarlo!

Alek negó con la cabeza, con gesto cansado.

—No podemos hacer nada. Está diciendo que el Ejército tiene un control estricto sobre los cañones y la munición.

—Ya, pero es que no necesitáis nada tan sofisticado —dijo Deryn—. Cuando el *Dauntless* fue atacado, los atacantes no tenían más que unos cuantos cabos de cuerda.

—¿Atacado? —preguntó Nene—. Pensaba que la conducta violenta del *Dauntless* fue debida a un pilotaje negligente.

Deryn soltó un bufido.

—No crea todo lo que lee en la prensa, señora —señaló hacia abajo, a los elefantes acorazados—. ¿Ve que hay un piloto en cada pata? Tres saboteadores echaron un lazo a nuestros hombres, tiraron de ellos y luego se subieron a los controles para ocupar su lugar. Así es como se detiene a estas bestias de metal. ¡Se derriba a un par de pilotos y ello les detiene completamente!

—Tal vez en el *Dauntless*, ya que los pilotos lo montan a cuerpo descubierto —dijo Zaven—. Pero los hombres de ahí abajo están bien protegidos.

Deryn ya había pensado en aquello.

—Protegidos de cuerdas y balas, tal vez. Pero han de tener rendijas para la visión, igual que el caminante de Alek. ¿Qué sucedería si les introdujésemos algo picante por ellas?

—¿Algo picante? —preguntó Nene.

—Sí —Deryn sonrió, volviéndose hacia Alek—. ¿Aún no te he contado cómo rescaté al *Dauntless*, verdad?

Alek negó con la cabeza.

Deryn pensó un momento para ordenar sus ideas, sabiendo que ahora había captado la atención de todos ellos.

—De hecho, fue idea mía. Los condenados diplomáticos no tenían armas adecuadas a bordo, de modo que agarré un gran saco de especias en polvo y se lo lancé a uno de los saboteadores. ¡El olor de aquello arrancó de su asiento a aquel caraculo! Y su armadura no hizo más que empeorar las cosas: ¡imaginense estar atrapado dentro de una pequeña cabina de metal con la nariz llena de especias!

—Especias —repitió Bovril quedamente.

—Aquel saboteador apenas podía respirar —dijo Deryn—. ¡Y mi uniforme quedó totalmente arruinado!

—El Ejército no controla la pimienta picante —murmuró Nene, y Alek empezó a traducirlo para Klopp y Bauer.

Lilit se volvió hacia su padre:

—¿Crees que podría funcionar?

—Incluso un soldado de a pie podría combatir a un caminante de esta forma —dijo Zaven—. ¡El comité puede inundar las calles con revolucionarios blandiendo especias!

—Sí, pero tenéis que pensar más allá —dijo Deryn—. A diferencia de los caminantes alemanes, todos los vuestros tienen manos. Creo que esa bestia Minotauro podría lanzar una bomba de especias a media milla de distancia.

—Mucho más lejos incluso —dijo Lilit y luego sonrió—. Es decir, si Alek no la aplasta en su puño primero.

Alek refunfuñó un poco.

—Klopp dice que puede armarlas de alguna forma, con alguna especie de cargador que contenga las bombas de especias. Después de todo, estamos encima de una fábrica *mekánica*.

—Las piezas no van a ser un problema —aseguró Zaven—. Pero las especias más picantes se venden en cantidades muy pequeñas. ¡Y estamos hablando de comprar toneladas!

—¿Si nosotros os proporcionamos el dinero, querréis probar si funciona? —preguntó Alek.

Zaven y Lilit miraron a Nene. Ella alzó una ceja, mirando a Alek.

—Estamos hablando de mucho dinero, Su Serena Majestad.

Alek no respondió, pero se arrodilló para abrir su saquito, el pequeño saco que había estado transportando de un lado a otro todo el día. Sacó lo que parecía un ladrillo envuelto en un pañuelo.

—*Junge Meister!* —dijo Klopp en voz baja—. *Nicht das Gold!*

Alek no le hizo caso, y desenvolvió el pañuelo para mostrar una barra de metal. Cuando la luz del sol incidió en él, una pálida hoguera amarilla ardió por toda su superficie.

Deryn tragó saliva. ¡Arañas chaladas, vaya si era rico el príncipe!

—Realmente eres él, ¿verdad? —murmuró Nene—. Unas finas láminas habían sido limadas de los bordes del lingote, pero el sello de los Hausburgo aún era visible.

—Por supuesto, señora —dijo Alek—. Soy muy mal mentiroso.

La conversación se reanudó de nuevo, otra vez en clánker cuando Nene, Zaven y Klopp empezaron a hacer planes.

Lilit se volvió para mirar a Deryn con los ojos brillantes.

—¡Especias! ¡Eres brillante! ¡Absolutamente brillante! —Lilit se acercó para darle un abrazo—. ¡Gracias!

—Sí, soy muy listo... a veces —dijo Deryn apartándose de ella rápidamente—. ¡Es también una suerte que Alek haya llevado consigo ese lingote de oro!

Alek asintió, pero la tristeza se reflejó en su rostro.

—Fue idea de mi padre. Él y Volger lo planearon todo.

—Sí, pero es una verdadera suerte que precisamente lo hayas traído hoy —dijo Deryn—. De otro modo lo habrías perdido.

—¿Cómo dices?

—Deja de ser un memo —dijo Deryn, moviendo la cabeza—. El piloto del taxi sabe de qué hotel salimos. Y cómo vamos vestidos y seguro que la dirección del hotel se acordará de nosotros si la policía va allí a hacer preguntas. De modo que tenemos que quedarnos aquí. Hemos perdido el equipo de radio, pero tenemos las herramientas de Klopp, a Bovril y tu oro —Deryn se encogió de hombros—. Eso es lo importante, ¿no?

Alek cerró con fuerza los ojos y su voz no pasó de ser un susurro.

—Casi todo.

—¡Maldita sea! No tendrías dos lingotes de oro, ¿verdad?

—No. Pero me he dejado una carta.

—¿Dice quién eres? —Lilit preguntó en voz baja.

—Con demasiada claridad —Alek se volvió para mirar a Deryn, con su mirada de pronto encendida—. Está bien escondida. ¡Si nadie la encuentra, podemos regresar a escondidas y recogerla!

—Sí, tal vez.

—Dentro de una semana, supongo, cuando las cosas se hayan calmado un poco. ¡Por favor, di que me ayudarás!

—¡Ya me conoces, siempre estoy dispuesto a echarte una mano! —dijo Deryn, dándole un suave puñetazo en el hombro.

Aunque, francamente, a ella le pareció sin sentido. Los alemanes ya sabían que Alek estaba en Estambul, así que ¿para qué arriesgarse a que lo cogieran?

Al fin y al cabo era solamente una maldita carta.

# TREINTA Y CUATRO

—¡Caraculo! —exclamó Deryn—. ¡Yo que ya estaba soñando!

—Debemos irnos —dijo Alek.

Deryn refunfuñó. Había estado ayudando a Lilit con la Araña todo el día, transportando piezas y bandejas de caracteres de imprenta y le dolían todos los músculos de su cuerpo. Ahora entendía por qué los clánkers estaban siempre de mal humor: el metal era rematadamente pesado.

En su sueño había estado volando. No en una aeronave o en un Huxley sino con sus propias alas, ligera como una telaraña. Había sido fantástico.

—¿No podemos dejarlo para otra noche? Estoy molido.

—Hace una semana que ya dejamos el hotel, Dylan. Eso es lo que acordamos.

Deryn suspiró. De nuevo podía ver aquel brillo de desesperación en la mirada del muchacho. Se la veía cada vez que hablaba de su carta perdida, aunque no le decía por qué era tan rematadamente importante.

Alek apartó la manta de Deryn a un lado y esta saltó para taparse aunque dormía con su uniforme de mecánico, como siempre hacía ahora. Allí debía tener mucha precaución. Los pilotos que venían para entrenarse en el almacén de Zaven sentían todos mucha curiosidad por el extraño muchacho del fondo que no conocía ninguno de los idiomas del Imperio otomano. De modo que Deryn se pegó a Lilit, para trabajar en la Araña, y ayudó a Zaven en la cocina, aprendiendo los nombres de nuevas especias y cortando ajo y cebollas hasta que sus dedos apestaron.

—¡Déjame! —exclamó—. ¡Ya me levanto!

—Silencio. No quiero que los demás empiecen a preguntarnos adónde vamos.

—Sí, ya vale. Espera fuera un minuto.

Él dudó pero finalmente la dejó sola.

Deryn se cambió y se puso sus ropas, murmurando sobre los distintos defectos del carácter de Alek. Aquellos últimos días, a menudo hablaba sola: vivir entre clánkers la estaba volviendo loca. En lugar de los murmullos de bestias y el constante zumbido del flujo del aire, Deryn se pasaba los días rodeada del matraqueo de los engranajes y de los pistones. Su piel olía a grasa de motor.

De todas las máquinas con las que había trabajado la última semana, la Araña era la única por la que sentía algo de apego. Su danza de cuchillas y cinturones transmisores era tan elegante como cualquier ecosistema, un remolino de papel y tinta que convergía en pulcros fajos de información, y sus enormes patas se extendían como las ramas de un viejo árbol. Pero incluso aquella leve sugestión de una cosa

viva solo hacia que Deryn echase de menos su aeronave hogar mucho más.

Y todo ello por ayudar a un maldito príncipe.

Salió hacia el patio de entrenamiento, donde estaba el último grupo de caminantes, con sus lanzadoras de bombas de especias medio terminadas. Un *Genio* se alzaba sobre el resto, con sus poderosos brazos cruzados, sus boquillas aún húmedas por las pruebas. Puesto que también eran musulmanes, los árabes tenían una dispensa del sultán para armar a sus caminantes con cañones de vapor. El cañón no lanzaba proyectiles, pero, en caso de apuro, el *Genio* podía desaparecer entre una nube de humo blanco.

La puerta exterior del patio estaba entreabierta, apuntalada con una cuña. Deryn pasó por la rendija y encontró a Alek esperando en la calle.

Lilit también estaba allí, vestida con un elegante vestido europeo.

—¿Qué hace ella aquí?

Alek alzó una ceja.

—¿No te lo dije? Necesitamos a alguien que el personal del hotel no reconozca. Lilit alquiló una suite ayer.

—¿Y exactamente cómo va a ayudarnos?

—Mi habitación está en el piso superior, igual que la de Alek. A dos puertas de distancia. Y ambas habitaciones tienen terrazas —dijo Lilit.

Deryn frunció el ceño. Tenía que admitirlo, escalar por las terrazas era un poco más fácil que forzar la cerradura. Pero ¿por qué nadie le había contado el plan?

—Puedo escabullirme igual que vosotros dos —dijo la chica—. Pregúntale a Alek lo fácilmente que le seguí.

—Sí, ya me ha contado esa historia más de una vez —dijo Deryn—. Es solo que...

Intentó pensar qué decir. En realidad Lilit no era una mala opción. La muchacha tenía mucha mano con las máquinas y era igual de buena pilotando cualquiera de ellas que cualquier hombre. En cierto modo, estaba utilizando el mismo engaño que había utilizado Deryn, actuando como un hombre, sin fingir serlo, y ello era un tipo espléndido de anarquía, tenía que admitirlo.

Pero la muchacha tenía la costumbre de aparecer siempre que Alek y Deryn estaban solos, lo que era rematadamente fastidioso.

¿Por qué Alek no le había mencionado que ella también vendría? ¿Qué otros secretos le ocultaba acerca de ella?

—¿Es porque soy una chica? —preguntó Lilit con rigidez.

—Por supuesto que no —Deryn negó con la cabeza—. Solo es que estoy dormido.

Lilit se quedó allí, mirando una crucecita y esperando escuchar algo más. Pero Deryn únicamente se dio la vuelta y se encaminó hacia la parte elegante de la ciudad.

El Hotel Hagia Sophia estaba oscuro y silencioso, con una única luz de gas encendida sobre la puerta de entrada. Deryn y Alek observaron desde las sombras cómo Lilit entraba y el portero la saludaba al pasar.

—Es un poco idiota por nuestra parte tener que colarnos. ¿De veras crees que nos reconocerían? —susurró Deryn.

—No lo olvides —dijo Alek—. Si encuentran mi carta, entonces habrá una docena de agentes alemanes en el vestíbulo, día y noche.

Deryn asintió. Eso era muy cierto. Cualquier rastro de un príncipe austriaco desaparecido podría provocar mucho más alboroto que un taxi robado.

—Va a reunirse con nosotros ahí atrás.

Alek condujo a Deryn hacia una callejuela, donde la basura se amontonaba delante de la cocina de la puerta del hotel. Al parecer él y Lilit habían estado haciendo un montón de planes juntos.

Deryn apartó los celos de su cabeza. Era un soldado en una misión, no una estúpida jovencita soñando en un baile de pueblo.

Se acercó lentamente y echó un vistazo por una ventana. El interior estaba oscuro, los brazos inmóviles de un lavaplatos mecánico proyectaban unas extrañas sombras. Al cabo de unos pocos minutos, una forma silenciosa se deslizó entre la oscuridad y la puerta se entreabrió.

—Hay alguien en la recepción —susurró Lilit—. Y un hombre leyendo en el vestíbulo, así que guardad silencio.

Cuando entraron sigilosamente, los aromas de la comida llenaron el olfato de Deryn, tan deliciosos como recordaba de los dos días que había pasado allí. Cuencos de dátiles y albaricoques y pálidas patatas amarillas se amontonaban en una nudosa mesa de madera, una hilera de berenjenas de color púrpura brillaba en la oscuridad, esperando que los resplandecientes cuchillos la cortasen.

Pero el olor a paprika le provocó una mueca. Zaven le había ordenado estar todo el día mezclando bombas de especias y a Deryn aún le dolían los ojos.

Lilit los condujo desde la cocina hasta un oscuro y vacío comedor. Todas las mesas estaban dispuestas, con las servilletas pulcramente dobladas como si los huéspedes estuviesen a punto de llegar y Deryn sintió el mismo escalofrío que siempre sentía cuando estaba en lugares elegantes.

—Hay una escalera trasera para el servicio —susurró Lilit, dirigiéndose hacia una pequeña puertecilla que estaba en la pared del fondo.

La escalera era estrecha, estaba oscura como la boca del lobo y se quejaba a cada paso. La madera clánker siempre sonaba tan antigua e infeliz, como las tías de Deryn en una húmeda mañana de invierno. Ella suponía que era lo que sucedía por cortar árboles en lugar de fabricar tu propia madera.

Los tres subieron lentamente intentando no hacer ruido y, unos interminables

minutos después, Lilit los condujo a un amplio pasadizo que ya les era familiar.

Deryn sintió un ligero escalofrío cuando pasó ante la habitación de Alek. ¿Y si alguien había encontrado su carta y ahora media docena de agentes clánkers estaban esperando dentro?

Lilit se detuvo dos puertas después, bastante alejadas entre sí, y sacó una llave. Un momento después, todos estaban en una suite tan elegante como la de Alek. Deryn se preguntó otra vez por qué aquella carta era tan rematadamente importante. ¿Era realmente necesario gastar tanto dinero en aquella suite, un dinero que podría haber ido a parar a los caminantes del comité?

Lilit señaló con el dedo:

—La terraza.

Deryn cruzó la habitación y salió al frío aire de la noche. Allí, en el piso superior, las terrazas eran casi tan amplias como las propias suites. Era bastante fácil pasar de una a otra, con el tipo de saltos que un aviador hacía cada día.

No obstante, se volvió a Alek y susurró:

—Si me hubieseis contado el condenado plan hubiese traído un cabo de seguridad.

Él sonrió.

—¿Es que ya has perdido tu sensibilidad aérea?

—Casi —Deryn puso un pie sobre la barandilla con las manos extendidas para guardar el equilibrio.

Alek se volvió hacia Lilit.

—Quédate aquí. Puede que haya alguien dentro esperándonos.

—¿Es que crees que no sé luchar?

Deryn hizo una pausa antes de saltar, intrigada por saber qué le respondería Alek. ¿Estaba el muchacho más preocupado por la seguridad de Lilit que por la suya propia? ¿O es que no quería que una simple chica le ayudase?

Ambas cosas eran totalmente enojosas.

—No es que no sepas luchar —dijo él—. Pero si te capturan, alguien podría reconocer que eres la hija de Zaven. Y eso conduciría a la policía directamente al almacén.

Deryn parpadeó, tal vez era que Alek estaba siendo sensato.

—¿Y si os capturan a los dos? —preguntó Lilit.

—Entonces deberéis derrocar al sultán y liberadnos.

Lilit se enfurruñó un poco, pero asintió con la cabeza.

—Id con cuidado, los dos.

—No te preocupes por nosotros —dijo Deryn, y saltó.

Aterrizó en el otro balcón con un ruido apagado y luego esperó para echarle una mano a Alek. El muchacho saltó con un aspecto sombrío en su cara, y su mano

temblaba un poco cuando ella la cogió para ayudarle a recuperar el equilibrio.

—¿Quién ha perdido ahora su sensibilidad aérea? —susurró.

—Bueno, esto está bastante alto.

Deryn soltó un bufido. Después de hacer equilibrios a mil pies de altura, media docena de pisos no era nada. Deryn cruzó la terraza, se encaramó en la otra barandilla y saltó otra vez, sin casi siquiera mirar al suelo.

Hizo un gesto a Alek para que esperase mientras ella miraba en el interior.

La habitación estaba a oscuras y no se veía a nadie. Deryn introdujo su navaja marinera en la rendija que había entre las puertas para alzar el pasador, las abrió y escuchó: nada.

Se deslizó en el interior y se escabulló sin hacer ruido hacia las puertas del dormitorio. La cama estaba vacía y el cubrecamas y la almohada impecable, sin una arruga. Si alguien había registrado aquella habitación, los del hotel la habían limpiado después.

De hecho, toda la suite tenía el mismo aspecto que Deryn recordaba: las plantas en macetas, la banqueta para los pies favorita de Bovril, el diván bajo donde ella había dormido mientras Alek roncaba en la comodidad del esplendoroso dormitorio.

Escuchó un ruido sordo y se dio rápidamente la vuelta: era Alek que estaba entrando desde la terraza. Sacó un destornillador de su bolsillo y se dirigió directamente hacia la brillante centralita de latón que había en la pared.

—¿Este aparato no es para llamar a recepción? —susurró ella.

Durante los dos días que había estado allí, Alek había usado la centralita para hacer que les trajesen manjares deliciosos como por arte de magia.

—Sí, claro. Pero no voy a activarla.

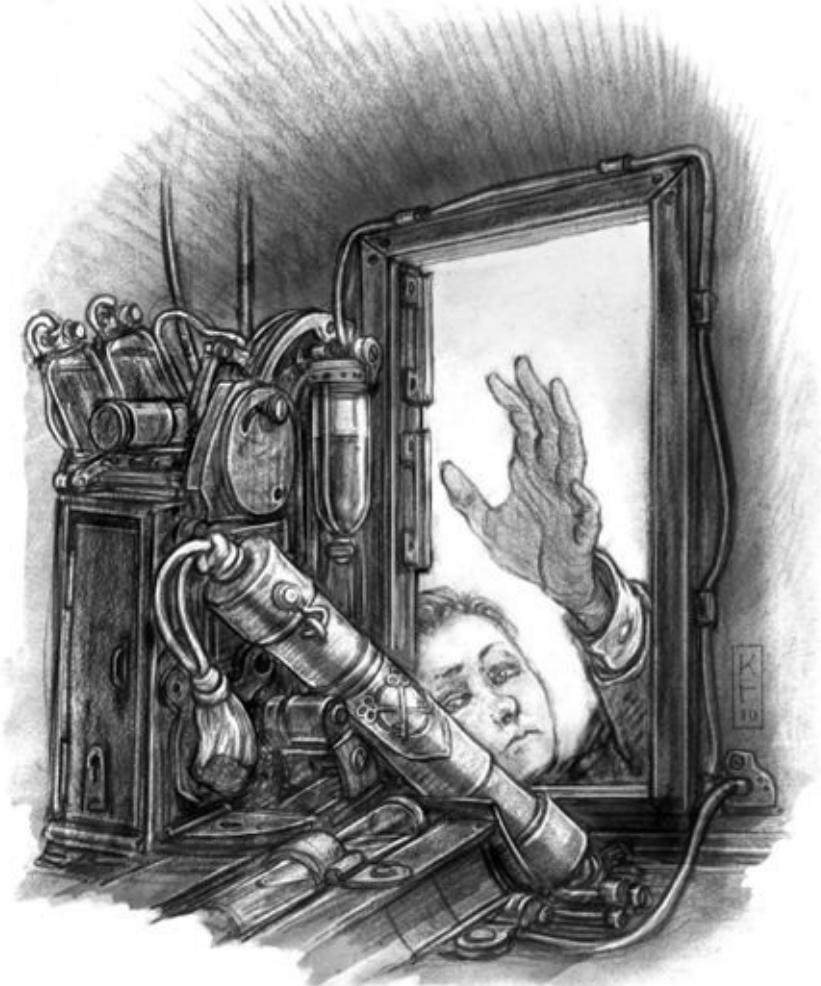
Hizo girar los dedos y pronto el panel frontal se deslizó entre sus manos. Depositó el panel cuidadosamente en el suelo e introdujo la mano en las entrañas de aquel aparato. De entre aquella maraña de cables y campanillas, sacó un largo cilindro de piel.

Deryn dio un paso adelante, intentando ver algo en la oscuridad.

—Es mi carta —dijo Alek—. Está en un estuche de pergaminos.

—¡Un estuche de pergamo! ¿Alguien te envió un maldito pergamo?

Alek no respondió, deslizando de nuevo el destornillador en su bolsillo.



—Sí, lo sé: alto secreto —murmuró ella, yendo hacia la puerta delantera de la suite—. Podríamos ir por el corredor. No tiene ningún sentido poner a prueba otra vez tu sensibilidad aérea.

Deryn apretó una oreja contra la puerta: no se escuchaba nada. Pero cuando le miró de nuevo, Alek aún estaba en el mismo sitio, con una expresión pensativa en su rostro.

—¿Has olvidado algo más? —susurró ella—. ¿Otro pergamo? ¿Un lingote de platino?

—Dylan —dijo el muchacho en voz baja—, antes de que nos reunamos con Lilit, debería decirte algo.

Deryn se quedó inmóvil, con la mano en el pomo de la puerta.

—¿Algo sobre ella?

—¿Sobre Lilit? ¿Por qué yo...? —empezó Alek, pero a continuación su expresión cambió a una sonrisa—. Ah, te has interesado por ella.

—Sí, un poco.

Alek rio sin hacer demasiado ruido.

—Bueno, es bastante bonita.

—Sí, supongo.

—Pensaba en cuándo tú te ibas a dar cuenta. Has sido un poco memo sobre eso. Y

ella ha estado intentando por todos los medios que te dijeses cuenta.

—¿Para que yo me dé cuenta? Pero ¿por qué...? —Deryn frunció el ceño—. ¿De qué estamos hablando exactamente?

Alek puso los ojos en blanco.

—¡Sigues siendo un completo estúpido! ¿Es que no te has dado cuenta de lo mucho que le gustas?

Deryn se quedó con la boca abierta pero sin saber qué decir.

—No pongas cara de estar tan sorprendido —dijo Alek—. Le gustas desde el principio. ¿Acaso crees que te ha hecho trabajar en la Araña por tus habilidades mecánicas?

—Pero... pero yo pensaba que tú y ella...

—¿Yo? Ella cree que soy un aristócrata completamente inútil —Alek negó con la cabeza—. Realmente eres un memo de veras.

—Pero yo no puedo gustarle —dijo Deryn—. ¡Soy un... maldito aviador!

—Sí, ella cree que también es bastante romántico. Supongo que eres un poco fanfarrón, y que de todos modos tampoco eres feo.

—¡Oh, venga, déjalo ya!

—De hecho, cuando te conocí pensé: vaya, quiero ser como este chico, me gustaría ser como él si no hubiese nacido como un desahuciado príncipe.

Deryn se quedó mirando a Alek, que a todas luces estaba disfrutando de lo lindo, con los ojos brillantes por la risa que bailaba en sus mejillas y que intentaba contener.

Le daban ganas de darle un buen puñetazo, pero aun así...

—¿De veras crees que soy guapo? —preguntó.

—Yo diría que seductor, estoy seguro. Y ahora que eres el autor intelectual de una nueva idea para la revolución, los afectos de Lilit están bastante fuera de control.

Deryn gruñó, sacudiendo la cabeza. Tenía que detener todo aquello antes de que se volviese rematadamente complicado.

—¿Y si discutimos de tu vida romántica en otro momento? —Alek alzó el estuche del pergamo—. Tengo que hablarte de esto.

Deryn se lo quedó mirando en silencio, intentando obligar a su mente a que dejase de dar vueltas. Ya se las apañaría con Lilit. Era solamente una cuestión de... bueno, no de decirle la verdad, por supuesto, sino de decirle algo amable.

Después de todo, era cierto que a las mujeres les gustaba la fanfarronería de los aviadores, el señor Rigby siempre lo decía. Formaba parte de ser soldado. En realidad, parte de ser un chico. Podría inventarse una historia de una chica que le esperaba en su país...

—Está bien, entonces —finalmente consiguió decir Deryn—. ¿Qué es tan rematadamente importante sobre tu pergamo?

—Bueno, la cuestión es esta —Alek inspiró profundamente—. Junto con nuestra

revolución, que estamos haciendo aquí en Estambul, creo que esta carta podría poner fin a la guerra.

# TREINTA Y CINCO

El muchacho solo se lo quedó mirando, de nuevo sin mediar palabra.

Allí de pie en la oscuridad, Alek podía escuchar los latidos de su propio corazón resonando en sus oídos. Decir aquellas primeras palabras le había costado toda la determinación que poseía.

Pero ahora que Volger se había ido, guardar el secreto él solo era una carga demasiado pesada. Y Dylan le había demostrado lealtad más de una docena de veces.

—Es del Santo Padre —dijo Alek, alzando el estuche del pergamino.

Deryn tardó un momento en comprenderlo, pero luego dijo:

—¿Te refieres al Papa?

Alek asintió.

—Cambia todas las condiciones del matrimonio de mis padres y me nombra heredero de mi padre. Creo que te he estado mintiendo, no soy solo un príncipe.

—¿Entonces eres... archiduque?

—Soy el archiduque de Austria-Este, príncipe real de Hungría y Bohemia. Cuando mi tío abuelo muera, tal vez yo pueda detener esta guerra.

Deryn abrió mucho los ojos, poco a poco.

—¡Porque entonces tú serás el maldito emperador!

Alek suspiró, yendo hacia el gran sillón de brazos tapizados con borlas que había sido su favorito. Se dejó caer en él, de pronto exhausto.

Echaría de menos aquella habitación de hotel, con todo su esplendor levantino. En la semana que se había ocultado allí se sintió... al mando, por primera vez en su vida, sin tutores o mentores a quienes complacer. Pero ahora se había unido a un comité de revolucionarios y tenía que discutir todos y cada uno de los detalles.

—Es complicado. Francisco José ha nombrado a otro sucesor, pero eligió a mi padre primero —Alek miró las llaves cruzadas que había sobre el estuche de piel, un signo de la autoridad papal que ningún fiel austriaco podía pasar por alto—. Este documento puede poner la sucesión en duda si la guerra va mal y la gente quiere cambiar. Mi padre solía decir: «Un país con dos reyes siempre flaqueará».

—Sí —estuvo de acuerdo Deryn, acercándose—. ¡Y si aquí estalla una revolución, entonces los alemanes estarán completamente solos!

Alek sonrió.

—No eres tan memo después de todo, ¿verdad?

Deryn apoyó un brazo en el sillón, con aspecto de estar confundido y asombrado.

—Perdóneme su *principiedad*, pero todo esto ya es demasiado para mí. Primero

me cuentas lo de ella... —Deryn hizo un gesto con la mano en dirección de la habitación de Lilit—. Y ahora esto.

—Lo siento. Nunca he pretendido mentirte, Dylan. Pero me enteré de lo de esta carta la noche misma que te conocí. Todo esto aún es bastante raro para mí.

—¡Pues para mí también es rematadamente raro! —dijo Deryn, poniéndose de pie de nuevo y paseando por la habitación—. Terminar esta maldita guerra solo con un trozo de papel, aunque sea un elegante pergamo... ¿Quién va a creer que es real?

Alek asintió. Él se sintió de la misma forma cuando Volger le mostró la carta. Parecía un objeto demasiado insignificante para cambiar tanto. Pero aquí, en Estambul, Alek había empezado a comprender lo que significaba realmente aquel pergamo. El *Leviathan* había sido llevado hasta la cima de aquella montaña y luego le había traído hasta allí. Le correspondía a él, Aleksandar de Hohenberg, terminar la guerra que la muerte de sus padres había iniciado.

—Volger dice que el propio Papa me respaldará, mientras yo mantenga esta carta en secreto hasta que mi tío abuelo fallezca. El emperador cumplió ochenta y cuatro años la semana pasada. Puede morir el día menos pensado.

—¡Caramba! ¡No me extraña que los alemanes estén tan empecinados en atraparte!

—Ciento. Eso hace que todo sea más peligroso —Alek miró el estuche del pergamo—. Por esta razón hemos tenido que regresar aquí otra vez. Y porque estoy dispuesto a negociar con el oro de mi padre para hacer que la revolución del comité funcione. Lo que hagamos aquí puede cambiarlo todo.

Deryn dejó de pasear por la habitación, con los puños apretados como si estuviese luchando por su cuenta con alguien secreto.

—Gracias por confiar en mí, Alek —la muchacha miró al suelo—. Yo no siempre he confiado en ti. No en todo.

Alek se levantó del sillón y se acercó a Deryn. Apoyó las manos en los hombros de la muchacha.

—Sabes que puedes confiar en mí, Dylan.

—Sí, eso creo. Y hay algo que debería contarte. Pero tendrás que jurarme que no se lo contarás a nadie más, ni a Lilit, ni al comité. A nadie.

—Yo siempre guardaré tus secretos, Dylan.

La muchacha asintió lentamente.

—Este es un poco más complicado que los demás.

Guardó silencio de nuevo y la pausa se alargó.

—¿Se trata de tu misión aquí, verdad?

Deryn dejó escapar un suspiro, un sonido de alivio y cansancio.

—Sí, supongo que sí. Nos enviaron como avanzadilla para sabotear las redes *antikraken* del estrecho. Todo ello formaba parte del plan de la doctora Barlow desde

el principio.

—Pero tus hombres fueron capturados —Alek hizo un gesto preocupado con la cabeza.

—Mis hombres fueron capturados, pero hicimos nuestro trabajo. Ahora mismo aquellas redes están siendo devoradas por minúsculas bestias. Y está sucediendo tan lentamente que los otomanos no se darán cuenta hasta que ya sea demasiado tarde.

—De modo que vosotros los británicos no estáis esperando a que el sultán se una a la guerra. Vosotros queréis asestar el primer golpe.

—Sí, dentro de tres semanas. La doctora Barlow dice que las redes entonces ya estarán hechas trizas. Cuando vuelva a haber luna nueva, por la noche, el *Leviathan* guiará a una nueva bestia por el estrecho. Es la criatura compañera del *Osman*, el barco que Lord Churchill robó a los otomanos. ¡Se llama *Behemoth*, y es condenadamente grande, como el mundo jamás ha visto antes nada igual! Los días de los acorazados alemanes están contados.

Alek apretó más fuerte contra su pecho el estuche del pergamo. El punto más débil de los planes del comité siempre habían sido los acorazados alemanes. Pero con una especie de monstruo de la Marina Real de camino, los escollos disminuirían considerablemente.

—Esto es exactamente lo que necesitamos, Dylan. ¡Tenemos que contárselo al comité!

—No podemos —dijo Deryn—. Confío en Zaven y su familia, pero hay cientos de personas más implicadas. ¿Y si uno de ellos es un espía clánker? ¡Si los alemanes averiguan que el *Leviathan* está de camino, el *Goeben* podría sorprenderle en cualquier parte con su cañón Tesla cargado!

—Por supuesto —Alek se estremeció ligeramente, al recordar el relámpago recorriendo todo su cuerpo—. Pero ¿y el plan de Zaven? Va a dirigir caminantes cargados con bombas de especias contra los acorazados. Klopp dice que es una locura.

—Sí, una completa estupidez —dijo Deryn—. ¡Pero no se lo digas a Zaven! Si ellos atacan durante la noche de luna nueva, el *Goeben* se hundirá antes de que siquiera lleguen hasta allí.

Alek asintió lentamente con la cabeza, pensando bien en todo aquello. En una intensa batalla por la ciudad, el sultán enviaría a sus caminantes a las calles y confiaría a los buques de guerra alemanes la protección del palacio. Pero si los buques iban a parar al fondo del océano, la revolución se podría acabar en una sola noche. Miles de vidas podrían salvarse.

Por supuesto, si se tenía que proceder al ataque en una oscuridad total, aquello significaría que los pilotos del comité deberían entrenarse para conducir los caminantes por la noche. Ya le había explicado los principios a Lilit y los había

captado bastante deprisa. Más que nada, les daría a los revolucionarios otra ventaja más.

—Le ordenaré a Klopp que les diga que ha cambiado de opinión, que cree que bombardear el *Goeben* con especias funcionará. Lo más probable es que refunfuñe un poco, pero hará lo que se le ordena. Aunque ¿cómo haremos para que el comité elija precisamente esa noche?

—Klopp les dirá que es mejor atacar a los acorazados en plena oscuridad.

Deryn se encogió de hombros.

—Entonces les indicaremos que el 19 de septiembre es luna nueva y dejaremos que decidan por su propia cuenta —Alek sonrió—. Y con tus encantos masculinos podrás convencer a Lilit de que abogue por nosotros.

Deryn puso los ojos en blanco y se puso roja como un tomate.

—Hablando de secretos, tampoco le contarás a Lilit nada sobre *esta* conversación, ¿verdad? Solo complicaría las cosas.

Alek se echó a reír. El muchacho siempre había oído que los darwinistas eran bastante fracos sobre los temas de biología, hasta el punto de llegar a ser vulgares. Sin embargo, Dylan parecía completamente avergonzado al hablar de todo aquello, más como un colegial que un soldado.

Era divertidísimo.

—Como te he dicho, todos tus secretos están a salvo conmigo.

—Sí, bien, entonces —Deryn dudó—. Y... ¿tú estás completamente seguro de que le gusto yo y no tú?

Alek soltó una carcajada.

—Eso espero. Al fin y al cabo si nos gustásemos, tendría que poner tierra de por medio.

—¿A qué te refieres?

—Por el amor de Dios, Dylan. Lilit es una *plebeya*, muchísimo más normal de lo que era mi madre —Alek alzó el estuche del pergamo—. Crecí sin saber que esto podría suceder. Sin saber quién era en realidad y siempre pensando lo fácil que sería para todo el mundo si yo no hubiese nacido. Jamás les haría yo esto a mis hijos, ni en mil años.

Deryn se quedó mirando fijamente el estuche del pergamo con tristeza.

—Debe de ser duro ser príncipe.

—Ya no, gracias a esto —Alek dio una palmada al hombro de Dylan de nuevo, feliz de que su único amigo de verdad supiera su secreto—. Salgamos de aquí. Debemos planear una revolución.

Lilit abrió la puerta de la otra habitación con la preocupación reflejada en su rostro.

—Habéis tardado mucho los dos. Pensaba que os habíais metido en algún lío.

—Hemos estado conversando un poco —Alek hizo un guiño a Deryn y luego alzó el estuche del pergamiento—. Pero lo encontramos.

Lilit los miró a ambos intrigada y Deryn se volvió azorada y se dirigió hacia la escalera de servicio.

Alek se encogió de hombros mirando a Lilit y después le siguió.

Mientras bajaban por las escaleras, parecía que el hotel empezaba a despertar a su alrededor. Los ascensores de vapor hacían ruido y siseaban, acumulando presión para soportar el tráfico matutino, y pronto un chasquido se oyó desde abajo.

Deryn se detuvo y alzó una mano.

—Los cocineros aún están en la cocina. No podemos salir por allí.

—Entonces salgamos directamente por las puertas del vestíbulo —dijo Lilit—. Si nadie ha encontrado tu carta, entonces no habrá agentes alemanes por los alrededores.

—¡Sí, pero a nosotros nos buscan por ladrones de taxis! —dijo Deryn.

Alek negó con la cabeza.

—Todo saldrá bien. Saldremos por la puerta antes de que nadie nos mire dos veces.

—Intentad no parecer sospechosos —dijo Lilit, abriendo de un codazo la puerta del salón comedor.

Los condujo hacia las mesas vacías, con un paso tan seguro de sí mismo como si fuese la propietaria del hotel. Un joven con un fez alzó la vista de la cubería de plata que estaba limpiando pero no dijo ni una palabra.

Pasaron por su lado y se encaminaron hacia el vestíbulo, que estaba vacío, excepto por un turista de aspecto bastante andrajoso esperando a que le diesen una habitación...

El hombre alzó la vista de su periódico, sonrió y los saludó con la mano.

—Ah, príncipe Alek —llamó—. Pensé que estaría en alguna parte, por los alrededores.

Alek iba a dar otro paso pero se quedó paralizado: era Eddie Malone.

# TREINTA Y SEIS

—Por supuesto que nunca le tomé por un ladrón de coches —dijo Malone, removiendo su café—. Pero luego escuché el nombre de aquel hotel.

Alek no respondió, solamente miraba su taza en silencio. La negra superficie de líquido se movía brillante, reflejando las formas danzantes de los títeres de sombras chinas de la pantalla que tenía tras él.

El reportero les había conducido a un café, muy alejado de las miradas curiosas del personal del hotel. Cada mesa tenía su minúscula máquina de juegos y el lugar estaba oscuro y casi vacío, los pocos clientes estaban todos absortos en sus propios títeres. Pero Alek sentía como si las paredes tuviesen oídos.

Tal vez eran los redondos ojos de la rana mirándole desde el otro lado de la mesa.

—El nombre de mi madre —dijo él en voz baja—. Claro.

Malone asintió.

—He estado buscando todos los indicadores de los hoteles desde entonces e investigando. ¿El Hotel Dora? ¿El Hotel Santa Petra? ¿El Ángel? —soltó una risa sofocada—. Y después oí que unos alemanes que estaban en el Hagia Sophia robaron un taxi. Entonces el nombre de Sofía empezó a sonar en mis oídos.

—Pero ¿cómo supo que debía llamarme *príncipe*? No soy el único austriaco con una madre llamada Sofía —dijo Alek.

—Eso es lo que yo pensaba hasta que empecé a investigar a aquel tipo, el conde Volger. Él y vuestro padre eran viejos amigos, ¿no es cierto?

Alek asintió con la cabeza, cerrando los ojos. Estaba rendido y aún tenía por delante otro largo día de trabajo, volver a pensar en toda una revolución.

—¡Pero robamos aquel taxi hace ya siete malditos días! —dijo Deryn—. ¿Es que ha estado sentado en aquel vestíbulo todo este tiempo?

—Por supuesto que no —dijo Malone—. Estuve tres días cavilando, luego otros tres para descubrir quién era el conde Volger. Prácticamente acabo de llegar.

Alek hizo una ligera mueca. Solo con que hubiesen ido a recuperar la carta un día antes, tal vez nunca habrían vuelto a ver a aquel hombre.

—Cuando todo encajó, solo era cuestión de volver a encontrarle de nuevo —Malone sonreía de oreja a oreja—. ¡Un príncipe perdido, el muchacho cuya familia desencadenó la Gran Guerra! Es la historia más importante que he cubierto.

—¿Lo matamos ahora? —preguntó Lilit.

Malone la miró con curiosidad; por lo visto no había entendido su alemán. Sacó su cuaderno de notas.

—¿Y usted quién es, señorita?

Lilit le miró con los ojos entornados y Alek respondió a toda prisa:

—Lo siento pero esto no es asunto suyo, señor Malone. No vamos a responder ninguna de sus preguntas.

El hombre alzó su libreta.

—¿De modo que tendré que publicar mi historia con un montón de preguntas sin respuesta? ¿Y tan pronto? ¿Digamos... mañana?

—¿Nos está haciendo chantaje, señor Malone?

—Por supuesto que no. Solo es que no me gustan los cabos sueltos.

Alek sacudió la cabeza y suspiró.

—Escriba lo que le dé la gana. Los alemanes ya saben que estoy aquí en Estambul.

—Interesante —dijo Malone, garabateando en la libreta con su lápiz—. ¿Lo ve? ¡Ya está añadiendo más contexto! Pero lo que es realmente interesante es que el joven Dylan esté con usted. ¡Los otomanos se sorprenderán al saber que uno de los saboteadores del *Leviathan* escapó!

Por el rabillo del ojo, Alek vio que Dylan apretaba los puños.

Pero Malone ya había vuelto a poner su mirada sobre Lilit.

—Y luego está la cuestión de vuestros nuevos amigos revolucionarios. Eso también puede despertar bastante interés a según quién.



«JUEGO DE SOMBRAS EN EL SHISHA BAR».

—Tengo el cuchillo preparado —dijo Lilit en voz baja en alemán—. Solo dime cuándo.

—Señor Malone —intervino Alek—, tal vez pueda convencerle de que posponga la publicación de su historia.

—¿Cuánto tiempo necesitan? —dijo el hombre con su lápiz aún en posición de escritura.

Alek suspiró. El hecho de dar a Malone una fecha no haría más que revelar más datos acerca de sus planes. Pero debían engañar a aquel hombre con algo. Si los otomanos se enteraban de que un saboteador darwinista estaba trabajando con revolucionarios en el mismísimo Estambul, tal vez empezarían a atar cabos y descubrirían el plan de la doctora Barlow.

Alek miró a Deryn pidiendo ayuda.

—¿No lo ve, señor Malone? —dijo el chico—. Si usted nos delata, entonces la historia se acaba. ¡Pero si solo espera un *poquitín*, entonces será muchísimo más interesante, se lo prometemos!

Malone se recostó en su asiento, tamborileando sus dedos sobre la mesa.

—Bueno, supongo que les puedo dar más tiempo. Envío mis historias mediante charranes. Tardan cuatro días en cruzar el Atlántico. Y puesto que uso aves, los alemanes no podrán escucharlas mediante su magnífica nueva torre de radiotelégrafos.

—Con cuatro días apenas... —empezó Alek, pero Deryn le sujetó el brazo.

—Perdone, señor Malone —dijo Deryn.

—¿De qué torre de radiotelégrafos está usted hablando?

—La grande, la que están acabando —Malone se encogió ligeramente de hombros—. Se supone que tiene que ser un secreto, pero la mitad de los alemanes en esta ciudad están trabajando en ella. Dicen que tiene su propia central eléctrica.

Deryn abrió mucho los ojos.

—¿Esta torre está en alguna parte con una línea de ferrocarril cerca?

—He oído que está en alguna parte en los acantilados, por donde las viejas vías siguen la línea del agua —Malone entornó los ojos—. ¿Qué tiene esto de interesante?

—¡Arañas chaladas! —murmuró Deryn—. Debería haberme dado cuenta la primera noche que estuve aquí.

Alek se quedó mirando al chico, recordando la historia que le contó sobre la noche de su llegada. Durante un breve recorrido, Deryn montó en secreto en el *Orient Express*, el medio de transporte que los alemanes estaban utilizando para sacar componentes a escondidas de la ciudad..., componentes eléctricos.

Finalmente las piezas encajaban.

—¿Con su propia central eléctrica? —preguntó Alek.

Eddie Malone asintió, mirando alternativamente a uno y a otro.

Alek sintió como si un dedo helado se deslizase por su columna vertebral. Una simple torre de transmisión no necesitaba tanta potencia. El *Leviathan* estaba volando directamente hacia el desastre.

—¿Puede darnos un mes? —preguntó a Malone.

—¿Todo un mes? —el reportero soltó un bufido—. Mis editores me enviarán a casa en una bolsa de la compra. Tenéis que darme *algo* sobre lo que escribir.

Deryn se enderezó en su asiento.

—Muy bien entonces, tengo una historia para usted. Y cuanto antes la publique, mejor. Aquella torre de radiotelégrafos...

—¡Espera! —dijo Alek—. Yo tengo algo mejor. ¿Qué me dice de una entrevista con el príncipe perdido de Hohenberg? Le contaré todo sobre la noche que abandoné mi casa, cómo escapé de Austria y me dirigí a los Alpes. Quién pienso que mató a mis padres y por qué. ¿Le parece que eso le mantendrá suficientemente ocupado, señor Malone?

El lápiz del hombre estaba garabateado y su cabeza asentía furiosamente. Deryn se quedó mirando a Alek con la sorpresa reflejada en sus ojos.

—Pero con una condición: No puede mencionar a ninguno de mis amigos —dijo Alek—. Únicamente deberá decir que estoy oculto en las montañas en alguna parte, solo.

El hombre hizo una pausa y se encogió de hombros.

—Lo que quiera, mientras también pueda hacerle algunas fotografías.

Alek se estremeció... Por supuesto el periódico de Malone era del tipo de prensa que publicaba fotografías. ¡Qué extremadamente vulgar!

Pero no pudo hacer otra cosa que asentir.

—Señor Malone —dijo Deryn—, aún hay otra cosa...

—Esta noche no —dijo Alek—. Lo siento pero todos nosotros estamos bastante cansados, señor Malone. Estoy seguro de que lo comprende.

—Ustedes no son los únicos —el reportero se levantó, estirando los brazos—. He estado en el vestíbulo toda la noche. ¿Nos encontramos mañana en el café de siempre?

Alek asintió y Malone recogió sus cosas y se marchó, sin siquiera ofrecerse a pagar su café.

—Todo esto es por mi culpa —dijo Lilit cuando el hombre se hubo marchado—. Lo vi cuando te seguí aquel día. Debería haberle reconocido cuando subí.

Alek negó con la cabeza.

—No. Yo soy el único suficientemente idiota como para implicar a un reportero en mis asuntos.

—No importa de quién sea la culpa, deberíamos haberle contado lo del... —empezó a decir Deryn. Entonces dudó, mirando a Lilit.

Ella agitó una mano desdeñosamente.

—El comité ya sabe todo lo de esta torre. Hemos estado observando cómo los alemanes la han estado construyendo durante meses, preguntándonos lo que podría ser, hasta que Alek vino y nos lo explicó todo.

—¿Eso hice? —preguntó Alek, y luego recordó su primer día en el almacén.

Nene no había creído ni una palabra de lo que había dicho... hasta que mencionó el cañón Tesla. Entonces la anciana se mostró bastante interesada, haciéndole un sinfín de preguntas: cómo se llamaba, cómo funcionaba y, si podía usarse contra los caminantes.

—Pero yo pensé que estábamos hablando del *Goeben*.

—¿Por qué no me contasteis que el sultán tenía otro cañón Tesla?

—Eso apenas importa, porque dijiste que no podía afectar a nuestros caminantes —la muchacha frunció el ceño mirando a Deryn—. Pero sí que puede derribar aeronaves, ¿verdad?

Esta carraspeó, pero solo se encogió de hombros.

—Y ambos os habéis puesto pálidos solo con pensar en ello —dijo Lilit.

—Sí, bueno, ya sabe —dijo Deryn—. Estos artefactos suponen riesgos profesionales, cuando eres un aviador.

Lilit se cruzó de brazos.

—¡Y tú ibas a contarle a aquel reportero qué era en realidad aquella «torre de radiotelégrafo», para avisar a tus amigos darwinistas! —y se volvió hacia Alek—. ¡Y tú estás dispuesto a airear los secretos de tu familia solo para alejar a Dylan de los periódicos! Hay algo que los dos no me estáis contando.

Alek suspiró. Lilit podía ser fastidiosamente perspicaz a veces.

—¿Debo pedirle a mi abuela que me ayude a averiguarlo? Ella es muy buena resolviendo acertijos.

Alek se volvió a Deryn.

—Deberíamos contárselo todo.

Deryn levantó los brazos en señal de rendición.

—De acuerdo, pero es que ya no vale la pena. ¡Tenemos que detener todo el plan! Lo único que tienes que hacer es contarle a Malone lo del cañón Tesla. Cuando todo esto esté en los periódicos, el almirantazgo sabrá que el plan es demasiado peligroso.

—No podemos —dijo Alek—. ¡La revolución fracasará sin la ayuda del *Leviathan*!

—¿No ves que jamás lo conseguirán? Si aquel cañón tiene su propia central eléctrica, tiene que ser rematadamente *enorme*.

Alek abrió la boca, pero no pudo encontrar las palabras para discutir. Ahora ya no había forma de hacer volar una aeronave sobre Estambul, no con un cañón Tesla gigante dominando toda la ciudad.

Lilit soltó un suspiro de exasperación:

—Bueno, puesto que ninguno de vosotros, chicos, se toma la molestia de explicarse, permitidme.

Alzó una mano, enumerando los puntos con sus dedos.

—Uno, el *Leviathan* claramente está de regreso a Estambul, o si no os daría igual este cañón Tesla. Dos, cualquier cosa, lo que sea, puede ayudar a la revolución, como Alek dijo. Y tres, todo esto tiene que ver con tu misión secreta.

Ella dudó un momento, mirando a Dylan.

—Tus hombres fueron capturados cerca de las redes *antikraken*, ¿cierto?

Alek abrió la boca de nuevo, con la intención de interrumpirla antes de que la muchacha averiguase la verdad. Pero Lilit le hizo guardar silencio con un gesto de la mano.

—Todo el mundo cree que tu misión fracasó, pero no saben que a ti no te capturaron —los ojos de la muchacha mostraron su sorpresa—. ¡Planeáis traer al *kraken* por el estrecho!

Deryn tenía un aspecto miserable, pero solamente asentía.

—En realidad no es un *kraken*, pero sí algo parecido. Y también era un buen plan. ¡Pero ahora todo se ha ido al garete! Tenemos que contarle a Malone lo del cañón, o advertir al almirantazgo de alguna otra forma.

—¡Pero si esto es perfecto! —dijo Lilit.

—¿Perfecto en qué sentido, exactamente? —exclamó Deryn—. ¡Este cañón es una trampa mortal y el *Leviathan* se dirige directamente hacia él! ¡Es mi nave de lo que estamos hablando!

—También estamos hablando de la liberación de mi pueblo —dijo Lilit susurrando con sus ojos fijos en los suyos—. Juro que el comité tratará este problema.

—Pero mi misión debía ser alto secreto —hizo un gesto negativo con la cabeza—. ¡No puedo ir y soltárselo a un montón de estúpidos anarquistas!

—Entonces no se lo contaremos a nadie más —dijo Lilit—. Solo lo sabremos nosotros tres.

Alek frunció el ceño.

—Los tres no podemos destruir un cañón Tesla.

—¡No, no podemos! Pero... —Lilit alzó una mano y cerró fuertemente los ojos un momento—. Mi padre planea liderar él mismo el asalto al *Goeben*, con cuatro caminantes. Pero si el *Leviathan* y su monstruo marino pueden ocuparse de los acorazados, contaremos con estos caminantes de repuesto. De modo que la noche de la revolución se lo explicaremos todo a mi padre y luego nos dirigiremos a los acantilados y derribaremos ese cañón Tesla.

—Alguien puede descubrirlo —dijo Deryn.

—¿Y si solo utilizamos pilotos en los que confiamos? —preguntó Alek—. El caminante de Lilit, el mío, el de Klopp y el de Zaven. Nadie más tiene por qué saber qué está sucediendo.

Lilit se encogió de hombros.

—Nadie más se ha presentado voluntario para luchar contra el *Goeben*, después de todo.

Deryn se los quedó mirando a ambos con una mirada de terror en sus ojos.

—Pero... ¿y si fracasamos? —murmuró—. Arderán todos.

Lilit alargó la mano sobre la mesa y cogió su mano entre las suyas.

—No fallaremos —respondió ella—. Nuestra revolución depende de vuestra nave.

Deryn se quedó mirando las manos de Lilit un momento y después miró con impotencia a Alek.

—Es la única forma de que ellos pueden ganar —dijo Alek simplemente—. Y la única forma para que puedas completar tu misión. Tus hombres se sacrificaron por esto, ¿verdad?

—Oh, no podías callarte —dijo la muchacha con un quejido, recuperando sus manos de la sujeción de Lilit—. Sí, vale, entonces. ¡Pero será mejor que vosotros, malditos anarquistas, no os hagáis un lío con todo esto!

—No lo haremos —dijo Lilit, sonriendo a Deryn—. ¡Has salvado de nuevo la revolución!

Deryn puso los ojos en blanco:

—No es necesario que nos pongamos mojigatos, chica.

Alek sonrió. Realmente era una pareja muy divertida.

# TREINTA Y SIETE

Deryn extendió totalmente los brazos y se quedó quieta.

«R...».

Bajó su brazo izquierdo cuarenta y cinco grados.

«S...».

Dejó caer su brazo derecho y el destornillador de su mano señaló directamente al suelo.

—¡G! —dijo Bovril y se comió otra fresa.

Después lanzó el tallo por el borde de la terraza, asomando su cabeza entre los barrotes de la barandilla para verlo caer.

—¿Qué te parece *esto*? ¡Ha aprendido todo el maldito alfabeto! —exclamó Deryn.

Lilit y Alek se quedaron mirando a la bestia y luego a ella.

—¿Tú se lo has enseñado? —preguntó Lilit.

—¡No! Solo estaba practicando mis señales. Estaba diciendo las letras en voz alta, creo, y después de decirlas un par de veces... —Deryn señaló a Bovril—, la bestia se ha unido a mí, tan rápido como el compañero de un contramaestre.

—¿Y por eso quieres llevártela esta noche contigo? ¿Por si necesitamos enviar señales semáforo? —preguntó Alek.

Deryn puso los ojos en blanco.

—No, caraculo. Es porque...

Suspiró, no muy segura de lo que quería decir exactamente. El loris tenía un talento natural para darse cuenta de los detalles importantes, tal como la doctora Barlow había proclamado. Y aquella noche era la misión más importante en la que Deryn había formado parte. No se atrevía a dejar a la bestia atrás.

—Perspicaz —dijo la criatura.

—Sí, esa es la palabra —exclamó Deryn—. Porque es rematadamente perspicaz.

Dos semanas antes, Zaven había demostrado su elegante educación y le explicó el significado del nombre de la especie del loris a Deryn. Resultó que «perspicaz» significaba lo mismo que «sagaz», o incluso «clarividente». Y aunque no parecía la especie de cualidades que una bestia pudiese poseer, ciertamente encajaba.

Alek suspiró y se dirigió hacia la vivienda de la familia, de donde la cama tortuga de Nene estaba saliendo al exterior, cubierta de mapas que revoloteaban por la brisa. La anciana llamó a Lilit y a Alek.

Mientras se marchaban, Alek dijo por encima del hombro:

—Está bien, Dylan. Pero yo tengo que pilotar un caminante. De modo que tendrás que cuidar tú de él.

—Estaré más que contento —dijo Deryn, rascando la cabecita del loris.

Solo el hecho de tener a aquella bestia cerca había hecho que todo ello resultase soportable, trabajar con clánkers y sus máquinas inertes, que olían a humo de tubo de escape y a grasa de motor. El animado esplendor de Estambul aún le resultaba muy extraño, con sus lenguas extranjeras, demasiadas para aprender en toda una vida, y mucho menos en un mes. Deryn se pasaba los días imprimiendo periódicos que no podía leer y preguntándose qué significaban las plegarias que resonaban por los tejados.

Las intrincadas geometrías de las alfombras de Zaven y los techos cubiertos de tejas la deslumbraban, e incluso a veces la maravillosa comida resultaba ser, como el resto de la capital, demasiado elegante.

Pero lo más duro de todo era estar tan cerca de Alek, aunque procurase esconderse de él. El muchacho había compartido su último secreto con ella y Deryn se daba cuenta de que ella también se lo podía haber contado aquella misma noche, en aquella oscura habitación de hotel, sin nadie cerca que pudiese escucharlos.

Pero cada vez que lo intentaba, Deryn se imaginaba el horror que reflejaría su rostro. No porque ella fuese una chica vestida de chico, o porque ella le hubiese mentido durante tanto tiempo. Sabía que a Alek se le pasaría pronto la tontería, y entonces él la querría, ella lo *sabía*.

Pero aquel era el problema, porque había algo que nunca iba a cambiar... Deryn era una plebeya. Era mil veces más plebeya que la madre de Alek, que había nacido condesa o que Lilit, una anarquista que hablaba seis idiomas y siempre sabía qué tenedor usar. Deryn Sharp era tan común como la maldita suciedad, y la única razón de por qué no le importaba esto a Su Serena Majestad, Aleksandar de Hohenberg, era porque ella también era, en la cabeza de Alek, un chico.

Por el momento, no podía ser más que un amigo y, si fuese algo más, entonces el príncipe tendría que poner tierra de por medio.

El Papa no escribía cartas para convertir a hijas huérfanas de pilotos de globos aerostáticos, o chicas vestidas con calzones de chicos, o impenitentes darwinistas, en miembros de la realeza. Estaba totalmente segura de ello.

Deryn observó que Alek se arrodillaba junto a la cama de Nene como un buen nieto, y después los tres repasaron los detalles del ataque por última vez. La batalla de aquella noche era algo en lo que habían colaborado juntos, ella y Alek, y aquellos momentos era lo más cerca que llegarían a estar jamás.

—¿A, B, C...? —preguntó Bovril, y Deryn asintió.

Rogó para que sus prácticas de señales realmente resultasen útiles. Si todo iba bien aquella noche, la tripulación del *Leviathan* podría estudiar atentamente el cañón

Tesla después de que fuera destruido y también aquella sería su única oportunidad de comunicarles que estaba viva.

También quizás hubiese una oportunidad de regresar a casa y dejar a su príncipe finalmente atrás.

Las grandes puertas exteriores del patio se abrieron lentamente, dejando ver un cielo despejado y sin luna.

—Afortunadamente hoy no llueve —dijo Alek, revisando los controles.

—Perfecto —repuso Deryn.

Un chubasco a media noche habría hecho que las bombas de especias se convirtiesen en una pasta, arruinando las únicas armas del comité. Aquello era lo que sucedía en las batallas, decía siempre el señor Rigby: una pizca de mala suerte podía echar a perder todos tus planes.

Muy parecido a lo que sucedía en el resto de la vida, suponía.

En el patio resonaba el rumor de los motores de los cuatro caminantes. *Sahmeran*, con Zaven en sus controles, alzó una mano gigante e hizo un gesto señalando hacia delante cuando se deslizó puertas afuera.

Lilit siguió con el siguiente, pilotando un Minotauro. El caminante, mitad toro, mitad hombre, se inclinó lo suficiente para que sus cuernos pasasen por la puerta y con las manos extendidas para mantener el equilibrio. Las bombas de especias resonaban en el cargador que el profesor Klopp había soldado en su antebrazo.

Alek colocó sus pies en los pedales del *Genio*. Klopp había insistido en que Alek pilotase una máquina árabe aquella noche, puesto que su cañón de vapor le hacía el más seguro de los caminantes del comité. Tras el *Genio*, Klopp y Bauer estaban sentados a los controles de un *golem* de hierro.

—Sujétate fuerte, Bovril —dijo Deryn y la bestia se subió a su hombro.

Sus garras se clavaron en su chaqueta de piloto como minúsculas agujas.

Alek movió los pies y el aparato dio un gran paso adelante.

Deryn se agarró a los lados de su silla de comandante, intranquila como siempre que estaba en una pesada máquina. Por lo menos el *Genio* estaba en modo desfile, con la parte superior de su cabeza abierta, de modo que podía ver las estrellas y respirar el aire fresco.

—Gira a la izquierda por aquí —indicó ella.

Para mantener su misión tan secreta como le fuera posible, los cuatro caminantes no tenían copilotos. De modo que Deryn hacía de copiloto a Alek y, cuando empezasen los lanzamientos, de telémetro para medir la distancia para el brazo lanzador. Deryn nunca había hecho de cañonero, pero la práctica en la altitud la había hecho hábil en la estimación de la distancia, mientras se acordase de pensar en metros en lugar de yardas.

Deryn volvió a mirar su mapa. Le mostraba cuatro rutas separadas hacia el cañón

Tesla, con la de Alek señalada en rojo. Aquellos cuatro caminantes se dirigían a las afueras, antes de que el ataque principal empezase, para que no fuese posible que despertasen sospechas al viajar juntos. El truco era llegar a su objetivo, todos al mismo tiempo.

También marcadas en el mapa estaban las posiciones de los otros cuarenta extraños caminantes al servicio del comité, preparados para entrar en acción una hora después. Deryn se preguntó si habría espías entre aquella tripulación, prestos a vender los planes del comité al sultán por un poco de oro.

Al menos, podía estar segura de que su ataque al cañón Tesla se había mantenido en secreto. El mismo Zaven solo se había enterado de ello aquella tarde. Había protestado un poco porque le habían mantenido al margen hasta que se dio cuenta de que no tendría que enfrentarse a los grandes cañones del *Goeben*.

A menos que el almirantazgo hubiese cambiado la noche de la llegada del *Behemoth*, por supuesto.

—¿Habéis pensado en cuántas cosas pueden salir mal? —dijo Deryn—. Es como dice el poeta: «Los mejores planes de hombres y ratones a menudo salen mal».

—¡Bah! —dijo Bovril imitando el tono de voz de Zaven.

—¿Veis? —dijo Alek.

—Tu perspicaz amigo está seguro —Deryn miró a la bestia—. Solo espero que tenga razón.

Recorrieron las casi vacías calles de Estambul en el tiempo previsto. Los caminantes del comité habían estado practicando la caminata nocturna durante un mes, fingiendo patrullar para controlar los robos, de modo que nadie prestó atención al *Genio*.



«EL GENIO AVANZA POR LAS CALLES».

Los edificios fueron escaseando a medida que salían de la ciudad y pronto el *Genio* ya estaba viajando por un polvoriento camino de carromatos. La senda apenas era lo suficientemente ancha para la envergadura del caminante y los bordes del cañón de vapor rozaban las ramas de los árboles a cada lado. Cuando pasaron por delante de una oscura posada en un cruce, Deryn vio caras curiosas mirando por las ventanas. Tarde o temprano alguien se preguntaría qué hacía un caminante de los guetos de Estambul en el campo.

Pero, en aquel momento, ya estaban lo suficientemente cerca de su objetivo para que aquello importase poco. El terreno se empinaba, cada vez más escarpado a medida que los acantilados se elevaban. La ciudad se veía a lo lejos por el visor trasero del caminante, con su resplandor y brillo de colores destacando en la noche sin luna.

Cientos de mástiles y chimeneas estaban diseminados por la oscura extensión de agua y Deryn se preguntó de nuevo qué sucedería si derribaban al *Leviathan*. ¿El *Behemoth* sencillamente se alejaría nadando o se volvería loco entre todos aquellos barcos desarmados?

Deryn sacudió la cabeza. Aquella noche no podían fallar.

Se encontraban solamente a dos millas del cañón Tesla cuando un reflector cortó

la oscuridad.

Deryn entornó la mirada. Sus ojos captaron un destello de acero y la silueta de un tronco y una cola.

Era uno de los elefantes de guerra del sultán, bloqueando su camino.

—¿Distancia? —preguntó Alek con calma.

—Unas mil yardas. Es decir, novecientos metros.

Alek asintió, tirando de una palanca. Una bomba de especias rodó desde el cargador hasta la mano del *Genio*. Deryn captó una vaharada de olor e hizo una mueca. Incluso envueltas en arpillería engrasada, las bombas soltaban un polvo que les producía escozor de ojos cada vez que se movían.

—Vertical, por favor —dijo Alek.

—Sí, «Su Majestad».

Deryn empezó a trabajar en la manivela manual y la frente del *Genio* se cerró lentamente rodando a través de las estrellas.

Alek cebó los motores, enviando potencia a las calderas de vapor. El brazo derecho de la máquina retrocedió lentamente.

Alguien desde el elefante de guerra les gritó algo a través de un megáfono. Deryn no entendió ni una palabra de turco, pero la entonación era más de curiosidad que de enfado. Por lo que los otomanos sabían, el *Genio* estaba desarmado.

—Solo se están preguntando qué demonios estamos haciendo aquí —murmuró Deryn—. No hay motivo para ponerse nervioso.

—Nervioso —repitió la bestia.

Alek se echó a reír.

—Perspicaz o no, la criatura te conoce.

Deryn miró ceñuda al loris. Por supuesto estaba un poquitín nerviosa. Solo un loco no lo estaría encaminándose hacia una batalla. Especialmente en un remilgado aparato clánker.

—Cargado y preparado para disparar —dijo Alek.

—¡Espera!

Deryn observó el indicador de distancia que Klopp había instalado y cómo su aguja subía lentamente a medida que la presión aumentaba en la articulación del hombro.

El problema era que Klopp no había podido probar todos los brazos de lanzamiento del ejército del comité, de modo que había marcado los indicadores usando solamente las matemáticas y la intuición. Hasta que su primer disparo no aterrizase, no podrían saber en realidad hasta qué longitud de alcance viajaban las bombas. La aguja finalmente alcanzó los novecientos metros...

—¡Fuego! —gritó Deryn.

Alek tiró del detonador de lanzamiento y la mano gigante del *Genio* se balanceó

sobre su cabeza. Nubes de vapor manaban de su hombro de metal, haciendo que el aire de la cabina se calentase mucho.

La bomba de especias estalló a cincuenta yardas delante del elefante, explotando en una nube de polvo que se arremolinó tan roja como la sangre cuando el reflector la enfocó.

—El profesor Klopp sabe lo que se hace —dijo Deryn con una sonrisa—. ¡La próxima vez acabaremos con estos caraculos!

—Más vapor —ordenó Alek—. Estoy cargando otra.

Deryn tiró de los alimentadores de la caldera y los motores rugieron bajo ellos, pero la aguja que marcaba la distancia esta vez subía más lentamente. El *Genio* había agotado completamente toda la presión del hombro con su primer lanzamiento.

—¡Vamos! —le urgió—. Nos dispararán en cualquier momento.

—Si esto fuese un caminante como es debido, estaríamos llevando a cabo una acción evasiva —murmuró Alek—. ¡Qué daría yo por tener una vista decente de disparo!

—¡O por un arma decente!

—Estas bombas de especias fueron idea tuya, parece que...

La torreta principal del elefante se puso en movimiento con un rugido, enviando un proyectil silbando por encima de ellos. La explosión llegó unos segundos después, alzando al *Genio* con una sacudida.

—¡El disparo ha pasado de largo! —gritó Alek—. Pero ahora ya tienen nuestra distancia. ¿Ya puedo disparar?

—¡Espera!

Deryn observó cómo subía la aguja. El loris clavó sus uñas profundamente en su hombro, imitando el silbido y el estallido del proyectil que falló por poco.

La aguja pasó de los novecientos metros, pero por lo menos necesitaba otros cincuenta...

—¡Fuego! —exclamó finalmente.

El gran brazo se balanceó de nuevo, sacudiendo la cabina hacia atrás. Cuando la bomba ya había sido lanzada, Alek sujetó los controles y los empujó para cargar hacia delante.

A través del oscilante visor, Deryn vio que el elefante de guerra desaparecía en una turbia nube de polvo rojo.

—¡Tiro exacto! —exclamó ella.

Pero, aun así, la tripulación del caminante se las arregló para volver a disparar: el cañón principal descargó de nuevo, haciendo que la nube de polvo que rodeaba al elefante se convirtiese en un inmenso remolino. El aire chasqueó de nuevo cuando el disparo pasó a toda velocidad.

El *Genio* se tambaleó por la explosión: el proyectil había aterrizado justo donde

habían estado hacia un momento, se fijó Deryn. Alek se esforzó en dominar los controles mientras el caminante se tambaleaba hacia delante.

La metralleta de la trompa del elefante abrió fuego, levantando violentamente un montón de arena y polvo en el camino que tenían delante de ellos. Entonces les llegó un coro de balas chocando contra el metal, tan ruidoso como pistones fallando.

—¡Necesitamos protección de vapor! —gritó Alek.

—¡No podemos! —Deryn miró la inmóvil aguja que indicaba la presión.

Los motores estaban demasiado ocupados manteniendo al caminante en movimiento para poder recargar sus calderas.

Sin embargo, la torreta principal del elefante no volvió a disparar. Solamente se movía su pata delantera, como un perro dando zarpazos al suelo. El reflector se balanceó apartándose sin rumbo fijo apuntando al cielo.

—¡Se les ha llenado la nariz! —gritó Deryn.

Incluso a cien yardas de distancia, sus ojos estaban empezando a escocerle a causa de las especias. Alzó las gafas protectoras que llevaba colgadas del cuello y se las puso rápidamente.

—Nariz llena —dijo Bovril, riendo y entonces estornudó.

Alek retorció los mandos y extendió los brazos del *Genio* para recuperar el equilibrio. Pero siguió guiando al caminante hacia delante.

—Voy a derribarlos. Sujétate.

Deryn comprobó los cinturones de seguridad.

—¡Agárrate, bestezuela!

El elefante estaba andando en círculos en aquel momento, y otra de sus patas intentaba moverse. Pero la torreta permanecía inmóvil. ¿Acaso la bomba de especias había acabado con él?

Entonces Deryn vio los movimientos que hacía el aire, visibles a causa del polvo rojo, y se dio cuenta de lo que había sucedido: el retroceso del cañón había succionado las especias directamente hacia el interior de la torreta principal. La tripulación del elefante las había introducido con su propio disparo.

—¡Seguramente deben de estar ahogándose!

—Pero no por mucho tiempo —dijo Alek—. ¡Espera!

El elefante de guerra se había vuelto de lado, tropezando con una valla de tela metálica que tenía justo tras él. Cuando el *Genio* cargó contra los remolinos de nubes rojas, el cuello de Deryn empezó a quemarle y se alegró de llevar las gafas puestas. Pero Alek no vaciló: inclinó el hombro izquierdo del *Genio* hacia abajo...

El metal se aplastó y partió a su alrededor, y una atronadora ola impactó contra la enorme estructura del *Genio*.

El mundo rodó ante el visor, cielo, tierra y oscuridad pasando como un destello. Alek maldijo, retorciendo los controles y una bocanada de especies hizo toser a

Deryn.

Finalmente el *Genio* dejó de rodar. Estaba escorado en un ángulo imposible. Deryn roció un poco de vapor para limpiar el aire, se desató y se inclinó para mirar por el visor.

Las blancas nubes alrededor de ellos se separaron, mostrándoles al elefante de costado en el suelo inmóvil.

—¡Los tenemos!

—¡Nariz llena! —gritó Bovril.

—Pero ¿por qué estamos inclinados de este modo? —gritó Alek—. ¿Y qué diablos nos está sujetando?

Deryn se inclinó más y vio metal brillante por todas partes. El *Genio* había tropezado con la valla de tela metálica, arrancando un cuarto de milla de ella.

—¡Estamos enredados en esta maldita tela metálica!

Alek movió los pies sobre los pedales y los alambres chasquearon y rascaron.

—¡Ahí delante hay más de ellos! ¡Necesitamos protección de vapor ya!

Deryn cebó las calderas y luego miró por el visor. A dos millas de distancia, el cañón Tesla se alzaba sobre los acantilados, alto como la mitad de la torre Eiffel.

Alrededor de su base había tres elefantes más de guerra esperando, con sus tubos de escape que comenzaban a humear.



# TREINTA Y OCHO

—¿Los demás están por ahí cerca? —preguntó Alek.

Deryn se apartó del visor y miró hacia atrás. No se veía nada en el horizonte, excepto las siluetas de unos árboles pequeños retorcidos a causa del salitre a lo largo de las cimas de los acantilados. Luego los vio: un trío de rastros de humo que destacaban bajo la luz de las estrellas a no más de dos millas de distancia.

—¡Sí, todos! A tres kilómetros más o menos detrás de nosotros —miró el indicador de la presión, que solamente ahora estaba empezando a subir de nuevo—. Y también hay algo bueno. Dentro de unos minutos podremos volver a lanzar las bombas.

—No tenemos mucho tiempo. Cúbrenos mientras intento librarnos de este alambre.

Cuando Deryn iba a coger la palanca del cañón de vapor, uno de los elefantes de guerra disparó. El proyectil no dio en el blanco por poco, pero sí lo bastante cerca para que Deryn fuese lanzada hacia atrás apartándola de los controles. Grava y arena entraron disparadas por el visor, arañando sus gafas protectoras.

—¿Hace el favor, señor Sharp? —preguntó Alek.

—Señor Sharp —repitió Bovril con una risita.

Deryn se levantó a gatas del suelo y tiró de la palanca. Un siseo llenó sus oídos. La cabina del piloto de pronto se volvió tan caliente y húmeda como un invernadero. Al otro lado del visor, en el exterior, el mundo desapareció tras un velo blanco.

Alek manejó los pedales y los controles manuales, cortando a ciegas el enredo de tela metálica. Más allá de la nube de vapor estalló otro cañonazo, pero las explosiones de respuesta resonaron en la distancia.

—Están disparando a los demás —dijo Deryn.

—¡Pues entonces es el momento de atacar! —dame más presión en el brazo de lanzamiento.

—Con mucho gusto, Su Alteza —Deryn tiró de nuevo de los cebadores del motor —. ¡Pero es que hemos vaciado las calderas para fabricar este vapor y ahora estás bailando como un loco, con lo cual aún estás consumiendo más energía!

—De acuerdo —dijo Alek deteniendo al *Genio* y haciendo que se pusiera en cuclillas.

Cuando los motores estuvieron al ralentí, el indicador de distancia empezó a subir de nuevo.

A través de aquella nube blanca les llegó el chasquido de las metralletas: los

ottomanos estaban disparando al banco de nubes de vapor, escuchando por si las balas chocaban contra el metal.

—Nos encontrarán pronto —dijo Alek. Tiró del disparador y Deryn escuchó cómo una tercera bomba de especias se situaba en su sitio.

Limpió la condensación del indicador de distancia. Trescientos metros y subiendo.

—¡Esto bastará si cargamos contra ellos!

—¿Estás loco? ¡Ellos son tres y nosotros solo uno!

—Sí, pero no tenemos mucho tiempo. Escucha a tu bestia.

Deryn miró al loris. Sus pequeños ojos estaban cerrados como si hubiese decidido echar una siesta. Pero un suave ruido surgía de sus labios, un zumbido y un chasquido como la estática de la radio de Klopp. Ella había escuchado aquel sonido antes...

—¡Arañas chaladas! —soltó Deryn.

—Ciertamente.

Alek apretó los pedales. Cuando el *Genio* avanzó atronadoramente, las nubes calientes se separaron a su alrededor.

El cañón Tesla se alzaba en lo alto de los acantilados y su estructura brillaba contra el oscuro firmamento. Unas débiles chispas viajaban por sus puntales inferiores como luciérnagas revoloteando alrededor de una hoguera. Su brillo se derramaba por el campo de batalla.

Se inclinó hacia delante para mirar arriba con los ojos entornados en dirección a las estrellas. Ninguna silueta oscura se movía entre ellos, pero, si los otomanos estaban cargando su cañón, era porque debían de haber visto que el *Leviathan* se aproximaba.

Los elefantes de guerra aún estaban disparando a los otros caminantes y sus morteros estaban muy elevados. Aunque, cuando Alek cargó hacia delante, una de las torretas empezó a rodar...

Momentos después su cañón principal vomitó llamas y humo. El proyectil impactó lo suficientemente cerca para hacer que el *Genio* se tambalease. La aguja del indicador de distancia tembló y a continuación cayó, la presión se escapaba por alguna parte.

—¡Nos han dado! —gritó Deryn.

—El detonador es suyo, señor Sharp —dijo Alek con calma, con los nudillos blancos de sujetar con fuerza los controles.

El *Genio* ahora cojeaba y toda la cabina del piloto se balanceaba de un lado a otro.

Deryn agarró el disparador y sus ojos miraron rápidamente de un lado a otro entre el indicador de distancia y los tres elefantes de acero que tenía delante. La aguja se había detenido a unos cuatrocientos metros, temblando insegura, y la distancia entre

ellos y los elefantes disminuía a cada paso que daban.

El elefante más cercano balanceó su trompa hacia el *Genio* disparando violentamente con su metralleta. Las balas golpearon la armadura con un sonido parecido al de unas monedas sacudidas en una lata. Una bala se deslizó por el visor, una astilla de metal caliente lanzando chispas alrededor de sus cabezas.



«CHOQUE».

—¿Te han dado? —preguntó Alek.

—¡A mí no! —dijo Deryn.

—¡A mí no! —repitió Bovril y luego llenó la cabina con su risa maníaca.

Otro de los grandes cañones de los elefantes estaba midiendo la puntería.

La aguja del indicador de distancia empezó a moverse de nuevo, subió y finalmente ya estuvieron lo suficientemente cerca. Deryn tiró del disparador y el brazo lanzador del caminante se balanceó sobre su cabeza mientras corrían como un jugador de bolos moviéndose rápidamente para descargar una pelota de críquet a un bateador.

La bomba de especias impactó directamente en el elefante que estaba más cerca, explotando en un remolino de color rojo intenso. La máquina se tambaleó, pero la nube se alejó rápidamente, extendiéndose por los relucientes puntales inferiores del cañón Tesla.

—¡Maldita sea! ¡El viento aquí es demasiado fuerte! —gritó Deryn.

Por supuesto el viento siempre soplaba con más intensidad en los acantilados costeros. ¡Había sido un memo no dándose cuenta de ello!

Pero Alek no vaciló, abalanzándose directamente contra el elefante. Por lo menos, aquel golpe directo causó algún daño, puesto que la máquina otomana estaba tambaleándose como un ternero recién nacido.

Aunque justo antes de que chocasen, la gran cabeza del elefante había rodado sobre su cuello, alzando los dos colmillos con púas...

Alek retorció los controles pero el caminante se estaba moviendo demasiado deprisa para darse la vuelta. Con un terrible chirrido de metal, el *Genio* se empaló contra uno de los colmillos con una explosión de vapor que salió disparada de las calderas que tenía en el pecho.

El aire de la cabina del piloto se volvió húmedo y muy caliente, todas y cada una de sus válvulas silbaban como una tetera.



El elefante movió la cabeza, empujando al *Genio* salvajemente y arrancando a Deryn de su asiento. Esta gritó cuando sus manos tocaron el metal ardiendo del suelo y las garras de la bestia se clavaron aún más en su hombro.

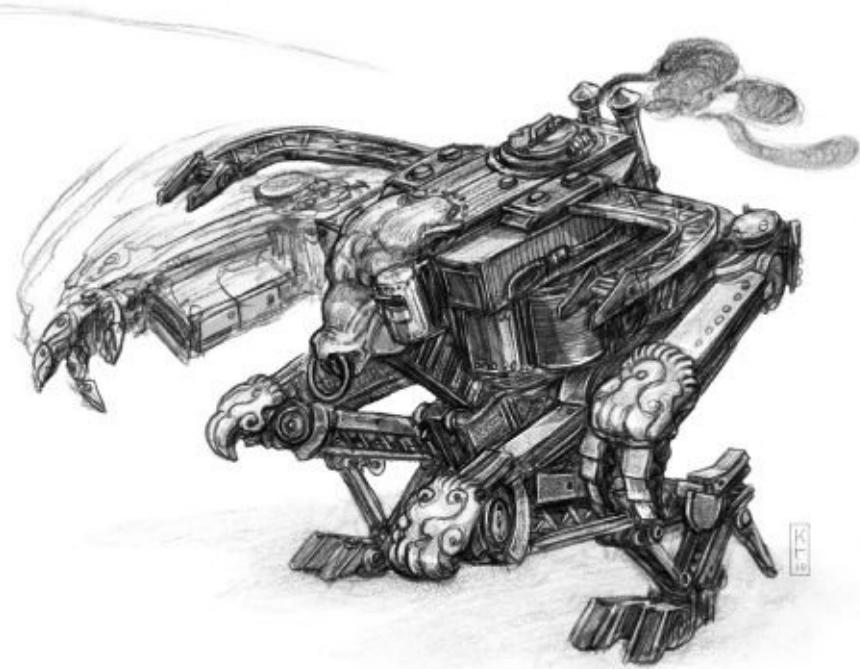
—¡Estamos acabados! ¡Abandonemos la nave! —gritó ella.

—¡Aún no! —Alek tiró de una palanca hacia atrás con una mano, golpeando el lanzador de bombas con otra y, con el último resquicio de fuerza que le quedaba al *Genio*, bajó el brazo lanzador.

Deryn se alzó, intentando ver algo a través de sus gafas y vio cómo las bombas de especias que quedaban, casi una docena de ellas, resonaban por el cargador del brazo y después estallaban contra la espalda del elefante.

—Arañas chaladas —dijo el loris perspicaz.

—Abre —dijo Deryn, desatándose—. ¡Dentro de un momento no vamos a poder respirar!



Mientras Alek daba vueltas furiosamente a la manivela manual, ella abrió de un puntapié la taquilla que había al fondo de la cabina y sacó un rollo de cuerda de allí.

—¿No te alegras de haber practicado el amarre? —gritó por encima del estrépito del vapor y los cañonazos.

—Casi preferiría no saber lo que pretendes hacer —dijo Alek.

—Tonterías. ¡Esto es fácil comparado con escaparse deslizándose por un Huxley! ¡Algún día te lo contaré!

Cuando la cabeza del *Genio* se abrió, Deryn ató la cuerda y la dejó caer por la espalda del caminante. Salió apoyándose en el borde de la cabina y miró hacia abajo a la nebulosa nube blanca que había bajo ellos. El último vapor que salía de las calderas del *Genio* aún estaba surgiendo en oleadas de la trompa que sobresalía de su espalda.

—Iré yo primero —dijo ella—. Así, si te deslizas demasiado rápido, yo frenaré tu caída.

—¿No te dolerá un poco?

—Sí. ¡Así que no te dejes caer demasiado rápido!

Deryn se ató a la cuerda con un mosquetón y echó una última ojeada a la batalla que había a su alrededor. Otro de los elefantes de guerra había sido golpeado: estaba dando vueltas en círculo con un montón de polvo rojo esparcido por su brillante armadura de acero. El Minotauro de Lilit estaba avanzando mientras el *golem* de hierro permanecía atrás, con su enorme brazo derecho lanzando bombas de especias al elefante que quedaba. Incluso con la brisa marina soplando en dirección contraria, los olores de las especies y de los cañonazos eran asfixiantes.

Luego lo vio: el *Sahmeran* estaba echado sobre su barriga a media milla de la torre, derramando humo negro y aceite ardiendo.

—Han alcanzado a Zaven —exclamó.

—Y eso no es todo —Alek señaló hacia la ciudad, donde una nueva columna de humo se estaba alzando en la distancia.

—¡Maldita sea! ¡Llegan refuerzos enemigos!

—No te preocunes. Aquel caminante está a diez kilómetros de distancia y los otomanos no tienen ninguno muy rápido.

—Rápido —repitió Bovril.

Deryn le miró intensamente.

—¿Qué diablos estás diciendo, bestezuela?

—Rápido —dijo otra vez.

Un choque gigantesco resonó por el campo de batalla: el Minotauro de Lilit había cargado directamente contra el último elefante de guerra que aún estaba intacto. Ambas máquinas cayeron, rodando una sobre la otra como gatos en una pelea. Una amplia nube roja se alzó arremolinándose en todas direcciones, empujada por el vapor de las calderas rotas de ambas máquinas, haciendo que las estrellas del cielo pareciesen de color rojo sangre.

Los dos caminantes dejaron de rodar en el centro de una ondulante columna de polvo y humo de motor. Ninguno de los dos se movía ya.

—Lilit... —dijo Deryn con voz ronca.

El Minotauro había caído, pero su cabeza no parecía haber sufrido daños. Tal vez la muchacha estaba a salvo en su caparazón de metal.

—Mira —dijo Alek—. ¡Ella ha abierto el camino para Klopp!

Tan solo quedaba un elefante en pie, estaba cubierto de polvo rojo y apenas se movía. El *golem* de hierro avanzaba pesadamente con buen ritmo sin nada que se interpusiera entre él y el cañón Tesla.

Pero Klopp no se dirigió hacia el elefante herido o el cañón, se dirigía directamente hacia ellos.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Deryn—. ¿Por qué está viniendo hacia *aquí*? Alek soltó una maldición.

—Klopp y Bauer siguen las órdenes de Volger. ¡Vienen a rescatarme!

—Diablos, esto es lo que te pasa por ser un maldito *príncipe*.

—Técnicamente, un archiduque.

—Lo que seas, pero tenemos que indicarles de alguna forma que no necesitas que te rescaten. ¡Vamos!

Deryn alzó la cuerda y sintió que Bovril se sujetaba más fuerte en su hombro.

—Abandonemos nave —dijo la bestia.

La muchacha saltó, deslizándose entre nubes de vapor caliente.

# TREINTA Y NUEVE

Antes de seguir a Dylan, Alek miró hacia abajo, al elefante de guerra que había empalado al *Genio*.

Sus tripulantes estaban abandonando el caminante por la escotilla del tronco, tosiendo y tambaleándose a ciegas. Por el momento no eran una amenaza real.

Pero al ver el suelo a tanta distancia bajo él, Alek se apretó más fuerte sus guantes de piloto. Aprender a «amarrear», como Dylan lo llamaba, le había enseñado a respetar dicha acción por las quemaduras de la cuerda. Tragó saliva, con los intensos sabores de la *paprika* y la cayena en su boca y a continuación saltó...

La cuerda pasó junto a él azotándole salvaje y furiosa como un chorro de agua hirviendo. Se detuvo violentamente con una dolorosa frenada a pocos metros y sus botas golpearon el metal caliente de la armadura del *Genio*. Nubes de humo se arremolinaron a su alrededor y los motores del interior del caminante crujieron y sisearon al enfriarse.

Cuando sus pies golpearon el duro suelo, Alek se sacó los guantes y se quedó mirando las manos que le ardían.

—Has tardado mucho —se quejó Deryn, girándose hacia el *golem* de hierro—. ¡Vamos! El cañón Tesla está a punto de disparar. ¡Tenemos que demostrarle a Klopp que estás bien!

Alek se alzó y siguió a Deryn, que ya había empezado a correr como alma que lleva el diablo. El *golem* de hierro aún estaba a bastante distancia dirigiéndose hacia ellos, avanzando lenta pero implacablemente por el campo de batalla.

Estaba claro que Klopp no había visto los refuerzos otomanos que llegaban tras él.

Mientras corría, Alek entrevió la estela de humo en la distancia. Parecía que ya estaba más cerca y vio ahora que la columna se curvaba hacia atrás contra el cielo iluminado por las estrellas. «Rápido», había dicho la criatura. Pero ¿qué caminante era *así* de rápido?

Deryn soltó un aullido justo delante de él. Había tropezado y caído de bruces al suelo. Mientras gateaba para ponerse de pie, Alek aminoró su velocidad y vio lo que había hecho tropezar a Dylan: eran las vías del tren.

—Oh, no.

—Pero ¿qué demonios? —Deryn se quedó mirando al suelo, a los raíles—. Ah, esto debe de ser donde el *Orient Express* ...

—*Express*... —la bestia siseó en voz baja.

Se volvieron a la vez para quedarse mirando la columna de humo que se acercaba. Ahora estaba mucho más cerca, aproximándose por los acantilados diez veces más rápido que cualquier pesado caminante.

Y se dirigía directamente hacia el *golem* de hierro.

—No puede verlo —dijo Alek—. ¡Está justo tras él!

—¡Klopp! —gritó Deryn, echando a correr agitando los brazos en el aire—. ¡Salga de las vías!

Alek corrió unos pasos más, con los latidos del corazón resonando en sus oídos. Pero gritar era inútil. Buscó en sus bolsillos por si encontraba alguna forma de enviar una señal: una bengala, una pistola.

La famosa locomotora con cabeza de dragón ya era visible en la distancia, con su único ojo brillando con un blanco intenso y escupiendo humo por sus chimeneas. Deryn aún estaba corriendo hacia Klopp, señalando hacia atrás, hacia el gran tren.

El *golem* de hierro finalmente se detuvo pesadamente y bajó la cabeza para tener una mejor visión del minúsculo chico que tenía ante él.

Alek observó cómo dos brazos de carga se desplegaban del vagón de la locomotora del *Express*. Con una envergadura de una docena de metros de largo, se extendieron en ambas direcciones, como un par de sables esgrimidos por un jinete a la carga.

Klopp debía de haber comprendido los gritos de Deryn, o habría oído al tren detrás de él, porque el caminante empezó a darse la vuelta lentamente...



## «RODILLAS CORTADAS POR EL EXPRESS».

Pero, en aquel momento, el *Express* pasó como una centella y su brazo de carga izquierdo cortó las piernas del *golem*. El metal chirrió y se dobló, y una nube de humo estalló de sus rodillas rotas.

El caminante se balanceó hacia atrás moviendo sus inmensos brazos y aterrizó sobre los vagones posteriores que arrastraba el *Express*. Dos vagones de carga se doblaron alrededor de la máquina caída y los vagones traseros siguieron apilándose sobre él, lanzando cristales y trozos de metal al aire.

La ola expansiva de estar siendo frenado por la mitad recorrió el tren hasta que alcanzó al motor, que salió despedido de los raíles y fue a chocar contra el suelo, cavando un gran surco. Pero los pilotos ya estaban preparados para aquello y los brazos del *Express* se extendieron como alas para estabilizar el vagón de la locomotora. Alimentados con carbón, los vagones de carga arrastraron hacia atrás la locomotora, enviando nubes de polvo al aire.

Alek vio que Dylan corría de nuevo hacia él, con Bovril destacando como una minúscula silueta sobre su hombro, ambos a punto de ser tragados por la rodante masa de polvo.

—¡Corre! —estaba gritando, señalando a ambos lados de las vías.

La mitad de la parte delantera había resbalado y descarrilado pero aún avanzaba a toda velocidad y se dirigía directamente a Alek.

El muchacho se dio la vuelta y corrió hacia la dirección que le estaba indicando Dylan, alejándose directamente de los raíles. Unos largos segundos después, una nube de polvo cubrió a Alek, cegándole y llenando sus pulmones.

Algo salió volando de la masa oscura, le derribó al suelo y unas fuertes manos le empujaron la cabeza contra el suelo.

Una enorme sombra pasó rozando por encima de su cabeza; Alek se dio cuenta de que era el brazo de carga del *Express*. Una cascada de arena y grava pasó volando por encima de él y un clamor como de mil fundiciones pasó rodando acompañado de chirridos, chasquidos y explosiones.

Cuando el ruido se apagó y el polvo se despejó un poco, Alek alzó la vista.

—Bueno, ha estado cerca —dijo.

Ni a cinco metros de su cabeza, la garra de carga que había derrapado había cavado un surco tan ancho como un camino de carros.

—De nada, su *archiduquesidad*.

—Gracias, Dylan.

Alek se levantó sacudiéndose el polvo de sus ropas y con aspecto ofuscado.

La parte delantera del *Orient Express* finalmente se había detenido deslizándose casi hasta el mismo cañón Tesla. El *golem* de hierro estaba en el suelo siseando y

lanzando vapor con la parte trasera del tren amontonada a su alrededor. Alek se acercó un paso más, preguntándose si el profesor Klopp y Bauer se encontrarían bien.

Pero Bovril estaba gruñendo, repitiendo un ruido grave como un zumbido que flotaba suavemente por todo el campo de batalla. Un crujido estaba creciendo cada vez más en el aire.

Deryn señaló al cielo, hacia la parte sur, donde finalmente había aparecido una silueta alargada: era el *Leviathan*, oscuro e inmenso, que se destacaba contra las estrellas.

Alek se giró otra vez hacia el cañón Tesla. Mientras miraba, los extraños resplandores empezaron a viajar hacia su punta.

—Tenemos que detenerlo —dijo Deryn—. Ya no queda nadie más.

Alek asintió en silencio. Klopp y Bauer, Lilit y Zaven, todos ellos necesitaban su ayuda. Pero el cañón Tesla estaba a punto de disparar y el *Leviathan* contaba con más de cien hombres a bordo.

Apretó sus puños frustrado. Ojalá estuviese en un caminante en aquel momento con brazos enormes para derribar la torre.

—*Express* —susurró Bovril.

—El tren —dijo Alek en voz baja—. Si nos apoderamos de la locomotora podremos usar sus brazos de carga.

Deryn se le quedó mirando un momento y luego asintió. Corrieron juntos, tropezando entre los restos del choque esparcidos por el suelo, esquivando los montones de carga que había salido despedida del tren.

La mitad delantera del *Orient Express* había ido a parar solo a unos quince metros del cañón Tesla. Los brazos de carga estaban inmóviles, pero los tubos de escape aún estaban humeantes. Unos pocos soldados salieron tambaleándose de los vagones de la locomotora, vistiendo uniformes alemanes, y con rifles colgados cruzados sobre los hombros.

Alek detuvo a Dylan arrastrándole hacia las sombras.

—Ellos están armados y nosotros no.

—Vale. Sígueme.

La muchacha corrió hasta el último vagón de la hilera, el que utilizaban para transportar carga y que estaba volcado de lado en el surco excavado por el paso del tren. Se subió encima y caminó hacia la locomotora. Alek le siguió agachándose todo lo que pudo para no ser visto.

Los soldados no parecía que estuviesen alerta. Estaban andando un tanto atontados, mirando el desastre de la batalla que los rodeaba y tosiendo para expulsar las especias de sus pulmones. Algunos alzaron la vista para mirar al *Leviathan* en el cielo.

Alek escuchó un sonido que le era familiar, el rumor de los motores de la

aeronave. Alzó la vista y vio que el *Leviathan* estaba intentando dar media vuelta. La tripulación había visto el brillante cañón Tesla y estaba intentando hacer que la nave se apartase.

No obstante, se habían dado cuenta demasiado tarde. Tardarían bastantes minutos en salir de su alcance y el cañón Tesla estaba zumbando como una colmena, casi a punto de disparar.

Deryn había llegado al depósito de carbón que había detrás de la locomotora y Alek saltó tras él. El carbón resbaló bajo sus pies y le quedaron las manos negras cuando intentó sujetarse para mantener el equilibrio.

Deryn gateó hasta la parte delantera y escaló alargando una mano para ayudar a Alek.

—Ahora, rápido —susurró ella.

Alek se impulsó y se situó entre los dos gigantescos brazos de carga. Sintió que el aire chasqueaba y las chispas que desprendía la gigantesca torre hacían temblar las sombras. Pero la cabina del ingeniero estaba justo delante.

—Solo hay un hombre dentro —susurró Deryn, entregando a Bovril a Alek y sacando un cuchillo de su chaqueta—. Puedo ocuparme de él.

Sin esperar una respuesta, Deryn se impulsó y pasó por una ventana de un solo salto. Cuando Alek llegó a la puerta, Deryn ya tenía al único ingeniero agazapado en un rincón.

Alek entró y miró los controles: una legión de diales y manómetros extraños, palancas de frenos y alimentadores del motor. Pero los controles manuales eran unos guantes de metal sobre unas palancas, como los que controlaban los brazos del *Sahmeran*.

Dejó a Bovril en el suelo, pegó sus manos en los controles y formó un puño.

A una docena de metros a su derecha, la inmensa garra respondió, cerrándose de golpe. Algunos soldados alemanes alzaron la vista en dirección al ruido, pero la mayoría de ellos estaban paralizados por el refulgente cañón Tesla y la aeronave que volaba sobre sus cabezas.

—¡No juegues con eso! —susurró Deryn—. ¡Derríbala!

Alek extendió su brazo alargándolo hacia la torre. Pero la gran garra se cerró a pocos metros del puntal más cercano.

—¡Acércanos! —dijo Deryn.

Alek se quedó mirando las palancas de la locomotora y entonces se dio cuenta de que las ruedas del tren eran inútiles sin una pista. Aunque en ese momento se acordó de un mendigo sin piernas que había visto en la ciudad de Lienz, que se impulsaba sobre una tabla con ruedas con las manos.

De modo que clavó ambas garras contra el suelo, una a cada lado y las arrastró hacia atrás. La locomotora se alzó un poco, deslizándose un metro más o menos hacia

delante y a continuación volvió a posarse en el suelo.

—Más cerca —dijo Bovril con aprobación.

—Bueno, ahora ya hemos captado la atención de los alemanes —murmuró Deryn, mirando por la ventana.

—Dejo el asunto en tus manos —repuso Alek, arrastrando de nuevo las inmensas garras contra el suelo.

La locomotora avanzó derrapando con un chirrido estridente del metal golpeando el lecho de roca de los acantilados.

Entonces se escucharon gritos por las ventanas y un soldado saltó al coche y empezó a golpear la puerta. Deryn dio un puñetazo al ingeniero en el estómago y el hombre se agazapó en el suelo, y luego se incorporó presto para usar su cuchillo.

Alek alargó los brazos de carga otra vez. Esta vez una gran garra alcanzó los puntales de la base del cañón Tesla. Cuando cerró con fuerza la garra, un disparo resonó en la cabina. Los guantes de metal crepitaron en las manos de Alek y una fuerza invisible pareció cerrarse alrededor de su pecho. Todos los pelos del cuerpo de Bovril estaban de punta.

—¡Arañas chaladas! —exclamó Deryn—. ¡El rayo ahora se dirige hacia nosotros!

Empezaron a bailar chispas por los controles y las paredes de la cabina y el soldado que estaba en la puerta soltó un grito, saltando del estribo de metal.

Alek apretó los dientes controlando el dolor y tirando más fuerte de los controles. La locomotora se levantó en el aire de nuevo y el puntal dejó escapar un gruñido metálico mientras se doblaba hacia ellos. En la base de la torre se estaba encendiendo en espiral una bola de fuego blanco.

—¡Está a punto de disparar! —exclamó Deryn.

Alek tiró tan fuerte como pudo y un repentino estremecimiento recorrió el coche. Los controles quedaron inertes en su mano y el rayo en las paredes de la cabina parpadeó hasta apagarse.

—Lo has partido y el cañón... —Deryn frunció el ceño— se está inclinando. ¡Toda esta maldita cosa se está inclinando!

—¿Por un solo puntal roto? —Alek se dirigió a la ventana, mirando al exterior.

La torre se estaba inclinando hacia atrás y el rayo descendía fluyendo desde sus puntales más altos hasta formar una bola de fuego blanco en su lado opuesto. Una inmensa forma como una serpiente se colgó de los puntales allí, a medio camino, envuelta en un brillante capullo de electricidad.



«UNA DIOSA Y MÁRTIR DERRIBA LA TORRE».

—¿Es eso...?

—Sí —dijo Deryn conteniendo el aliento—. Es *Sahmeran*.

De alguna forma, Zaven había conseguido pilotar su caminante herido hasta llegar a la torre. Y ahora estaba actuando como conductor, atrayendo la electricidad del cañón hacia sí.

El rayo dio vueltas arremolinándose alrededor del caminante en forma de diosa, brillando cada vez más intensamente hasta que Alek tuvo que cerrar los ojos.

—Está condenado ahí dentro —dijo Deryn y Alek asintió.

Unos segundos después, el cañón Tesla empezó a caer.

# CUARENTA

La torre se desplomó sobre el *Sahmeran* entre una vorágine de fuego blanco. Una maraña de rayos surgió de súbito, dispersándose en todas direcciones y danzó sobre el *Genio*, el elefante y los otros caminantes caídos, así como por toda la estructura del descarrilado *Orient Express*. Las paredes metálicas soltaban chispas y crujían a causa de las llamas.

Los rayos se desvanecieron paulatinamente y en el aire retumbó el ruido de la torre al derrumbarse. Una de las riostras se precipitó sobre la locomotora, el techo se abolló hacia dentro y todas las ventanas se rompieron a la vez. A su alrededor podían oír el ruido del metal al doblarse. El humo y el polvo se arremolinaban por todo el vagón. Tras unos prolongados instantes, cayó un pesado silencio sobre el campo de batalla.

—¿Estás bien, Dylan? —las palabras de Alek sonaron ahogadas en sus propios oídos.

—Sí. ¿Qué tal tú, bestezuela?

—Zaven —dijo Bovril en voz baja.

Deryn tomó a la criatura en sus brazos.

—Escucha. El *Leviathan* aún está ahí arriba.

Era cierto. El suave rumor de los motores de la aeronave podía oírse ahora sobre el silencioso campo de batalla. Al menos, toda aquella locura no había sido en vano.

—*Leviathan* —repitió Bovril despacio, casi como si saboreara la palabra.

Alek se acercó más a la ventana. La estructura del cañón Tesla se proyectaba hacia lo lejos, destrozada. Parecía la espina dorsal desenterrada de una enorme criatura extinta. El *Genio* yacía tendido junto al elefante de guerra; ambos caminantes habían quedado muy maltrechos tras la lluvia de escombros.

Alek se estremeció: la mayoría de los soldados alemanes había desaparecido bajo la torre derrumbada.

—Tenemos que averiguar si Lilit se encuentra bien, y también Klopp y Bauer —dijo.

—Sí —Deryn se colocó a Bovril sobre el hombro—. Pero ¿a quién buscamos primero?

Alek dudó unos instantes, cayendo en la cuenta de que sus hombres bien podrían estar muertos, como seguramente lo estaba Zaven.

—Primero a Lilit. Su padre....

—Por supuesto.

Abrieron la puerta y se adentraron en aquel panorama infernal. El olor a humo, a especias y a aceite de motor resultaba asfixiante, pero el hedor de la carne y el pelo chamuscados era mucho peor. Alek apartó la vista cuando vio lo que la última descarga de electricidad del cañón había hecho a los hombres que habían quedado afuera.

—Vamos —dijo Deryn, con la voz quebrada, tirando de él.

Cuando bordeaban los restos del descarrilamiento, Bovril alzó la cabeza y dijo:

—Lilit.

Alek siguió la mirada de la criatura, intentando distinguir algo en la oscuridad.

En el borde de los acantilados vio a una figura solitaria que estaba mirando fijamente más allá del agua.

—¡Lilit! —llamó Deryn, y la figura se volvió para mirarlos.

Corrieron hacia ella. La fría brisa del mar se llevó consigo los olores de la batalla y de la destrucción. El traje de piloto de Lilit estaba rasgado y su rostro se veía pálido en la oscuridad. Tenía una gran bolsa de lona en el suelo junto a sus pies.

Cuando se acercaron, se echó a los brazos de Deryn.

—Tu padre... —dijo la muchacha—. Lo siento muchísimo.

Lilit se soltó de sus brazos.

—Vi lo que estaba haciendo, así que le despejé el camino. Le ayudé a hacerlo — sacudió la cabeza; las lágrimas le formaban surcos en el polvo que tenía pegado al rostro. Se volvió para contemplar la torre caída—. ¿Es que nos hemos vuelto todos locos, para querer algo así?

—Ha salvado al *Leviathan* —dijo Alek.

Lilit se limitó a mirarle, aturdida y desconcertada, como si de pronto hubiera olvidado cada una de las lenguas que conocía. Su mirada le hizo sentir como un idiota por haber abierto la boca.

—Todos locos —dijo Bovril.

Lilit acarició el pelaje de la criatura, con sus ojos aún brillantes por las lágrimas.

—¿Estás bien? —preguntó Deryn.

—Tan solo algo mareada... Y sorprendida. Mirad eso.

Señaló con el dedo más allá del agua, en dirección a la ciudad de Estambul. Sus calles oscuras brillaban con destellos provenientes de armas de fuego, y una media docena de girotópteros sobrevolaban el palacio. Mientras observaba la escena, Alek vio cómo una llamarada cruzaba silenciosamente el cielo y luego desaparecía con un estruendo entre los antiguos edificios.

—¿Lo veis? Está ocurriendo de verdad —dijo Lilit—. Tal y como lo planeamos.

—Sí, eso es lo más condenadamente extraño de una batalla: que es real —Deryn echó un vistazo buscando en el mar—. El *Behemoth* ya no tardará mucho.

Alek dio un paso más hacia el borde del acantilado y miró abajo. El *Goeben*

expulsaba vapor y sus brazos de combate *antikraken* estaban extendidos como las pinzas de un cangrejo. De la torre instalada a babor salían chispas.

—Otro cañón Tesla —susurró Lilit—. Lo había olvidado.

—No hay por qué preocuparse. No es tan grande como el otro ni tiene el mismo alcance. La científica lo tiene todo calculado a la perfección —dijo Deryn.

Mientras hablaba, en la barquilla de la aeronave se encendió un foco, tan potente que el haz de luz penetró bajo el agua. La luz se deslizó en dirección al *Goeben*, una columna de luz que penetraba a través de la oscuridad.

Los girotópteros que sobrevolaban el palacio se encaminaron hacia la aeronave, y en el *Leviathan* se encendieron otros focos más pequeños dirigidos a los girotópteros que resaltaron contra el oscuro firmamento. Desde aquella distancia, Alek no pudo ver ni a los halcones ni a los murciélagos, pero sí cómo todos los girotópteros caían, uno tras otro.

—Han tenido todo un mes para hacer reparaciones y reajustes —observó Deryn—. Y para fabricar más bestias.

Alek asintió, cayendo en la cuenta de que nunca había visto al *Leviathan* en todo su poderío, tan sólo lo había conocido dañado y hambriento. Esta noche vería una aeronave muy diferente.

—Bestias —dijo Bovril—. Sus ojos brillaban como los de un gato.

El foco principal alcanzó de lleno al *Goeben* y, por un momento, las armas y el blindaje de acero del buque de guerra brillaron con una luz blanca, cegadora. Entonces la luz del foco empezó a cambiar de color: púrpura, después verde y finalmente rojo sangre.

Un par de tentáculos surgieron del agua y arrojaron enormes cortinas de agua sobre la cubierta del *Goeben*.

Era el *Behemoth*.

Los brazos de combate *antikraken* se agitaban hacia todos los lados y sus garras hacían cortes en la carne del monstruo marino. Pero los tentáculos parecían no sentir aquellos cortes y seguían enroscándose cual serpientes pitón alrededor del cuerpo central del acorazado. Una enorme cabeza surgió del agua, con dos ojos que brillaban bajo la luz roja del foco...

Alek retrocedió un paso. A diferencia de los de un *kraken*, los tentáculos del *Behemoth* eran tan solo una pequeña parte de la bestia. Su enorme cuerpo estaba formado por placas óseas y segmentos y una cresta de espinas le recorría la espalda. Le pareció de lo más repugnante, como algo sacado de lo más profundo de los océanos, antiguo y desconocido.

Un sonido desolador llegó desde el mar. El casco del acorazado gimió al doblarse bajo la fuerza del abrazo del *Behemoth*. Sus armas ligeras disparaban en todas direcciones y los brazos de combate *antikraken* daban bandazos contra los enormes

tentáculos. El acorazado daba violentas sacudidas hacia atrás y hacia adelante, haciendo que hombres y casquillos de munición se deslizaran sobre las cubiertas.

—¡Arañas chaladas! —exclamó Deryn—. La doctora Barlow dijo que la bestia era enorme, pero nunca imaginé que...

Algo emitió un fuerte destello en el interior del fracturado casco del *Goeben*: una de sus calderas se había incendiado. Nubes de vapor escapaban con un fuerte silbido a través de las grietas que se habían abierto en las placas de blindaje del barco.



La tripulación intentó disparar el cañón Tesla, pero el rayo no estaba cargado del todo, por lo que apenas si ascendió unos escasos metros hacia el cielo. Luego cayó de nuevo para enroscarse en los tentáculos del *Behemoth* y de ahí pasó a las cubiertas metálicas. A lo largo de toda la estructura del buque de guerra se produjeron explosiones cuando los depósitos de combustible y de munición se incendiaron con un fuego blanco.

La luz del foco cambió a azul y, con un único movimiento enorme, el *Behemoth* impulsó su cuerpo por encima de la superestructura del barco, hundiéndolo bajo su peso. El *Goeben* resistió unos instantes pero, finalmente, la cubierta de proa se sumergió bajo las olas. La popa se levantó en el aire y el cañón Tesla se alzó hacia el oscuro cielo, aún emitiendo destellos. Con un crujido metálico, el buque de guerra se partió en dos y ambas mitades empezaron a hundirse en el agua.

Un único brazo de combate *antikraken* surgió a través del revuelto oleaje y su garra pinzó el aire varias veces antes de desaparecer nuevamente. Bajo la superficie, se vio un destello de luz roja y se produjo una enorme explosión que mandó a la superficie columnas de vapor.

Poco a poco, el agua dejó de agitarse, hasta que se calmó por completo.

—Pobres desgraciados —dijo Deryn.

Alek permanecía en silencio. En el último mes había olvidado de algún modo lo que la revolución podría significar para la tripulación del *Goeben*.

—Debo reunirme con mis camaradas —dijo Lilit, arrodillándose junto a su gran bolsa de lona.

De ella extrajo un montón de palos de metal y seda ondulada, y se puso a trabajar. El artílugo se hizo más grande, tensándose con los muelles que tenía en su interior. En un santiamén alcanzó los cinco metros de envergadura. Las alas eran translúcidas, como las de un mosquito.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Deryn.

—Una cometa corporal —dijo Alek—. Pero nunca llegarás a Estambul con eso.

—No me es preciso. El barco de pesca de mi tío me espera bajo los acantilados —Lilit se volvió a Deryn—. Lo lamento, pero no te preocupes, es una persona de fiar. Tenía que contarle nuestro plan a alguien más, por si nos era preciso encontrar un modo de regresar a la ciudad.

—¿Vas a regresar ahora? —preguntó Deryn—. ¡Pero si tenemos que comprobar cómo se encuentran Klopp y Bauer!

—Por supuesto que tenéis que hacerlo, son vuestros amigos. Pero la revolución necesita a sus líderes esta noche —Lilit fijó la vista en el agua. Le temblaba la voz—. Y Nene también me necesita.

Al verla allí, con lágrimas en los ojos que le formaba surcos en el polvo que tenía pegado al rostro, Alek no pudo evitar pensar en la noche en que murieron sus padres. Era extraño, pero todo lo que podía recordar ahora era el momento en que le contó aquella historia a Eddie Malone a cambio de su silencio. Era como si el hecho de habérselo contado a alguien hubiera borrado el recuerdo en sí.

—Siento mucho lo de tu padre —dijo titubeando torpemente al pronunciar cada palabra.

Lilit le miró con curiosidad.

—Si el sultán gana esta noche, simplemente huirás a otra parte, ¿no?

Alek frunció el ceño.

—Probablemente sí.

—Buena suerte entonces —dijo ella—. Tu oro resultó ser muy útil.

—De nada, si es que esa es tu forma de decir gracias.

—Lo es —se volvió hacia Deryn—. No importa lo que ocurra, jamás olvidaré lo que has hecho por nosotros. Creo que eres el muchacho más increíble que he conocido en mi vida.

—Sí, bueno, en realidad...

Lilit no le dejó terminar la frase, le rodeó con sus brazos y le besó con fuerza en los labios. Tras unos largos instantes, soltó su abrazo y sonrió.

—Lo siento. Tan solo tenía curiosidad.

—¿Curiosidad? ¡Arañas chaladas! —gritó Deryn, poniéndose una mano en la boca—. ¡Pero si apenas me conoces!

Lilit rio y levantó la cometa corporal. Cuando las alas se hincharon con la fría brisa marina, avanzó un paso hacia el borde del acantilado, asiendo con fuerza la barra de dirección.



—Le conozco mejor de lo que cree, *señor Sharp* —dijo sonriendo, y se volvió hacia Alek—. No sabes qué buen amigo tienes en Dylan.

Después de decir esto, saltó hacia la oscuridad... y desapareció de su vista.

Alek corrió hacia el borde del acantilado y miró horrorizado hacia abajo. La cometa cayó en picado por unos instantes y luego se estabilizó para después volar en ángulo sobre el mar. El viento la alzó hasta casi el mismo nivel que la cima de los acantilados, y por un momento pudieron oír nuevamente la risa de Lilit.

La cometa giró bruscamente en dirección a las luces de la ciudad y, momentos después, había desaparecido en la oscuridad.

— *Señor Sharp* —dijo Bovril, y soltó una risita.

Alek hizo un gesto de admiración con la cabeza, asombrado por la actitud de Lilit. Su padre había muerto y su ciudad estaba en llamas, y allí estaba ella, planeando en el aire e incluso riéndose.

—Esa chica está chiflada.

—Sí —Deryn se tocó la boca de nuevo—. Y menudos besos que da.

Alek miró al muchacho y de nuevo hizo un gesto con la cabeza.

—Venga. Vayamos a ver cómo se encuentra el profesor Klopp.



# CUARENTA Y UNO

El *golem* de hierro yacía sobre un montón de vagones y de cargamento esparcido, con las piernas retorcidas y quebradas. Tan solo su mitad superior permanecía intacta, con la enorme cabeza inclinándose sobre los restos de dos vagones de mercancías. Parecía un gigante dormido sobre una almohada de metal abollado.

Deryn y Alek se acercaron a la imponente mole abriéndose paso entre componentes eléctricos y cristales rotos. Las vías del tren habían sido arrancadas del suelo y ahora estaban desperdigadas entre los otros escombros, convertidas en una maraña de hierros retorcidos.

—¡Caramba! —exclamó Deryn mientras dejaban atrás un vagón restaurante volcado, con sus cortinas de terciopelo rojo asomando a través de las ventanas rotas —. Menos mal que no había pasajeros a bordo.



«DESTRUCCIÓN Y CONSECUENCIAS».

—Podemos subir a la parte superior de la cabeza del *golem* por ahí —dijo Alek, señalando la enorme mano que yacía abierta sobre el suelo.

Se subieron encima y preparon por el brazo del caminante. Al poco, vieron dos

formas inmóviles atadas con un cinturón de seguridad a las sillas de los pilotos.

—¡Profesor Klopp! —gritó Alek—. ¡Hans!

Uno de los hombres se removió.

Deryn vio que se trataba de Bauer, que, con ojos vidriosos y manos temblorosas, intentaba desabrocharse el cinturón de seguridad. Siguió a Alek y le ayudó a liberar al hombre.

—*Was hat geschlagen uns getroffen?* —preguntó Bauer.

—*Der Orient-Express* —explicó Alek.

Bauer le miró confuso. Entonces vio los restos del descarrilamiento que había a su alrededor y en su rostro fue dibujándose poco a poco una mueca que indicaba que empezaba a comprender lo sucedido.

Entre los tres liberaron a Klopp y le depositaron sobre el ancho hombro del *golem*. El profesor de mekánica seguía sin moverse. Tenía el rostro cubierto de sangre y cuando Deryn le puso la mano en el cuello, notó que su pulso era débil.

—Tenemos que llevarlo a que lo vea un doctor.

—Sí, pero ¿cómo? —preguntó Alek.

Deryn buscó con la mirada por el campo de batalla. No quedaba ni un solo caminante en pie, pero la silueta del *Leviathan* se perfilaba ahora en el cielo. Estaba haciendo lo que ella esperaba que hiciese: tras acabar con el *Goeben*, la aeronave estaba acercándose para observar más detenidamente el cañón Tesla destruido.

Abrió la boca para explicárselo, pero de pronto la bestezuela que llevaba sobre el hombro se puso a imitar un sonido queda y sordo.

Alek lo oyó también.

—Caminantes.

Deryn se volvió hacia la ciudad. Una docena de columnas de humo se alzaban en el horizonte.

—¿Podrían ser del comité?

Alek negó con la cabeza.

—Ni siquiera saben que estamos aquí.

—Bueno, en teoría tenía que ser así pero esa chica anarquista se lo contó a su tío, ¿no?

Bauer se puso en pie tambaleándose y cogió unos prismáticos. Una de las lentes estaba rota, así que acercó la otra a su ojo y la usó a modo de telescopio.

—*Elefanten* —dijo tras un instante.

Alek soltó un juramento.

—Por lo menos esas cosas son lentas.

—Pero jamás conseguiremos sacar a Klopp de aquí. No sin ayuda —dijo Deryn.

—¿Y de dónde se supone que vamos a obtenerla?

Deryn señaló hacia arriba, a la silueta oscura que sobrevolaba el agua y que ahora

viraba hacia ellos, con las luces de los focos dirigiéndose hacia los acantilados.

—El *Leviathan* va a dar otra pasada para observarlo todo más de cerca. Podemos hacerles señales y pedir que el cirujano de la nave atienda a Klopp.

—A, B, C... —dijo alegremente Bovril.

—¡Volverán a hacernos prisioneros! —dijo Alek.

—¿Sí? ¿Y qué crees que harán con nosotros los malditos otomanos tras todo esto?

—Deryn hizo un gesto con la mano para señalar los restos del descarrilamiento—. ¡Por lo menos con nosotros seguirás con vida!

—*Ich kann mit Meister Klopp bleiben, Herr* —dijo Bauer.

Deryn entornó los ojos. Tras un mes de trabajo con los clánkers, su alemán había mejorado mucho.

—¿Qué quiere decir con eso de que se quedará con Klopp?

Alek se volvió a Deryn.

—Tu aeronave puede recoger a Bauer y a Klopp mientras tú y yo huimos hacia un lugar seguro.

Deryn abrió la boca, sorprendida.

—¿Es que te has vuelto completamente loco?

—Los otomanos nunca nos encontrarán entre todo este lío —dijo Alek apretando los puños—. Piénsalo por un momento, si el comité gana esta noche, expulsarán a los alemanes y estarán en deuda con nosotros, Dylan. Podríamos quedarnos aquí, entre aliados.

—¡Yo no, príncipe estúpido! ¡He de irme a casa!

—¡Pero no puedo hacer esto solo..., no sin ti! —dijo, y su mirada se suavizó—. Por favor, ven conmigo.

Deryn le dio la espalda por unos instantes, deseando que Alek le pidiera lo mismo pero de manera diferente. No como un príncipe memo que esperaba que todo el mundo sirviera a sus propósitos, sino como un hombre.

No era culpa suya, desde luego. Nunca le había dicho a Alek que él era la auténtica razón por la que había venido a Estambul, y no por la misión. No le había contado nada en absoluto, y ahora ya era demasiado tarde. Habían estado juntos un mes entero trabajando y luchando codo con codo y aún no había logrado convencerse de que a él pudiera importarle una chica corriente.

Así que, ¿por qué iba a quedarse?

—Hay mucho que hacer aquí, Dylan —dijo Alek—. Eres el mejor soldado que tiene la revolución.

—Sí, pero mi hogar está allí arriba. No creo que pueda vivir con... vuestras máquinas.

Alek extendió las manos.

—No importa. En cualquier caso tu tripulación no nos va a encontrar.

—Tienen que poder encontrarnos —dijo Deryn, examinando el campo de batalla en busca de algo con lo que hacer señales.

Pero Alek tenía razón. Incluso aunque tuviera banderas de señales de diez pies de alto nadie podría verla entre los restos del descarrilamiento.

Entonces los vio: los brazos del *golem*, extendidos en ambas direcciones. El brazo derecho estaba totalmente recto, y el izquierdo describía un ángulo, casi formando la señal correspondiente a la letra «S».

—¿Ese cacharro aún puede moverse?

—¿Cuál? ¿El caminante?

—A, B, C —dijo Bovril otra vez.

—Sí. Un gigante haciendo señales sería difícil de pasar por alto.

—Las calderas están frías —dijo Alek—. Pero puede que los neumáticos tengan aún suficiente presión.

—Entonces ve a echar un vistazo.

Alek apretó los dientes, pero volvió a trepar a la cabeza y se arrodilló junto a los controles. Dio unos golpes a un par de manómetros y se volvió con una mirada desconcertada en su rostro.

—¿Funciona? ¡No me mientas! —gritó ella.

—Jamás te mentiría, Dylan. Podemos hacer con señales unas doce letras, quizás.

—¡Entonces hazlo! Haz lo que hago yo —Deryn extendió recto el brazo derecho y el izquierdo lo orientó hacia abajo.

Alek no se movió.

—Si me entrego a tu capitán, no dejará que escape una segunda vez.

—Pero si no mandas señales de ayuda al *Leviathan*, Klopp es hombre muerto. ¡Todos lo seremos cuando esos caminantes lleguen aquí!

Alek se la quedó mirando de nuevo un instante. Luego suspiró, se volvió hacia los controles y puso las manos en las palancas. El siseo de los neumáticos llenó el aire y los grandes brazos arañaron el suelo lentamente imitando exactamente la posición de Deryn.

—«S...» —dijo el loris perspicaz.

Deryn pasó su brazo izquierdo sobre su torso. Esta letra era más difícil para el *golem* de hierro, medio tumbado en el suelo como estaba, pero Alek se las arregló para hacer que dobrara el codo lo suficiente.

—¡H! —anunció Bovril, y siguió haciéndolo mientras Deryn continuaba—. A... R... P...

Tras la quinta letra, el enorme foco para *krakens* del *Leviathan* ya los había encontrado, y juntos repitieron la secuencia dos veces más antes de que el último resquicio de aire saliera silbando de los neumáticos.

Alek volvió la espalda a las palancas.

—Wie lange haben wir, Hans?

Bauer se protegió los ojos del resplandor del foco.

—Zehn Minuten?

—Aún tenemos tiempo de huir, Dylan.

—Diez minutos no son suficientes, y además no hay ninguna necesidad de huir

—Deryn puso una mano sobre el hombro de Alek—. Tras lo que hemos hecho hoy, puedo explicarle al capitán cómo me presentaste al comité. ¡Y que si no lo hubieras hecho la aeronave habría sido derribada! —lo dijo todo atropelladamente. Romper su muda promesa de dejarle atrás era tan fácil como respirar.

—Espero que me den una medalla —dijo Alek secamente.

—Sí, nunca se sabe.

El foco empezó entonces a parpadear con destellos largos y cortos. Deryn había perdido la práctica del código Morse, pero a medida que fue observando los destellos, los conocidos patrones volvieron a su mente.

—Mensaje recibido —dijo—. ¡Y el capitán me manda saludos!

—¡Qué educado!

Deryn mantuvo la vista fija en los destellos que emitía el foco.

—Se están preparando para recogernos. ¡Llevaremos al profesor Klopp al cirujano en un santiamén!

—Entonces ya no nos necesitáis, ni a Hans ni a mí —Alek extendió la mano—. Tengo que decirte adiós.

—Por favor, no —suplicó Deryn—. No conseguirás abrirte paso entre esos caminantes. Te prometo que no dejaré que el capitán te encadene. ¡Si lo hace, yo mismo forzaré los cerrojos!

Alek bajó la mirada hacia la mano que ofrecía a Deryn y entonces sus ojos verde oscuro se encontraron con los de ella. Se miraron el uno al otro durante unos largos instantes. El ruido de los motores de la aeronave hacía vibrar la piel de Deryn.

—Ven conmigo —dijo ella, estrechándole finalmente de la mano—. Es tal y como dijiste la noche antes de que escaparas: cómo encajas en el *Leviathan*. Tu sitio está ahí arriba.

Alek miró al *Leviathan* con los ojos brillantes. Por lo que Deryn pudo ver, aún estaba enamorado de aquella aeronave.

—Quizás no debería huir sin mis hombres —dijo.

—Mein Herr —dijo Bauer—. *Graf Volger befahl mir...*

—¡Volger! Si no fuera por sus intrigas, habríamos permanecido juntos desde el principio —masculló Alek.

Deryn apretó su mano con más fuerza.

—Todo irá bien. Te lo juro.

A medida que la aeronave se acercaba, un rumor de alas llegó por encima de sus

cabezas y aparecieron unas garras de acero que brillaban a la luz de los focos. Deryn soltó la mano de Alek y respiró con fuerza el fuerte aroma parecido a almendras amargas que tenía el hidrógeno al verterse. Era el bello y peligroso olor de un descenso repentino. De la compuerta de carga de la barquilla se descolgaron unas cuerdas, y segundos más tarde unos hombres empezaron a bajar por ellas.

—¿Acaso no ofrece una vista condenadamente magnífica?

—Sí, muy bonita —dijo Alek—. Si no se está encadenado dentro.

—Tonterías —dijo Deryn dándole una palmada en el hombro—. Esa tontería de las cadenas no es más que una forma de hablar. Tan solo encerraron al conde Volger en su camarote, ¡y a mí me encargaron que le llevara el desayuno cada día!

—¡Qué lujo!

Ella sonrió, aunque el recuerdo de Volger hizo que se pusiera tensa por unos instantes, puesto que el conde sabía su secreto. Aún podía traicionarla y revelárselo en cualquier momento a sus oficiales, o a Alek.

No obstante, no podía seguir ocultándose del conde para siempre. No era algo propio de un soldado. Además, siempre podía tirarle por una ventana, si las cosas se ponían feas.

Cuando la aeronave se detuvo con una fuerte vibración, Bovril se aferró aún más fuerte a su hombro.

—¿Desayuno cada día? —preguntó.

—Sí, bestezuela —dijo Deryn acariciándole el pelaje—. Vas a regresar a casa.

# CUARENTA Y DOS

—¡S-H-A-R-P! —exclamó Newkirk desde la boca del compartimento de carga—. ¡Demonios, Dylan, es usted!

—¿Quién si no? —replicó Deryn sonriendo de oreja a oreja a la vez que estrechaba la mano que le ofrecía el chico.

La muchacha subió con un solo impulso.

—¿Ha encontrado a la bestia perdida?

—Sí —Deryn hizo un gesto con el pulgar por encima del hombro para señalar el campo de batalla con los restos esparcidos del descarrilamiento—. Uno de mis muchos logros.

Newkirk miró hacia abajo.

—Ha estado ocupado, señor Sharp. Pero deje de fanfarronear. Tenemos caminantes alemanes aproximándose y el contramaestre requiere su presencia en la sala de navegación.

—¿Ahora? —Deryn miró hacia atrás, a la operación de rescate.

A Klopp le estaban izando en el aire atado a una camilla, mientras Alek y Bauer esperaban sobre el hombro de hierro del *golem*.

—El contramaestre dice que vaya ahora mismo.

—De acuerdo, señor Newkirk, pero asegúrese de poner a salvo a estos clánkers.

—Sí, no se preocupe. ¡No dejaremos que esos idiotas se nos vuelvan a escapar!

Deryn no se detuvo a discutir con el muchacho. No importaba lo que Newkirk pensase siempre que los oficiales supieran que Alek había regresado por iniciativa propia.

Su sitio estaba allí, sin importar si era clánker o no.

De camino a la sala de navegación, Deryn pudo sentir los zumbidos y las vibraciones de la aeronave bajo sus pies y encontró los pasillos llenos de hombres y bestias que iban de un lado a otro. Bovril lo observaba todo con ojos como platos, asombrado y sumido en un extraño silencio. Al parecer, la bestia también pertenecía a aquel lugar.

La científica estaba en la sala de navegación contemplando las luces de Estambul, que brillaban al otro lado del mar. Deryn frunció el ceño: esperaba encontrar al capitán. Por supuesto, con caminantes alemanes aproximándose, los oficiales estarían en el puente. Pero ¿por qué le habrían ordenado que fuera a aquella sala y no a ocupar un puesto de combate?

Detrás de la doctora Barlow, Tazza se incorporó de un salto y fue corriendo a

olisquear las botas de Deryn. La muchacha se arrodilló y acarició su hocico con la palma de la mano.

—Me alegro de verte, Tazza.

—Tazza —repitió Bovril, y soltó una risita.

—Es un placer volver a verle, señor Sharp —dijo la científica, apartándose de la vista que le ofrecía la ciudad—. Nos ha tenido a todos muy preocupados.

—Es magnífico estar de nuevo en casa, señora.

—Desde luego es de lo más lógico que haya conseguido volver de una pieza, siendo como es usted un muchacho lleno de recursos. Aunque por lo que veo ha causado usted no pocos problemas por el camino —dijo la científica haciendo tamborilear sus dedos en el alféizar de la ventana.

—Sí, señora —Deryn se permitió esbozar una sonrisa—. Fue algo difícil eliminar ese cañón Tesla. Pero lo conseguimos.

—Sí, ya sé —dijo la científica haciendo un gesto con la mano, como si cada día viera torres desplomándose envueltas en rayos—. Pero me refería a la criatura que lleva sobre el hombro, y no a esa tediosa batalla.

—Oh —exclamó Deryn mirando a Bovril—. ¿Quiere decir que se alegra de tenerlo de nuevo aquí entonces?

—No, señor Sharp, no es eso a lo que me refiero —dijo la doctora Barlow dejando escapar un leve suspiro—. ¿Ya lo ha olvidado? Hice grandes esfuerzos para asegurarme de que ese loris saliera de su cascarón mientras Alek estuviera en la sala de máquinas. Y lo hice para que la fijación que estas criaturas tienen con la primera persona que ven al nacer recayese enteramente sobre él.

—Sí, lo recuerdo —dijo Deryn—. Es como un polluelo, que se apega a quien ve por primera vez.

—Exacto, y ese alguien fue Alek. Y sin embargo aquí está ahora, sobre su hombro, señor Sharp.

Deryn frunció el ceño, tratando de recordar exactamente cuándo había empezado Bovril a subirse a su hombro tan a menudo como al de Alek.

—Bueno, al parecer la bestia siente el mismo apego por mí que por él. Y no veo por qué no habría de ser así. Quiero decir, Alek es un condenado clánker, después de todo.

La doctora Barlow se sentó a la mesa de mapas, y dijo que no con la cabeza.

—¡No estaba diseñado para que estableciera lazos afectivos con dos personas! No, a menos que ambos sean... —la miró con los ojos entornados—. Supongo que usted y Alek tienen una amistad bastante estrecha, ¿no es cierto, señor Sharp?

—Señor Sharp —repitió Bovril, y soltó una risita.

Deryn miró severamente a la bestia y extendió las manos.

—Sinceramente no sé qué responderle, señora. Es solo que Alek estaba muy

ocupado esta noche pilotando ese caminante, por lo que Bovril subió a mi hombro, y supongo que...

—Disculpe —la interrumpió la doctora Barlow—. ¿*Bovril*, ha dicho?

—Eh, sí. Ese es su nombre, o algo así.

La científica enarcó una ceja.

—¿Como el extracto de carne de vaca?

—No fui yo quien le puso ese nombre —dijo Deryn—. En la instrucción para cadetes ya nos explicaron que no hay que sentir apego por ninguna de las criaturas. Pero esa chica anarquista insistió en llamarlo Bovril y, al final, el nombre... se nos pegó a todos.

—Bovril —repitió la bestia.

La doctora Barlow se inclinó hacia delante para observar más de cerca al loris y sacudió nuevamente la cabeza.

—Me pregunto si este exceso de apego no será culpa del señor Newkirk. Nunca mantuvo los huevos a una temperatura constante.

—¿Quiere decir con eso que Bovril podría ser *defectuoso*?

—Con las nuevas especies nunca se sabe. ¿Dice que fue una «anarquista» quien empezó con la tontería de llamarlo Bovril?

Deryn comenzó a dar explicaciones, pero enseguida se encontró que los pies no la sostenían y se desplomó sobre una silla. No era de muy buena educación sentarse en presencia de una dama, pero de pronto Deryn sintió sobre ella el peso de todo lo que había sucedido aquella noche: la batalla, la muerte de Zaven y lo cerca que había estado el *Leviathan* de un final horrible.

Más que nada era un auténtico alivio estar nuevamente en casa; sentir la aeronave bajo sus pies, como algo sólido y real, en lugar de verla ardiendo de forma horrible en el cielo. Y saber que Alek estaba ya a bordo también...

—Verá, señora, cuando le encontré, Alek ya se había unido a ese Comité para la Unión y el Progreso, que estaban obsesionados con derrocar al sultán. Por supuesto fue algo que no aprobé, pero entonces averiguamos que ahí fuera estaban construyendo un cañón Tesla. Como era consciente de que podría acabar con el *Leviathan*, tuve que asegurarme de que fuera destruido. Incluso aunque ello significara tener que unir fuerzas con los anarquistas, o revolucionarios, como quiera llamarlos.

—Un muchacho de recursos, como dije —dijo la científica a la vez que se sentaba frente a ella y rascaba la cabeza a Tazza—. El conde Volger no se equivocaba demasiado, ¿verdad?

—¿El conde Volger? —Deryn sintió un poco de pánico al oír pronunciar aquel nombre—. Si no le importa que se lo pregunte, señora, ¿sobre qué no se equivocaba?

—Dijo que Alek había empezado a asociarse con personas indeseables y también

que usted sería capaz de encontrar a nuestro príncipe perdido.

Deryn asintió despacio. Por supuesto, ella estaba presente y había oído la pista que le daba Alek a Volger sobre el hotel donde se encontraba.

—Ese hombre es muy listo.

—Ciertamente —la científica se puso nuevamente de pie para echar un vistazo afuera—. Aunque quizás se equivoque con el comité. Por desagradables que sean sus ideales políticos, hoy le han prestado un valioso servicio a Gran Bretaña.

—Sí, señora. ¡Nos han ayudado a salvar la aeronave!

—Parece que también han derrocado al sultán.

Deryn se incorporó de un salto y se situó junto a la doctora Barlow frente a la ventana. La nave estaba en marcha de nuevo y sobrevolaba el agua de regreso al mar. A lo lejos, las calles de Estambul estaban aún iluminadas por el resplandor de los tiroteos y de las explosiones. A la luz de los focos de los elefantes de guerra, Deryn pudo distinguir nubes de especias arremolinándose.

—No estoy seguro de que lo hayan derrocado todavía, señora. Parece que los combates continúan.

—La batalla no tiene ningún sentido, se lo aseguro —dijo la científica—. Pocos minutos después de que el *Goeben* fuera destruido detectamos al dirigible imperial *Stamboul* despegando desde palacio, enarbolando la bandera de tregua.

—¿De tregua? Pero si la batalla apenas había comenzado. ¿Por qué iba a rendirse el sultán?

—No se rindió. Según las banderas de señales del *Stamboul*, el Kizlar Agha estaba al mando —la doctora Barlow esbozó una fría sonrisa—. Estaba llevando al sultán hacia un lugar seguro, lejos de los disturbios de Estambul.

—¡Oh! —Deryn frunció el ceño—. ¿Quiere decir que estaba... raptando a su propio soberano?

—Como ya le dije hace algún tiempo, no es la primera vez que un sultán es reemplazado.

Deryn dejó escapar un suave silbido, preguntándose cuánto duraría aquella batalla sin sentido. Al otro lado de la ventana podía distinguirse que el agua oscura de la bahía aún estaba revuelta en la zona donde se había hundido el *Goeben*. Se preguntó si el *Behemoth* aún estaría allí abajo, sacando su cena de entre el revoltijo de acero y combustible.

El foco que hacía surgir a la bestia volvió a encenderse y su luz penetró en el agua para atraer a la bestia de vuelta. El *Breslau* iba a ser el segundo plato.

—Si el comité gana realmente, ¡entonces Alemania será la única potencia clánker que quede! —dijo Deryn.

—Mi querido muchacho, aún quedará el Imperio austrohúngaro.

—Sí, por supuesto —Deryn se aclaró la garganta, maldiciéndose a sí misma en

silencio—. No sé cómo he podido olvidarme de ellos.

La doctora Barlow levantó una ceja.

—¿Se ha olvidado del pueblo de Alek? Qué extraño, señor Sharp.

—Señor Sharp —dijo una voz por encima de ellos.

Deryn miró hacia arriba y se quedó boquiabierta.

Dos pequeños ojos le devolvían la mirada desde el techo. Eran los de otro loris perspicaz, que se hallaba colgado con sus diminutas zarpas de uno de los tubos de los lagartos mensajeros. Era casi igual que Bovril, salvo porque no tenía manchas en las patas.

—Pero ¿qué demonios...?

Entonces recordó que habían sobrevivido tres huevos: el de Bovril, el que había aplastado el autómata del sultán y un tercero del que se había olvidado por completo. Habría eclosionado durante el último mes, claro estaba.

La doctora Barlow alzó la mano y la otra bestia se balanceó usando una de sus garras, como un mono, para acto seguido dejarse caer. Rodeó el brazo de la científica y se deslizó hasta su hombro.

—Señor Sharp —repitió la bestia.

—Señor Sharp —la corrigió Bovril, y ambas soltaron una risita.



—¿Por qué no deja de reírse? —dijo la científica.

—No tengo ni idea —respondió Deryn—. En ocasiones pienso que está mal de la azotea.

—Revolución —anunció Bovril.

Deryn se la quedó mirando. Nunca había oído a la criatura decir nada por ella misma. La nueva bestia repitió la palabra y la deletreó poco a poco felizmente, entonces dijo:

—Equilibrio de poder.

Bovril se rio ante aquella frase y la repitió sin falta.

Mientras Deryn las contemplaba con creciente asombro, las criaturas siguieron parloteando entre sí y repitiendo la una lo que decía la otra. Las palabras solas pasaron a convertirse en un torrente de frases en inglés, clánker, armenio, turco y media docena de idiomas más.

Al cabo de poco, Bovril ya estaba recitando conversaciones completas que Deryn

había mantenido con Alek, Lilit o Zaven, mientras que la otra bestia repetía frases que sonaban igual que la forma de hablar de la doctora Barlow. ¡Algunas incluso parecían ser del conde Volger!

—Disculpe, señora, pero ¿qué caramba están haciendo estos dos? —susurró Deryn.

La científica sonrió.

—Mi querido muchacho, hacen lo que les es propio por naturaleza

—Pero ¡si son bestias fabricadas! ¿Qué es lo que les es natural?

—Pues, hacerse más perspicaces, por supuesto.

# CUARENTA Y TRES

A la mañana siguiente, a Alek se le permitió que fuera a ver a Volger.

Cuando el guarda que lo custodiaba le acompañó al camarote del conde, Alek se fijó en que la puerta no estaba cerrada con llave. A él mismo lo habían tratado con cortesía la noche antes, más como un invitado que como un prisionero. Quizás la tensión que había entre sus hombres y sus captores darwinistas había disminuido un poco en el transcurso del último mes.

El conde Volger parecía estar suficientemente cómodo. Estaba sentado ante su escritorio, desayunando huevos pasados por agua y una tostada, y no se molestó en ponerse en pie cuando Alek llegó. Se limitó a saludarle con un movimiento de cabeza y dijo:

—Príncipe Aleksandar.

Alek se inclinó levemente.

—Conde.

Volger siguió untando mantequilla en la tostada.

Estar allí de pie, esperando, hizo que Alek se sintiera como un escolar al que han mandado llamar para castigarle. Él nunca había estado en la escuela, claro estaba, pero de algún modo los adultos, tanto si eran tutores, padres o abuelas revolucionarias como Nene, todos demostraban su decepción del mismo modo. Seguro que los directores de escuela no eran muy diferentes.

Finalmente, Alek suspiró y dijo:

—Quizás ahorremos tiempo si empiezo yo.

—Como deseéis.

—Querrá usted decirme que soy un estúpido por haberme dejado capturar de nuevo. Que fue una locura que me inmiscuyera en la política otomana y que ahora podría estar a salvo escondido en las montañas.

El conde Volger asintió.

—Sí, eso sería correcto.

El hombre continuó untando minuciosamente la tostada con mantequilla, como si pretendiera no dejar ni un milímetro sin cubrir.

—También que al no aceptar su consejo puse en riesgo mi vida y la de mis hombres —continuó Alek—. El doctor Busk dice que Klopp se está recuperando, pero la verdad es que los llevé a él y a Bauer a una batalla sin cuartel. Las cosas podrían haber ido peor.

—Mucho peor —dijo Volger, y volvió a quedarse en silencio.

—Veamos, ¿qué más?... ¡Ah! También que he desperdiciado todo cuanto mi padre me dejó. El castillo, los planes que teníais para mí y, por último, su oro.

Alek metió la mano en el interior de su chaqueta de piloto y palpó un bulto que había cosido en una de las esquinas del forro. Rompió el tejido, sacó el oro que le quedaba y lo lanzó sobre la mesa.

Tras un mes de comprar especias y piezas mecánicas, el lingote se había consumido casi del todo. Únicamente quedaba el emblema redondo de los Hausburgo grabado en el centro, y parecía una moneda delgada y mal acuñada.

Volger parpadeó y Alek se permitió una sonrisa. Al menos había conseguido provocar una reacción en el conde.

—¿Financiasteis vos solo la revolución?

—Solo el toque final, digamos que le puse la guinda —dijo Alek, encogiéndose de hombros—. Por lo visto, las revoluciones son caras.

—Eso no lo sé. Yo las rehúyo por principios.

—Por supuesto —dijo Alek—. Por esta razón está furioso, ¿no es cierto? ¿Porque he alterado el orden natural de las cosas y he ayudado a derrocar a un soberano como yo? ¿Porque olvidé que los revolucionarios quieren acabar con *todos* los aristócratas, incluidos usted y yo, verdad?

Volger mordió un trozo de tostada, lo masticó pensativo y se sirvió más café.

—Eso también sería cierto, supongo. Pero hay algo de lo que os habéis olvidado.

Alek se preguntó por unos instantes cuál podría ser su error más grave, pero al final se rindió. Cogió una taza del alféizar de la ventana, la llenó de café y se sentó al otro lado del escritorio, frente a Volger.

—Ilumíneme.

—También me salvasteis la vida.

Alek frunció el ceño.

—¿Que hice qué?

—Si hubierais desaparecido en las montañas, como se suponía que teníais que hacer, el cañón Tesla nos habría enviado a Hoffman y a mí al fondo del mar junto al resto de la tripulación de esta nave —el conde se quedó mirando su taza de café—. Os debo la vida. Un giro de los acontecimientos de lo más molesto.

Alek tomó un sorbo de café para ocultar su sorpresa. Era cierto: Volger se había salvado con el resto de la tripulación del *Leviathan*. Pero ¿acaso estaba el conde dándole las gracias por haberse unido a la revolución del comité?

—Ello no os hace menos estúpido, claro está —añadió Volger.

—Claro que no —dijo Alek, algo aliviado.

—Y también está el asunto de vuestra nueva fama —Volger abrió un cajón, sacó un periódico y lo dejó sobre la mesa.

Alek lo cogió. Estaba en inglés, y en la cabecera podía leerse *New York World*. En

la primera página había una fotografía de Alek sobre un extenso artículo escrito por «el director de la agencia de Estambul, Eddie Malone».

Alek dejó el periódico nuevamente sobre la mesa. Nunca antes había visto una foto suya, y la impresión que le causó fue del todo desgradable. Era como mirarse en un espejo congelado.

—¿De verdad tengo las orejas tan grandes?

—Casi. ¿En qué demonios estabais pensando?

Alek levantó la taza y contempló su reflejo en la trémula y negra superficie del café. Se había preparado para afrontar cualquier burla por parte de Volger, pero no para aquello. Tal y como anunciaba el titular, ahora era el centro de atención de todo el mundo. Los secretos de su familia habían quedado al descubierto, al alcance de cualquiera que quisiera leerlos.

—Ese reportero, Malone, sabía demasiado sobre los planes del comité. Concederle una entrevista era la única manera de distraerlo —Alek echó otro vistazo a la foto y leyó el titular: «EL HEREDERO DESAPARECIDO»—. Así que por esta razón la tripulación ha sido tan educada conmigo. Saben quién soy en realidad.

—Y no solo la tripulación, Alek. Gran Bretaña tiene un consulado en Nueva York, y era muy difícil que incluso sus incompetentes diplomáticos hubiesen pasado la noticia por alto. El mismo Lord Churchill envió el periódico al capitán Hobbes, usando una especie de águila monstruosa.

—Y ¿cómo demonios lo consiguió usted?

—La doctora Barlow y yo hemos estado compartiendo información de un tiempo a esta parte —el conde se recostó en la silla—. Está resultando ser una mujer de lo más interesante.

Alek se quedó mirando al conde y sintió un ligero escalofrío.

—No os preocupéis, Alek, no le he contado todos mis secretos. Por cierto, ¿cómo se encuentra vuestro amigo Dylan?

—¿Dylan? En ocasiones es... realmente sorprendente —Alek suspiró—. En cierto modo, es por él que me he dejado capturar otra vez.

La taza de café de Volger se detuvo a medio camino de su boca.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Dylan me convenció de que sería más seguro si me entregaba que si intentaba escapar. Supongo que porque había una docena de caminantes otomanos que se dirigían hacia nosotros. Pero también por algo más. Por lo que parece, cree que pertenezco a esta aeronave —Alek suspiró—, aunque eso tampoco importe mucho. Cuando lleguemos a Gran Bretaña me meterán en una jaula.

—Yo no me preocuparía por eso por ahora —el conde echó un vistazo por las ventanas—. ¿No os habéis dado cuenta?

Alek miró por la ventana. La noche anterior, durante la cual Alek no había

conseguido mantenerse despierto a causa del cansancio, la aeronave había estado recorriendo el estrecho para conducir al *Behemoth* de vuelta al mar Mediterráneo. Pero ahora, bajo ellos, podían verse montañas cuyas cumbres el sol del amanecer iluminaba de color anaranjado. Sus alargadas sombras se extendían a través de la niebla y se desplazaban hacia la izquierda.

—¿Vamos rumbo al este?

Volger chasqueó la lengua.

—Vaya, os ha llevado su tiempo daros cuenta. Estoy seguro de que vuestro amigo Dylan lo habría descubierto enseguida.

—Seguro. Pero ¿por qué vamos rumbo a Asia? La guerra está en Europa.

—Cuando la guerra empezó, la armada alemana tenía barcos en todos los océanos. El *Goeben* y el *Breslau* no son los únicos que han estado buscando los británicos.

—¿Sabe a qué parte de Asia en concreto nos dirigimos?

—Lo lamento, pero la doctora Barlow no ha sido muy explícita en ese aspecto. Pero sospecho que tarde o temprano llegaremos a Tokio. Japón le declaró la guerra a Alemania hace cuatro semanas.

—Por supuesto —dijo Alek mientras contemplaba las montañas que iban quedando atrás. Los japoneses eran darwinistas desde que firmaron un pacto de cooperación con los británicos en 1902. Pero resultaba asombroso pensar que la guerra que había estallado tras el asesinato de sus padres hubiera sobrepasado Europa y afectara ya a todo el globo.

—Este rodeo no es conveniente, pero al menos os mantiene alejado de la jaula un poco más de tiempo —dijo Volger—. Al Imperio austrohúngaro no le está yendo demasiado bien en su lucha contra los grandes osos combatientes de Rusia. El momento de que reveléis vuestra identidad podría estar más cerca de lo que pensaba —apartó el periódico como si fuera un pescado muerto—. Es decir, de que reveléis lo poco que aún no habéis contado.

Alek sacó el estuche de documentos de su bolsillo.

—¿Se refiere a esto?

—Temía preguntaros si aún lo teníais con vos.

—¡Como si lo hubiera perdido! —dijo Alek, enfadado, pero entonces se acordó de que en realidad ya lo había perdido una vez.

Tras el incidente con el taxi, había llevado la carta siempre consigo.

La noche anterior, el aviador que lo había registrado en el compartimento de carga había encontrado el estuche del pergamo y lo había abierto. Pero como para él aquella misiva con aquella ornada escritura en latín no significaba nada, la devolvió a su dueño.

—No soy idiota, Volger. De hecho, esta carta es el motivo por el que ignoré sus

consejos y me quedé en Estambul.

—¿Qué queréis decir, Su Alteza?

—Una pelea sin sentido en mi familia empezó esta guerra, así que es responsabilidad mía el detenerla —sostuvo en alto el estuche—. Esta es la voluntad del cielo, que me muestra lo que tengo que hacer. ¡Nada de esconderse, tengo que ocupar el lugar que me corresponde y acabar con esta guerra!

Volger se lo quedó mirando un buen rato y luego entrelazó los dedos.

—Esa carta no es ninguna garantía de que podáis asumir el trono.

—Lo sé. Pero la palabra del Papa tiene que valer de algo.

—Ah, se me olvidaba —el conde se volvió—. Habéis estado en tierra de herejes y de paganos, por lo tanto no habéis oído las noticias que han llegado del Vaticano.

—¿Qué noticias?

—El Santo Padre ha muerto.

Alek se quedó mirando al conde.

—Dicen que la guerra le afectó demasiado —continuó Volger—. Deseaba fervientemente la paz. Por supuesto, lo que él deseara no importa demasiado.

—Pero... esta carta representa la voluntad del cielo. El Vaticano confirmará su autenticidad, ¿verdad?

—Sería lógico pensarlo. Aunque está claro que alguien habló a los alemanes sobre la visita de vuestro padre —Volger extendió las manos—. Esperemos que ese alguien no se haya ganado la confianza del nuevo Papa.

Alek se volvió para mirar por la ventana, intentando asimilar las noticias que le había dado Volger.

Tras la muerte de sus padres, el mundo se había vuelto loco; como si la tragedia de su familia hubiera alterado el curso de la historia. Pero en Estambul, de alguna forma las cosas habían empezado a volver a encajar en su lugar. La revolución desatada por el comité y Dylan llegando con el *Behemoth* tras su estela, todo ello daba a entender a Alek que le correspondía acabar con aquella guerra, arreglar las cosas. Por primera vez en su vida, había estado completamente seguro de sus actos, como si le guiase la providencia.

Pero ahora el mundo estaba otra vez revolucionado. El destino no le llevaba hacia el epicentro de la guerra sino lejos de su patria y de su gente, lejos de todo lo que estaba predestinado a hacer desde que había nacido. Y la carta que sostenía en la mano, la única cosa que Alek aún conservaba de lo que su padre le había dejado, podría resultar completamente inútil ahora.

¿Qué extraña providencia era aquella?

# EPILOGO

*Behemoth* es una novela de historia alternativa y, por lo tanto, la mayoría de sus personajes, criaturas y máquinas son producto de mi invención. Sin embargo, los lugares y acontecimientos históricos se parecen mucho a los reales de la Primera Guerra Mundial. A continuación resumimos brevemente lo que es verdad y lo que es ficción.

El *Sultán Osman I* fue un buque de guerra real, comprado por el Imperio otomano y que se estaba acabando en un astillero británico a finales de 1914. No obstante, cuando la guerra empezó, el primer lord del Almirantazgo, Winston Churchill, decidió quedarse el barco, preocupado por si los otomanos se aliaban con los alemanes y usaban el barco de guerra contra Gran Bretaña. Finalmente los otomanos entraron en guerra, pero fue en parte porque Churchill les había robado su barco. Aún hoy día se debate si se habrían implicado sin esta provocación.

Tal como sucede en *Behemoth*, el Imperio otomano era inestable en 1914. De hecho, en el mundo real, el sultán y su gran visir ya no gobernaban. Durante la revolución de 1908 fueron derrocados y el Comité para la Unión y el Progreso (CUP) ya estaba en el poder.

En el mundo de *Behemoth*, sin embargo, la revolución de 1908 no triunfó, el sultán permaneció en el poder y el CUP está dividido en varias facciones. Creé una segunda rebelión en 1914, porque quería que mis personajes se implicaran en una revolución triunfante, una que tal vez impulsara a la historia hacia unos resultados más positivos.

La influencia alemana en Estambul fue muy real; poseían un popular periódico, mientras que, en la embajada británica, nadie de su personal sabía turco. (Es difícil de creer pero es cierto).

Igual que sucede en este libro, los acorazados alemanes *Breslau* y *Goeben* quedaron atrapados en el Mediterráneo al principio de la guerra. Escaparon a Estambul y entraron a formar parte de la marina otomana, incluso con toda su tripulación. En compensación por los dos navíos, los otomanos pusieron al mando de toda su flota al almirante Wilhelm Souchon, comandante del *Goeben*. El 29 de octubre de 1914, el almirante Souchon atacó a la marina rusa sin permiso oficial, arrastrando con ello a los otomanos a la guerra.

En el mundo real, la guerra significó el fin del Imperio otomano, que fue dividido en varios países, entre ellos Turquía, Siria y Líbano. Quería crear una historia en la que el imperio siguiera intacto y Estambul conservase su naturaleza cosmopolita

como modelo para el resto del mundo.

Y sí, realmente podéis llamarla Estambul y no Constantinopla. Aunque la aristocracia otomana usó el nombre *Kostantiniyye* durante varios siglos y muchos occidentales seguían utilizando este nombre en relatos y canciones, Estambul era el nombre más común entre sus ciudadanos. (Realmente, muchos de ellos solamente la llamaban «la ciudad»). En cualquier caso, el servicio de correos turco dejó de entregar el correo que iba dirigido a «Constantinopla» en 1923.

El *Orient Express* era un tren real, por supuesto, que recorría varias rutas desde París a Estambul desde 1883. En su apogeo, el *Express* simbolizaba la elegancia y la aventura en los viajes. El 14 de diciembre de 2009, unas pocas semanas después de que yo finalizase este libro, hizo su último recorrido.

No existe tal cosa como el «cañón Tesla», sin embargo Nikola Tesla fue un inventor real, famoso por haber descubierto los principios básicos de la radio, el radar y la corriente alterna. Pasó décadas trabajado en una especie de rayo de la muerte y en la década de 1930 reivindicaba que podía «derribar 10.000 aviones con un alcance de 250 millas». Ofreció el aparato a varios gobiernos, pero nadie lo quiso.

Tal vez fue mejor así.